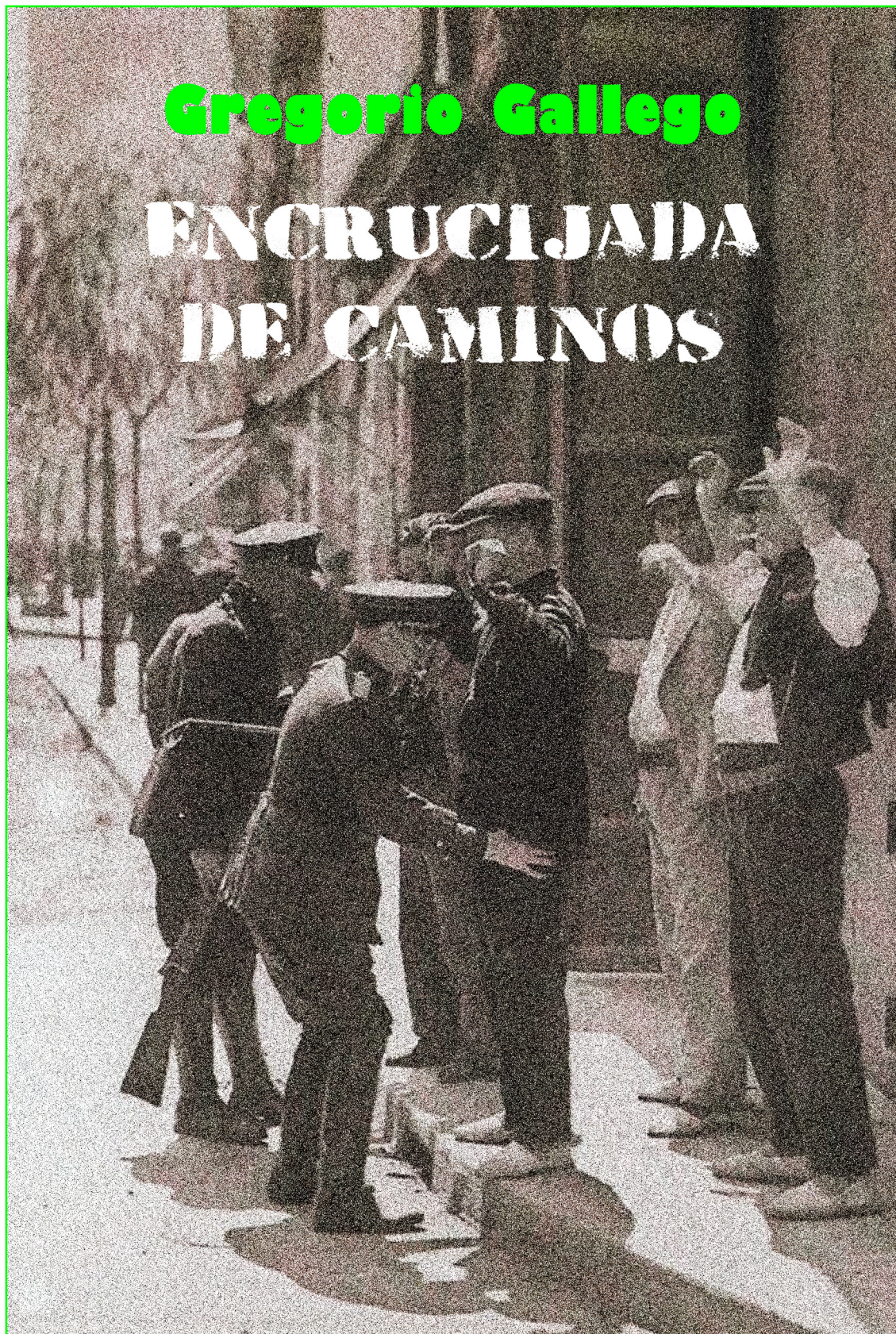


Gregorio Gallego

ENCRUCIJADA DE CAMINOS



Gregorio Gallego

ENCRUCIJADA DE CAMINOS

Tres de cuatro soles

Libertarias/Prodhufi

Primera edición: Marzo 1992

Edición digital: C. Carretero

Difunde: Confederación Sindical Solidaridad Obrera

http://www.solidaridadobrera.org/ateneo_nacho/biblioteca.html

Gregorio Gallego

ENCRUCIJADA DE CAMINOS



Tres de cuatro soles



Libertarias/Prodhuvi

Cubierta: Héctor Carrión

«...escucha: ¡España quiere surgir; brotar, toda una España empieza! ¿Y ha de helarse en la España que se muere? ¿Ha de ahogarse en la España que bosteza?»

Antonio Machado

Aquella noche dormí mal, muy mal, a pesar de que mi madre le dice a todo el que quiere escucharla que duermo como un lirón. La culpa la tenía don César Portillo, el opulento director de «La Mañana», por la sugestiva invitación que me hacía de ingresar en la redacción de su periódico. Mentiría si no dijera que la carta recibida el día anterior me cosquilleaba en lo más recóndito de mi ser. Es más, en los desvelos de mi loca noche de duermevela ya me veía encumbrado a la gloria del periodismo, mi ambición más inmediata y exigente, y eso que «La Mañana» era un periódico tan versátil que me atraía y repelía al mismo tiempo.

Llegué a la cita con exactitud cronometrada, esperé en la antesala dos o tres minutos y me encontré, sin transición, en el despacho del discutido y polémico director de un diario que se llamaba independiente, aunque fluctuaba entre la izquierda más radical y la derecha más conservadora para fijar su línea editorial en lo que unos llamaban populismo demagógico y otros amarillismo reaccionario. Al traspasar la puerta corredera del santuario de César Portillo me temblaban las piernas y sentía un ahogo emotivo, pero el gran hombre estaba escribiendo y siguió escribiendo con un gesto que acentuaba la rabia en las comisuras de los labios y profundizaba los surcos verticales de su entrecejo. De pie, frente a él, seguí cinco minutos pesados y chirriantes como el rasguear de la estilográfica sobre la cuartilla... El despacho era un modelo de asepsia. Ni un símbolo, ni un cuadro, ni un adorno. En las paredes blancas reverberaba la cruda luz del atardecer y los muebles de tubo cromado empezaban a enfriar mi entusiasmo. El tiempo se me hizo tan agobiante, que recordé las palabras de mi padre al leer la carta de César Portillo: «Si quieres seguir siendo una persona honrada, lo mejor que puedes hacer es romper esa carta y olvidarte de los Portillo, porque todos son una partida de granujas. Dicen que César es el mejor, porque es republicano, pero a mí me parece el más camaleónico y demagogo de todos...» César Portillo levantó la cabeza, me contempló minuciosamente, sus pupilas evanescentes se posaron en las mías, sonrió

enigmático y se retrepó en el sillón giratorio de alto respaldo al mismo tiempo que exclamaba: «De modo que tu eres Avelino Rico», lo dijo de una manera ufana como si acabara de hacer un descubrimiento. Yo me quedé sin palabras hasta que él me tendió la mano con un cordial apretón.

—Perdona que no te haya atendido, pero ya sabes lo que ocurre cuando se dejan escapar las ideas... Qué, ¿estás dispuesto a trabajar en «La Mañana»?

—Sí, claro que sí, aunque no sé... —me sentí enardecido por las misteriosas vibraciones que estimulan las ambiciones y ponen música en los sueños—. Me gustaría mucho, pero yo no soy periodista.

—Bah, no te preocupes. El periodista se hace en el oficio. Lo importante es saber escribir, tener imaginación y cierta agudeza crítica... —hablaba pausado, saboreando las palabras y con el oído atento a su eufonía—. He seguido con interés los artículos que vienes publicando en la Tribuna Libre del periódico y algunos tienen mucha enjundia y picardía. Ayer mismo se comentaba, burla burlando, en los pasillos del Congreso tu ingeniosa sátira sobre el socialenchufismo y puedo asegurarte que a muchos diputados de la mayoría les ha hecho pupa... Hay que insistir en ese tema. Si les duele es que se sienten culpables y el sentido de culpabilidad es el talón de Aquiles de la política. La interpretación del socialenchufismo como sucedáneo degradado del caciquismo canovista va a dar mucho que hablar... ¿Qué opinas tú?

—Nada... no opino nada... Sencillamente, me agrada lo que me ha dicho.

—Pues entonces no hay más que hablar... —se levantó y confianzudamente me echó el brazo sobre el hombro y me llevó hacia la puerta—. Vete a ver al redactor jefe, que él te informará de los intríngulis de la casa... Quiero hacer de ti un buen periodista, porque tienes madera y me gusta tu estilo combativo. Ya verás como todo sale bien... —me despidió en la puerta corredera con la sonrisa que tanto conocía, una sonrisa estereotipada en las páginas de «La Mañana» a diario, su sonrisa de político.

César Portillo me dejó desamparado ante la mirada ávida de su secretaria, una rubia platino que imitaba descaradamente a Jean Harlow, el último producto lanzado por la incubadora de vampiresas de Hollywood.

—Por favor, ¿quiere indicarme el despacho del redactor jefe?

—Pedrito, ricura, ¿por qué no atiendes a este caballero? —se abanicó pudorosamente con las largas pestañas rimmeladas y siguió limándose las uñas.

—Porque tengo que terminar de cerrar los sobres y salir pitando.

—Mira el descarado. Tu obligación es hacer lo que yo te mande.

—No es necesario que me acompañes, chaval. Basta con que me indiques el camino...

Pero el botones ya se había levantado de la mesita que ocupaba en el rincón y discutía con la secretaria: «Cualquier día le diré a don César que eres muy desobediente». «Y yo le diré que tú tienes mucha mandanga...»

—¿No te parece que es demasiado? —seguí al botones por el pasillo.

—Es que es muy mandona, sabe... ¿Va a trabajar usted aquí?

—Espero que sí.

—Pues tenga mucho cuidado con Lula, porque es una chivatona. Se ha creído que todos somos esclavos suyos... Mire, ese es el despacho del señor Artigas.

El redactor jefe me estaba esperando y salió a recibirme con la mayor jovialidad. Su despacho no se parecía en nada al del director. Era una verdadera leonera atestada de periódicos, libros y revistas. Sobre la mesa tenía los diarios de la noche con olor a tinta fresca y una buena colección de la prensa de provincias.

—Siéntate, no andes con cumplidos... —me indicó una silla—. El jefe me ha dicho que estáis completamente de acuerdo y que esta misma noche empiezas la faena.

—Realmente hemos hablado muy poco.

—¿Para qué más...? Tú quieres ser periodista, él quiere que lo seas y yo pienso que puedes serlo. Ahora lo único que tienes que hacer es ponerte a trabajar y demostrar que vales. Así que manos a la obra...

—El caso es que yo no sé lo que puedo hacer. Don César me ha dicho que usted me daría instrucciones y me pondría al tanto.

—Sí, hijo, no te preocupes. Yo soy la nodriza de la casa... ¿Qué te parece si me hicieras un comentario sobre los obreros sin trabajo, recalcando mucho la cifra de ochocientos mil y poniendo un poquito de drama en los enfrentamientos que se produjeron ayer en la Puerta del Sol...?

—El tema me gusta, pero lo que pasó ayer en la Puerta del Sol fue una algarada sin importancia.

—El tema y lo que pasó es lo de menos. Lo que importa es que el artículo se le atragante a Largo Caballero y excite la bilis de Azada. Si lo consigues, darás una cumplida satisfacción a nuestro director... —quizá observó mi gesto de desagrado porque, tras centrarse las gafas y pellizcarse el mentón, añadió—: Don César opina que una cosa que va mal hay que precipitarla en lo peor para después enderezarla.

—La teoría me parece un tanto arriesgada. Yo creo que sería preferible enderezar las cosas antes de llegar a lo peor.

—Nuestra opinión no cuenta, hijo. Confía en nuestro director. El sabe lo que quiere y le gusta que nosotros queramos lo mismo —se levantó muy sonriente y campechano, me cogió del brazo, palpando mis músculos, y me llevó a la sala de redacción.

En la amplia sala trabajaba una docena de hombres y mujeres que se aislaban unos de otros por las cortinas de humo de sus respectivos cigarros. La atmósfera era tan espesa que me hizo toser y guiñar los ojos. Parecía imposible que se pudiera soltar la imaginación, y mucho menos hilvanar las palabras, en aquel guirigay de voces y máquinas aporreadas. El redactor jefe me presentó como un meritorio o algo así y luego me indicó una mesa vacía. «Arréglate como puedas», me dijo. «De momento te resultará extraño, pero ya verás como te familiarizas enseguida».

No fue tan fácil sustraerme al ambiente de chirigotas y burlas. Había entrado en el rebaño como uno más, sin que nadie prestase la menor atención a mis esfuerzos. Sólo Blanca Sahara me asaeteaba de vez en cuando con sus miradas

de simpatía. Mi primer artículo lo escribí sudando tinta. Lo monté letra a letra, palabra por palabra, con verdadera pasión de condenado. Los ochocientos mil hombres que pululaban por la geografía española pidiendo trabajo o reclamando un subsidio de tres pesetas y dos litros de leche se me agolparon en la mente con un aullido de rabia.

—¿No estarás protagonizando el parto de los montes? —se acercó Blanca a mi mesa.

—Casi, casi... —observé por primera vez que la redacción se había quedado casi vacía—. Es muy tarde, ¿no?

—Más de las once. ¿Te falta mucho para terminar?

—No sé... Ya he rehecho el artículo tres veces y sigue sin gustarme.

—A ver, déjame que dé un repaso a las cuartillas —se apoderó de lo que tenía escrito y se puso a leerlo tranquilamente. Su impertinencia me llenó de terror y sentí la tentación de arrebatarse las cuartillas—. ¿Sabes que es muy bueno?

—¿Tú crees...?

—Me parece muy sincero, muy vivo.

—Todavía no está terminado. Además, tengo que corregirle y pasarlo a limpio a máquina.

—No digas bobadas. ¿Es que piensas hacer una obra de arte...?

Como yo me obstinase en continuar sudando mi artículo, aprovechó la entrada del redactor jefe en la sala para llevarle a mi mesa y obligarle a leer lo que había escrito. Su confianza con él era manifiesta. Tras su lectura, Artigas me miró con simpatía y hasta tuvo la gentileza de apoyar su mano en mi hombro.

—Está bien... Un poco doctrinario y algo incongruente, pero con mucha garra. Quitando todo lo bueno que dice del socialismo y lo malo que atribuye al capitalismo quedará perfecto... —se metió las cuartillas en el bolsillo de la americana—. Espero que le guste al jefe, jovencito, porque tiene mucho interés por ti.

—¿Lo ves...? —las pupilas de Blanca me envolvieron en un abrazo insinuante.

Resultaba curioso. Acabábamos de conocernos y parecíamos amigos de toda la vida. Al salir del periódico Blanca se empeñó en invitarme a tomar un pisco. Yo pensé en un bocadillo de calamares o de chorizo con un buen vaso de vino o una caña de cerveza, pero cuando quise darme cuenta estaba en uno de los restaurantes más lujos de Madrid. El centelleo de las arañas de cristal, las tersas pecheras almidonadas de los camareros, la mantelería impecable y las finas copas de cristal me hicieron sentirme incómodo.

—¿No podíamos ir a otro sitio menos superfirolítico? —me quedé indeciso sin atreverme a sentarme. Los ochocientos mil obreros sin trabajo protestaban dentro de mí contra aquel lujo.

—¿Es que no te gusta?

Un camarero muy entonado y grave se acercó a nosotros y saludó a Blanca con una gentil reverencia.

—Sí, sí...

Mientras ella repasaba la carta yo pensaba en los precios con verdadera alarma. Todo mi capital no pasaba de veinticinco pesetas. Recordé que había sido Blanca quien me había invitado, pero mi vena galante estaba tan a flor de piel que nunca pensé dejarla pagar.

—¿Qué vas a comer tú?

—No sé... cualquier cosa.

—Cualquier cosa puede ser una cazuela de mariscos y un filete de ternera con guarnición...

Yo me encogí de hombros y el camarero apuntó lo que le dijo Blanca y se marchó. Mi compañera se hallaba en su ambiente. Supuse que era asidua del establecimiento por la libertad y desenvoltura con que saludaba y trababa conversación con las personas que fueron ocupando las mesas de alrededor.

—¿En qué piensas? —se acodó sobre la mesa y se adentró en mis pupilas cosquilleándome agradablemente—. Parece que te encuentras en el banquillo de los acusados.

—Pues sí, no lo niego... Me resulta ofensivo ver tanto lujo cuando miles de españoles no pueden cubrir sus necesidades mínimas.

—Es una pena, pero nosotros no podemos remediarlo. Dios nos libre de caer en la demagogia populista de los que quieren igualar por abajo... Hombre, Poli... —estrechó Blanca la mano que le tendía un vejete atildado con quevedos de oro—. ¿No conoces a Avelino Rico...? Es el último descubrimiento de César Portillo, y parece que esta vez ha hecho un buen fichaje.

—¿De modo que tú eres el francotirador de Tribuna Libre...? —el famoso revistero taurino de «La Mañana» tomó asiento entre Blanca y yo—. La semana pasada hablamos de ti en el Consejo de Redacción y César Portillo estaba tan entusiasmado con tus diatribas antigubernamentales que supuse que no tardaría en llamarte. Con todo, me parece que metes demasiado hierro en los comentarios. No es que don Manuel sea santo de mi devoción, pero tiene mucho más talento del que tú le atribuyes y es uno de los pocos republicanos que sabe lo que se trae entre manos.

—Menos a la hora de escribir, que es gárrulo y pedante —dijo Blanca.

—O a la hora de hacer, que es gárrulo y burgués —añadí yo.

—Al parecer, los extremos se tocan... —arqueó don Poli las cejas y soltó su risita de conejo.

A todo esto el salón se había ido llenando. Allí estaba lo más representativo del Madrid noctámbulo y funambulesco: artistas, toreros, políticos, hombres de negocios, periodistas y hasta algunos aristócratas. Desde la flor y nata de las pantorrillas del Romea y del Martín hasta la honra y prez de los apellidos ilustres que dan solera y prestigio a los consejos de administración del comercio y de la industria. Si no hubiera estado obsesionado por la cuenta, aumentada y agravada con el consomé de rabo de buey y la cazuela de angulas que pidió don Poli, me hubiera derretido de gusto oyendo los punzantes comentarios del veterano revistero sobre los famosos que llenaban el local.

Don Poli se regodeaba relatando la vida y milagros de los triunfadores que presumían a diario en la prensa de haber surgido de la nada o de ser hijos de su talento o de su arte... La damita joven que ejercitaba su ingenio de comedianta en la cama de su empresario, la vedete de poderosas nalgas que hacía cucamonas al endiosado compositor al mismo tiempo que practicaba una especie de feudalía lesbiana con las chicas de su conjunto, el cantante de moda o galán bonito aureolado de gloria gracias a los intrincados laberintos de la sodomía, los políticos de la oposición nutridos y engordados en los consejos de administración de poderosos grupos financieros, y los joviales y sonrientes políticos gubernamentales alimentados con ricas sinecuras.

—No le hagas caso —me dijo Blanca en un momento en que don Poli fue llamado a la mesa de un diestro de tufos gitanos que alternaba con un grande de España y una cupletera—. Aunque yo le aprecio mucho, Poli es un amargado con una lengua de escorpión. El se llama estoico por no llamarse fracasado. Ha escrito dos o tres novelas muy malas y sus obras de teatro no hay quien las aguante con tanta metafísica y tanta ética rancia. Hasta las mujeres le han vuelto la espalda.

—¿Ha tenido muchas mujeres?

—Yo le he conocido dos fijas y algunas de paso. La última con la que vivió, se la trajo de un villorrio salmantino muy ponderado por la flauta pastoril de Gabriel y Galán. El pobre estaba encantado con su moza de cántaro. Se le había metido en la cabeza que la honestidad y la discreción sólo florecían en estado silvestre, hasta que la sorprendió en la cama con un pariente que servía en Húsares del Rey.

Don Poli regresó a nuestra mesa fumando un enorme habano.

—¿Qué te estaba contando esta lagarta de mí?

—Nada, hijo, a ver si te has creído que soy tan maldiciente como tú.

—Tanto no, de otra manera. No te fíes, chaval... Con las mujeres siempre hay que ser muy precavido, porque la que no te la juega al principio, te la juega al final. Para mí siguen siendo infalibles las sabias palabras de aquel santo

arzobispo toledano que decía que todas las mujeres son unas putas mientras no se demuestre lo contrario, y las chatas aunque se demuestre.

—Ja, ja, ja... —soltó Blanca el trapo de su risa—. Afortunadamente yo no soy chata.

—Pero tienes la nariz respingona, y si el probo y bienpensante arzobispo no dijo nada de las narices revueltas, yo puedo decir mucho y nada bueno.

Mientras Blanca y don Poli se zurraban medio en broma, medio en serio, pero con indudable malignidad, yo no perdía de vista al camarero. Cada vez que pensaba en la cuenta se me revolvía la cazuela de mariscos y el filete de ternera. De haber tenido dinero para pagar me hubiera levantado inmediatamente.

—¿Te aburres? —me miró Blanca.

—No me aburro, me caigo de sueño.

Blanca hizo una seña al camarero y éste vino con la nota, pero don Poli le dijo que la pasara a la cuenta del marqués que acompañaba al diestro de los tufos gitanos y la cupletista. «Si le gusta el machismo crudo, que pague también la publicidad», comentó con su risita de conejo mientras daba un chupito a la copa de coñac.

Cuando salimos del restaurante el frío del amanecer se paseaba a sus anchas por las desiertas calles que confluían a la Puerta del Sol. Blanca se colgó de mi brazo con toda confianza y me pidió que la acompañase. No hacía falta ser un lince para saber lo que pretendía. Cuando la oí discutir con don Poli desde un ángulo mojigato y convencional, me pareció haberme equivocado, pero no, al llegar a su casa me invitó a subir a su piso, y una vez allí me invitó a tomar una copa y después otra y otra... Casi no recuerdo el momento en que perdí la timidez, pero debió ser entre la quinta y enésima copa de coñac. No era la potra de nácar con la que yo soñaba, pero poseía infinitos recursos para enardecer a un jovenzuelo inexperto como yo. En mis recuerdos figura aquella noche como una de las más felices de mi vida.

Cuando volví a casa a media mañana se mascaba el aire de tragedia. Mis padres habían discutido y estaban de morros. La cosa no era nueva. Siempre los había conocido discutiendo por trivialidades con una especie de reconcomio inútil, desesperado. Cada uno me quería a su hechura y semejanza. Mi madre hubiera querido que viviera con la misma pasión que ella los misterios de la fe y la devoción a la Virgen de la Almudena. Para mi padre, en cambio, no existía más Iglesia que la Casa del Pueblo ni más redentor que Pablo Iglesias. La obstinada polémica sobre lo mejor y lo verdadero me tuvo de parte de mi madre hasta que en los últimos años del bachillerato descubrí las corrientes del materialismo en sus vertientes ácrata y marxista. Coincidió mi metamorfosis con la crisis política de los últimos años de la monarquía y en muy poco tiempo me pasé al campo de la revolución con todo el fervor de la juventud. En los meses que precedieron al advenimiento de la República, puedo decir que no hubo acontecimiento importante ni manifestación de protesta en los que yo no interviniera. En la Facultad de San Carlos anduve por los tejados arrojando piedras y tejas, y en la Puerta del Sol, más de una vez, me escapé por entre las patas de los caballos de la Guardia de Seguridad.

—¿Qué haces? —abrió mi madre la puerta con mucho cuidado creyendo sin duda que me había acostado.

—Ya lo ves... —le mostré el libro que estaba leyendo.

—Tú leyendo tan tranquilo y tu pobre padre y yo... No te das cuenta. Toda la noche pendiente de ti, pensando que te podría haber ocurrido algo. Y luego ese olor. ¿Con quién has estado?

—Ya os dije que estuve en la redacción.

—Tú padre dice que no es posible, que a esas horas ya no hay nadie en las redacciones de los periódicos.

—Terminamos muy tarde y luego fuimos a comer algo por ahí... —me tiré de la cama y estreché su cuerpo menudo entre mis brazos—. Me parece que ya soy

un hombre. En lo sucesivo voy a faltar muchas noches y tenéis que iros acostumbrando.

Mi padre fue más renuente en deponer su enojo. Aceptó las explicaciones que le di con cierta reserva, una reserva que se había venido incubando desde que rompí mi carné en una asamblea de la Casa del Pueblo y grité a todo pulmón que los socialistas estaban traicionando la revolución desde el gobierno.

—No me importa que hayas pasado toda la noche fuera de casa ni que huelas a zorra, como dice tu madre. A tu edad..., en fin, lo comprendo. Lo que me duele es lo otro... verte trabajar para ese cerdo.

—César Portillo es un tipo estupendo. Me gustaría que le tratases...

—Conozco bien a todos los de su ralea y te digo lo que tú decías de los socialistas... que eso es apuntalar los contrafuertes del capitalismo.

—Es distinto, padre. A mí me pagan por escribir, pero te juro que no escribiré nunca contra los trabajadores... ¿Has leído mi artículo?

—Ahí está... —señaló con displicencia un estante donde se veía «La Mañana»—. Por desgracia, tienes razón en lo que dices. Los números son aplastantes, ¿pero quiénes son los culpables...?

—Los socialistas están en el gobierno.

—Tienes razón... —se apretaron las arrugas de la cara y me volvió la espalda para seguir restaurando un cuadro de San José y el Niño Jesús.

Durante unos meses fui el correveidile de «La Mañana», una especie de chicoparatado que lo mismo olisqueaba en los pasillos del Congreso que entre los bastidores y camerinos de los teatros, sin descartar los entresijos de la Dirección General de Seguridad o los elegantes antros nocturnos. Artigas me llamaba cazador de noticias para disimular las misiones de entrometido y fisgón que me encomendaba. Mi campo de operaciones era tan vasto como las extravagancias que incubaba una gran ciudad y tan complejo como la picaresca que alimenta. Por mi experiencia en aquel período puedo dar fe de que Madrid es una ciudad rica en argucias, ingeniosa en fullerías y con mucho estómago para asimilar toda clase de comistrajos.

De aquella época data mi famosa crónica sobre los fraudes estéticos del modista Paquito que todavía figura en las antologías del periodismo tremendista. Se me ha reprochado muchas veces que «Adulteraciones en la Línea» arruinó el prestigio de «nuestro más original creador de la moda femenina», y no han faltado los que me atribuyen la culpa de que Paquito apresurase sus días en el abuso de las drogas. Incluso uno de sus amigos íntimos, quizá más íntimo que amigo, me arreó por sorpresa un puñetazo que me tuvo una semana con un ojo a la funerala. Sin embargo, yo no hice más que reseñar con exactitud y objetividad el pase de modelos en los salones Bella Vida y poner al descubierto los trucos y fraudes de que se valía para sembrar el histerismo entre sus admiradoras femeninas. La idea de que allí había gato encerrado me la brindó el comentario de una elegante dama: «Yo no sé cómo se las arregla Paquito para encontrar chicas tan lamidas de caderas». Lo único que yo hice fue dar una respuesta cumplida descubriendo las argucias travestistas de los sofisticados mancebos que exhibían los modelos de Paquito.

Con esta crónica que, según Blanca Sahara, revolucionó la moda y obligó a los modistas a respetar las bellas curvas femeninas, y los tres reportajes que publiqué sobre el falso secuestro de Amparito Luzán casi seguidamente, quedé consagrado definitivamente como reportero.

Por cierto, el descubrimiento de Amparito Luzán en una casita de Carabanchel me enfrentó con el inspector Ortiz y con la familia de la muchacha. El policía me amenazó con meterme en la cárcel por pisarle la gloria de la captura, y la prepotente familia intentó sobornarme para que desmintiera las declaraciones que Amparito me hizo espontánea y libremente en presencia del novio, y luego, cuando vio que yo no me prestaba al juego del secuestro, pretendió enredarme en un juicio por calumnias, cuyo juicio no se vería nunca. Al final tuvieron que transigir con casar a su hija con el presunto secuestrador, que era la única solución razonable, pues Amparito estaba perdidamente enamorada del hombre que sus padres consideraban poco menos que un criminal de horca.

Con todo no estaba satisfecho con mi papel de reportero volante. Empezaba a preocuparme mi integridad física, pues además del ojo a la funerala que me

puso el macarra de Paquito, dos o tres veces salvé de verdadero milagro las narices y algún hueso de los enemigos de la información.

Aprovechando que Benítez, el crítico literario, me había pedido algunas veces colaboración para el Suplemento Literario del periódico, le pedí a Artigas que me pasara a esta sección, pero el redactor jefe movió la cabeza y me dio a entender que no dependía de él. Más o menos me dijo: «Nadie te impide que escribas de literatura y poesía todo lo que te dé la gana. Me parece bien que sigas ayudando a Benítez, si es tu gusto, pero sin dejar de hacer periodismo de primera mano. El jefe quiere curtirte, hacer de ti un periodista completo, porque se le ha medito en la cabeza que eres un genialoide especialmente dotado para la información».

Así estaban las cosas cuando una mañana mi madre me despertó del más dulce de los sueños.

—¿Qué pasa?

—No sé, te llaman de la redacción. Me han dicho que es muy urgente.

—¿No te ha dicho quién me llama?

—Tampoco se lo he preguntado...

Me tiré de la cama y fui al teléfono que estaba junto a la puerta del taller. Mi padre me miró, gruñó que cualquier día atraparía una buena pulmonía y se volvió de espaldas... «Sí, sí, Avelino al aparato», respondí al atiplado ceceo de Artigas... «Oye, el jefe está que muerde con tu comentario sobre el libro de Alberola. Me ha echado un broncazo por haber permitido su publicación y me ha dicho que quiere hablar contigo inmediatamente... Te aconsejo que capees el temporal como puedas sin meterme a mí en el lío. Yo me he sacudido las pulgas y me las seguiré sacudiendo...»

Mientras mi madre me freía un par de huevos con tomate y me preparaba el café con leche, yo me metí en la ducha y diez minutos después me sentaba en la mesa de la cocina.

—¿No será algo malo? —caracoleaba mi madre en tomo mío quitando y poniendo platos.

—No, no lo creo...

En realidad no estaba tan seguro. Normalmente soy poco reflexivo. Poseo una imaginación rápida e intuitiva, pero más creativa que analítica. Cuando se me ocurre una idea o siento el arrebató de la inspiración, me entrego al goce retórico con toda vehemencia. Esto tiene sus ventajas y sus inconvenientes. De las ventajas no hablemos, porque de sobra son conocidas las obras que brotan espontáneamente, liberadas de trabas, prejuicios y servidumbres de escuela. ¿Pero qué decir de los inconvenientes y meteduras de pata...? El amor propio se resistía a reconocer que me había ensañado con Alberola más que por su libro, que era una escapada con mucho aparato de drama y, en el fondo, desaguadero sentimental y blando de su frustración amorosa, por la rabiosa antipatía que le profesaba desde que acusó públicamente a Eva Campos de perversión moral.

Conste que yo no conocía personalmente a Eva Campos. Sabía que era hermana de mi jefe y que su nombre familiar era Lucrecia Portillo, aunque este detalle apenas si contaba en mi pasión de mitómano. Era lo que se dice un evacampista fervoroso forjado en la idolatría y la admiración. Había visto media docena de veces la película «El misterio de Lilí Ocampo», donde se mostraba soberbia y fascinante en su papel de mujer rebelde a los convencionalismos. Conocía las tres novelas que llevaba publicadas y algunos cuentos y narraciones. Incluso participé en la manifestación de protesta ante la embajada de Italia cuando Mussolini la expulsó de su país por unos comentarios que había hecho sobre el sistema represivo del fascismo y el trato que daba a sus enemigos políticos en la isla de Lipari. Y poseía una reproducción de «La bacante del antifaz», un desnudo maravilloso de Sañudo al que algunos críticos negaban «serenidad moral», cosa que a mí me importaba un rábano.

El taxi me dejó a la puerta del chalé que mi jefe poseía en Puerta de Hierro, una especie de palacio renacentista sombreado por copudos árboles.

—¿Qué desea? —me asaltó por la espalda una viejuca muy engolada.

—Quería hablar con el señor Portillo.

—El señorito no recibe a nadie...

Iba a decirle que había sido llamado por él, cuando vi descender por la escalinata a María Luisa, la mujer de mi jefe. Ella también me reconoció y me hizo una seña para que subiese, pero la viejuca me cerró el paso.

—Déjale, Felisa, el señorito le está esperando...

Tanto el vestíbulo como los pasillos y salones por los que pasé estaban ricamente alhajados, pero al entrar en la habitación del piso superior, donde mi jefe se hallaba encamado, me encontré de nuevo con el detestable frío metálico de su despacho de la redacción: paredes desnudas, muebles de tubo niquelado y luz, mucha luz. Al verme se incorporó en la cama y me mostró «La Mañana» como una acusación.

—Entra, entra... ¿Cómo se te ha ocurrido escribir esta mamarrachada?

—¿Mamarrachada dice...? —me quedé frío y paralizado.

—Sí, sí, mamarrachada. Es francamente sucio y grosero... una canallada que me pone en ridículo.

—El artículo puede que sea inconveniente y hasta malo, pero lo que no admito de ninguna manera es que sea una canallada —reaccioné gritando como él.

—Todavía no he conseguido explicarme por qué has escrito una cosa así —me pareció que se dulcificaban su gesto colérico y su mirada despótica.

—No sé... me lo sugirió la lectura de «Veneno en el corazón».

—Y lo pasaste de matute, porque según me ha dicho Artigas él no lo conocía.

—Se lo di a Benítez... Hablando del libro de Alberola los dos coincidimos en que su tan ponderado ultraísmo era una tomadura de pelo para ocultar su intrascendencia poética.

—Bien, quizá tengáis razón. A mí también me parece una palinodia, un juego de retórica inane. Por otra parte, estoy convencido que los cambios de frente formales casi siempre encubren una revisión de los contenidos. Pero ahora no se trata de eso... —volvió a cerrársele el entrecejo—. Debieras haber

comprendido, sin que nadie te lo dijera, que después de lo ocurrido entre mi hermana y Joaquín Alberola, en mi periódico no podía aparecer nada que hiciera mención al caso y, naturalmente, mucho menos aprovechar el pretexto baladí de un libro para escribir un artículo que no tiene desperdicio.

—A mí no me interesa lo que haya pasado entre su hermana y Alberola.

—¿Que no te interesa...? ¿De dónde sacas entonces las alusiones que haces a su vida privada, llamándole tartufo y oficiante de hedonismos trasnochados? ¿Por qué te permites satirizar sus escrúpulos morales? Si al menos hubieras escrito un comentario sereno y objetivo, pero no, te has emponzoñado en rencor. Por cualquier lado que mires el artículo rezuma desprecio. Más parece la carta de desafío de un rival celoso que un comentario literario.

—Lo siento... —bajé la cabeza abochornado—. Está visto que no sirvo para crítico literario, aunque la literatura sea mi más querida pasión.

—Yo creo que con el tiempo serás un buen literato, pero antes tienes que comerte los impulsos y ese afán de sinceridad, que maldito para lo que sirve... ¿Qué te parece si escribieras un artículo de desagravio?

—El caso es que «Veneno en el corazón» es tan reaccionario y ajeno a la palpitación de nuestro tiempo que no podría decir nada nuevo de él.

—Tampoco es necesario que hables de ese libro. Incluso podías referirte a otras obras tuyas. Lo importante es rectificar los juicios personales para que nadie pueda creer que tu artículo ha sido inspirado por mí o por mi hermana.

—Bien, lo haré... por más que considero a Alberola un hombre acabado.

César Portillo sonrió enigmático y me tendió la mano amistosamente. Todavía seguimos hablando un rato hasta que llegó el médico, mejor dicho, siguió hablando él de embrollos e intrigas políticas.

Por primera vez aquella noche no fui al periódico. Escribí el artículo de desagravio en mi casa y se lo mandé a Artigas con una nota en la que me excusaba de llevarlo personalmente por encontrarme con la «cirila», la gripe de moda.

La fuerte depresión sicológica que sufría, más que el liviano enfriamiento, fueron un magnífico pretexto para pasarme dos días en la cama leyendo «Contrapunto» de Huxley. Encerrado en mi habitación devoré las seiscientas y pico páginas torturado por la duda. Al terminar la lectura del apasionante mamotreto sentía asco de mí mismo y del mundo que me rodeaba. Los diosecillos ideológicos se me revolvían en la mente como bestias destructoras.

Recientemente había hecho una visita a El Escorial guiado, en parte, por mi afición a los monumentos históricos que jalonan nuestra historia y, en parte, influido por las «Meditaciones» de Ortega y Gasset. Durante mi visita escribí algunos apuntes sobre el paisaje berroqueño —tópico de homenaje al Maestro—, la berroqueña seriedad de la férrea voluntad de Felipe II —absurda interpretación mía de la contemplación—, y algunas ideas que me sugirió un anciano de hermosas barbas blancas que me acompañó por salas y corredores vivificando con su palabra cálida la grandiosidad del santuario funerario.

Con aquellos apuntes y la reacción que me había producido el libro de Huxley compuse un trémolo lírico en respuesta a la deshumanizada soledad de Philip Quarles, clave biográfica del autor inglés en la orquestación de «Contrapunto». San Francisco de Asís, estigmatizado por el personaje de Huxley como degenerado y perverso, se me reveló de pronto como el más alto ejemplo de humildad fraternal. Tan contrito me hallaba que, incluso, estaba dispuesto a presentarme ante Alberola y pedirle perdón de rodillas.

Con la cabeza llena de musarañas piadosas, me levanté de la cama y fui a dar una vuelta por la redacción, de paso que llevaba el artículo.

—¿Ya estás bien? —brillaban burlones los ojillos de Artigas.

—Completamente nuevo.

—¿Y la zurra?

—Bah, tenía razón. Fue una metedura de pata por mi parte.

—Una metedura de pata que hubiera resultado ingeniosa y hasta simpática si en vez de meterte con Alberola, cuya familia es accionista del Banco Portillo, lo hubieras hecho con García Lorca, por ejemplo.

—Entonces, ¿tú crees...?

—Yo no creo nada. En este mundo todo es relativo y me parece bien que hayas seguido los consejos del jefe. Es una buena táctica para llegar lejos...

El cinismo se apretaba en las comisuras de sus labios. Me dieron ganas de responderle adecuadamente, pero inmediatamente me arrepentí de aquel rebrote de soberbia y salí del despacho con la cabeza gacha. La humildad franciscana no sólo me duraba, sino que mi cerebro era un jardín de florecillas piadosas. ¿Qué ventolera me había entrado para que toda la gente que paseaba por la calle con aspecto feliz y satisfecho me pareciera ruin y despreciable? Incluso me paré a releer el trémolo místico que había escrito y algunas de las frases estampadas en el papel me sonaron a música celestial: «Sólo quien pueda amansar la fiereza de los lobos, alegrar la tristeza de los hipocondriacos y curar las heridas de los llagados por la miseria y la humillación, puede salvar al mundo de la vanidad y soberbia que le corroe...» En esto tropezó conmigo un mocetón que tenía la cara llena de granos purulentos. Aunque el tropezón fue tan crudo que casi me arroja al lodazal de la calzada, sentí el clamor de la humildad dentro de mí y le pedí perdón... «No sé de qué te voy a perdonar cuando la culpa ha sido mía», me miró como si yo fuera un bicho raro y siguió su camino. «Me gustaría poder ayudarte en algo», seguí detrás de él. El muchacho se paró y me contempló fosco: «¿De verdad quieres ayudarme? ¿Tienes pasta...?» No, no, sólo me gustaría saber de qué son esos granos que tienes en la cara... El muchacho me miró de arriba a abajo, farfulló unas cuantas palabrotas, me llamó imbécil y me mandó a tomar por culo. La abrupta respuesta me dejó tan aplanado que durante unos segundos no pude moverme del sitio, con mayor motivo porque el mocetón se volvió un par de veces y se llevó la mano a los genitales. Superado el trance me dirigí maquinalmente a un café de la calle de la Salud donde nos solíamos reunir en tertulia algunos redactores de «La Mañana». Allí me encontré con

don Poli y Pepe Carrasco, el crítico cinematográfico. Al verme tan reblandecido y sentimental, me tomaron el pelo amigablemente y se confabularon para llevarme a ver rodar algunas escenas de «La madre del torero», de cuyo guión eran autores.

—Hoy no tengo humor para... —iba a decir frivolidades, pero me contuve—. Otro día iré con vosotros.

—Precisamente hoy rodamos la última escena —dijo Carrasco.

—Si quieres ver a la Portales en una secuencia que hará época en los anales de nuestro cine, no te pierdas la ocasión —añadió don Poli.

El argumento no podía ser más excitante, ya que Catalina Portales figuraba en mi constelación de personajes mágicos.

De no muy buena gana me dejé meter en el «Balilla» de Carrasco. La hilaza picaresca del cine me atraía muy poco. Tiempo atrás había hecho algunos papeles de extra para ganar unas pesetillas y acompañar a mi amigo Juanjo, dominado por la pasión del séptimo arte. Incluso el director que manipulaba a mi amigo, me había prometido lanzarme en una película en la que mi amigo iba a ser el principal protagonista. Pero algo se torció en la administración de los fondos y Juanjo fue a parar a la cárcel y el director emigró a los Estados Unidos.

Cuando llegamos a los estudios todavía no había empezado el rodaje, aunque todo estaba a punto. Sólo faltaba que la gran Catalina Portales apareciera en el plató. Y lo hizo seguidamente. Los focos se encendieron y la escena cobró vida... El torero acababa de morir. La madre, una mujer sencilla, llora sin lágrimas, convulsa, estremecida. En ese momento el mozo de espadas abre la puerta a una mujer joven, hermosa, cargada de joyas. Es la amante del diestro. Catalina Portales avanza arrogante, con ritmo dramático... De pronto se fija en la madre, que está arrodillada, con la cabeza hundida en el lecho mortuario. En el rostro de la amante se proyectan las sombras de una conciencia turbada. Clavada en el suelo, ve levantarse a la madre con las pupilas secas y un gesto acusador que señala el collar de perlas y el broche de diamantes... «Tú le has matado, por ti ha muerto...» Cuando se apagaron los focos del plató estaba

profundamente conmovido. Carrasco me tocó en el hombro para decirme un tanto guasón:

—Oye, Avelino, ¿no querías conocer a Eva Campos?

Por un momento me faltó la respiración... ¿Era Eva Campos aquella mujer que me escrudiñaba de reajo? ¿No sería una broma de Pepe Carrasco? Su parecido era innegable, pero yo terna otra imagen en la retina. Mejor dicho, un montón de imágenes. Mi clisé más querido era el de Lili Ocampo, una mujer misteriosa y terrible que se cubría la mirada con un velo para atenuar el hechizo fatal de sus ojos verdes. También la hubiera reconocido inmediatamente con el tocado de pieles y los dos galgos rusos que le regaló Stalin o, tal vez, como aparecía retratada en la Gran Pirámide con el cachorro de pantera. Pero así, con el sencillo traje deportivo y el pelo recogido en un moño, me resultaba un tanto extraña y vulgar.

—Parece que le he desilusionado —me tendió la mano negligentemente.

—No, por Dios... De verdad, no se imagina las ganas que tenía de conocerla personalmente.

—Yo también tenía ganas de saludarte. ¿Supongo que no tendrás inconveniente en que nos tuteemos...? Además, tengo la impresión de que ya nos conocemos —sonrió enigmática—. ¿No seremos viejos amigos sin saberlo?

—Sí, sí, por mi parte estoy seguro. Mi admiración es tan antigua que empezó con la primera película que vi tuya y las fotos de tu matrimonio que aparecieron en las revistas.

—¡Qué horror! Debías ser un chiquillo.

—No tan chiquillo. Tenía trece o catorce años y me dio mucha pena ver a una chica tan graciosa como tú casada con un mastodonte.

Eva se echó a reír con todas sus ganas y sus pupilas chispearon regocijadas... «Eres encantador. Nunca me han dicho nada tan ingenuo y conmovedor. Realmente era un mastodonte, una montaña de carne glotona y fofa...» Primero la Portales y don Poli y luego el director y el productor de la película se sumaron a nuestro grupo y la conversación se generalizó sobre lo que

habíamos visto en el plató. Todos ellos estaban muy satisfechos y se empeñaron en autoconvencerse y convencernos a los demás que habían hecho algo muy bueno.

Poco antes de despedimos, Eva me separó un poco del grupo para darme las gracias por el artículo aparecido en «La Mañana».

—¿Te refieres al de agravio o al de desagravio?

—Al de desagravio, claro es. El otro era demasiado vehemente y hasta un poquitín romántico, pero muy poco literario. No obstante, te agradezco la intención con que fue escrito. Incluso me lisonjea que me consideres mejor que Joaquín.

—¿No estarás inventando una novela de arrepentimiento?

—De ninguna manera. Te lo digo completamente en serio. Joaquín es un gran poeta, aunque como hombre a veces resulte mezquino y egoísta.

—Digamos un poeta de espacios vacíos...

—No tanto. En su poesía hay de todo, incluso demagogia, como la que hizo en los últimos años de la dictadura. Pero ahora ha vuelto a lo exquisito y sólo le interesa al palpito de las flores y su experiencia sensorial.

—¿Y a ti?

—¿No te parece que eres demasiado preguntón...? Yo no tengo sensibilidad de azucena ni me angustian los problemas metafísicos. Vivo sumergida en mi tiempo no sólo con el alma, sino también con los huesos y la carne...

La Portales volvió a reclamar la atención de Eva en una discusión que tenía con el director y luego se las arreglaron para despedirse a la francesa... «Estas dos pájaras siempre hacen lo mismo, llenen una facilidad pasmosa para dejarle a uno con la palabra en la boca...», comentó Carrasco.

Cuando salimos de los Estudios, don Poli y Carrasco me llevaron a cenar a un bodegón pantagruélico de la calle San Bernardo decorado con ristras de morcillas, chorizo y lacones. La cena fue opípara y bien sazónada con un Valdepeñas espumoso y ligero que despertaba la sed con verlo chorrear del

pellejo a la jarra de loza. Entre trago y tajada, hablamos de todo un poco. Mis anfitriones estaban sumamente interesados en que yo aceptase como artículo de fe que «La madre del torero» poseía todas las virtudes fílmicas que solemos echar de menos en las producciones nacionales. Pero yo estaba mucho más interesado en sonsacar a Carrasco detalles de la vida de Eva Campos.

A retazos me enteré que mi «esfinge» vivía completamente apartada de todo comercio mundano en una finca que poseía en Chamartín. Según me dijo, la alta sociedad le había dado de lado tanto por sus fervores republicanos como por su separación conyugal, y últimamente también andaba de uñas con su hermano César por su ruptura con el poeta.

—En los tres años que lleva separada del marido ya ha quemado dos hombres más... sin contar los de tránsito —dijo don Poli.

—A mí me parece una mujer estupenda.

—Si me hicieras caso, te alejarías de ella como del diablo... —penduleó Carrasco con la cabeza—. Lucrecia es una mujer encantadora, pero fantástica y caprichosa como ella sola. Además, sigue casada y no creo que consiga divorciarse, porque su marido es un hombre muy influyente y está dispuesto a defender la santidad del matrimonio con la artillería gruesa de la religión y la moral. Y por último, entre Lucrecia y el diablo se encuentra Federico Montero, que es un barbián de cuidado.

—Tengo entendido que rompió con el capitán Montero cuando fue expulsada de Italia.

—Eso dijeron por aquí algunos periódicos que hacen política hasta con los enredos de alcoba, pero ellos se siguen viendo y Federico Montero se ha dejado decir que Lucrecia será para él o se la comerá la tierra.

—Coño, hasta en el amor es absolutista —gruñó don Poli.

—Bah, esas son chulerías.

—Chulerías o no, yo te aconsejo que no las eches en saco roto... —se levantó Carrasco—. De un loco hay que esperarlo todo menos que haga cosas sensatas.

Don Poli pagó la cuenta y salimos a la calle. Al llegar al cruce de la Gran Vía, Pepe Carrasco nos dejó y don Poli y yo seguimos juntos hasta la Plaza del Callao, donde nos separamos. Antes de despedimos, el viejo cronista taurino me echó el brazo por el hombro y me dijo muy serio: «Ten cuidado con esa perra, chaval, porque tiene más dientes que la otra. Mira que yo conozco a las mujeres y sé por experiencia que todas muerden. Tenlo presente y anótalo en tu memoria. Como te dejes engatusar por Lucrecia, no te salva ni el mismísimo Satanás, porque es una Antinea, una devoradora de hombres, y no me extrañaría que también lo fuera de mujeres por los arrumacos que hace a la Portales...»

Entre el ruido infernal de las máquinas de escribir aporreadas y la polémica que se traían Martínez, el cronista parlamentario, y Benítez, sobre si la «hidra monarquizante» tenía fuerza para «cargarse» la República, oí que me llamaban por el apellido, pero me hice el orejas por temor a perder la máquina si me levantaba... «Señor Rico. ¡Ay, este hombre parece sordo!», volvió a llegarme la voz aflautada de la secretaria del director. Con todo, seguí haciéndome el sueco, dispuesto a terminar el reportaje cinematográfico. Pero Lula no se mostraba menos obstinada con su vocecita salmodiante.

—Por favor, rica, entra, llévatelo de las orejas, pero no me espantes las ideas —gruñó Golito.

—Oiga, a mí no me llame usted rica, sabe. Eso se lo dice a su novia.

—Avelino, por favor, ponte al aparato, que ya está bien de monserga.

—Ah, ¿pero es a mí a quien llama? —me levanté con mucha pachorra.

—¿Y ahora se entera? Ande, dese prisa, que el director le espera... Qué rabia de hombres. De buena gana los mandaba a todos a la porra —se alejó taconeando fuerte y gruñendo.

César Portillo estaba sentado a la mesa leyendo unas cuartillas que, si la vista no me engañaba, pertenecían a mi trémolo místico. ¿Era suspicacia mía o César Portillo se esforzaba en contener la risa?

—Hola, Avelino, ¿qué tal vas de la «cirila»?

—Ya me la he sacudido.

—Pero, al parecer, te dio fuerte...

—Sí, creo que sí —su actitud empezaba a resultarme sospechosa. Lo que más me escamaba es que no hubiera levantado ni una sola vez la cabeza, cuando lo normal en él es que le apabulle a uno con la mirada.

—Empiezo a comprender. Vamos a ver... ¿tienes mucho interés en que se publique este artículo?

—¿Le parece mal?

—No es que me parezca mal, pero además de que es muy largo, resulta poco periodístico... —levantó por fin la cabeza y en sus pupilas brillaba una expresión de regocijo—. Todavía no me explico cómo se te ha podido ocurrir una cosa así. Desde hace una hora me tienes perplejo. He leído el artículo por lo menos tres veces y no acabo de comprender a qué viene tanta piedad. Me tienes desconcertado. Créeme, hasta he llegado a temer seriamente que fuera tu último artículo.

—¿De veras...? —la perplejidad se había trasladado a mí. Debía ofrecer un aspecto desolador con la boca abierta, el belfo caído y los ojos desorbitados como dos huevos fritos—. No pensaría usted que me iba a suicidar...

—Tanto como suicidarte. Más bien abrigué el temor de que te encerraras en un convento o te echaras unas alforjas al hombro y te fueras a probar las amargas yerbas de la Tebaida.

—¿Ha creído usted que me iba a meter a fraile...? —la cosa me resultaba tan chusca y absurda que solté la carcajada, contagiando a mi jefe la hilaridad—. Pero si nunca me ha parecido la vida tan agradable y bella como hoy.

—Verdaderamente eres un caso.

—Permítame... —cogí las cuartillas de la mesa y las hice pedazos sin mirarlas. César Portillo me contemplaba estupefacto—. No tiene importancia. Mi cerebro es un encerado en el que se puede escribir y borrar sin peligro de

rayarle... Estoy terminando un reportaje sobre una película en producción. Es una de esas cosas ligeras y chismosas que gustan al público.

Si en aquel momento César Portillo no pensaba que se hallaba en presencia de un demente incurable, que me parta un rayo.

—¿De qué película se trata?

—De «La madre del torero».

—Ah, sí, tengo algunas noticias por don Poli y Carrasco. Me figuro que será la española de turno, ¿no?

—Bueno, es uno de esos dramones que le aguan a uno los sesos. Pero en la escena que he visto rodar, la Portales mantiene su buen estilo dramático.

—De todas las maneras, no te excedas en ditirambos. Bien está que ayudes a don Poli y a Carrasco, pero sin comprometerte en juicios de valor.

—El reportaje, más que de la película en sí, de la que puedo decir muy poco, es un gazpacho folclórico sobre el director, la Portales, los guionistas y hasta su hermana.

—¿Has visto a mi hermana? —pareció sorprendido.

—Sí, la he conocido esta tarde en los Estudios. Por cierto, es mucho más original e interesante de lo que yo me figuraba.

—Supongo que te habrá dado las gracias por el artículo de marras... —se acentuó en su gesto de Reserva el sarcasmo.

—Pues no. Opina como usted con respecto a Alberola. Dice que es un buen poeta y una excelente persona.

César Portillo me miró largamente, murmuró algo bisbiseando las palabras y me mandó a terminar el reportaje... «Pero no se te ocurra mezclar a mi hermana en ese batiburrillo», me advirtió ya en la puerta.

Blanca empezaba a resultarme cargante con su asiduidad y maternalismo. Como Artigas decía: «no podía ocultar su embelesamiento» y esto daba cuerda para infinidad de chistes y bromas en la redacción. Me fastidiaba que me tomaran por un pardillo o un aprovechado, pues ni era tan lerdo como para dejarme exprimir por una mujer que, según Benítez, «estaba doctorada en ciencias eróticas», ni tan cínico como para aprovecharme de ella y «comerme sus cuartitos», como suponía maliciosamente Golito. La verdad es que nos llevábamos bien y su pasión de mujer madura y enferma no me parecía tan extraña ni retorcida como mis compañeros de redacción trataban de hacerme ver. Por otra parte, Blanca poseía una gran cultura artística y era una conversadora inteligente. Cuando el hígado no le zarandeaba, se mostraba ingeniosa y vivaz como una criatura ilusionada. Lo peor era su hija, una jovencita agresiva que disfrutaba ensayando conmigo su espíritu crítico y punzante de feminista.

Ya estaba decidido que aquella noche iríamos juntos a la fiesta que daba la Asociación de la Prensa en la Playa de Madrid, cuando Blanca me dijo:

—¿Sabes que Sonia se ha empeñado en que la lleve esta noche a la verbena de la Playa?

—Me parece muy bien. Es natural que quiera ir contigo.

—Y contigo.

—Conmigo no, porque no la soporto. Cada vez que nos vemos me mira con intenciones de avispa y me dice todas las cosas feas que se pueden decir con pullazos, indirectas y miradas atravesadas.

—Te prometo que se portará bien. Ya he hablado con ella... Incluso la he amenazado con no volver a verla si persiste en tratarte con desagrado.

Desde hacía algún tiempo venía observando en Blanca una trágica dualidad que me huroneaba en la conciencia. Ella no me había dicho nada por comprender, quizá, que solamente podía retenerme en la ignorancia. Pero no hacía falta ser un zahorí para adivinar el conflicto que sostenía con su hija.

—¿Le has dicho a Sonia...?

—No tenía más remedio para acabar de una vez con su insidiosa curiosidad.

—Supongo que se habrá puesto como una tigresa.

—No lo creas. En el fondo es muy razonable. Incluso me ha dicho que lo sabía desde un día que te sorprendió durmiendo desnudo en mi cama.

—Ahora comprendo que me tenga tanta rabia, y es natural, porque a ningún hijo le gusta ver a su padre suplantado por un extraño.

—Sonia es un poco rara y tiene ideas muy particulares sobre el amor y la pureza.

—Entonces, yo debo parecerla un cerdo o algo así.

—Tal vez se lo parezcamos los dos, no sé... La crueldad de los que hacen de la pureza el principio y fin de todas las cosas es tremenda.

Una llamada telefónica interrumpió la conversación y cuando volvimos a reanudarla le dije a Blanca que no estaba dispuesto a seguir por aquel camino. Ella trató de retenerme y darme explicaciones, pero estaba tan afectado por la idea de interponerme entre Sonia y su madre, que no quise ni escucharla.

Después de lo de Blanca pensé no ir a la fiesta, pero luego me dejé ganar por el entusiasmo de mis compañeros. Quien más, quien menos, todos nos habíamos preparado para dar aire al festejo verbenero, aceptando tácitamente los principios de nuestro director, que era partidario de aristocratizar la República y humillar a la monarquizante aristocracia de la sangre. También la política jugaba una baza importante en esta fiesta benéfica, pues el jerifalte mayor de la oposición republicana había prometido su asistencia para dar realce a los «chicos de la prensa».

La noche se prestaba a toda suerte de encantamientos con su azul profundo; era una de esas noches meseteñas en que las estrellas y los grillos incitaban desde lo alto y desde lo bajo a los juegos lúbricos. Para mí la noche estival madrileña tiene un singular hechizo. Actúa sobre mis sentidos sugiriéndome vagas promesas de felicidad inmediata o me susurra revelaciones creativas.

Por entre las pérgolas y arcos floridos, adornados con farolillos venecianos y cadenetas multicolores^ bullían las caras que tienen fotografía en los archivos de los periódicos, triunfan en los espectáculos y sobresalen en toda clase de actividades sociales y políticas. Todos los relumbrones y los que esperan relumbrar se habían dado cita allí para rendir pleito homenaje a los modestos incensarios de la fama y de la gloria que escriben la efímera historia de cada día en las páginas de los periódicos.

Al pasar por un macizo de arbustos me sisearon primero y luego, viendo que no hacía caso, me llamaron por mi nombre.

—¿Quién es? —miré en torno mío sin ver a nadie.

—Soy yo, coño... ¿No me conoces? —la voz era de Golito, pero tardé en ver su cabeza emergiendo entre adelfas blancas y rojas.

—¿Qué haces ahí? ¿Se te ha perdido algo?

—Joder... menuda faena. Fíjate lo que me ha pasado... —al ladearse para mostrarme la desgarradura trasera, se oyó un ruido sospechoso por la parte delantera y el infeliz Golito se volvió encogido—. Esto se va al carajo, me quedo en pelotas...

La situación era tan chusca que me eché a reír con todas mis ganas, mientras Golito soltaba por su boca una ristra de blasfemias y palabrotas, jurando y perjurando que tenía que matar al prendero que le había alquilado el esmoquin.

—¿Dónde te metes, alma cántaro...? —se presentó Carmunchi, la novia de Golito—. Llevo media hora buscándote por todas partes y tú tan fresco aquí... jugando al escondite con Avelino.

—Al pobre le ha ocurrido una desgracia —me interpuse yo.

—A este pasmao siempre le están ocurriendo desgracias. Cuando no le rompen la tibia o el peroné, le llenan la cabeza de chichones o se estropea una muñeca. No me digas que no es una calamidad ser deportista.

—Es que se me ha descosido el pantalón —dijo Golito con voz plañidera.

—Bueno, pues si se te ha descosido, se le da una puntada y santas pascuas... ¡Qué hombre! Con lo grandullón que es y se ahoga en un vaso de agua.

—Si no es un descosido, es una desgarradura —se mantenía Golito ladeado, tapándose con las manos lo que le colgaba.

—Qué más da. Ya verás que pronto lo arreglamos... —Carmunchi sacó de su bolso de mano una aguja enhebrada y dispuesta para una emergencia.

—Mejor es que os marchéis a casa, no seas testaruda —insistí yo, atendiendo las señas que me hacía mi compañero de redacción.

—De marcharnos, nada... Si no quiere que le dé una puntada, no creo que se lo vayan a comer por un rotito. Pues sí, estaría bueno que después de las sofoquinas que me he dado yo para hacerme el vestido de noche y estar dos meses soñando con la dichosa fiesta, ahora tengamos que marcharnos a dormir porque a este pato mareado se le haya descosido el pantalón. Ni hablar del peluquín. Yo no me voy.

—Pero no seas así, mujer. ¿No ves que es un mal mayor?

—El único mal mayor es que seas un presumido y un sangre de horchata. Déjame que te lo cosa o si no... —el gesto que hizo no admitía duda que pensaba regresar a las pistas de baile con sus compañeras de la administración del periódico.

—¿De verdad quieres hacer de pantalonera...? Pues venga, ya puedes empezar... «¡Cosas veredes que faran hablar las pedras!» Carmunchi se acercó muy decidida, sacó a Golito de la penumbra del follaje para ponerlo de cara a un foco de luz, pero al ver lo que probablemente todavía no había visto de su novio, dio un respingo que la situó a unos metros de él. Muy ofendida por lo que Golito mostraba sin ningún pudor, le llamó fresco, sinvergüenza y guarro.

—Te lo vengo diciendo desde hace un cuarto de hora, coño. Pero contigo no se puede. Eres como Santo Tomás.

—Dirás como San Mateo... el de si no lo veo no lo creo...

La demostración hizo su efecto. Pero como Carmunchi no estaba dispuesta a irle a contar a Morfeo el percance en tanto quedase una posibilidad de poder lucir el vestido azul celeste y los zapatos de piel de plata, me llamó aparte y me dijo que mientras buscaba a su novio por todos los rincones de la playa había visto a un tío que roncaba estentóreamente. Creyendo que fuera Golito se acercó a él y hasta le zarandeó para verle la cara sin que el individuo se diera por aludido... «Está borrachito perdido. Lo que se dice una cuba. Ya verás qué bien, le quitamos los pantalones y que la duerma al fresco...» Aunque la aventura me atraía por lo insólita, no estaba seguro que fuera correcto dejar a un hombre con el culo al aire por muy borracho que estuviera. Le hice algunas objeciones sobre la posibilidad de que los pantalones no le estuvieran bien a su novio, que el gachó se liase a golpes con nosotros o que tuviera que ver más de lo que le había visto a Golito, pero nada modificó su voluntad. Así que ante las insinuaciones de cobarde y pazguato no tuve más remedio que seguirla.

Amarteladitos como una pareja que va a contarse cuentos en la oscuridad, nos dirigimos hacia la cancha de pelota. El borracho se presentó a nuestra vista roncando tripa arriba como un bendito. Más resuelta Carmunchi que yo se puso a quitarle los zapatos y a mí me encomendó que le desabrochara el pantalón. Un gruñido y algunos manotazos en el aire fueron las únicas manifestaciones de protesta que hizo. En menos que tardo en escribirlo le dejamos al fresco... con las posaderas sobre el césped. Luego Carmunchi echó a correr con los pantalones y yo me dirigí a la terraza del Amaya, que todavía resistía la inundación de casticismo municipal que ya anegaba todas las dependencias y establecimientos de menor categoría de la Playa de Madrid.

La política y la frivolidad alternaban con el pollo frío y el champán. Mientras sobre la pista desfilaban los mejores conjuntos coreográficos de los teatros madrileños, haciendo guiños y piruetas y arrojando encandiladas miradas a los políticos, directores de periódicos y relevantes personalidades que ocupaban las primeras mesas, corrió el rumor de que los militares monárquicos se habían

lanzado a la calle en algunas provincias, y en Barcelona y Sevilla los anarquistas habían proclamado el comunismo libertario. Carrasco dijo que lo más probable es que el bulo lo hubieran inventado los moralistas para estropearnos el hermoso espectáculo... El burbujeante champán y la picante alegría se impusieron rápidamente a los alarmistas. Como dice la letra del popular chotis, las chicas lucieron «todo lo que Dios les dio», que no era poco, a juzgar por el caluroso entusiasmo con que fueron recibidas, y lo lucieron con gracia y con música.

Terminado el espectáculo, las orquestas iniciaron música de baile. El primero que abrió la marcha fue el tribuno más destacado de la oposición, abrazado democráticamente a una hermosa potranca de rompe y rasga. Su audacia le valió una andanada de aplausos de los más encopetados y sesudos varones y sus respetables cónyuges... «Desde que el doctor Voronov le ha injertado las glándulas de mono, el hombre está hecho un orangután», oí decir a uno de sus seguidores. «Lo malo es que baila el fox como si fuera minué», le respondió un diputado gubernamental. Los dos se enzarzaron de mesa a mesa en polémica agria por si chocheaba o no chocheaba.

De pronto se produjo un revuelo de expectación y cuellos y cuerpos iniciaron una zarabanda de contorsiones para ver lo que sucedía. «Debe ser el presidente de la República», dijeron en una mesa cercana. Pero no. Eran Eva Campos y Catalina Pórtales. «Qué vergüenza, esa mujer siempre tiene que ir escandalizando», dijo la mujer de Carrasco, y su marido añadió que estaba más loca que un rebaño de cabras. Me permití disentir de ellos y califiqué de genial el atuendo de Eva Campos.

—¿Qué haríais vosotros si a todas las mujeres nos diera por vestirnos de hombres? —me increpó mordaz la mujer de Carrasco.

—Quizá la cosa no resultara tan fascinante.

—Eso es exhibicionismo y nada más. Ganas de llamar la atención.

—También pudiera ser el resultado de algún desequilibrio hormonal —insinuó maliciosamente Carrasco.

—Yo más bien lo interpreto como una actitud de rebeldía contra el formalismo burgués.

—Sea lo que sea es de bastante mal gusto presentarse en una fiesta disfrazada con esmoquin blanco. Que lo haga la Marlene Dietrich, que es una cualquiera... Fijaros, César Portillo y su esposa ya se marchan. Y nosotros nos vamos a marchar también, Pepe... ¿No te parece que empieza a hacer un poco de relente?

—Yo me siento muy a gusto. Además, es muy pronto.

—No digas que es muy pronto. Recuerda que hemos dejado a los niños solos y yo no estoy tranquila...

Mientras ellos discutían yo no quitaba la vista de la mesa que ocupaban Eva y la Portales. En la mesa de mi derecha también se desarrollaba una interesante polémica entre el director de un periódico ultraconservador y su esposa, con la diferencia de que esta respetable señora creía que el gobierno debía instituir un cuerpo especial de policía para impedir que Eva Campos trastornase a hombres tan morigerados como el suyo... Varios ministros, algunos diplomáticos y destacadas personalidades del arte y de las letras, se acercaron a saludar a las dos mujeres que acaparaban la atención. Esto debió colmar la ira de la respetable señora, porque quieras que no se llevó al marido poco menos que a empellones.

La mirada curiosa de Eva Campos cayó sobre mí y su incitante sonrisa me levantó de la silla.

—Buenas noches.

—Hola.

—¿Me permites que me siente a tu lado?

—¿Por qué no?

—¿Puedo decirte que estás muy guapa?

—De ninguna manera. Te prohíbo toda clase de lisonjas.

—¿Me lo prohíbes y todo...?

—Naturalmente.

—Yo creí que eras revolucionaria.

—Y lo soy a mi manera... Detesto la hipocresía, me irritan los convencionalismos, incluida la galantería, y no puedo aguantar la discriminación en ningún sentido.

—Por lo menos, tienes una gran facilidad para remover la cloaca burguesa... ¿Quieres que bailemos?

—No, por favor. Ya comprenderás que si me he vestido de hombre es para algo.

—Supongo que no pretenderás que te confundan con un hombre, ¿verdad?

—Claro que no. Es lo que podríamos llamar un acto simbólico para que no me inviten a bailar ni me hagan declaraciones de amor... aunque por lo que veo a ti no te impone ningún respeto una mujer que se viste por los pies...

Catalina Portales regresó de la pista de baile con su pareja, un melenudo poeta catalán muy bien informado de las tentativas de pronunciamiento de algunas guarniciones y de las previsiones del gobierno para estrangularlas.

Aburridos por la torrencial verborrea del poeta catalán en su idioma, correspondido por la Portales, la mirada de Eva y la mía coincidieron buscando distracción en el río, donde algunas barcas y piraguas rompían la tersura plateada del agua.

—¿Qué te parece si diéramos un paseo en barca?

—Si me prometes ser formalito...

A qué ponderar mi formalidad. Me entregué a la navegación con una pasión de colegial aburrido y estúpido. Durante más de media hora, hasta que se cansó, remé como un galeote surcando las aguas embalsadas del Manzanares. Sentada frente a mí, la veía tan extraña, lejana y fría como la luna que aureolaba su bella cabeza.

—Estarás contenta —le dije cuando desembarcamos con mi pizca de ironía.

—Pues sí, te has portado como un buen chico.

—Parece que no puedo aspirar a más.

—¿Quién sabe...? —se colgó de mi brazo para que la acompañase a la mesa en que Catalina Portales charlaba con el poeta catalán.

Mi madre entró en el cuarto de aseo cuando me estaba afeitando. —Una chica pregunta por ti.

—¿Quién es?

—No sé, estoy segura que no la he visto nunca. Me ha dicho que se llama Sonia Montesinos o algo así... ¿La conoces?

—Creo que sí, aunque malditas las ganas que tengo de verla.

—Si quieres le digo que no estás. A mí me parece muy seria y modosita... —se dilataron sus pupilas al ver que la navaja temblaba en mi mano—. No habrás hecho nada malo, ¿verdad?

—No digas tonterías.

—Entonces, ¿qué le digo?

—Que espere un momento, si quiere, y si no que se vaya.

Terminé de afeitarme sin prisas; me chapucé de medio cuerpo para arriba y tardé más de lo habitual en hacerme la raya y fijarme el pelo. Por dentro me ronroneaba algo y estaba tan nervioso ante la extraña visita que no acertaba a adivinar el motivo.

—Buenos días —entré en el gabinete donde mi madre entretenía a Sonia.

—Hijo, qué haragán eres. ¿No has podido ponerte la camiseta por lo menos?

Al entrar yo, Sonia se levantó y me contempló con las manos cruzadas y un amago de sonrisa. Balbuceó que sentía molestarme y yo tuve que decir que no me molestaba, y era verdad, la veía tan encogida que me daba pena. Mi madre desapareció discretamente, aunque no debía andar muy lejos. Nuestras miradas se encontraron un momento y ella agachó la cabeza.

—He venido a decirte que mi madre está enferma, muy enferma... —rompió Sonia el tenso silencio que nos agarrotaba a los dos.

—He oído decir algo, pero no creí que fuera tan grave.

—Pues sí lo es... Los médicos se muestran muy pesimistas. Parece que lo del hígado se ha complicado con otras cosas y ella no hace nada por curarse. Nunca la he visto tan apática y desmoralizada.

—Lo siento.

—Puesto que ya lo sabes..., adiós.

Mi madre me sorprendió mordiéndome las uñas y con ganas de golpearme contra la pared.

—¿Qué le has dicho? Me parece que iba llorando.

—No le he dicho nada ni me importa si llora o rabia. Es una imbécil, una estúpida...

Mi madre se enfadó conmigo y discutimos acaloradamente. El motivo era Sonia, pero la causa venía de más atrás y tenía raíces más complejas. Por primera vez mi madre adoptiva me tildó de orgulloso y engreído, echándome en cara los sacrificios que habían hecho para darme una buena educación y hacerme un hombre... «¿Os lo he pedido yo? ¿Fui yo quien vino a buscaros o fuisteis vosotros los que me necesitabais? Me adoptasteis porque teníais necesidad de un hijo, aunque fuera postizo...»

—¿No te parece que eres demasiado cruel? —oí la voz de mi padre a mis espaldas.

—Déjanos, Pedro, no te metas tú... —vi cómo mi madre hacía esfuerzos por recobrar la serenidad.

—No tengo más remedio que meterme... El chico tiene razón en lo que te ha dicho: verdaderamente éramos nosotros los que teníamos necesidad de él y los que fuimos a buscarle. Pero ya no le necesitamos. Es un hombre y puede manejarse por su cuenta. Hale, déjale que viva su vida de golfo y arribista, ya que es lo que quiere.

—Lo que yo quiero es triunfar, salir de la miseria.

—Para seguir haciendo miserables, ¿no?

—No creo que haga mal a nadie con aspirar a lo mejor.

—Lo mejor es que fueras consecuente con los tuyos, pero eso para ti no vale. Te atraen más los señoritos, andar pendejeando para que se fijen en ti, venir a casa borracho un día sí y otro también, retratarte con zorras en los periódicos y hacer el caldo gordo a los Portillo con baboserías.

Sin decir palabra, salí del gabinete, terminé de vestirme y me lancé a la calle con el humor revuelto, mientras mis padres se quedaban discutiendo.

Andando al azar, desemboqué en la Puerta del Sol. En el escaparate de una librería vi una gran fotografía de Eva Campos con su cachorro de pantera en los brazos y al fondo las pirámides de Egipto, con la Esfinge en primer plano, anunciando su última novela. Sin vacilar entré en el establecimiento y compré «La culpa fue suya». Al salir me encontré de cara con el inspector Ortiz. Hacía tiempo que no nos veíamos y nuestras últimas relaciones no habían sido muy cordiales. En lo que se llamó «El secuestro de Amparito Luzán», nos zurrarnos de lo lindo y en algún momento me amenazó con aplicarme los torniquetes de la justicia por meterme en los vedados de la policía.

—Caramba, Rico...

—Hola, Ortiz —nos estrechamos la mano afectuosamente.

—Qué, ¿te interesa Eva Campos?

—¿Has adivinado lo que llevo en este paquete?

—No poseo ese don. Es una simple deducción. Te vi mirando el escaparate, observé la atención con que contemplabas el retrato, la memoria me facilitó algunos datos sobre la verbena de la Playa la otra noche, y lo demás es pura lógica.

—¿Pura lógica o indecente espionaje?

—Llámalo como quieras, pero no me negarás que te interesa nuestra máxima coqueta.

—Calla, por Dios, me trae loco. No hago más que pensar en ella. Parece como si me hubiera dado algún filtro o bebedizo.

—¿Para qué más filtros y bebedizos que la fantasía? El mejor destilador de venenos es el cerebro... —me cogió amistosamente del brazo, me metió en el bar inmediato y pidió dos dobles de cerveza y una ración de percebes—. Es que no puedo moverme de la Puerta del Sol, sabes... Los protestantes andan revueltos. Ni siquiera el calor les contiene los ímpetus subversivos.

—¿Hay jaleo?

—Bueno, jaleo hay siempre... Que yo sepa en este momento hay en Madrid dos manifestaciones importantes, una en la Cibeles organizada por los comunistas con los obreros sin trabajo, y otra organizada por los anarquistas en Cuatro Caminos con los trabajadores en huelga.

—La *República de trabajadores de todas clases* es una delicia.

—No me hables. Como Dios no lo remedie o los militares saquen de una vez la espada, estamos perdidos... —trasegó media jarra de cerveza, chasqueó la lengua y se limpió con el pañuelo la espuma que le había quedado en los bordes de los labios—. Ahí tienes los efectos de la imaginación suelta.

—¿También los conflictos sociales pertenecen al reino de la imaginación? Yo creía que eran la consecuencia de las contradicciones económicas.

—Las contradicciones económicas han existido siempre y probablemente seguirán existiendo hasta el fin del mundo, pero sólo aparecen en conflicto revolucionario cuando se deja en libertad a los intelectuales y poetas con sus utopías y paraísos terrenales.

—No me convences. Para mí la libertad es la dinámica de la historia y la imaginación el derecho inalienable del hombre a recrear todos los días su obra.

—¿Aunque su obra sea Eva Campos?

—Eva Campos es una obra maravillosa, casi perfecta... —me eché a reír al ver su gesto obstinadamente mordaz.

—Tú también eres poeta, ¿no?

—Un poco.

—El fenómeno no falla. Conozco algunos casos de «evacampismo» y puedo asegurarte que todos los sujetos que padecen la sugestión de esa mujer son tipos imaginativos.

—Quizá sea porque los imaginativos poseemos mayor sensibilidad para percibir ciertos matices de belleza que no registran los tratados de estética.

—No tienes remedio... —toda su cara de luna llena fingía dramatismo—. Los tocados de «evacampismo» que conozco ven en los ojos culebrinos de esa mujer no sé qué fascinantes enigmas; si se fijan en la boca, la reconocen grande, pero sensual y voluptuosa como una tarde de primavera; la nariz, que digan lo que digan sus admiradores la tiene un poco torcida, posee la maravillosa imperfección de la de Cleopatra; la frente sí es hermosa, pero no para compararla con ninguna venus helénica; y en cuanto al mentón, reconocerás que más bien peca de un poco varonil...

—¿No estarás tú también enamorado de Eva Campos?

—Por favor... —puso una cara de perro apaleado—. Yo soy un hombre de pasiones ordenadas. Detesto los mitos y Eva Campos es una invención de locos imaginativos. Si Sañudo no hubiera volcado su talento en «La Bacante del

Antifaz», ni Alberola la hubiese cantado hasta caer exhausto y vencido a sus pies, y ahora Montero se olvidase de su historia de héroe haciendo payasadas, Eva Campos sería Lucrecia Portillo y en vez de escribir novelas pornográficas, hacer películas inmorales y jugar a la política extremista, sería una vulgar pecadora a la que nadie haría caso.

—Eres tremendamente injusto con ella.

—Detesto el crimen y todo lo que de una manera o de otra estimula las malas pasiones, causa y origen de todos los crímenes.

—Yo creía que, aunque sólo fuera como campo donde lucir tus facultades profesionales, te gustaba... —en la plaza creció el rumor y se oyeron algunos gritos al mismo tiempo que cesaba el tráfico—. Me parece que ya tienes ahí al enemigo...

—Ese no es el enemigo, es la víctima. Con unos cuantos vergajazos se los mete en cintura. El pueblo no me asusta. Los que me asustan son los fabricantes de utopías... —terminó de beberse la cerveza, se asomó a la calle y me hizo una señal de despedida con la mano.

Las bocacalles que desembocaban en la Puerta del Sol eran hervideros humanos que pugnaban por abrirse paso ante las murallas de las fuerzas de Asalto y Seguridad a pie y a caballo. Los muera y los vivos se repetían incansables. Los caballos caracoleaban piafantes y los mocetones de Asalto mostraban sus porras a la muchedumbre... «Queremos una verdadera República de trabajadores», se leía en una gran pancarta. «Queremos pan y trabajo», se leía en otra. «Por el subsidio de tres pesetas y dos litros de leche...» En el tenso tira y afloja de la marea humana contenida a duras penas por las fuerzas de orden público, se oyeron tres toques de silbato y de la muchedumbre brotaron gritos y alaridos. Los caballos hendieron a los que corrían y se atropellaban y las negras porras se hicieron visibles por encima de las cabezas. En unos minutos de cruda violencia los manifestantes fueron obligados a escabullirse y dispersarse.

Aquella noche escribí un reportaje sobre lo que había visto que me valió la felicitación de César Portillo y una nueva discusión con mi padre a la mañana

siguiente. Más que el relato de los hechos en sí, lo que le molestó es que dijese que los anarquistas y los comunistas estaban devorando el poderío de los republicanos y socialistas que se atribuían la soberanía popular.

Dos o tres días después, César Portillo me mandó a Sevilla como enviado especial... «Tengo referencias de que en Andalucía se prepara algo gordo, pero no sé de lo que se trata. Por sí o por no, ausculta los círculos políticos y centros sindicales, y muy especialmente los anarcosindicalistas, que son los que mejor reflejan las inquietudes sociales de la región... Como mi hermano Antonio se encuentra allí, te aconsejo que te mantengas en contacto con él por si algo necesitas...» Lo que no me dijo es que me esperaba la cuartelada del 10 de agosto, a pesar de que estoy seguro que lo sabía, pues su hermano Antonio, el menor de los Portillo y el más jacarandoso, estaba en el ajo. Por él supe lo que iba a ocurrir poco antes de que los cuarteles se pusieran en movimiento con la colaboración y el respaldo de la oligarquía agrícola y los señores feudales de Andalucía, y a mí recurrió cuando la situación de los sublevados se hizo insostenible, para que le sacase de Sevilla y lo llevase a Portugal. Luego, en Madrid, César Portillo me hizo creer que no sabía nada de la sanjurjada, calificando el movimiento de «ingenuo y romántico» y a su hermano de «impulsivo elemental» dominado por su aristocrática mujer.

De vuelta a Madrid, me enteré que Blanca había empeorado. «¿Sabes que Blanca se está muriendo?», me dijo Carrasco apenas me vio. «Si no la diña será un milagro», me aseguró Golito. «La pobre está chaladita por ti. Si vieras la tabarra que me ha dado esta tarde...», don Poli movió la cabeza con aire fúnebre. ¿Por qué todo el mundo me hablaba de Blanca como si su suerte

dependiera de mí? Es verdad que habíamos sido amigos, pero también lo habían sido Carrasco y Golito y, tal vez, alguno más de la redacción. A juzgar por lo que decía don Poli, el corazón de Blanca era muy versátil y encerraba una larga historia de peripecias amorosas. Yo no fui más que un capítulo de aquella novela galante, un capítulo escrito a trotacaballo, con más afecto y gratitud que verdadero amor. Llegué al final, cuando el cuerpo tenía ya la fibrosidad de las hojas secas y Blanca se hallaba obsesionada por los signos premonitores de la progresiva enfermedad.

Lo dudé mucho antes de decidirme a visitarla. Tenía mis escrúpulos y me preocupaba encontrarme con su hija. Y fue precisamente Sonia quien me abrió la puerta y me invitó a pasar con una exclamación de extrañeza y alegría. Sinceramente, no esperaba tan cordial recibimiento. Con toda gentileza me pasó a un saloncito donde se encontraba su abuela sentada en un sillón de inválida. Sobre la mesa camilla tenía un montón de periódicos y revistas entre los que se encontraba «La Mañana» abierto por la página que traía mi última crónica sobre el pronunciamiento de Sevilla. La madre de Blanca era una anciana extraordinariamente punzante y vivaz, hija de un cantonalista de Cartagena y viuda de un profesor y publicista federal. Se mostraba mucho más preocupada por lo ocurrido en Sevilla que por la enfermedad de su hija, de la que apenas si me habló... «Como se dejen llevar por el caos, perderán ustedes la partida lo mismo que la perdimos los republicanos del 73, me dijo. Los reaccionarios saben bien que ningún régimen se salva del desorden, y en ese juego ellos son maestros y poseen infinitos recursos para provocarlo». Pasada más de media hora, Sonia regresó.

—Mamá te está separando, pero procura no fatigarla. Se encuentra muy mal y acabo de ponerle una inyección para reanimarla... —me condujo hasta la puerta de la habitación que tan bien conocía—. ¿Te molestaría si te pidiera un favor?

—¿Por qué voy a molestarte?

—No le digas que fui a verte. Ella cree que yo tengo la culpa de que no hayas venido antes.

—Lo siento. De haber sabido que estaba tan grave...

—Le dije que estabas en Sevilla —me abrió la puerta y se quedó en el umbral.

La habitación estaba en penumbra y los brazos de Blanca se abrían para recibirme... «Amor mío, cariño, me devuelves la vida. Sólo después me di cuenta que su cara, maquillada exageradamente, era una mascarilla de hendiduras cadavéricas y de su boca emanaba una mezcla de fetidez y perfume.

—¿Cómo te encuentras?

—Muy bien... —respiraba con dificultad y su voz era cavernosa—. Viéndote a mi lado me encuentro mucho mejor. Tú estás muy guapo.

—Precioso... —miré de reojo hacia la puerta y vi que estaba cerrada. Con todo, me aparté un tanto de la avidez acariciadora de Blanca—. Lo que tienes que hacer es curarte y no pensar en tonterías.

—¿Por qué no has venido antes?

—No he podido... César Portillo se ha creído que soy un caballo de carreras y no me deja un momento en paz.

—¿Qué ha pasado en Sevilla?

—Nada... una fantasmada. Azaña parece que estaba al tanto de lo que iba a ocurrir y ha estrangulado el «putsch» desde su despacho del Ministerio.

—No te puedes imaginar la angustia que me entró cuando Sonia me dijo que Sevilla estaba sublevada y tí te encontrabas allí... —sus manos empapadas de sudor se restregaban con las mías, produciéndome una extraña desazón y repugnancia.

—No pasé ningún peligro. El hermano del jefe estaba en el contubernio y de haber triunfado me hubiera protegido. No obstante, prefiero haberle protegido yo a él... El pobre se moría de miedo cuando supo que el golpe de Madrid había fracasado sin conseguir apoderarse de Azaña y del Palacio de Comunicaciones.

—Amor mío, querido... tú en peligro y yo sin poder ayudarte. No me lo perdonaré nunca, nunca. Iremos a todas las partes juntos. Quiero estar

siempre a tu lado, porque eres mi fuerza, mi alegría... —sus manos ávidas y sudorosas me palpaban la cara, el pecho, los muslos—. ¿Por qué huyes de mí...?

Sonia entreabrió la puerta y, tras observar la exaltación de su madre, empeñada en desabrocharme el pantalón, entró decididamente en la habitación.

—El médico ha dicho que no puedes hablar ni fatigarte, mamá... —se acercó Sonia y yo aproveché el momento para desaferrarme de sus manos.

—Déjame en paz. Ahora estoy muy bien —manoteó en el aire buscándome.

—Y dentro de un momento estarás muy mal.

—Tu hija tiene razón. Ahora sólo debes pensar en curarte.

—No quiero pensar en nada, quiero vivir, tenerte siempre a mi lado.

—Volveré luego, vendré todos los días a verte.

Efectivamente, hasta que se produjo el desenlace ocho días después, fui a verla a diario más porque me lo pidió su hija que porque me complacieran sus delirios pasionales. «Tu presencia le anima», me había dicho la muchacha. Y era verdad. Apenas me olfateaba, pues veía muy poco y el oído también le fallaba, parecía galvanizada por una fuerza misteriosa. Hasta el último momento, cuando sus ojos eran ya dos manchas lechosas y un amago de afasia la obligaba a silabear las palabras, conservó vivo el instinto femenino. Uno de los días que iba a verla, me encontré en el portal con un anticuario del Rastro amigo de mi padre. El hombre rebosaba satisfacción. Según me dijo, acababa de hacer una magnífica compra en el tercer piso. Magnífico no era para él sinónimo de generosidad. Más bien quería decir que había cometido alguna pillería bien comprando una ganga o vendiendo algún objeto falsificado como si fuera auténtico. El olfato no me engañó conociendo como conocía sus trapacerías. Por mil duros había adquirido los dos jarrones japoneses del saloncito de Blanca, un reloj veneciano, la consola que, según Blanca, perteneció a la princesa de Éboli y a la que ella profesaba una idolatría

supersticiosa, la colección de porcelanas de Sevres y algunas piezas muy antiguas de loza y terracota.

—¿Lo ha pagado ya?

—He dejado dos mil pesetas de fianza y cuando venga la camioneta a recoger los trastos le daré el resto... ¿Por qué me lo preguntas?

—Es que verá... —le conté un cuento que se parecía mucho a la realidad, pero un poco más adornado de dramatismo. Le dije que Sonia, que era con quien él había realizado el ventajoso trato, era mi novia y quería ayudarla sin ofender su orgullo... «Ya sabes que puedes contar conmigo para todo lo que necesites», me cortó el chalán el rollo lacrimógeno. Pero cuando le dije que deseaba que entregase a Sonia las tres mil pesetas restantes y diera por no hecho el trato, sus ojos saltones empezaron a girar en las órbitas... «Lo que me pides no es que te haga un favor, sino que haga el primo, y eso no, amiguito...» Me costó un trabajo ímprobo hacerle comprender con mi mejor sofistería que no perdía nada, lo cual quedaba perfectamente compensado con la satisfacción de favorecer a un amigo y aliviar a una pobre huérfana maltratada por la desgracia. Tras mucho bregar, el anticuario terminó por acceder a mi petición, no sin atosigarme con su verborrea caritativa y demostrarme que, a pesar de recuperar los mil dures con mil pesetas de propina, el favor que me hacía le costaba una gran fortuna.

Aquel día me sentí menos cohibido en presencia de Sonia. No le dije nada de mi cambalache, como es natural. Después de todo no hacía más que restituírle el dinero que su madre se había gastado en compararme costosas bagatelas de moda de las que yo no hacía ningún aprecio o había vuelto a regalar. Más de una discusión tuvimos a cuenta de sus maniáticos refinamientos y su afición al barroquismo y los perendengues.

No me duele confesar que mis sentimientos con relación a Sonia se habían modificado profundamente. El trato diario, su amable seriedad y, sobre todo, la infatigable abnegación con que cuidaba de su madre, atendía a la abuela y gobernaba la casa, haciendo lo mismo de enfermera que ayudando a la criada, me causaban admiración y respeto. La imagen casaba mal con los prejuicios que me habían quedado de nuestros primeros contactos. No podía olvidar

especialmente el último cumpleaños de Blanca. Sonia estaba con dos amigas universitarias a cual más guasona y punzante. Quizá yo cometí una tontería hablando de amor a tres muchachas masculinizadas que usaban calcetines, gastaban zapatos de chicos y fustigaban irreverentes las formas tradicionales de la coquetería femenina. No sé en qué mala hora se me ocurrió decir que solamente me casaría con una mujer que supiera guisar, coser y hacer música. Las tres briosas Ateneas se lanzaron sobre mí con encono sufragista, preguntándome qué clase de arpa me gustaba, en qué museo pensaba robar el huso y la rueca y dándome consejos para volver a los tiempos de las cavernas. La más mordaz y antipática de las tres fue Sonia. Después de tomarme el pelo con la complicidad de sus amigas, para rematarme me dijo: «Si quieres casarte con una mujer que sepa guisar, coser, tocar el piano y además juegue al bridge y sea una respetable coneja, porque me figuro que también en lo de arrojar hijos con el plato debajo del brazo tienes ideas propias, te voy a presentar a mi amiga Consolación... ¿Verdad que Consolación le vendría como anillo al dedo? Es un poco tonta, pero también sueña con un nidito del paleolítico...» Desde aquel día se me atragantó, lo cual se agravó cuando se dio cuenta que entre su madre y yo existía más intimidad de la normal entre compañeros de trabajo. A partir de entonces, siempre que nos veíamos me asaeteaba con alfilerazos irónicos.

El día que murió Blanca, pasé casi toda la tarde en su casa. Aunque el médico había dicho que probablemente no llegase al día siguiente, al anochecer recobró el conocimiento y cuando yo me marché al periódico la dejé hablando con su madre y su hija tranquilamente. Pocas veces la había visto tan ingeniosa y chispeante. Incluso habló de reanudar la publicación de una revista propiedad de su marido y que hasta que fue suprimida por Primo de Rivera se mantenía con una buena tirada. A mí me confirió generosamente la dirección y Sonia y ella formarían parte del cuerpo de redacción... Veréis qué bien lo pasamos trabajando los tres juntos. Hasta la abuela podrá escribir sus memorias a ver si Azaña y compañía aprenden la lección de la primera República y no siguen cometiendo los mismos errores...» Nada hacía prever el fin inmediato. Pero a eso de la una de la madrugada llamé desde la redacción y Sonia me dijo con desconcertante serenidad que acababa de morir.

—Voy enseguida.

—Ya no es necesario que te molestes...

—Nunca ha sido una molestia... —oí una especie de sollozo y se cortó la comunicación.

—Cuando llegué a la casa, Sonia estaba amortajando el cadáver. La abuela y la criada dormían tranquilamente sin saber nada de lo ocurrido.

—¿Por qué no me has avisado inmediatamente?

—¿Para qué? Ha muerto llamándote.

—No te agrada, ¿verdad?

—Ni me agrada ni me desagrada —se encogió de hombros—. Te lo digo para que lo sepas.

Hice todo lo posible por ser útil y ayudarla en la preparación de la capilla ardiente y ella hizo todo lo posible por ignorarme.

—¿Por qué no descansas un rato? —le dije una vez ultimados los preparativos—. Yo me quedaré velando el cadáver.

—No podría, gracias.

Estas fueron las últimas palabras que cambiamos en toda la noche.

Una tarde me encontré con Juanjo en la calle. Hacía más de dos años que no le veía ni tenía otras referencias suyas que los chismes que corrían por el barrio. Mientras estuvo en la Modelo fui a verle algunas veces, pero luego se lo llevaron al penal de Santoña y cuando salió desapareció sin dejar rastro. Antes de despegarse de los dos jóvenes que le acompañaban, le vi vacilar. Creo que hubiera preferido no tropezarse conmigo. Luego de abrazarnos se lo dije y se echó a reír.

—No seas july. ¿Por qué no iba a querer verte?

—Por la misma razón que no has dado señales de vida desde que saliste... —le vi hacer una seña a los muchachos que le acompañaban para que se alejasen.

—Bueno, ¿me convidas?

—Vamos donde quieras... —le cogí del brazo y nos dirigimos a una terraza de las Vistillas—. No te puedes hacer una idea de las ganas que tenía de echarte la vista encima. Raro es el día que por una razón u otra no me acuerdo de ti.

Su aspecto más que descuidado era desastrado. Estaba muy moreno y llevaba la camisa, más sucia que limpia, fuera del pantalón, y calzada unas sandalias de tiritas que agrandaban sus enormes pies. Encima del velador dejó tres libros que me llamaron la atención, ya que nunca había sido un gran lector. Se trataba de «El único y su propiedad», de Max Stirner; «La Búsqueda», de Krishnamurti, y «Así hablaba Zarathustra», de Nietzsche.

—¿Te interesa esto?

—Mucho... Estoy perfeccionando mi personalidad y capacitándome para la revolución —sus ojos frises brillaban con la misma vehemencia que cuando le dio por buscar a su madre o se empeñó en ser artista de cine.

—Creo que te has hecho anarquista, ¿no?

—Me parece que lo he sido siempre.

—Bueno, rebelde por lo menos sí. Recuerdo los follones que organizabas en el orfelinato...

—Deja el orfelinato. Me revienta recordar aquello... Háblame de tu ego. Ya sé que has triunfado y que vives como un burgués.

El camarero se acercó y Juanjo pidió un vaso de agua de cebada y yo una caña de cerveza.

—No querrás tomarme el pelo, ¿verdad?

—Te lo digo en serio. ¿No era escribir lo que tú querías?

—Sí, ésa era y sigue siendo mi aberración, aunque una cosa es escribir lo que uno quiere y otra zurcir lo que te mandan.

—Pero ganas pasta...

—En ese aspecto no puedo quejarme... ¿Qué tal marchas tú?

—Como siempre, a la cuarta pregunta. Pero el dinero ahora no me preocupa. Me interesa más capacitarme para cambiar los forros de la sociedad y sacudirme el lastre enajenante y acomodaticio de la cultura burguesa. Me estoy sometiendo a un curso intensivo para conseguir en el menor tiempo posible la autoafirmación del yo revolucionario.

Sería imposible transcribir todo lo que me dijo en la larga parrafada que me endilgó. Sospecho que volcó sobre mí, de una manera confusa y mal digerida, sus lecturas de Stirner, Krishnamurti, Nietzsche, Schopenhauer y otros filósofos y sociólogos muy de moda... para demostrarme que el yo, el mí, el único, el poder de la voluntad y unas cuantas zarandajas y camelos le ponían a uno en el ambicionado camino del Superhombre.

—¿Pero no haces nada de provecho?

—Ya te he dicho que no me interesa el dinero. Trabajo en lo que me conviene y cuando me parece bien o me aprieta la necesidad. No quiero contribuir a mantener una sociedad de esclavos. Por mí descuida, que no engordan más los burgueses... ¿Por qué sonríes? ¿Acaso te parezco un bicho raro?

—Es que no te conozco. Has dado un giro de ciento ochenta grados.

—Me parece que ya he encontrado mi camino.

—Te envidio, porque para mí la vida sigue siendo un laberinto.

—Y lo seguirá siendo mientras te empeñes en triunfar sobre los demás, olvidando tu yo, que es lo más importante y lo único que merece la pena...

No estaba de acuerdo con él, ni mucho menos, pero no quise llevarle la contraria. Siempre le había conocido situado en un extremo, afincado en lo singular o merodeando en lo paradisíaco. Le gustaba brujulear entre doctrinas salvadoras, porque en el fondo se consideraba un predestinado y creía que un

destino excepcional le esperaba a la vuelta de la esquina. Dos o tres veces traté de sacarle de sus obsesiones, preguntándole cosas concretas sobre la prisión y los motivos que le habían llevado a ella, pero ni siquiera se dio por enterado y siguió hablándome de teorías de perfección que me importaban un comino.

—¿Sabes que Angelines se ha casado?

—Te vuelvo a repetir que estoy enterrando el pasado.

—Pero Angelines tiene un hijo tuyo. Por cierto, me parece que es tan caprichoso y maniático como tú. Cuando está de buenas es encantador, pero cuando le sale la mala leche... Hace unos días me lo encontré en la calle y fui a hacerle una caricia y me mordió un dedo.

—¿Y tú no tienes mala leche? —se levantó y cogió los libros.

—¿A dónde vas con tanta prisa? Tenemos que vemos con más frecuencia... —llamé al camarero y pagué la consumición—. Reconocerás que no hay derecho que viviendo los dos en Madrid no nos veamos a menudo.

—Yo vengo poco a la cloaca. Me paso la mayor parte del tiempo en el campamento turista del Pardo.

—Pero no vivirás allí.

—Como no tengo domicilio fijo, vivo donde me parece... Hale, Avelino, dame un abrazo y no te pongas a llorar.

—Qué cabrón eres.

—Y a mucha honra... —se echó a reír—. Me voy corriendo porque te veo con unas ganas locas de llorar en mi regazo...

La primera vez que oí hablar del campamento desnudista del Pardo fue a Juanjo, pero dos o tres días después apareció en un diario matutino un artículo firmado por un santón del republicanismo histórico haciendo dengues pudorosos sobre las aficiones desnudistas que se habían despertado entre los vecinos de la antigua villa y corte. Tras comentar con agraz ironía y con más ingenio que verdad «el triste espectáculo que ofrecían el egregio Manzanares

y otros ríos no menos dignos de los aledaños de la capital que se habían convertido en hozal y pocilga de las «tribus de bota y merienda», redoblaba su ardor moralizante al referirse a la caterva de sátiros y ninfas que escandalizaban a las venerables encinas, otrora testigos de cacerías regias y cortesanos galanteos, para arremeter contra los libertinos desnudistas que estaban corroyendo la moral positiva y creando la República Ácrata a las puertas de Madrid. «El paisaje también tiene su moralidad y la austera majestad de los encinares del Pardo no se presta a los ensayos roussonianos. Queden esos entretenimientos libertinos para pueblos menos temperamentales que el nuestro y sociedades menos densas de tradición y señorío».

El mismo periódico publicaba la noticia de que el domingo los guardias de asalto habían dado una batida en el «foco de la corrupción», persiguiendo a pie y a caballo a un centenar escaso de personas que habían roto el pacto de la vergüenza aceptado por nuestros primeros padres como pago y castigo del pecado original.

De la prensa de todos los colores surgieron voces airadas vapuleando a los del «rabo suelto», como los bautizó ingeniosamente un famoso humorista. Desde todos los rincones del fariseísmo surgieron fabricantes de moralina. Sólo un eminente psiquiatra defendió el derecho de los desnudistas a descargar sus impulsos represivos al sol y al aire libre, considerando que los faunos desnudos eran socialmente menos peligrosos que los inquisidores vestidos de verdades trascendentales o los jóvenes que empezaban a ensayar tácticas militares y camisas de uniforme en sus juegos y diversiones.

Interesado vivamente en la polémica, escribí un artículo sin esperanza de que pasara por la censura de Artigas y César Portillo, pero cuál no sería mi sorpresa al verlo publicado en el espacio destinado a los colaboradores sobresalientes con mi nombre y apellido. Y todavía fue más sorprendente que Artigas entrase en la sala de redacción para decirme que tenía carta blanca para insistir en el tema.

—¿Le ha gustado al jefe?

—Bueno, ya conoces su teoría: los enemigos de mis enemigos son mis amigos... Los anarquistas le caen bien por la sencilla razón de que a Azaña le caen mal.

—No creo que este asunto tenga nada que ver con la política.

—La política se aprovecha de todo, hijito... ¿Por qué no haces una visita a ese campamento y consigues un buen reportaje?

—No creo que dejen entrar a cualquiera.

—Inténtalo. Con tu aire angelical puedes conseguir muchas cosas —se despidió con un guiño picaresco.

La ironía de Artigas dio pie a un sinfín de bromas del peor gusto. Benítez me recordó la aventura de los ángeles del Señor en Sodoma y Gomorra, y Golito me aconsejó con el más espeso humor deportivo que me protegiera con una chapa del furor de los sátiros.

Entre las bromas de mis compañeros y los informes que recogí de algunos activistas anarcosindicalistas de la barriada, entibiaron mi curiosidad. El señor Aquilino, un viejo anarquista que había estado muchas veces en la cárcel por sus ideas, me dijo de los desnudistas que «eran una partida de chiflados con el sexo en exposición y la cabeza a pájaros. Ellos se llaman anarquistas porque ahora viste mucho ponerse etiquetas llamativas, pero para mí son parásitos y burgueses disfrazados».

Al día siguiente mi madre me dijo con mucho misterio que me había llamado por teléfono una persona y no había querido decir su nombre.

—Fíjate, yo juraría que era la voz de Juanjo... —empezó a cloquear desazonada a mi alrededor—. ¿No sabes nada de él?

—Nada, en absoluto.

—Me extraña que estando en Madrid no haya hecho nada por verte.

—¿Quién te ha dicho que se encuentra en Madrid?

—Lo sabe toda la vecindad. No se habla de otra cosa. Si vieras cómo está doña Águeda. Ha prometido una novena al Niño del Perpetuo Socorro y dos velas a Nuestra Señora del Buen Suceso por lo que pueda ocurrir.

—¡Qué tontería! —solté la risa.

—Sí, tú ríete, pero hace días volvió a ver el lagarto de los ojos verdes y luego se enteró que Angelines y Juanjo se veían a escondidas —los ojos de mi madre bizqueaban horrorizados y en su boca sumida hervían temblores.

Doña Águeda, más conocida en el barrio por el apodo de la Santera, era la madre adoptiva de Juanjo. Aunque muchas personas la tenían por mujer de vida piadosa y ejemplar, mi padre decía que era una lástima que las hogueras del Santo Oficio, tan eficaces en acabar con ciertas especies de herejes y rebeldes, no hubieran podido con las brujas. Pero así era. Cuando don Casto se le opuso por considerar su industria de santos milagrosos contraria a las verdades de la Iglesia y denunció sus prácticas de quiromancia y hechicería como contrarias a la ciencia, mi madre y otras mujeres de la beatería del barrio contaron luego que en el templo se oyeron voces misteriosas que confundieron el discurso del sacerdote y hasta admitieron como castigo del cielo la hepatitis que el párroco sufrió por entonces. «Serían voces de cotorra como tú», le dijo mi padre que, aunque presumía de ateo, se llevaba muy bien con don Casto y de vez en cuando echaban su trago amistoso y proseguían su eterna polémica político-teológica. «Te digo que era una voz de lo alto...», insistió mi madre. «De lo alto podía ser, pero estoy seguro que no pasó del coro o del campanario, y si no fue la misma doña Águeda quien soltó la voz, serían Juanjo o Angelines aleccionados por ella». Como en otras muchas ocasiones mis padres discutieron y; regañaron por lo que mi madre llamaba «avisos del cielo» y mi padre «engañifas y supersticiones de beatas». Debo decir que por entonces yo era un fiel devoto de la Santera y un seguidor incondicional de Juanjo, que era algo así como su profeta. Por otra parte, aceptaba como artículo de fe lo que se decía en el barrio: que tenía mano santa para los entripados y el mal de ojo. Al decir de mi madre, gracias a la mano santa que tenía doña Águeda para sobar la tripa y a su gracia de saludadora para curar el mal de ojo, yo me había librado de más de una muerte segura. No le ocurrió lo mismo a su Pedrito, que era «un rollicito de

manteca que daba envidia», y había muerto del mal de ojo a los dos años por no recurrir a la Santera y fiarse de los médicos. Según mi padre, Pedrito había muerto de pulmonía, lo cual no se lo podía decir a su mujer, porque se irritaba de tal manera que le daba el ataque epiléptico y entonces babeaba y se retorció como una condenada...

—No debes hacer caso de los cuentos de doña Águeda... —la vi tan temblona y con aquel horror en los ojos, que me levanté de la mesa, donde estaba comiendo, y le eché los brazos por los hombros—. ¿Qué nos importa a nosotros que Angelines se vea a escondidas con Juanjo?

—Cómo no nos va a importar después de lo que ha sufrido la pobre. Kí —No habrá sufrido tanto cuando vuelve a las andadas. m —¿De quién habláis? —entró mi padre y se sentó a la mesa un tanto mohíno.

—De la pobre Angelines —dijo madre.

—Valiente zorra ha salido la mosquita muerta. Y toda la culpa la tiene la bruja de la Santera con sus cuentos del lagarto de los ojos verdes y las chifladuras místicas. En el manicomio es donde debía estar para que no anduviera propagando supersticiones y corrompiendo a la juventud. Ahora anda diciendo que el lagarto anda suelto por la Casa de Campo... —me miró mi padre y se echó a reír.

—Tú ríete, pero es verdad, completamente cierto, y si los socialistas tuvieran vergüenza lo que tenían que hacer es cerrar la Casa de Campo y prohibir tanta gira y tanto ponerse en remojo con el culo al sol.

—Y dejársela a los monárquicos para que disfruten ellos a sus anchas, ¿verdad?

—Por lo menos no habría tanta perdición y las muchachas no estarían tan expuestas...

Cuando yo me levanté de la mesa para echarme un rato la siesta, ellos seguían discutiendo sobre el lagarto de los ojos verdes y las argucias de doña Águeda. Mi padre decía que el lagarto de los ojos verdes que tanto gustaba a las chicas

que iban a la Casa de Campo era una invención de los «carcas» para que los jóvenes no se revolcaran en sus yerbazales.

Pregunté por Juanjo a un muchachito que me encontré desnudo a la sombra de una encina. Un poco más allá un grupo de niños de ambos sexos cesaron en la persecución del balón y se agruparon recelosos sin quitarme la vista de encima. Observé que algunos se habían provisto de piedras.

—¿Eres compañero? —me preguntó el chavalín.

—Soy amigo de Juanjo... ¿No puedes avisarle?

—Tengo que estar aquí para dar el «queo» si vienen los de Asalto o los camisas verdes... —el chavalín me contó que el domingo pasado los de Asalto «habían hecho una de las suyas» y otro día los camisas verdes dispararon desde un montículo—. Tú no serás fachista, ¿verdad?

—¿Tengo cara de fachista? —me eché a reír.

El muchachito me miró detenidamente y se encogió de hombros. No obstante debí inspirarle simpatía porque me miró con franqueza y me dijo que Juanjo estaba bañándose en la poza, indicándome un recodo del río donde se oía algarabía de voces y risas.

—¿Me dirán algo si voy allí?

—Si te desnudas, no te dicen nada... ¿Es que te da vergüenza desnudarte?

Al verme vacilar, me soltó una retahíla de argumentos más o menos convincentes... Poco más o menos vino a decirme que solamente los hipócritas, los inmorales y los que tenían prejuicios burgueses eran contrarios al desnudismo. Aunque yo no me encontraba en ese caso, pues ni los prejuicios burgueses ni las miserias morales de que hablaba el chavalín me

afectaban, sentía desazón a quedarme en cueros vivos sabiendo que había mujeres y niños.

—Me voy a desnudar, pero te agradecería que llamases a Juanjo, porque tengo que hablar con él...

El muchacho se alejó unos cincuenta metros y llamó a mi amigo a voces y silbidos. Cuando Juanjo apareció haciendo gala de plenitud adámica, yo todavía estaba haciendo el vergonzoso, intimidado por la pandilla de chavales cuchicheantes, entre los que destacaba una jovencita que me hacía burla y me sacaba la lengua. Por cierto, al ver a Juanjo saltó sobre sus espaldas con una ligereza de corza. Luego me enteré que se llamaba Amaranta y era la hermana mayor de Floreal, el muchachito que me había atendido... «Es un botón de fuego», gruñó Juanjo sofocado tras deshacerse de la muchacha. «Cada vez que se me sube a las espaldas las pasó moradas».

—Como que es un bombón.

—Bah, es una cría. Hace cuatro días no levantaba un palmo del suelo, pero le ha dado por desarrollarse y como es tan juguetona le saca a uno los colores por menos que canta un gallo... Quítate ya los calzoncillos, hombre, que no te van a comer.

—¿No me dirán nada? —observé que Amaranta seguía pendiente de mi timidez, a pesar de que sus amigos habían reanudado el juego con el balón y su hermano seguía en su puesto de vigía.

—¿Qué te van a decir...? Aquí no tenemos ningún reglamento de prohibiciones. Cada cual vive a su aire. Lo único que no está permitido es hacer el cerdo o atropellar a los demás... Efectivamente, el experimento resultaba menos violento de lo que yo había supuesto. Hombres, mujeres y niños de todas las edades se comportaban de la manera más natural. En un corrillo, un médico de pelo blanco hablaba de psicoanálisis y de los complejos sexuales en un lenguaje sencillo e inteligible. En otro se discutía sobre tácticas políticas y revolucionarias entre los partidarios de la subversión violenta y los que consideraban que la violencia engendraba valores negativos en el proceso de emancipación social. Un estudiante larguirucho y melenudo defendió la teoría

de la minoría consciente y homogénea como factor desencadenante de la revolución, y un viejo renegrido de ojos luminosos, que según me dijo Juanjo era maestro racionalista y discípulo de Ferrer, le acusó de bolchevique y totalitario. Al final se orquestó una formidable polémica entre individualistas y colectivistas... Los desnudistas vegetarianos hacían rancho aparte de los carnívoros y entre sí discutían sobre las virtudes de un puñado de zanahorias o de un buen filete. En otros grupos se hablaba de teosofía, de yoga y de pacifismo. Juanjo me presentó a un joven poeta que estaba tan enamorado de Juan Ramón Jiménez que comía margaritas como Platero, a un vejete magro y espiritado que defendía el ayuno como teoría liberadora, y a su amigo Luis Revilla, un mocetón bien plantado que llamaba la atención por sus genitales.

—¿Qué te parece? —me preguntó Juanjo después de bañarnos en la poza.

—Muy interesante... mucho más interesante de lo que yo creía.

—El otro día te llamé para felicitarte por el artículo que escribiste en «La Mañana» defendiendo nuestra libertad a ser diferentes, pero no quise decir quién era cuando oí la voz de la señora Ramona.

—Pero te reconoció y no sabes la tabarra que me dio luego.

Juanjo tenía sus manías y sus oscuras obsesiones. A mis padres adoptivos siempre les llamaba por sus nombres, lo cual había hecho que mi madre le cobrase un odio feroz y me prohibiera a mí relacionarme con él, y a doña Águeda siempre la llamaba tía, tata o la madrina, a pesar de que la Santera le idolatraba.

—¿Vas a escribir algo?

—No sé si podré hacerlo, aunque el ambiente me gusta y es mucho más moral de lo que yo suponía.

—Nuestra moral es diferente de los que han hecho de la moda del vestido su segunda naturaleza... No queremos lobos con piel de oveja ni ovejas que se dejen trasquilar para vestir a los explotadores y burgueses.

—No creo que me incluyas a mí entre éstos.

—Participas de su juego... ¿Qué tal es César Portillo?

—Conmigo se porta estupendamente. Si te digo la verdad, me trata como si fuera de la familia.

—A lo mejor resulta que lo eres. Creo que el viejo Portillo era un proveedor de la inclusa.

La insinuación irónica de Juanjo me produjo un ligero repeluzno.

—Por lo que se dice de él debía ser un bandido.

Las pupilas de Juanjo chispeaban y su expresión se tomó sombría. El enigma del nacimiento le seguía preocupando. Yo también lo había sentido en los primeros años de la adopción, cuando la señora Ramona vivía obsesionada con su Pedrito, el niño gordinflón de la fotografía color sepia, con el que yo no podía compararme porque era un escuchimizado y un tirillas.

—¿Te acuerdas de lo que te dijo un día mi madrina?

¿Cómo no lo iba a recordar?, sentí que la sangre me arrebatava las mejillas... Después de someterme a la ceremonia de los ángeles y la prueba de la succión, doña Águeda me dijo, apenas cumplidos los trece años, que mi padre era inmensamente rico y que me esperaba un destino brillante.

—Me acuerdo perfectamente, pero no quiero hacer caso, porque es una bruja y una viciosa.

—Yo no la llamaría bruja ni viciosa. Es rara y anormal, pero posee un sexto sentido para adivinar el porvenir.

—No creo en esas paparruchas.

—Pues conmigo acertó en casi todo lo que me dijo.

—¿Encontraste a tu madre?

—Vamos a dejarlo... —me echó el brazo por el hombro y me llevó a la sombra de una encina—. Háblame de ti, que eres un triunfador.

—Soy hijo de mis obras y de mis manías, como cada quisque, y nunca he pensado que sería otra cosa.

—Pero reconocerás que también has tenido suerte.

—Menos que tú... Siempre he ido un poco a remolque tuyo. Cuando don Casto te metió en el seminario, pensando que tenías profunda vocación religiosa, yo rabié y pataleé por ser cura y no lo conseguí. Después te dio por ser artista de cine y me contagiaste de tal manera que hasta abandoné los estudios y me indispuse con mis padres. Y ahora, si Dios no lo remedia, terminaré siendo anarquista.

—Yo también te camelo un puñao... ¿Sabes que Andrade tenía celos de ti? Creía que estábamos enamorados.

—Valiente mariconazo. Todavía no he conseguido explicarme cómo te dejaste engatusar por él.

—Bueno, yo creía que me iba a lanzar en el cine y como tenía tantas ganas de triunfar, le seguí la corriente.

—¿Pero sabías que le gustaba la carne de pescuezo?

Juanjo se echó a reír con todas sus ganas sin responder a mi pregunta.

—¿Me dais parte en vuestra juerga...? Si me dejáis un sitio os cuento mi complejo... —se metió entre los dos en forma de cuña y sentí en mi costado el cosquilleo de un seno rebosante—. Chico, te desmarcas con una facilidad...

—Hago lo que me da la gana, ¿o no puedo hacerlo?

—¿Por qué no me presentas a tu amigo? —sus ojos prominentes se volvieron hacia mí. Eran unos ojos duros de un negror furioso—. ¿Sabes que eres muy guapito? ¿Cómo te llamas?

—Avelino... Avelino Rico.

—Uy, es un nombre horrendamente burgués. Si quieres te bautizo. Me gustaría ponerte un nombre bonito, porque te lo mereces... ¿Qué te parece Pimpollo?

—¿Por qué no te largas y nos dejas en paz?

—Porque no quiero, ea... Me da rabia ver a los chicos hablando solos, porque siempre estáis diciendo tonterías de Vargas Vila y de Nietzsche. Sobre todo a Vargas Vila no le aguanto... «¿Sabe el veneno por qué mata, el huracán por qué destruye y el fuego por qué consume? Esa es la mujer...» Ja, ja, ja. Pero todavía me dan más rabia Nietzsche y Schopenhauer. No me digáis que no son dos monstruos, el uno diciendo cuando vayáis con las mujeres no os olvidéis del látigo y el otro con eso de que las mujeres somos animales de ideas cortas y pelo largo.

—¿Sabes que me estás haciendo perder el autocontrol? —gruñó Juanjo.

—Chico, tú pierdes el autocontrol enseguida. No creas que no te vi hace un rato cuando jugabas con Adelfa en el río... Cualquiera te expulsarán por inmoral, y con mucha razón, porque tienes más cara que Diógenes, que se refocilaba en plena calle de Atenas... ¿Qué os pasa? Os habéis quedado amodorrados como los lagartos.

—¿Te acuerdas del lagarto de los ojos verdes, Avelino?

—Que si me acuerdo...

—¿También vosotros tenéis misterios?

—El misterio es que no somos de piedra. Con tanto sobeo voy a hacer un agujero en la tierra.

—Uy, qué horror. ¿No ves cómo eres un burro y un inmoral...? —se levantó con presteza. Era rechoncha y culona, pero tenía un pecho hermoso y duro. Antes de echar a correr, me dio un tirajón en el pelo y me dijo—. No te fíes de Germen, que es un inmoral.

—¿Te llaman Germen?

—Me lo ha puesto ella. Se pirria por cambiar los nombres.

—Joder, vaya un rato que me ha hecho pasar.

—Es una calentona platónica. Disfruta con ponerte a prueba, pero luego no hay nada que hacer. Su compañero es amigo mío y ahora está en la Modelo por un atraco.

—¿También andas tú con esos líos?

—Yo no tengo líos de ninguna clase.

—¿Y lo de Angelines?

—¿Qué pasa con Angelines? —se le cerró el entrecejo.

—Por el barrio se dice que te ves con ella de tapadillo.

—¿Y qué mierdas le importa a nadie?

—A mí no es que me importe, pero como sigas viéndola terminarás por estropear su matrimonio.

—Yo no la he buscado ni la busco... Hale, vamos a darnos un baño antes de que se vaya el sol... —tiró de mí y me llevó corriendo hasta la poza.

Muchos de los desnudistas ya se habían vestido cuando nos arrojamos al agua. El sol era solamente un resplandor rojo que se filtraba horizontalmente por entre las encinas y el cielo empezaba a ponerse cárdeno. Con todo, la poza hervía de gritos, risas y zambullidas. Traté de nadar en diferentes direcciones, pero siempre tropezaba con alguien por debajo del agua o en la superficie. La chica rechonchita de los pechos erectos vino hacia mí y anudó confianzudamente sus brazos sobre mi cuello... «¿De modo que tú eres el Avelino Rico de «La Mañana»? Qué guardadito te lo tenías...» Juanjo cayó sobre los dos y, quieras que no, nos arrastró al fondo de la poza. Cuando salimos, la chica, que se llamaba Acracia, le insultó groseramente. Incluso dijo que lo había hecho para separarla de mí, porque era envidioso y tenía celos de todo el mundo. Mientras ellos discutían sonaron dos disparos seguidos de gritos... «Los camisas verdes, los camisas verdes...» En unos segundos la poza se quedó vacía y la mayoría de los jóvenes se dispersó en diferentes direcciones. Algunos iban armados con pistolas. A Juanjo le vi sacar una del morral. Los que no salieron en persecución de los provocadores, se agruparon y empezaron a cantar a todo pulmón:

«Negras tormentas agitan los aires,
nubes oscuras nos impiden ver.
Aunque nos espere el dolor y la muerte
frente al enemigo nos llama el deber...

El tronitonnante coro enardecido por la vibrante música de la Varsoviana había transformado a los pacíficos desnudistas de un momento antes en una masa compacta y desafiante.

Artigas leyó el reportaje de un tirón, resopló por la nariz, me miró por encima de las gafas haciendo guiños y, al final, soltó su risita mordaz... «Tiene gracia, es lo más curioso y extravagante que he leído en mi larga vida de periodista, pero temo que no se pueda publicar», penduleó con la cabeza.

—¿Por qué no se va a poder publicar?

—¿Y me lo preguntas...? Bueno está el sensacionalismo, pero esto es una provocación a las buenas costumbres. Yo, por lo menos, no me atrevo a mandarlo a linotipias, porque no quiero que mañana el jefe me tire un tintero a la cabeza.

—¿También gasta bromas de ese estilo?

—Es un decir.

—¿No fue él quien me encargó el trabajo?

—El dijo que te dieras una vuelta por allí, pero una cosa es hacer un comentario crítico y otra endilgamos un panegírico del desnudismo y de las doctrinas ácratas. Hijito, esta vez te has pasado de rosca...

Artigas estaba con el fariseísmo erizado y no quise discutir. Podía haberle dicho que me parecía menos inmoral el desnudismo que su afición a los

camerinos de las cupleteras y sus frecuentes visitas al chalé de Madan Susan, donde se representaban cuadros vivos y películas pornográficas con gran variedad de comistrajos para paladares estragados. Precisamente unos meses antes le había acompañado a presenciar una exhibición calificada de selecta y tuve que salirme del saloncito asqueado de tanta cochinería artística.

En la sala de redacción había marejada. Un famoso diestro había chafado las narices a don Poli por poner al descubierto sus trucos. El pobre estaba tundido y acoquinado. No podía hablar porque tenía el labio superior partido y toda la boca herida por dentro a consecuencia de la ruptura de la prótesis dental... «Coño, se han creído que los periodistas somos alcahuetes y celestinas que tenemos que taparlo todo, y cuando uno dice la verdad y tira de la manta le llueven golpes por todas partes..., gesticulaba Golito congestionado. No hay derecho a abusar. Si por mí fuera ahora mismo íbamos a partirle la cara a ese chulo... Tu qué dices, Avelino... Fíjate cómo han dejado al pobre viejo. Y le han zumbado entre tres, el Niño de los Tufos, su mozo de espadas y hasta un marqués...»

—Yo estoy dispuesto a lo que sea.

—Y yo también —dijo Carrasco—. Está visto que en este país no se puede decir la verdad sin ofender a alguien.

—Yo creo que sería mejor ponerlo en conocimiento del director y de Artigas —dijo Martínez, el cronista parlamentario, que recientemente había sido abofeteado por un diputado y estuvo a punto de que lo metieran en la cárcel.

—Si damos parte nos quedamos sin nada —insistió Golito—. Por mí vamos ahora mismo. Tengo ganas de meterle mano a ese chulo. Se va a acordar...

Mientras discutíamos la forma de «reparar la afrenta» hecha a nuestro compañero, el botones se acercó a mí y, con cierto misterio, me dijo que el director me esperaba en su despacho. Al entrar me pareció que estaba impaciente y nervioso, pero inmediatamente cambió de talante y vino hacia mí invitándome a sentarme en el tresillo de cuero que reservaba para personas importantes.

—¿Qué te ha pasado con Artigas?

—Nada... que yo sepa, nada —sostuve su apabullante mirada.

—Me ha dicho que te habías enfadado por hacerte algunas observaciones.

—Puede que sea cierto, pero en este momento no me acuerdo... El señor Artigas tiene una manera muy personal de interpretar los hechos. Parece que se considera una edición corregida y aumentada del Catecismo del Padre Ripalda y todo lo que no encaja en su estrecha teoría del bien y del mal lo condena al silencio.

—Ja, ja, ja... Muy bueno, exacto... ¿Cómo has conseguido meterte entre esa taifa de locos?

—Si le digo la verdad, no me ha costado ningún trabajo, y a mí no me parecen tan locos. En las cuatro horas que he pasado con ellos he oído cosas muy interesantes... Hablan sobre Freud, Proudhon, Bakunin, Marx. Discuten sistemas de alimentación, de los efectos perniciosos del tabaco y del alcohol, del amor libre, de doctrinas filosóficas y económicas...

—Todo eso es absurdo... —me interrumpió César Portillo—. ¿Qué entienden de cultura las masas ignorantes y semianalfabetas?

—De cultura, quizá no entiendan o la entiendan a su modo, pero me parece que saben lo que quieren. Dicen que la hora de la revolución por arriba ha pasado y que no basta con domesticar a los socialistas, reducir el poder del Ejército y de la Iglesia y entretener el hambre de los campesinos con mezquinas leyes de reforma agraria.

—Conozco el panglosismo ácrata y es una pura utopía.

—Pero está creando los precipitados de la revolución que Azaña trata de escamotear al pueblo...

Mi jefe movió la cabeza y me calificó de ingenuo. No creía en el redentorismo ni en las doctrinas salvadoras del anarquismo y del bolcheviquismo. Poseído por el don de la palabra, y con una relativa emoción, me dijo: «En España no hay campo para los Robespierre ni para los Lenin. Las fuerzas vivas no han perdido el timón ni piensan abdicar de su papel dirigente. Mientras el templo de las leyes sea el Congreso no hay peligro... Sin duda tenemos que reformar

muchas cosas para dinamizar el capital y robustecer las clases medias. Pero de ahí no se puede pasar sin provocar el cisma. El socialazañismo está jugando sus últimas bazas demoledoras y lo que venga después será completamente distinto. Ortega y Gasset ha dado ya la voz de alarma: “¿Por qué nos han hecho una república triste y agria, o mejor dicho, por qué nos han hecho una vida agria y triste bajo la joven constelación de una República naciente...?” Pero no es sólo Ortega, que pasa por moderado y aristocratizante, sino el mismo Baroja, que es un inconformista desmelenado, no hace mucho decía que si en España había más enemigos de la Monarquía que entusiastas de la República, es porque los gobernantes republicanos se mostraban tan torpes e inhábiles como los monárquicos». Tras esta catilinaria, cambió bruscamente de tema sin darme ninguna opción para responderle, y añadió: «Artigas no era partidario de publicar tu reportaje. Lo considera un poco subversivo y escabroso. A mí en la primera lectura también me revolvió un poco los jugos gástricos, pero lo he pensado mejor y se va a publicar. Con este trabajo vamos a iniciar una sección que se titulará «La voz de los marginados» y de la que en principio te vas a encargar tú... Se trata de explorar las minorías que operan al margen o en contra de la ley, bien sean de izquierdas o de derechas, separatistas o centralistas. Ya sabes, toda esa gente que pulula entre la luz y las tinieblas. Mi objeto es ofrecer a la opinión pública un mosaico de extravagancias y elementos disgregadores... ¿Qué te parece?»

—Estupendo.

—¿Te encuentras con fuerza para llevarlo a cabo?

—Soy un Goliat.

—Pues entonces, manos a la obra. Ya le he dicho a Artigas que te releve de cualquier otro trabajo. En lo sucesivo te entenderás directamente conmigo. Y mucho cuidado... Tampoco quiero que corras riesgos innecesarios...

Cuando volví a la sala de redacción, los ánimos se habían aquietado. A don Poli le había llamado Artigas a su despacho y Golito me informó que el plan vindicativo contra el Niño de los Tufos y su cuadrilla quedaba en suspenso.

—El viejo está lleno de caquita, sabes. Parece que explota bien ¡los cuernos...

—siguió martilleando a la máquina.

—No lo creo.

—Lee lo que dice el torero, ya verás. Tampoco hay derecho a chantajearlos porque despunten a sus toretes. En todos los espectáculos hay truco, por más que los oficientes de la santa corrida pretendan hacernos creer que lo suyo es un rito o un acto patriótico... Lee, lee, ya verás, el purí se ha caído del santoral, está pringao hasta las orejas... —me entregó el boletín de una agencia informativa en el que se relataba el incidente ocurrido por la mañana en un establecimiento de la calle de Alcalá. Parece que entre el diestro y nuestro crítico taurino se cruzaron algunas palabras insultantes y de éstas pasaron a las manos, no sin que el torero pregonase a todos los vientos que don Poli cobraba sus tapujos a precio de oro.

—¿Qué te parece? —me preguntó Carrasco desde su mesa.

—No sé... me resulta difícil admitir que don Poli haya hecho de la profesión un barato al alcance de cualquier desaprensivo.

—A mí no me extrañaría, sabes, porque gasta mucho y el oficio no da para tanto —hundió Carrasco la cabeza en la máquina con un gesto compungido.

Casi todo el mes de septiembre me lo pasé correteando como reportero más o menos vinculado a un equipo de sondeo patrocinado por «La Mañana», financiado por el Banco Portillo y auspiciado por jerifaltes de la oposición en las regiones con problemas autonómicos. Cataluña, Galicia y el País Vasco registraron mi paso con una serie de reportajes y artículos que trataban de reflejar la «democracia de plazuela y campanario», como había definido César Portillo a los efervescentes movimientos nacionalistas que aspiraban a destruir el centralismo burocrático de Madrid. Ciertamente, no era oro todo lo que relucía en los nacionalismos primitivistas, pues si en los más latía una profunda intención regeneradora que aspiraba a enriquecer la vida local y regional sin menoscabar los vínculos de la familia histórica española, no faltaban grupos extremistas que se inclinaban por el desgarramiento y otros que encubrían intereses bastardos. En mis trabajos quedó bien patente que los menos

afectados por el particularismo nacionalista eran los trabajadores. A lo largo de mi recorrido tuve ocasión de entrevistar a destacados dirigentes del sindicalismo socialista y anarquista y todos ellos, unos más y otros menos, consideraban «música celestial» el separatismo. En cuanto a los presupuestos sociales programados por Azaña no inspiraban confianza a nadie. «¿Qué importa que los socialistas hayan mejorado las leyes si no encontramos trabajo?», me decían a cada paso. «Lo que tiene que hacer el gobierno es meter en vereda a los capitalistas y dejarse de monsergas parlamentarias...» Mientras el parlamentarismo y las doctrinas de la reforma social por arriba perdían prestigio en el pueblo llano, cobraba arraigo la táctica de la acción directa preconizada por los anarquistas.

De vuelta a Madrid, me encontré con algunas felicitaciones y un buen paquete de correspondencia. Empezaba a ser conocido y algunos núcleos de opinión me hacían partícipe de sus inquietudes, creyéndome interesado en problemas que había tratado de pasada en artículos y reportajes escritos a vuelapluma. Así ocurría con los grupos desnudistas de Alicante, Valencia y Castellón, los cuales me invitaban a pasar unos días con ellos para «comprobar» los resultados de la nueva vida exenta de prejuicios que estaban creando. También un círculo teosófico y un centro espiritista me invitaban a presenciar sus experiencias. Naturalmente, no faltaban las notas discordantes y los anónimos de mala uva. Unos señores que se llamaban la Legión Sagrada de la Patria, me amenazaban con los mayores castigos del cielo y de la tierra si no me retractaba de mis pecados. Los buenos señores me ponían a caer de un burro. Daban por supuesto que estaba vendido al oro de Moscú, que tenía concomitancias con el Servicio de Inteligencia inglés y que era hijo de un padre masón y una madre puta. Pero no se conformaban conmigo y también arremetían contra los Portillo y «La Mañana», por estar vendidos al imperialismo extranjero.

De la veintena de cartas que me entregaron sólo dos se salvaron de ir a la papelería. Una era de Eva Campos, que acababa de regresar del veraneo en la Costa Azul y me invitaba a asistir a la vista de su divorcio. La otra era de un tal Fabricio Burgos Marín, quien me rogaba pasara por su casa para tratar de un asunto «del mayor interés». Pensando que pudiera tratarse de algo relacionado con el periódico, se la di a leer a Artigas, pero éste apenas pasó la vista por encima la soltó como si quemara... «Lagarto, lagarto», profirió.

—¿Qué pasa? ¿Conoces al payo?

—Si mis referencias no fallan, más que payo es gitano y de los buenos para el chalaneo y la intriga. Si quieres mejor información pregúntale al jefe, que le conoce bien... Creo que es uno de los enemigos más tenaces de su padre. A él le achacan la leyenda negra del viejo Antonio Portillo.

—¿Y qué puede querer de mí?

—Vete a saber... Calla, ahora recuerdo que el otro día en la tertulia de La Granja se habló de las dificultades económicas de «El Tiempo» y salió su nombre a relucir. No me hagas caso, pero me parece que ese Burgos Marín es uno de los acreedores de los Gárate. Habla con Martínez, que debe saber algo del asunto...

Nuestro comentarista de política interior, que era un pozo sin fondo de historias e historietas políticas y extrañas formas de vivir del cuento, me contó muchas cosas de la familia Gárate y de sus chanchullos para sacar el periódico del «fondo de reptiles», pero me aclaró poco lo que me interesaba saber. Únicamente, que tenía referencias de que últimamente manipulaba el periódico Pedro Espinosa del Robledal, el ex marido de Eva Campos y hombre de confianza de Burgos Marín.

Confieso que la carta del hombre de negocios excitaba mi curiosidad. Pero, además, ocurrió que al llegar a casa me encontré con la Santera un poco achispada y poseída de revelaciones. No siempre se hallaba tan propicia y a las primeras de cambio le soltaba a uno: «Te esperan cosas muy buenas. En lo alto se piensa en ti...» Conociendo su especial lenguaje esotérico lo alto había que identificarlo con el Niño del Perpetuo Socorro y lo bajo con el Lagarto de los

Ojos Verdes. El primero era intermediario ante el buen Dios y el segundo su enlace particular con el Demonio, pero ambos la proporcionaban buenas rentas entre los crédulos y supersticiosos que recurrían a sus servicios. Mi madre, que estaba siempre dispuesta a creerse todos los cuentos, insistió en averiguar de lo que se trataba, sin conseguir de la solapada mujeruca nada más que vagas alusiones a mi buena estrella.

Reflexionando sobre el asunto, sin poder separar las frases cabalísticas de doña Águeda de la carta de Burgos Marín, unas horas después me acerqué a su casa y salió a recibirme Angelines, pero, al parecer, no estaba dispuesta a dejarme entrar y tuve que empujar la puerta.

—No me digas que no eres bruto y entrometido... —observé que estaba muy ligera de ropa y un tanto nerviosa y conmovida—. Te digo que doña Águeda está durmiendo y no quiere que la molesten.

—¿Está con la pítima?

—Está con lo que le da la gana, no creo que tenga que darte cuenta de lo que hace.

—Es que tengo que hablar con ella. ¿Sabes que tienes el guapo subido? El matrimonio y la maternidad te sientan de maravilla.

—¿Ahora te das cuenta? —se acercó al balcón y vi que no llevaba más ropa que una ligera bata que transparentaba sus formas—. Bueno, no seas pesado y márchate.

—¿Es que no podemos hablar un rato como buenos amigos?

—No.

—¿Qué sabes de Juanjo?

—Oye, a mí no me vengas con rollos y líos. Soy muy feliz con mi marido y no me interesa nadie más. Además, mi marido no quiere que tenga relaciones con los chicos del barrio, y tiene razón, porque me habéis hecho un monumento con tanto presumir. Ni que yo fuera Dolores la de Calatayud... pobre de mí, que lo único que soy es una tonta, una infeliz.

—Yo no te he pedido cuentas ni pienso pedírtelas.

—Bueno estaría. Hasta ahí podíamos llegar, como si tú fueras un santo y te la cogieras con un papelito...

De pronto se abrió la puerta del saloncito de quiromancia y apareció Juanjo también a medio vestir.

—¿Quieres marcharte de una vez? —me señaló la puerta.

—Perdona, hombre, no sabía... Es que doña Águeda me ha dicho algo que me preocupa y quería salir de dudas.

—La Madrina ha estado hoy en el hospicio y sor Repollo le ha dicho que algunos tipos andan haciendo averiguaciones sobre ti. Como eres tan importante, a lo mejor son tus biógrafos... Hale, vete a la mierda de una vez y déjanos en paz... —Juanjo vino hacia mí con intenciones de echarme, pero su gesto *feroche* se convirtió en un guiño amistoso más convincente que su fingido mal talante.

Con todo, me dejó un regusto desagradable de comedia aquella escena y sentí lástima de Matías, el marido de Angelines. Se trataba de un músico notable y relativamente famoso en los bailongos y cabarets. Años atrás había sido huésped de la madre de Angelines.

Incluso corrió por el barrio que se entendía con la señora Isidora, porque en el tiempo que le tuvo en casa se remozó mucho y cambió tus colores pardos de sacristía por alegres floreados verbeneros. Pero luego se deshizo el infundio y quedó patente que Matías era tan serio con su patrona como con el resto de los vecinos. Su única pasión era la música y se entregaba a ella con un virtuosismo aislante. Quizá por eso nadie comprendía que siendo un hombre tan respetable se hubiera casado con Angelines cuando su madre la echó de casa al enterarse que estaba embarazada de Juanjo.

César Portillo había prohibido rigurosamente cualquier alusión en el periódico a la demanda de divorcio de su hermana, a pesar de que era uno de los temas que acaparaba la atención de diarios y revistas, y alimentaba el chismorreó de la calle. Prácticamente se había convertido en un pleito entre el antiguo y el

nuevo régimen por la personalidad de los protagonistas. Eva representaba en aquel momento el estrepitoso y proteico vanguardismo, en tanto que en su marido veían muchos el peso aplastante de la tradición.

La vista estaba anunciada a las doce, pero una hora antes los pasillos, antesalas y escaleras del palacio de justicia ya rebosaban de curiosos de todos los pelajes. Entre el público pluriforme y variopinto predominaban los escritores, artistas, abogados y algunos políticos destacados en los arrabales del poder. Los comunistas habían enviado una numerosa representación al frente de la cual figuraba «Estrella Roja», una redactora de «Mundo Obrero» y agitadora profesional. En el breve momento que me acerqué a saludarla me habló de la «camarada» Eva Campos como si estuviera en los secretos de su intimidad y me pronosticó un juicio revolucionario que acabaría con toda la hipocresía burguesa... En otro corrillo, donde se hallaba Golito, fui presentado inesperadamente al capitán Montero, que había jugado un papel importante en los sucesos revolucionarios de Sevilla y ya empezaba a resultar sospechoso por las simpatías que manifestaba hacia Italia. El capitán Montero me interesó más por lo que se decía de él en relación con Eva Campos que por las doctrinas anticomunistas que impartía en el numeroso grupo de jóvenes que le escuchaba.

Don Poli vino a mi encuentro para presentarme a un señor que tenía mucho interés en conocerme y cuyo señor resultó ser Burgos Marín... «De modo que tú eres el famoso Avelino Rico, ¿eh...?, me sentí escudriñado por los ojos más vivos y sagaces que había contemplado en mi vida. ¿No has recibido una carta mía?» Le dije que sí, que pensaba ir a verle, pero que no había tenido tiempo... La conversación fue tan rápida que sólo recuerdo que quedé comprometido a visitarle en su casa. Me atraía más la presencia de Eva Campos y, quieras que no, le dejé con la palabra en la boca para mezclarme con los que rodeaban a la escritora y bebían sus palabras y sus sonrisas. Portentosa de ingenio y belleza, respondió a un periodista que le reprochó su afición a piruetear y contradecirse, que ella no había nacido para estatua de sal y quería vivir las contradicciones de su tiempo como un ser humano... Luego Eva Campos fue requerida a la sala y un cuarto de hora después se anunciaba la suspensión de la vista. ¿Qué había pasado...? Algunos de los grupos de asistentes

reaccionaron tumultuosamente. No me resultó nada difícil reconocer entre los más vociferantes a los acompañantes de Estrella Roja y el capitán Montero. Pero lo más curioso es que ambos grupos llegaron a las manos entre sí, aunque los dos parecían defender la causa de Eva Campos. Al final tuvo que intervenir la fuerza pública para desalojar a los que se habían empeñado en convertir la casa de la justicia en un campo de batalla.

Ya en la calle me encontré de nuevo con don Poli.

—Oiga, ¿de qué conoce usted a Burgos Marín?

—Yo no le conozco de nada. Te presenté a él porque me lo pidió Ricardo Gárate, el director de «El Tiempo»... No hay derecho, fíjate, ya han detenido a la Estrella Roja.

Efectivamente, dos guardias de Asalto se llevaban a la briosa agitadora comunista. Benítez protestó airadamente y los guardias le amenazaron con la porra... «No hay derecho, vino hacia mí. Siempre ocurre lo mismo...», siguió su retahíla de acusaciones contra el Gobierno por la persecución de las izquierdas y el favor que concedía a los fascistas. Luego se acercó Golito diciendo que la Estrella Roja era una provocona que hacía política hasta con las sopas de ajo, y se enzarzaron en tal polémica que terminé por marcharme aburrido.

Los informes que recogí de Burgos Marín no me lo hacían tragadero. Era abogado de profesión y en sus años juveniles había descollado en la política integrista. Incluso fue diputado cunero en dos o tres legislaturas, pero la famosa quiebra de la Sociedad de Inversiones del Sur acabó con su carrera política y le recluyó en el mundo de los negocios. En este sentido se le consideraba un águila. Durante muchos años figuró como brazo derecho y eminencia gris de Antonio Portillo. A él se le atribuía, en parte, el vertiginoso éxito del hombre que inició su fortuna en el contrabando a gran escala. Sin embargo, entre el padre de mi jefe y Burgos Marín debió ocurrir algo muy grave, porque cuando se separaron fue para convertirse en enemigos irreconciliables. César Portillo le consideraba un «vil gusano y un ser despreciable».

Esta apreciación y los ojos de estupor que puso la superiora del hospicio cuando mencioné el nombre de Burgos Marín, del que únicamente me dijo que «era un hombre piadosísimo y un benefactor de la Casa», me decidieron a visitarle en el viejo caserón de la calle Leganitos.

La anciana que me abrió la puerta y se quedó un momento pensativa al decirle mi nombre, me miró con cierto interés y me llevó por una serie de pasillos y salas al despacho del financiero. El piso debía ser enorme y me produjo una primera impresión de barroquismo y lobreque. Los muebles, indudablemente valiosos, parecían colocados por una mano sin gusto, y los cortinajes de terciopelo, las gruesas alfombras y la acumulación de obras de arte, transpiraban un olor enrarecido que se metía por los poros.

La habitación en la que me recibió Burgos Marín, una especie de gabinete de trabajo y salón, era muy grande, pero estaba tan abarrotada de muebles y cachivaches que había que moverse con mucho cuidado para no tropezar con algo. Entre los cuadros que adornaban las paredes, los más de motivos religiosos, descollaba por su tamaño uno del pretendiente carlista, Carlos VII, muy engolado y apuesto. Cuando yo entré estaba sentado en un sillón de alto respaldo y permaneció sin moverse. Luego observé que tenía un brasero debajo de las piernas y, según me dijo, estaba baldado del reuma.

—Vaya, por fin te has decidido... —le asomó la mordacidad en la sonrisa—. ¿Acaso has tenido que pedir permiso al director de «La Mañana»?

—Mi jefe no tiene nada que ver en cosas que son de mi incumbencia — sostuve con energía la mirada inquisitiva de sus brillantes ojuelos.

—Parece que le aprecias.

—Pues sí. Conmigo se porta muy bien.

—Sus razones tendrá, porque no conozco a ningún Portillo que no vaya a lo suyo.

—Y usted, ¿no...? —por un momento creí que me iba a fulminar—. Perdone, no he querido molestarle. Sin embargo, doy por supuesto que en este mundo cada cual va a lo suyo y, a partir de este principio, resulta más cómodo entenderse.

—¿También cínico? —ahuchó las mandíbulas.

—Sólo lo suficiente para defenderme... Pero supongo que no me ha llamado usted para confesarme.

—No, no te he llamado para confesarte, no te impacientes. Yo no soy cura, soy hombre de negocios y me gusta conocer el paño antes de comprarlo... —le interrumpí para decirle que yo no estaba en venta, pero el viejo prosiguió sin hacerme caso—. Me han hablado muy bien de ti como periodista y a lo mejor llegamos a un acuerdo... ¿Sabes que tengo en mi poder el paquete mayoritario de «El Tiempo»?

Iba a decirle que no me interesaba aquella momia, pero ni siquiera me dejó meter baza. El vejete parecía encantado. Sus ojuelos brillaban de astucia cuando me relató que había deseado poseer aquel periódico y hundir a los Gárate desde que intentaron arruinarle con una campaña de difamaciones. Por lo visto se trataba de la famosa quiebra de la Sociedad de Inversiones del Sur, que fue luego adquirida por Antonio Portillo y se convirtió en la matriz del Banco... Una vez en posesión de la palabra no había manera de quitársela. Sin embargo, cuando arremetió contra las nuevas generaciones que estaban removiendo los cimientos seculares de España y dijo que no se podía esperar nada de una juventud amujerada y corrompida que había vendido su alma al mejor postor, me irritó de tal manera que, no pudiendo hacerle callar, me levanté para marcharme.

—¿Qué haces?

—Ya lo ve usted... No tengo ganas de oír sermones.

—¿Sabes que estoy buscando un director para «El Tiempo»?

—Me parece que después de todo lo que me ha dicho quien únicamente puede dirigir el periódico a su gusto es usted mismo.

—¿Crees que me faltan reaños para hacerlo? —parpadeó dubitativo.

—No, por supuesto que no.

—Si no fuera por el corazón y este maldito reuma... —lo dubitativo empezaba a transformarse en mefistofélico—. Pienso que si pudiera contar con un buen periodista como tú...

—Supongo que no habla en serio. Me encuentro muy bien en «La Mañana» y no pienso abandonar a César Portillo.

—Bah, bah... César Portillo es un demagogo y un oportunista, como todos los de su ralea, y si no le abandonas tú, te abandonará él cuando te haya estrujado bien. Los Portillo no tienen amigos ni se casan con nadie. Ya han hecho el negocio de reventar la Monarquía y, por ciertas referencias, me parece que están preparando el terreno para hacer lo mismo con la República...

Confieso que me sentí embargado con la cháchara ácida de aquel viejo chismoso. Durante casi media hora me estuvo hablando del viejo Portillo con tanta seguridad y desprecio que no me atreví a interrumpirle. Aunque de una manera muy vaga, y un tanto legendaria, no me era desconocida la personalidad del viejo banquero. Su nombre iba unido al del aventurerismo sin escrúpulos. Burgos Marín le definió como un sujeto de presidio sin paliativos.

—Muchos de los más famosos especuladores y capitanes de industria no empezaron de otra manera —le dije con intención de desviarle del tema—. Además, Antonio Portillo ha muerto y sus hijos se parecen muy poco al padre.

—¿Qué carajo sabes tú de los hijos...? —se incorporó bruscamente en el asiento y su cabecita de búho desplumado se me antojó la de una serpiente.

—No mucho, pero sí lo suficiente para creer que son personas normales y civilizadas... Uno juega a las finanzas, otro a la política, otra al arte y al amor, y el benjamín todavía anda brujuleando entre la política, el amor y la conspiración.

—Y todos suciamente, aprovechándose de unos y otros, corrompiendo la vida moral, como la ramera de Eva Campos...

—No tiene usted derecho a juzgarla con tanta ligereza —protesté.

—Yo juzgo como me da la gana... —me miró severamente y tras unos segundos de vacilación intento sonreír y dulcificar el gesto—. Bueno, ¿qué me dices de la propuesta que te he hecho?

—¿Se refiere a «El Tiempo»...? No me interesa ni poco ni mucho.

—¿Aunque te diera amplios poderes para hacer y deshacer?

—Ni siquiera en ese caso... —respondí muy seguro—. Así, en frío, no siento ninguna afinidad con un periódico tan cargado de sublimes nostalgias históricas...

La discusión todavía se prolongó un rato y, en ciertos momentos, adquirió tonos polémicos, pero no me resultó desagradable, ni mucho menos. Al margen de su odio por los Portillo, todo lo demás me parecía normal en aquel vejete de espíritu férreo. Recuerdo que cuando me habló de la necesidad del «cirujano de hierro» como solución patriótica, yo le dije que no se hiciera muchas ilusiones a este respecto, porque el cirujano de hierro podía llegar con más facilidad de la izquierda que de la derecha.

—Venga de donde venga, siempre será preferible a esta «memocracia» que está desintegrando el país.

—¿No le asusta la dictadura del proletariado? —me eché a reír.

—Lo único que me asusta es la chusma y el desorden, ver que cada cual hace y dice lo que quiere, porque en ese fangal es en el que medran los Portillo y aventureros de todas las especies.

Todos sus caminos conducían al mismo tema. Era algo obsesivo... Los Portillo resumían lo peor de nuestra sociedad. Sus argumentos para convencerme de que debía alejarme de ellos, se me antojaban música de fondo para ocultar un motivo esencial. Quizá lo que más me preocupaba cuando me despedí de él, prometiéndole reflexionar sobre la propuesta que me había hecho, era su

insistencia en asociarme a su espíritu de venganza. Mi subconsciente incluso asimilaba cada partícula de duda como un dato positivo en el esclarecimiento del enigma que me preocupaba desde que tuve uso de razón. Mientras hablaba Burgos Marín recordé más de una vez las palabras de la Santera el día que me echó las cartas: «Un hombre poderoso te anda rondando y muy pronto tendrás noticias de él...»

Al llegar a casa me encontré con un recado urgente de César Portillo para que me presentara a las tres en punto en su despacho con lo necesario para salir inmediatamente en avión. Mi madre gruñía y rezongaba, maldiciendo el momento en que se me había ocurrido hacerme periodista... Realmente tenía razón. En el pasado mes de diciembre apenas si había dormido en casa media docena de veces y el nuevo año no empezaba mejor.

Como apenas si me quedaba tiempo, preparé un maletín con las cosas más indispensables, tomé un bocado precipitadamente y cuando me apeé del taxi en la puerta de la redacción todavía faltaban cinco minutos para las tres. César Portillo me recibió del mejor humor.

—¿Qué, te encuentras dispuesto para hacer de policía?

—Yo estoy dispuesto para todo.

—Me gustas porque eres incansable. No creas que no lo he dudado antes de llamarte, porque comprendo que debes estar fatigado después de la paliza que te has dado en Cataluña, pero la verdad es que no encuentro a nadie más idóneo que tú.

—¿Se han vuelto a levantar los anarquistas?

—Sospecho que sí, aunque probablemente sólo se trate de un coletazo... Parece que en la provincia de Cádiz se han producido graves sucesos que el Gobierno trata de silenciar y hay que averiguar la verdad.

—Bien, haré lo que pueda.

—Probablemente tropieces con muchas dificultades. El amigo jerezano que me ha dado la noticia, me ha dicho que es muy difícil acercarse a la zona del suceso.

—No importa.

—Perfectamente. Abajo te espera un coche para llevarte al aeródromo y en Sevilla te aguarda nuestro corresponsal, a quien ya conoces... —se levantó y me tendió la mano—. A ver si tienes suerte y levantas la liebre.

—Si hay liebre puede estar seguro que me la traigo en el morral.

—De todas las maneras, te aconsejo mucha prudencia. No quiero que te metas en la boca del lobo y te den otra paliza como la de Figols.

—Descuide...

Al aterrizar en Sevilla me esperaba el corresponsal de «La Mañana» con un coche para continuar el viaje. Sánchez Cortina, un sevillano guasón y humorista con el que había pasado muy buenos ratos en otras ocasiones, me dijo a las primeras de cambio con aire fúnebre: «Osú, no sabes cómo está el Ponsio. Ha llamado a todos los directores de aquí y les ha dicho que como se filtre alguna noticia les hace responsables y les acusará ante la opinión pública de incendiarios...» En realidad no pudo decirme nada de importancia, pero me facilitó nombres y direcciones que me permitieron acercarme al escenario de la tragedia sin llamar la atención.

En Jerez de la Frontera observé desusadas precauciones. El olor a chamusquina se olfateaba tanto en la espesa red de vigilancia como en la actitud tensa y expectante de los trabajadores y campesinos. En el ambiente se masticaba el conflicto. Todos sospechaban que algo gordo estaba ocurriendo por la tierra de Medina Sidonia, pero los caciques que estaban en el ajo se negaban a comentarlo por temor a que se les escapara el virus, que trataban de aislar, y contagiara a los hambrientos de tierra.

Fue un tabernero jerezano quien me puso sobre la pista. Cuando le entregué la tarjeta de Sánchez Cortina, el hombre empezó a gestear como si fuera a

echarse a llorar, y luego llamó a un joven para que me informara. Bastó que le dijera que era enviado especial de «La Mañana» para que el muchacho se pusiera a mi entera disposición para hacerme llegar a «la tierra ensangrentada». Se llamaba Antolín y era algo más joven que yo. Luego me enteré que también escribía en la prensa libertaria, daba lecciones por los cortijos y componía canciones y romances. Antolín se las arregló para ponerme en contacto con algunos dirigentes anarcosindicalistas que habían sorteado las detenciones masivas ordenadas por las autoridades. Así conseguí llegar al que parecía más significativo en la escala de comités confederales. Era un hombre de mediana edad, cauto y poco dado a las expansiones. Su cara me resultó conocida y, hablando del fracasado movimiento revolucionario de diciembre, le pregunté si no nos habíamos visto antes en Madrid o Barcelona.

—No creo... —trató de evadirse—. Yo te conozco a ti por otras cosas... por tus artículos.

—Pues yo juraría que te he visto y no hace mucho...

Al final, cercado por mis preguntas, terminó por aceptar con socarronería que era probable que le hubiera visto en Madrid.

—¿No estabas entre los que intentaron el asalto al Ministerio de la Gobernación hace unos días?

Sin asentir explícitamente, lo admitió por el comentario que hizo: «Fue una baladronada de García Oliver. Se empeñó en que podía tomar el Ministerio de la Gobernación con doscientos hombres, y allí nos lanzamos todos los que estábamos en la redacción y los talleres de «CNT». Se trataba de provocar la huelga general revolucionaria en solidaridad con los compañeros de Cataluña y Aragón. Si quieres, un gesto desesperado, pero que de haber triunfado, y estuvimos a punto de triunfar, la acción revolucionaria se hubiera extendido como reguero de pólvora y Azaña hubiera saltado por la borda». En general, se mostraba partidario de la acción por la acción y sumar muchos pocos hasta provocar la riada incontenible.

Tras aquella entrevista, todo fueron facilidades. Convencido de que no podría llegar a Casas Viejas por la vía legal, ya que los periodistas que se me habían

anticipado estaban detenidos o habían sido devueltos desconsideradamente por la fuerza pública, me dejé llevar por Antolín por trochas y vericuetos, usando de distintos medios de locomoción y disfrazado de campesino para no llamar la atención. La entrada en el pueblo la hice montado en borrico con una cuadrilla de carboneros que se habían enterado de lo ocurrido mientras carboneaban en el monte. El encargado de la cuadrilla me dijo: «Un día u otro tenía que ocurrir, porque los ricos se han empeñado en no dar jornales a los pobres y prefieren dejar las tierras en baldío o que se pudran las cosechas. Los políticos de Madrid y los que por acá les hacen el juego y todo lo pintan para mañana, no se dan cuenta que con las tripas no se puede jugar y que los pobres también se cansan de morirse de hambre...»

El pueblo era una aglomeración de chozos y casuchas miserables. La presencia de los que habían ahogado la rebelión era tan patente que inmovilizaba las lenguas. Durante siglos soportaron la miseria como algo fatal e inexorable, pero el triunfo de la República, la predicación ácrata y la cacareada reforma agraria, les hicieron concebir esperanzas desmesuradas. Soñaron con la tierra que fecundaron con su sudor. Ya no habría más señoritos ni caciques que les privasen del fruto de su trabajo... Todo parecía posible hasta que se aprobó la mezquina Ley de Reforma Agraria. Fue entonces cuando se amontonaron para tomar por la fuerza lo que les negaba la prometida ley de justicia social. Y así amaneció aquel 11 de enero en que se concertaron para colectivizar las tierras feudales. Como símbolo de rebeldía, arriaron la bandera republicana, izaron la rojinegra y proclamaron el comunismo libertario. «La tierra para los que la trabajan», se dijeron pletóricos de fe. Pero al mismo tiempo pusieron a punto las escopetas, afilaron las hoces y armados con las herramientas del trabajo se dispusieron a fortalecer su soberanía. El viejo Curro Cruz, más conocido entre sus paisanos por el apodo de «Seisdedos», porque eran seis los que tenía en cada mano, asumió el caudillaje y dispuso levantar barricadas a la entrada... «Ahora vamos a demostrar a los papanatas de Madrid y a los señoritos que viven del cuento que el comunismo libertario no es una utopía...» Y sus paisanos dijeron que sí, que había que dejarse matar antes de transigir con el hambre. Su más ardiente seguidora era su nieta, una mocita en flor a la que llamaban «la Libertaria» por la pasión con que vivía el sueño de su abuelo. Pero aquel sueño de felicidad resultó efímero. Pronto sonaron los clarines de

guerra y repiquetearon ametralladoras y fusiles. No hubo piedad... Desde Madrid habían ordenado que no querían heridos ni prisioneros. Entre los guardias se comentaba que el mismo Azaña había ordenado al capitán que mandaba la fuerza de Asalto que «los tiros a la barriga». Cuando ya todo parecía perdido, el viejo Curro Cruz y sus más fieles seguidores trataron de hacerse fuertes en una choza para defender el derecho recién conquistado. Allí resistieron cerca de doce horas, hasta que en la madrugada del día doce la choza fue incendiada. El viejo luchador ácrata murió carbonizado por no rendirse, y a los que se rindieron les aplicaron la ley de fugas.

Cuando regresé a Madrid ocho días después llevaba conmigo un libro de notas, dos carretes de fotografías, la mente alucinada por lo que había visto y oído, y el espíritu enfermo de indignación. Con este material iba a conmover a la opinión pública, triplicar la tirada de nuestro periódico y contribuir a esclarecer los hechos... Qué pobre me parecía todo esto en comparación con el dolor que había presenciado.

Casi sin respirar escribí cinco reportajes que chorreaban sangre. Cuando se los entregué a mi jefe se los leyó de un tirón en mi presencia con emoción visible.

—Has hecho un buen trabajo —me dijo—. Es la polémica que necesita Azaña para purgar su soberbia.

Luego me habló de una recompensa, pero yo le dije que prefería tomarme unos días de descanso.

—¿Tienes pensado ir a algún sitio?

—No, no lo sé... Necesito recuperar el equilibrio y antes de volver a escribir quiero sacudirme los residuos que ha dejado esta tragedia en mi espíritu.

—Hace algún tiempo me dijiste que tu cerebro era un encerado en el que se podía escribir y borrar sin temor a rayarle.

—Mi cerebro tal vez, pero ahora he descubierto que tengo algo más que cerebro.

—Es un gran descubrimiento, aunque hubiera sido preferible que no lo hicieras, porque el amor a la justicia siempre es un grave inconveniente para triunfar.

—Me da lo mismo, ya que tampoco aspiro a volar en alas de granjería. Por lo menos, no pienso sacrificar mi conciencia a ninguna ambición.

—Yo tampoco soy partidario del triunfo a cualquier precio, pero soporto mejor a los ambiciosos que a los que se entregan al morboso deleite de rascarse las llagas o sueñan con delirantes paraísos utópicos. Hay que situarse en el justo medio...

En esto llamaron por teléfono y yo me levanté para marcharme, pero me hizo una seña para que me quedase, lo cual me permitió escuchar la conversación que sostuvo con su hermano Alejandro. Por su lenguaje y su gesto, colegí que se trataba de algo grave, ya que repitió varias veces palabras tan desusadas en él como rufianes y chantajistas. Los nombres que más sonaron en la conversación fueron los de Burgos Marín, Espinosa del Robledal y su hermana Lucrecia, a quien calificó en diferentes momentos de loca e insensata.

Al terminar la conversación, mi jefe estaba tan preocupado y ausente en mi presencia que opté por retirarme. Pero súbitamente me asaltaron ciertos escrúpulos en relación con lo que había escuchado y le conté la entrevista con Burgos Marín y su propuesta de hacerme cargo de la dirección de «El Tiempo».

—¿Cómo no me lo has dicho antes? —se le arremolinaron las cejas.

—No creía que pudiera interesarle. De todas las maneras pensaba hacerlo antes de llegar a ningún compromiso. —Como ahora no tengo tiempo, porque me espera mi hermano Alejandro, lo mejor va a ser que te vengas conmigo al cortijo Los Cigüeñales y allí hablaremos con más tranquilidad... —se levantó con gesto de ordeno y mando—. ¿No te agrada? Conste que pensaba invitarte de todas las maneras, pero si tienes otros proyectos...

—Mi único proyecto es corretear libremente por el campo, leer y hacer un poco el salvaje.

—Volver a la naturaleza, vaya —sonrió burlón.

—Pues sí —le miré un poco amoscado.

—Pues entonces no hay más que hablar. Te vienes conmigo. Luego concretaremos la hora, porque ahora tengo prisa. Perdona...

La impresión que guardo de los días que pasé en el cortijo «Los Cigüeñales» es varia y contradictoria. Sin embargo, no puedo quejarme de la amable hospitalidad con que fui atendido. La cortijada se extendía por la campiña feracísima y trepaba por los riscos de la serranía poblada de corpulentos alcornoques. En la finca trabajaba medio centenar de familias en menesteres agropecuarios que abarcaban desde la crianza de reses bravas a la explotación del corcho, sin desatender el cultivo de cereales. Lo que se dice un auténtico feudo.

Desde que llegamos me tomó bajo su protección Pacorro, aperador del cortijo y hombre de confianza de la familia, aunque en lo político no parecía identificado con mi jefe. En realidad se trataba de un tipo bastante complejo que idolatraba al viejo Antonio Portillo y sentía nostalgias contrabandistas. Aunque no era muy hablador, cuando se le soltaba la lengua era una delicia escuchar sus relatos de contrabandismo que tenían por escenario una extensa zona del Campo de Gibraltar y Marruecos. Nunca me dijo que las historias que contaba formaban parte de su autobiografía, pero yo así lo entendí y algunos peones de la finca me lo confirmaron, pues Pacorro había sido el brazo derecho del padre de mi jefe. Como él decía: no era moro ni cristiano, pero tenía el vicio de todo lo que daba gusto a la vida.

Desde el momento que llegamos mi jefe se desentendió de mí. Los tres primeros días estuvo tan atareado que sólo nos vimos ocasionalmente. Según me dijo Pacorro, tenía muchos negocios en Algeciras, La Línea y Gibraltar... «además del caciqueo político, que es lo que más le tira».

De regreso al cortijo, tras una intensa jomada de caza con Pacorro y el Cachazudo, mayoral de ganadería de reses bravas, me quedé en el río para darme un chapuzón. Hacía un sol espléndido, pero el agua estaba bastante fría y a los pocos minutos empecé a sentir la tiritona, por lo que tuve que salirme. Mientras me secaba al sol, haciendo algunos ejercicios de gimnasia, me pareció oír un siseo desde los cañaverales. Como no vi a nadie, atribuí el siseo

a cualquier avechuchu. En los yerbazales del otro lado del río pastaban reses bravas. Un semental potente y bien armado de cornamenta, acosaba a otro con el celo inflamado. Su compañero parecía menos agresivo. Pasivamente aceptaba los asaltos del más fuerte, pero no se dejaba invadir. La porfía de quiero y no quiero, de puedo y no puedo entre los animales, me produjo una fuerte excitación. De nuevo volví a oír el siseo y sentí vergüenza de encontrarme desnudo. Precipitadamente me puse los calzoncillos y el pantalón... El semental seguía acosando a su compañero con impetuosidad, pero cuando éste se cansó de recibir sus asaltos, le plantó cara, o mejor decir cuernos, y hubo un amago de corneamiento que cesó cuando el más débil volvió grupas y se lanzó a la carrera... Ya camino del cortijo, el impertinente siseo me persiguió por entre los macizos de zarzamoras, juncos y adelfas que poblaban las márgenes del río. De pronto vi una cabeza que se ocultaba rápidamente.

—No te escondas que te he visto...

Eva Campos salió de su escondite.

—Vaya, no esperaba encontrarme aquí a Donmetomeentodo.

—Ni yo a Misscatacaldos.

Nos abrazamos eufóricos y rientes, poseídos de una jovialidad espontánea.

—Por lo visto te has venido huyendo de la quema.

—No quiero oír hablar de la cloaca política.

—Hombre, muy bonito... Armas la de Dios es Cristo y luego tomas las de Villadiego sin tener siquiera la delicadeza de despedirte de los amigos.

—Olvidemos nuestras náuseas... ¿Cuándo has llegado?

—Anoche a las doce, pero hasta hace un rato no me he enterado que habías tomado mi casa por asalto.

—¿Tu casa...?

—Ah, ¿de modo que no sabes que soy la propietaria de Los Cigüeñales?

—No tenía la menor idea. Yo creí que era de tu hermano César.

—César es un fresco. Con el pretexto de que soy una calamidad administrativa, dispone de lo mío como si fuera suyo... Hablando de las triquiñuelas de su ex marido y de los chanchullos de sus hermanos, llegamos a un arroyuelo. Eva vaciló entre descalzarse o rodear por el puentecillo de troncos que había un poco más arriba. Yo me ofrecí a pasarla en brazos o a caballo... «Me encantaría por lo que tiene de romántico, pero no creo que puedas conmigo», me desafió burlona. Que sí, que no... No es que fuera un peso liviano, pero a mí me lo pareció. Sentirla vibrante en mis brazos, con su cara pegada a la mía y respirando su fragancia, me despertó un ansia incoercible de posesión... «Por Dios, que me haces daño», forcejeó por desasirse de mis brazos. Estaba tan ofuscado que no la hubiera soltado tan fácilmente de no sentir sus dientes en mi hombro. Luego me arreó dos sonoras bofetadas y me llamó insolente y petulante... «Perdóname, ha sido un momento de arrebató», agaché la cabeza francamente avergonzado. Por toda respuesta echó a andar, y yo me quedé rezagado, dando tiempo a que se me pasara el sofoco.

Pasada casi una hora, regresé al cortijo y Pacorro me dijo que el señorito César me esperaba en el comedor.

—¿Y la señorita Eva?

—Con la señorita Lucrecia no hay que hacer cuentas. Hace un momento cogió el coche y me dijo que no la esperásemos.

Al entrar en el comedor, César Portillo me miró enojado.

—¿Dónde te metes?

—Andaba por ahí dando vueltas. Hace un tiempo tan rico...

—Dichoso de ti que puedes disfrutar del tiempo... —siguió comiendo. Era la primera vez que nos encontrábamos los dos solos desde que llegamos de Madrid—. ¿Has visto a mi hermana?

—Sí, hace un rato estuve con ella. Por cierto, no tenía la menor noticia de que hubiera venido.

—Ni yo tampoco. Pero eso en mi hermana es normal. Se pirria por hacer las cosas a torcidas... Como es tan ligera de cascos no se puede atar cabos con ella.

—Creo que es la propietaria de esta finca.

—Todavía no lo es legalmente. Antes de entrar en posesión efectiva hay que resolver muchas cosas, ya que en el testamento de mi madre figuran ciertas cláusulas sobre asentamientos y mejoras a los antiguos colaboradores de mi padre que yo soy el encargado de ejecutar. Pero no queremos hacer nada hasta que se resuelva su situación matrimonial, y eso va para rato...

Así fuimos a parar al conflicto entre Burgos Marín y Espinosa del Robledal con la familia Portillo, que mi jefe definió como «una coalición de intereses bastardos, con el agravante de abuso de confianza por parte de su cuñado». Según me contó, al morir su padre y asumir su madre la jefatura familiar, su cuñado se convirtió de hecho en el verdadero manipulador de los negocios financieros. El Banco pasaba por un mal momento. De alguna manera la familia Portillo estaba en conflicto con la Dictadura. El se hallaba exiliado en Londres por sus ideas republicanas, su hermano Alejandro había sido multado dos veces por haber participado en protestas universitarias, y un ministro de Hacienda se había dejado decir que poco podía si no hundía a Antonio Portillo y le obligaba a volver al contrabando, que era lo suyo. Mi jefe estaba convencido que estas amenazas tuvieron mucha parte en el infarto que acabó con la vida de su padre. Por estas y otras razones, su madre confió en Pedro, que gozaba de cierto prestigio en la Unión Patriótica. Gracias a él consiguieron salvar el bache político sin mayores quebrantos. Al caer la Dictadura, su hermano Alejandro se incorporó a la dirección del Banco, como estaba previsto en las disposiciones de su padre... A tono de esto, me contó algo muy curioso. Al parecer Antonio Portillo profesaba ciertas ideas deterministas y desde muy niños les había predispuesto para un destino brillante. César debía prepararse para irrumpir en la política como un dirigente capaz de devolver a la patria la salud y la confianza en su «destino histórico». Alejandro estaba destinado a la milicia y con su espada flamígera establecería la paz y el orden, y sostendría a César para que llevara a cabo los grandes planes de reforma. Para Antonio, el menor, era el reino de las finanzas y convertiría el Banco

Portillo en un pulpo con brazos en los cinco continentes. A la única que salvó de un destino prefabricado fue a Lucrecia, que era su predilecta, pero también la obligó a casarse con Pedro Espinosa del Robledal «para evitar que hiciera alguna tontería con el joven Montero, a quien no podía ver por su arrogancia y presunción»... Aunque Pedro Espinosa del Robledal siguió desempeñando en el Banco una posición preeminente, no sería por mucho tiempo... «Sin que nosotros lo supiéramos mi hermana y su marido habían llegado a un compromiso de mutua tolerancia y cada cual campaba por sus respetos. Se hablaba mucho de la amistad de mi hermana con Alberola y de su tertulia literaria. Es más, Lucrecia había pasado de la indiferencia política a un republicanismo virulento. Por otra parte, en el Banco se descubrieron algunas anomalías administrativas. Al enterarse mi madre, prohibió a Alejandro que hablase del asunto incluso con nosotros. Se trataba de un fraude de varios millones de pesetas. Naturalmente, Pedro tuvo que abandonar el Banco, pero mi madre no le abandonó. Nos consta que hasta su muerte le estuvo facilitando dinero... César Portillo hizo una breve pausa para encender otro puro y llenarse la copa de coñac. Luego prosiguió: ¿Por qué encubrió mi madre a Pedro? Sinceramente no lo sé, pero conociendo sus ideas y sentimientos religiosos, me inclino a pensar que lo hizo para no facilitar a mi hermana el pretexto de la separación conyugal. Sin duda, creyó que ocultando los chanchullos y deslealtad de mi cuñado podía impedir lo que era inevitable... Tras la muerte de su madre, trataron de arreglar amistosamente las cuentas con Pedro Espinosa del Robledal, pero éste les envió como abogado suyo a Burgos Marín, uno de los mayores enemigos de su padre, quien fue recusado por los hermanos Portillo, pero no pudieron evitar dialogar con un intermediario suyo, ya que Burgos Marín se había hecho caigo legalmente de la deuda que su cuñado tenía con el Banco. A partir de entonces menudearon las entrevistas y finalmente llegaron a un acuerdo ambas partes. La deuda había sido fijada en cinco millones de pesetas, pero a la hora de cerrar el trato los representantes de Burgos Marín presentaron un paquete de documentos, sustraídos por Espinosa del Robledal de los archivos del Banco, que valoraron en el doble de la cantidad en que habían fijado la deuda.

Mi jefe se levantó con un escalofrío y se asomó a la ventana. El sol iba ya de caída y empezaban a dominar las penumbras. Luego encendió un cigarrillo y se volvió hacia mí.

—¿Qué te parece?

—Un embrollo de mil diablos... Hace falta tener mucha paciencia para aguantar tanta marrullería y subterfugios.

—La necesidad hace santos... —movió la cabeza—. No obstante, el otro día ocurrió un incidente bastante lamentable que ha empeorado la situación. Mientras los apoderados de Burgos Marín trataban de convencer a Alejandro con todo lujo de amenazas y coacciones de que era un trato ventajoso para nosotros aceptar las condiciones que nos imponían, se presentó Antonio y, enterado de lo que sucedía, no se le ocurrió otra fórmula que liarse a puñetazos con los representante de Burgos Marín y echarlos a patadas del despacho.

—Magnífica respuesta —exclamé—. Es lo mejor que pudo hacer con ellos.

—Sí, muy deportiva y digna, pero no ha resuelto nada. Por el contrario, ha complicado las cosas. Porque ahora Burgos Marín nos amenaza con librar una batalla pública atrincherado en los malditos documentos. Y el caso es que a nosotros no nos interesa en este momento esa clase de publicidad.

—Pero tampoco es cosa de rendirse a las maniobras de un miserable.

—No sé, no sé lo que haremos... Mi hermano Alejandro se inclina por la paz y está dispuesto a pactar. Antonio quiere emplear con Pedro y Burgos Marín procedimientos similares a los que empleó con sus secuaces. Lucrecia no sé qué esperanzas abriga de apoderarse de los documentos, aunque no se puede tomar en consideración su opinión, porque no se trata de escribir una novela de aventuras o tejer fantasías... Y por mi parte, estoy indeciso. Necesito más elementos de juicio para tomar una resolución.

Poco después llegó su hermano Alejandro con dos señores y se encerraron en el despacho biblioteca.

¿Era pose o realmente la molestaba mi presencia? Su actitud fría, irónica y convencional me hería tan a lo vivo que los últimos días que pasé en Los Cigüeñales fueron un verdadero tormento. El caso es que aparentemente me trataba con más amabilidad que al resto de los invitados, entre los que figuraban algunos millonarios norteamericanos que navegaban en el yate Astoria, una embarcación de superlujo atracada en los muelles de Gibraltar. Pero su amabilidad conmigo era ceremoniosa, digamos impersonal. Me sonreía, cambiaba conmigo algunas palabras como si nada hubiera ocurrido, pero todo con un aire de gran señora condescendiente y benévola.

En esas condiciones la situación para mí era más que penosa, insufrible. Ni siquiera el encanto de Miss Vaughan, la caprichosa y sensible cuarentona que una noche de fantasía andaluza me pidió que la besase a la española, podía atenuar el berrinche de celos que me entraba cada vez que veía a Eva Campos en compañía del apuesto Frederic Assuray.

Una mañana me levanté con la vena atravesada y sin más ni más preparé la maleta, resuelto a tomar el primer tren que saliera para Madrid. Mi jefe, que era la única persona con la que me hallaba ligado por un deber de respeto y cortesía, no estaba en el cortijo. Oficialmente se encontraba en una finca que su hermano Antonio poseía en Ronda, pero la verdad es que había salido de Gibraltar en un avión con su hermano Alejandro.

Pacorro me miró sorprendido cuando me vio con la maleta. No tuve necesidad de decirle lo que proyectaba, porque lo olfateó en el acto. ¿Qué pensaba cuando me contempló insistentemente, con afabilidad paternal, y movió lentamente la cabeza? ¿Había descubierto mi secreto...? Sobre la nieve de su cabeza había mucha experiencia. Sin hacer el menor comentario, salió un momento para ordenar que preparasen el coche. Cuando regresó me invitó a compartir con él una sartén de sabrosas migas con torreznos, rociadas con vinillo de Chiclana. No creo que mi anfitrión quedase descontento del honor que hice a su manjar predilecto, pues rebañamos la sartén y dejamos la botella sequita.

Estando despidiéndome de Pacorro, se presentó Eva Campos. Sólo con verla sentí que me flaqueaba la voluntad y la resolución de hacía un momento se resquebrajaba en vacilaciones.

—Por lo que veo nos dejas —se plantó frente a mí sonriente.

—Sí, no tengo más remedio...

—Esto es lo que se llama una despedida a la francesa... —me arrojó el sarcasmo como si fuera una flor, y luego añadió con sutil ironía—: ¿Tampoco te has despedido de Miss Vaughan?

—De buena gana lo hubiera hecho, porque es muy simpática, pero temí encontrarme con Frederic —respondí en el mismo tono.

Ella soltó una carcajada y Pacorro aprovechó la ocasión para alejarse.

—Me parece que te estás comportando como un chiquillo.

—Un chiquillo... ¿Cómo son los hombres en tu tierra?

—En mi tierra los hombres son poco más o menos así, pero a mí me agradaría que tú fueras distinto. Sinceramente deseo que seamos buenos amigos, pero sin peligro de asaltos ni frases de novela.

—¿Te parecen frases de novela decirte la verdad, que te...?

—Por favor... —me interrumpió, poniendo cara de mona asustada—. Es inútil que te empeñes en conjugar un verbo tan falaz y peligroso.

—Tú sí que eres... —iba a decir «falaz y peligrosa», pero me mordí la lengua.

—Sería lo que has pensado si me dejara impresionar por tu vehemencia. Pero no, no ocurrirá. Prefiero que sigamos siendo amigos.

—¿Acaso son incompatibles la amistad y el amor?

—Para mí, sí... Tú todavía no comprendes estas cosas, porque eres muy joven y mezclas la fisiología con la metafísica.

—Vaya, ya salió la abuelita con toda la experiencia del mundo a sus espaldas.

—No es la abuelita, es la amiga que te aprecia de verdad y no quiere dejar de apreciarte.

—Tanto mejor. Eso es precisamente lo que yo quiero...

—No insistas... —se dilataron sus pupilas como las de los gatos en la oscuridad y adquirieron un brillo hipnótico—. Si cometiera la insensatez de acceder a tus deseos lo más probable es que terminara odiándote y odiándome.

Por mi mente cruzaron rápidas las palabras de don Poli: «Es una Antinea, una devoradora de hombres...» ¿Qué significado tenían aquellas palabras? ¿Sería cierto que Eva mataba de amor...? Cualquiera que fuera el enigma que encerraban, no me intimidaron. Por el contrario, me sentía más atraído. Me gusta el misterio y amo el peligro. Las aventuras en las que hay algo que arriesgar son las que más me interesan.

—De todas las maneras, lo prefiero a que me trates con indiferencia.

—No hablemos más de esto, por favor... Quédate, ¿quieres? Haz un esfuerzo por ser amable.

—No puedo serlo mientras me rehúyas. Me voy. Es lo mejor para los dos. No quiero pasarme las noches en blanco soñando imposibles... Adiós.

—Que lleves buen viaje.

Durante unos segundos nuestras miradas se encontraron. La suya era insinuante, jovial, envolvente. Sentí que en los pies me nacían ¡pesadas planchas de plomo. La tentación de golpearla o echar a correr fluctuaban en mi mente, pero no hice ninguna de las dos cosas, sino que acepté sumisamente la mano que me tendía.

—Espero que Madrid te devuelva la paz.

—Lo dudo. Si la paz existe, debe estar en algún lugar inaccesible para mí... — me dirigí al coche que me esperaba en la explanada, Placiéndome el firme propósito de luchar contra su presencia en mi voluptuosidad.

En la Villa y Corte todavía coleaba el asunto de Casas Viejas. Azaña había conseguido salvar la situación con su formidable dialéctica Parlamentaria, pero

su imagen pública se estaba desmoronando. Con los anarcosindicalistas más virulentos que nunca, los lerrouxistas engallados y la derecha dispuesta a sacar tajada, el cotarro político no podía ser más activo y polémico.

En casa la situación no era mejor. Mi padre ni siquiera me dirigió la palabra y mi madre parecía una esfinge. Tan parlanchina y curiosa, apenas si me hablaba. Por primera vez no mostró interés por saber dónde había estado y lo que había hecho durante aquellos días. Luego me di cuenta que su actitud era el resumen de muchas polémicas con mi padre a cuenta de mis reportajes. El hombre estaba tan convencido de la pureza de Azaña y la inocencia de los socialistas, que se negaba a admitir la realidad de lo sucedido en Casas Viejas. Más de una vez le oí decir en el taller con voz chillona para que llegase a mis oídos que «aquello era un engendro de la reacción y los que lo propagaban eran pobres incautos que hacían el caldo gordo al enemigo...» Mi madre me pidió por Dios y la Santísima Virgen que evitase discutir con él, y yo se lo prometí, aunque la promesa fue innecesaria, porque fue él quien más empeño puso en ignorarme.

Durante mi ausencia había recibido más cartas que en toda mi vida. La mayoría era de felicitación, pero había algunas que me regalaban frases tan bonitas como éstas: «fascista asqueroso», «cavernícola de mierda», «hijoputa vendido a los Portillo». El hecho de ser calificado de «cavernícola» y «fascista» tan profusamente, me hubiera afectado dolorosamente de no ser por las ráfagas de simpatía que me llegaban de importantes sectores del izquierdismo. Sin contar con el clamor de simpatía anarcosindicalista, en la correspondencia encontré dos testimonios muy significativos, uno de ellos firmado por un diputado y ex ministro radical-socialista y el otro por Estrella Roja.

Para ser sincero, debo decir que tampoco me faltaron parabienes reaccionarios. El más cariñoso y entusiasta de éstos era el de Burgos Marín, que me daba las gracias «por el servicio que había rendido a la Patria», poniendo al descubierto «la crueldad y desprecio a los humildes de los que habían llegado al Poder calumniando a los Gobiernos de la Corona y acusándoles de vivir a espaldas del pueblo». Afortunadamente, los lamentables sucesos del villorrio gaditano habían puesto a flor de piel la mala conciencia de las élites políticas en la cuestión social. La gente se preguntaba:

¿No es sorprendente que a los dos años y medio de proclamada la República, mansamente acunada en románticos aires verbeneros y folclóricos, los campesinos sigan vegetando en la miseria y los trabajadores vivan bajo el temor de ingresar de un momento a otro en el ejército desesperado de los sin trabajo? Como decía Estrella Roja en su carta, resultaba paradójica una República de trabajadores que conservaba intactos los mecanismos de producción capitalista, mientras negaba a los trabajadores elementales derechos de subsistencia.

A pesar de mi pequeño éxito profesional, me sentía tan deprimido y desangelado que lo último que deseaba era ponerme a escribir. Como tampoco tenía ganas de leer ni de estar en casa, me eché a la calle dispuesto a dejarme llevar por el azar. El tiempo era malo. Las nubes se paseaban por el cielo con aire aborascado y de vez en cuando le sorprendían a uno brascas ráfagas que le encogían. Mi talante no era mejor... En la Puerta del Sol, ante la incertidumbre de acercarme a visitar a la hija de Blanca Sahara, a la que no había vuelto a ver desde la muerte de su madre, y al inspector Ortiz, que me había llamado varias veces por teléfono durante mi ausencia, terminé dejándome llevar por la querencia y me encaminé a la redacción del periódico. En la escalera tropecé con Golito, que iba ciego y casi me derriba. «Perdona, chico, me estrujó como a un pelele al reconocerme, y enhorabuena por tu trabajo. Me voy corriendo, porque acabo de citarme con dos fenómenos del Bilbao con los que el Madrid anda en trato. Voy a ver si consigo una exclusiva y mañana lanzo la bomba...» Sus apretujones y bamboleos atentaron de nuevo contra mi equilibrio y, sin esperar respuesta, se lanzó como un turbión, bajando las escaleras de cuatro en cuatro peldaños. Mientras conversaba con unas chicas de administración, vi salir a Sonia del despacho de Artigas con una cartera debajo del brazo.

Vestía sencillamente un traje de chaqueta gris y las trenzas rubias seguían formando una diadema griega en su bella cabeza juvenil.

—Hombre, qué alegría... —vino hacia mí con una sonrisa resplandeciente.—
No esperaba encontrarte aquí.

—Ni yo tampoco... —estreché su mano pequeña y nerviosa—. Hace un momento, al pasar por la calle Mayor, sentí deseos de subir a saludarte.

—Pero te quedaste con los deseos, ¿verdad?

—Los deseos no comprometen a nada... ¿Te alegras de verdad de volverme a ver?

—¿Por qué no iba a alegrarme? Te he llamado algunas veces aquí y a tu casa y nunca he tenido la suerte de encontrarte... Quería darte las gracias por todas tus atenciones y rogarte que fueras a recoger el montón de trastos que tienes allí y que nos están estorbando.

—No sé a lo que te refieres... —sentí un ligero calorcillo en las orejas al recordar los trapicheos con el anticuario.

—Me parece que lo sabes de sobra... Sinceramente, te agradezco la intención, pero esos cacharros no tienen para mí ninguna utilidad. Me da lo mismo mirarme en la consola de la princesa de Éboli que en un espejo de seis reales. Y para tener buena hora no necesito relojes venecianos.

—El caso es que a mí tampoco me son de utilidad.

—Yo creí que los habías comprado para regalárselos a tu novia.

—Todavía no he encontrado a mi Brunilda.

—Pues tu amigo el anticuario me dejó entender que ya estabas poniendo casa...

Maldita muchacha. Parece que se había especializado en sacarme los colores. Claro que la culpa la tenía yo por salir del trance con la mayor economía de medios. ¿Quién me mandaba decirle al estúpido chamarilero que era mi novia...? El molesto cosquilleo que sentía en las mejillas me hizo cambiar de conversación.

—¿Qué tal van tus estudios?

—No he vuelto a la Facultad. Ya ves por donde, sin querer, voy a complacerte.

Sonia estudiaba la carrera de medicina y alguna vez, bromeando, le había dicho que a las mujeres debían prohibirles estudiar para matarifes, ya que poseían demasiados recursos para matar sin escalpelos ni pócimas.

—¿Lo dices en serio?

—Y tan en serio. Mira, ahora mismo salgo de pedir trabajo a Artigas.

—¿Es que piensas hacerte periodista?

—¿Por qué no? Después de todo no existe gran diferencia entre descuartizar a la gente con el bisturí o despellejarla con la pluma.

—¿No me estarás tomando el pelo?

—Te aseguro que hablo completamente en serio. Tengo que trabajar en algo para ganarme la vida, y prefiero emborronar cuartillas a realizar trabajos administrativos en cualquier oficina.

—Desconocía tus aficiones literarias y hasta no sé por qué tenía la impresión de que el periodismo te resultaba antipático.

—Pues te has equivocado del todo. La literatura es mi debilidad. El periodismo propiamente dicho me atrae menos, pero teniendo en cuenta que mi padre, mi madre y mi abuelo fueron periodistas, aunque no sea más que por atavismo, creo que puedo ganarme el pan escribiendo artículos.

Artigas salió hasta la antesala a despedir a tres señores que habían entrado después de Sonia y, al verme, me hizo una seña con la mano.

—Nos volveremos a ver pronto... —me despedí apresuradamente de la muchacha.

—No te olvides de ir a recoger los trastos... Adiós.

El camaleón de Artigas estaba repleto de sarcasmo y desdén. «¿Te ha dicho la niñata las pretensiones que tiene?», me llevó con el brazo sobre el hombro hacia el ventanal y allí me arrojó a uno de los sillones de cuero. «Se ha creído que esta casa es una fábrica de churros y que lo único que necesitamos para

ser perfectos es fabricar buñuelos feministas. Por lo que a mí se refiere, digo que no al feminismo y, si tu no la proteges, espero que el jefe la mande a zurcir Calcetines. Para ejemplo ya tuvimos bastante con la madre...» Artigas estaba desatado, cosa rara en él, pues como decía Blanca su cerebro era un alambique que retorció y adelgazaba los conceptos sin descubrir sus pérfidas intenciones. Por la misma Blanca tenía alguna referencia de la mutua antipatía que se profesaban. En cierta ocasión me puso en guardia contra sus «sutiles venenos». Fue al comienzo de ingresar en «La Mañana», un día que me sorprendió «hechizado» mientras Artigas me recitaba algunos poemas suyos. Recuerdo que después de aquel «íntimo convite» no pude por menos que manifestar mi sorpresa de que Artigas fuera un poeta casi ignorado cuando a mi juicio podía hermanarse con los mejores... «Con los mejores imitadores, ¿no?», se echó Blanca a reír. Su observación despectiva hacia nuestro compañero me molestó tanto como su afán de protegerme de «influencias perversas». «¿Quién eres tú para establecer códigos morales?», le reproché acremente. Blanca me contempló con amorosa parsimonia y movió la cabeza. Quizá se daba cuenta que nuestras relaciones eran demasiado forzadas y luchaba por evitar lo inevitable. No era sólo que tuviera el doble de años que yo, lo cual carecía de importancia, sino aquella enfermedad que ocultaba y se hacía patente en sus entregas amorosas... «Quizá tengas razón en lo que dices de los códigos morales. Tengo para mí que los primeros fundamentos de moral surgieron en la minúscula sesera de un antropopitecus celoso, y probablemente yo no sea más que una pobre mujer que ha buscado en muchos hombres lo que ahora ha encontrado en ti. Pero Artigas no es diferente a mí en ciertas cosas, aunque lo disimule. En cuanto a sus genialidades poéticas, también puedo hablarte de ellas, porque para mí también fueron una sorpresa cuando le conocí. ¿No te ha dicho nunca que estuve enamorada de él y que fui una de sus más entusiastas admiradoras...? Pues sí. No creas que soy indiferente a su hechizo personal cuando infla las estrofas y sus pupilas irradian magnetismo. Sin embargo, puedo asegurarte que tanto en la poesía como en el amor, me defraudó, resultó un monedero falso. Primero fue en el amor, cuando me ofreció por toda recompensa un bombón de licor, y luego en la poesía al descubrir que era un eco en el que resonaban Verlaine, Holderlin, Rimbaud, Lautremont... No, no, en Artigas no

hay nada verdadero. Es un hombre líquido. Como dice César Portillo, su única y genial virtud es la de incordiar, virtud muy estimable en el periodismo político de oposición. Al margen de sus ingeniosas apostillas que estimulan las glándulas biliares de los políticos de todos los colores, como poeta no pasa de ser un brillante y astuto vampiro...» De momento, el sermón de Blanca, más que disminuir mi pasión por Artigas, repercutió en mis relaciones con ella. Sin embargo, no tardaría en deshacerse el hechizo. Sus tentativas de iniciarme en el malditismo tropezaron con cierta repugnancia por mi parte. Su juego no me era enteramente desconocido. Me bastó acompañarle tres veces a la tertulia del famoso escritor Rafael Guilarte para percibir los mismos elementos morbosos que había conocido en casa de doña Águeda la Santera. La única diferencia de bulto es que doña Águeda se amparaba en el ocultismo y la mística religiosa, y los amigos de Artigas se regodeaban en las sublimidades de Platón, chispeaban con el ingenio de Gide y Oscar Wilde, estaban al tanto de las extravagancias del surrealismo... No, no estaba dispuesto a regresar a la adolescencia y dejarme sacar los demonios del cuerpo por la succión de bocas ávidas... Artigas habló todo lo que quiso sin que yo le interrumpiera una sola vez. Cuando se le acabaron los chismes, me puso la mano en la rodilla y me contempló alarmado.

—Oye, ¿te encuentras bien?

—Que yo sepa, no me duele nada. ¿Por qué lo dices?

—Porque te encuentro raro. Pareces ensimismado.

—Bueno, será porque estoy jodido y tengo una mala leche que espanta.

—¿No te ha tratado bien el jefe?

—Ni bien ni mal. He vivido a mi aire disfrutando del campo.

—¿Nada más que del campo, pillín...? —la burla y la curiosidad jugaban picarescamente en sus labios ratoniles—. ¿No estaba Lucrecia por allí?

Le dije lo que me repetía a mí machaconamente: que Lucrecia no me interesaba, pero lo decía con tan poca convicción y tan cargado de despecho que Artigas lo tomó a broma. Incluso me dijo algo, bajo promesa de reserva

total, que me dejó turulato. Por las confidencias que me hizo, César Portillo y algunos prohombres del radicalismo habían pensado en asimilarme para las próximas elecciones. Aprovechando el prestigio que tenía entre los anarcosindicalistas proyectaban presentar mi candidatura por una circunscripción de predominio confederal. Pero cuando estaban con estas maquinaciones se presentó Eva Campos y, enterada que trataban de uncirme al carro electoral en la convocatoria que ya se daba como inevitable, discutió con su hermano y le dijo que no tenía derecho a jugar conmigo: «Es muy joven para empezar a agarbanzarle en las Sinecuras políticas. Avelino carece de malicia para seguir tus juegos camaleónicos y lo único que puedes conseguir metiéndole en el rebaño de los oportunistas es corromper su vocación de escritor». Según la misma referencia de Artigas, César le dijo a su hermana que en los próximos años nadie podría librarse de la política, y menos que nadie yo por mi vehemencia justiciera. «En este momento tengo ciertas referencias de que Burgos Marín trata de ganárselo para las derechas. Si no se lo ha ofrecido ya, piensa ofrecerle la dirección de «El Tiempo». ¿Te das cuenta de lo que significa eso...? Pero suponiendo que no sea Burgos Marín, mañana serán los socialistas o los comunistas los que le echen el cebo...»

—¿Y qué más? —le contemplé con avidez.

—No pude captar más, porque llegó Alejandro y cambiaron de conversación.

—Vaya cabronada... —me levanté para marcharme.

—No tanto. Hoy por hoy eres el niño bonito de la casa. Ya quisiera yo que se preocuparan tanto de mí.

—Pues yo no quiero que se preocupen... Voy a ver lo que hay por ahí dentro.

—Mucho cuidado con lo que te he dicho.

—Descuida...

Las confidencias de Artigas reavivaron mis viejas incógnitas. Hasta entonces estaba convencido que era hijo de mis obras y que todo lo alcanzado, que no era mucho, me lo debía a mí mismo, pero a juzgar por las alusiones del redactor jefe del periódico, el misterio volvía a hacer acto de presencia. Sin

embargo, no estaba dispuesto a dejarme atrapar en el folletín ni a ser víctima de las intrigas de los Portillo o Burgos Marín.

Para evitar confusiones y equívocos aquella misma noche escribí una carta a don Fabricio en la que me excusaba de visitarle personalmente y le comunicaba mi negativa irrevocable a colaborar en sus proyectos para renovar «El Tiempo». Por mucho que transijamos ambos, le decía, siempre estaremos en campos diferentes, lo cual no es inconveniente para ser amigos, pero sí para compenetrarnos en la dirección de un diario.

La respuesta no se hizo esperar. Al día siguiente me entregaban en mano la carta más insolente y agresiva que he recibido en mi vida. El viejo Mefistófeles había garrapateado en una cuartilla: «Te tenía por un hombre y ahora me sales siendo mujerzuela; creí que eras listo y tu almibarada carta me chirría en los oídos como una sarta de estupideces. Si te llamé fue porque me pareció adivinar en tus artículos y reportajes una gran preocupación humana y un fuerte sentido de independencia, pero ahora comprendo que me he equivocado y que sólo eres un plumífero de los Portillo, un gozquecillo ladrador. Si alguna vez te sientes un verdadero hombre, me gustaría saludarte de nuevo, pero mientras sigas jugando a la demagogia para ocultar tus torpes servidumbres, prefiero no volverte a ver».

Si lo que pretendía era sacarme de mis casillas, lo consiguió plenamente, pues me negué a firmar el sobre, como exigía el mandadero, y me eché a la calle con toda la ira desplegada... Me va a escuchar el tío sanguijuela. Si se ha creído que me va a convertir a mí en testaferro de sus rencores, está arreglado. Ahora va a saber quién soy yo. Se va a enterar de una vez para siempre que conmigo no valen las artimañas, que no quiero tratos con reptiles que transforman en veneno sus fracasos... Subí las escaleras de la casa como un torbellino y toqué el timbre con rabia.

—Ya está bien, ya está bien, que no somos sordos... —abrió la puerta doña Paulita y al verme se quedó como alelada—. Perdone usted, pero no sé si don Fabricio podrá recibirle.

—¿Que no puede recibirme? Claro que me va a recibir ahora mismo... —me interné por el laberinto de pasillos y habitaciones con el escándalo del ama de llaves, que rezongaba detrás de mí. Hasta que entré en el gabinete de Burgos Marín no comprendí que lo que decía doña Paulita es que su señor estaba ocupado—. Perdón, no sabía...

—Entra, entra, no te quedes ahí pasmado... —me llamó el viejo—. ¿Conoces a Espinosa del Robledal?

El imponente figurón me tendió la mano con cierta negligencia. No, nunca habíamos sido presentados, pero su retrato había aparecido tantas veces en los periódicos y revistas que me resultaba familiar, pues había seguido con enorme interés sus peripecias conyugales con Eva Campos. El hombre parecía un poco más ajado y seboso, pero conservaba la planta de maceta que había hecho a tantas mujeres calificar de extravagante a Eva Campos por escaparse con Alberola, teniendo un marido tan jayán y cinematográfico.

Toda mi violencia se disipó en la ceremonia y cumplidos de la [presentación. No en balde Espinosa del Robledal figuraba en nuestra crónica mundana como un prototipo de elegancia y refinamiento. Rápidamente me agarró con sus comentarios y observaciones. Podía dar colorido a cualquier fruslería y hablar intrascendentemente de los temas más interesantes. También estaba inflado de retórica... Consideraba la sociología una vulgaridad y la lucha de clases una invención judaica. Hablando de Casas Viejas me dijo que era el producto sórdido de un país que había perdido el sentido de la jerarquía y de los valores morales. En el fondo, todos los problemas sociales y económicos los reducía a un problema de estética política. Para ilustrar sus argumentos me ofreció una panorámica del «renacimiento italiano». Acababa de llegar de Roma a donde había ido a rendir pleito-homenaje a Su Majestad Don Alfonso XIII, así lo dijo él, y había quedado prendado del espléndido espectáculo de un pueblo que había encontrado su estética política y «marchaba contra viento y marea camino del imperio».

—¿Y Mateotti? —le pregunté.

—Bah, porquería... Hasta esas pequeñas cosas y esos hombrecillos que pertenecen a un mundo siniestro y rencoroso, el Duce los ha barrido con genialidad indiscutible. Sus enemigos han desaparecido sin que él se haya manchado las manos ni ensuciado los tribunales con procesos escandalosos. Una verdadera lección de estética política y elegancia moral... —en su cara de medallón romano apareció un atisbo de curiosidad—. Por cierto, ¿no fue usted quien sacó de Sevilla a mi cuñado cuando fracasó lo de Sanjurjo?

—Sí, pero yo no sabía que su cuñado estaba comprometido en el alzamiento militar —mentí intencionadamente, porque no me fiaba de él.

—¿Quiere decir que no lo hubiera hecho de haberlo sabido? —ladeó la cabeza y arqueó las cejas.

—No lo sé. Tal vez me hubiera faltado eso que usted llama estética política y elegancia moral para salir del atolladero, porque la mentira y el cinismo me repugnan.

—¿Escrúpulos morales?

—Llámelo sinceridad.

—Tonterías. La sinceridad es un concepto elemental para uso de imbéciles. Así empezó mi mujer y ya ve usted el ejemplo... ¿No le parece lamentable?

—Lamentable, ¿por qué? Siento por Eva Campos mucha simpatía y, en ciertos aspectos, la considero una mujer admirable que está rompiendo muchos moldes convencionales.

—¿Te parecen convencionales los sagrados vínculos del matrimonio? —salió el viejo de su aparente modorra y me contempló con severidad.

—Supongo que el señor Espinosa del Robledal no tiene un concepto tan sublime del matrimonio... siendo como es un esteticista d'annunziano.

—Pues ya ve usted, en ese aspecto se equivoca, porque soy un tradicionalista español.

—Muy cómodo, ¿no? Digamos que usted practica la ley del embudo.

Espinosa del Robledal soltó una carcajada que sacudió toda su humanidad y se prolongó en su prominente estómago. Nuevamente volvimos a enzarzarnos en polémica, pero esta vez no me conformé con pasar por alto sus ligerezas y veleidades, sino que las puse en solfa empleando su mismo estilo irónico. La defensa que hice de Eva Campos fue tan vehemente que obligué al viejo a salir de su cautela y a Espinosa del Robledal a batirse en retirada.

—¿No estará usted enamorado de mi mujer? —me preguntó en un momento de la conversación.

—¿Cómo se va a enamorar de una zorra semejante? —gruñó el viejo atufado.

—Me parece que no he hablado de amor ni de moral. Mis sentimientos son lo que menos importa en este caso. Yo sólo defiendo el derecho que tenemos todos los seres a disponer de nuestra vida y de nuestra libertad.

—Pero dentro de la legalidad —me atajó Burgos Marín.

—Naturalmente... siempre que la legalidad no esté inspirada en la ley del embudo o la ley del embudo quiera convertirse en legalidad.

—¿Lo dice usted por mí? —adoptó Espinosa del Robledal un aire ofendido.

—Lo digo por todos... Practico la teoría de no hacer discriminaciones ni establecer privilegios. Partiendo del principio de que todos somos iguales, cualquier tipo de privilegio, ya sea de clase, de casta, de sexo o de raza, me parece inmoral.

—¿No será usted anarquista? —se reflejó en el rostro sonrosado de Espinosa del Robledal un gesto de alarma.

—De momento sólo soy un espectador. Los prejuicios morales o políticos no ponen telarañas en mis ojos. Me siento inmerso en el proceso revolucionario desencadenado por la República y trato de captar la carga positiva de las fuerzas sociales que lo protagonizan.

—¿Ha dicho usted las fuerzas sociales?

—Exactamente. Me interesan todos los que hasta ahora no han tenido representación en la vida española o viven marginados de la cultura o envilecidos por la economía.

—Eso es anarquismo puro...

—Eso es patriotismo y lo demás es cuento —me levanté.

—¿No te irás a marchar...? —alzó Burgos Marín su cabecita de pájaro desplumado.

—Sí, ya he perdido bastante tiempo.

—¿Hay algo más hermoso que perder el tiempo? A mí me encanta —exclamó Espinosa del Robledal.

—No le hagas caso —gruñó el viejo—. ¿Has pensado ya lo que te dije?

—En lo único que he pensado es en la carta que me ha enviado usted... ¿De dónde saca que soy un plumífero de los Portillo?

—¿Por qué no viniste a verme cuando llegaste a Madrid? —soltó el viejo una risita sardónica.

—Ya se lo decía en mi carta.

—En tu carta no decías más que tonterías... que si no tenemos nada en común, que si es imposible que podamos compenetrarnos... Subterfugios y nada más que subterfugios. ¿Cuándo te he preguntado yo cómo piensas? No creas que yo soy como éste (señaló despectivamente a Espinosa del Robledal), que cada día cambia de camisa para vivir a la moda. Yo también sé lo que es abrirse camino contra los parásitos y luchar contra la injusticia. Pero de eso hablaremos a su debido tiempo. Lo que me urge ahora es lo del periódico. ¿Te atreves o no te atreves a sacarle adelante?

—«El Tiempo» está muerto y no creo que haya nadie capaz de insuflarle vida.

—¿Y tú eres un periodista?

—Por lo menos quiero serlo.

—Eso me parece más razonable... —se quedó un momento dubitativo—. En tus manos tienes la oportunidad de ser un gran periodista. Si es verdad que vales tanto como dicen en «El Tiempo» puedes demostrarlo...

—Vaya un momio. Casi estoy por aceptar yo... —se pasó Espinosa del Robledal la lengua por los labios. El viejo refunfuñó ásperamente y el marido separado de Eva Campos se sintió ofendido—. ¿Acaso cree que no valgo yo para dirigir un periódico?

—Si vales o no vales es cosa tuya. Ahora estoy hablando con Avelino... ¿Qué dices tú?

—En principio no me parece mal, aunque, sinceramente, su interés me desconcierta. No comprendo...

—Ni puñetera falta que te hace... —hizo un gesto imperativo con la mano huesuda dándome a entender que no estaba dispuesto a ser más explícito—. Si te interesa, vente mañana por la tarde y hablaremos más detenidamente.

—Yo también tengo que marcharme —se levantó Espinosa del Robledal.

—Tú te quedas, que todavía tenemos mucha tela que cortar... —le indicó energicamente el butacón que acababa de abandonar—. Hale, muchacho, hasta mañana, y cuanto menos aires el asunto, hasta haberlo ultimado, mejor para ti —me tendió la mano y sus mandíbulas se relajaron para sonreír.

Mientras me despedía de Espinosa del Robledal, éste mostró deseos de que nos volviéramos a ver en otra parte. Me dijo que le había caído bien, a pesar de mi «sociología» y mis tendencias «acratizantes». Pero al mismo tiempo el viejo me estaba haciendo señas que parecían indicar que no debía hacerle caso.

Mi madre vivía mi vida con ansiedad. No hacía más que decir que se me estaban metiendo los ojos en el cogote y las carnes se me estaban cayendo del cuerpo. ¿No harás cosas malas...?, me contemplaba preocupada, con un revuelo de zozobra en las pupilas. Intempestivamente me abrazaba, aprovechando que estaba leyendo o entretenido en algo, y su fácil emoción estallaba dramática. Se le había metido en la cabeza que ya no era el mismo,

que alguien me estaba sacando de mis casillas y engatusándome con codicias y ambiciones. «Tengo el presentimiento que cualquier día nos abandonarás y ése será el día de mi muerte, porque para mí eres el hijo de mi carne, y te quiero lo mismo que hubiera querido a mi Pedrito si Dios no me lo hubiera quitado. Y no hablemos de padre que, si cabe, te quiere más que yo, aunque no vea con buenos ojos que digas cosas que escandalizan a la gente... Lo que yo quisiera saber es por qué en vez de criticar a Azaña, no te metes con los radicales y le zurras bien la badana al sinvergüenza de Lerroux, o a Gil Robles, aunque Gil Robles no parece tan aprovechado, pues si tu padre dice que es el mayor enemigo de la República, don Casto no se cansa de propagar que es un alma de Dios y tiene muchas ideas salvadoras en la cabeza. Pero lo que yo digo, y no creas que me muerdo la lengua para decírselo a padre, que muchas de las cosas que tú escribes de Azaña están pero muy requetebién dichas y tienes razón que te sobra. ¿Acaso no es verdad que las familias pasan hambre por falta de trabajo y los que no la pasamos es por los ahorrillos que hicimos cuando las vacas gordas de Primo de Rivera? Dirán todo lo que quieran de él, pero la verdad es que si no tuvimos libertad y sólo mangoneaba él para engordar a sus querindongas, el pan no nos faltó y cortó la sangría que nos hacían los moros. Tu padre dice que los socialistas no tienen ninguna culpa de que no haya trabajo, que eso es cosa de los ricos, que se llevan el dinero al extranjero.

Y con lo de Azaña ya está más blando. Ayer estuvo aquí el señor Revilla y hablaron de ti y de si era verdad o no que Azaña había ordenado que a los pobres de Casas Viejas los disparasen a la barriga, como tú decías, y el señor Revilla dijo que era verdad, y que lo que tenían que hacer los socialistas era mandar a la porra a los republicanos y ponerse en la oposición. Si no abandonamos el gobierno, lo perderemos todo, hasta nuestros hijos, le dijo el señor Revilla. A los míos ya los tengo perdidos, pues el mayor ya se me ha hecho anarquista y el segundo comunista. Por cierto, hablan muy bien de Avelino y comentan sus artículos. Sobre todo mi hijo Javi, que también anda con las musarañas de emborronar papel, le considera un genio. Como Avelino y Luis, es de los que van a lucir la chorra al Pardo... (la cara de madre se arruga y hace mil esfuerzos para contener las lágrimas). Que tengan que decir eso de ti, con la educación que te hemos dado. Porque otros, como el pobre Juanjo,

no me extraña que anden por esas trochas, pero tú... Lujos no has tenido, pero no podrás decir que te han faltado el pan y los libros.

Y en cuanto a los ejemplos que has visto en casa... ¿es que has visto algún mal ejemplo en tu padre y en mí...?»

Padre entreabre la puerta del taller y dice que una monja pregunta por el chico. Madre se seca los ojos con la punta del delantal, me contempla asustada y sale a ver quién es. Yo me apresuro a leer el párrafo de «Dios y el Estado» de Bakunin. La religiosa entra acompañada de madre en el mismo momento que yo cierro el libro. Sor Repollo sigue lo mismo... aspaventera, cordial, con sus enormes ojos revoloteando por el cielo y por la tierra para anotar en su mente los detalles más nimios y luego poder informar a la madre Cara de Luna.

—Dios mío, pero qué bien y qué requeteguapo estás. ¿Quién iba a decir que aquel niño apocado y enfermizo...?

—Pues a usted yo la veo muy bien. Parece que los años pasan de largo.

—No lo creas, hijito, no lo creas... —aparenta escandalizarse, pero yo sé que le agrada—. Los años no sólo pasan, sino que pesan. Y mucho. Si supieras... La Casa de la Caridad ya no es lo que era. Cómo cambian los tiempos. Ahora dicen que para ejercer la caridad tenemos que hacemos bachilleras...

La hermana María se lanza de un tirón para contarme con amodorrante prolijidad la «comisión» que le trae, una comisión que luego resulta de su exclusiva iniciativa... Cuando le dije a la madre Encamación que tú podías escribir algo contra ese pondo republicano que nos trae de cabeza con tantas inspecciones, la madre me respondió: ¿Qué puede decir Avelino de esta santa casa? A juzgar por lo que escribe en los periódicos más bien parece libertino y ateo, y no sería prudente siquiera que se enterase de nuestras dificultades. Eso sería tanto como confiar al diablo la defensa de Dios... ¿Avelino abogado del diablo? Dios me libre, madre, pero no puedo creerlo. Tendría que verlo con mis propios ojos, y así y todo... ¿Por qué no nos echas una manita, hijo? Yo no digo que las monjas vivamos todas conforme al espíritu de Dios. Somos mujercillas y como mujercillas andamos con el alma quemada de pasiones y

reconcomios, pero nadie puede decir, sin ofender a Dios y faltar a la verdad, que los niños de la Casa de la Caridad viven faltos de amor o pasan hambre por nuestra culpa... La patética elocuencia de la hermana María me abruma a mí y conmueve a mi madre. Realmente es una mujer extraordinaria a la que aprecio mucho y por quien haría cualquier cosa... menos defender la Casa de la Caridad. Precisamente no hace mucho se suscitó el tema en el Parlamento y publiqué dos editoriales en el periódico por iniciativa de César Portillo. Por lo que dice Sor Repollo deduzco que la madre Cara de Luna debe sospechar quién es el autor. No he sido yo sólo quien se ha mostrado contrario a las «sórdidas instituciones benéficas que incuban resentidos sociales y mentes deformadas», sino que son muchas las personas que se interesan por el tema y azacanean a las autoridades para que resuelvan el problema de los niños abandonados con verdadera justicia... Sor Repollo se levanta para marcharse. Sus ojos empiezan a revolotear de nuevo husmeándolo todo. No me defraudes, hijito, confío en ti. Que la madre Encarnación no tenga que decir de ti lo mismo que dice de Juanjo... que yo lo malcrié y metí en su alma la vanidad y el impudor del demonio... ¿Qué es de él? Ya ves, no puedo resignarme a pensar que es un mal hombre, una criatura descarriada.

—La madre Encarnación tiene ideas muy particulares. ¿De dónde ha sacado ese rollo sobre Juanjo?

—Ya sabes, hijito, que ella se entera de todo.

—Y todo lo convierte en moral de sacristía.

La hermana María me contempla escandalizada, mueve la cabeza y susurra una oración. Es tan simple que sufre resignadamente, sin pedir cuentas a nadie por los sufrimientos que la ocasionan a ella. Me da una pena atroz. También ella es hija de la Casa de la Caridad. Allí la tiraron como a un animalejo cualquiera, allí creció en el temor de Dios y la represión de la disciplina y, a pesar de que la madre Encarnación la consideraba zafia y sensiblera, condenándola a los trabajos más duros y serviles, los niños la adorábamos por su amoroso candor y sentíamos envidia de Juanjo porque era su preferido. Todavía antes de despedirnos me preguntó si era verdad que Juanjo se había hecho anarquista.

—Juanjo puede ser tantas cosas a la vez que uno no sabe nunca lo que es en realidad.

—Diga usted que sí, hermana, es anarquista y de los más revoltosos y terroristas —dijo mi madre.

—No haga caso, sor María. Ya sabe que Juanjo es muy fantasioso —traté de quitar importancia al asunto.

Pero mi madre insistió diciendo que mi amigo y compañero de la infancia era un sinvergüenza y un mal ejemplo para las personas decentes, y Sor Repollo se marchó haciendo pucheros.

Pocos días después, precisamente el mismo en que regresó de su misterioso viaje al extranjero César Portillo, apareció en un periódico republicano un comentario sobre el cambio de empresa de «El Tiempo». Jugando con los venenosos «se dice», afirmaba que un conocido negociante de hipotecas se había hecho con el principal paquete de acciones del diario por el procedimiento habitual de la pignoración usuraria, y pensaba convertir el antiguo portavoz de los tradicionalistas en una vibrante crónica de escándalos. Para ello andaba en negociaciones con un periodista que se había hecho rápidamente famoso cultivando el más estridente sensacionalismo. «Una vez más —terminaba la gacetilla—, los extremos se tocan y, si la noticia resulta cierta, no tardaremos en ver unidos en feliz maridaje a uno de los capitalistas más reaccionarios con uno de nuestros más inquietos jóvenes que, cosa extraña y digna de ser tenida en cuenta, tiene su tribuna en uno de los órganos más inequívocamente plutocráticos».

Artigas me recibió con su sonrisa de conejo y las pupilas erotizadas de placer. Gozaba con mi confusión y mi aire ultrajado. Sin embargo, cuando advirtió que no estaba para bromas, asumió parte de mi pena y adoptó un aire compasivo... Si haces caso de estas chinchorrerías, me dijo, estás perdido. Me joroban los plumíferos que se consideran santones de la verdad...

—¿Ha venido el jefe? —interrumpí su discurso.

—Ya está en su despacho.

—¿De buen talante?

—Pletórico. Al parecer, todo le ha salido bien. Si te sirve de consuelo te diré que hace un momento salió por la puerta con uno de los mandarines de la oposición y ambos rebosaban euforia. Al mandarín le oí decir que antes de fin de año Azaña se marcharía al carajo y el jefe podía contar con una poltrona.

Lula, la secretaria de César Portillo, preguntó a alguien si me había visto.

—Estoy aquí, ¿qué pasa?

—Don César ha preguntado dos veces por ti.

Dejé a Artigas con la palabra en la boca y entré sin pedir permiso en el despacho del director.

—Hombre... —campechanamente me invitó a tomar asiento en un sillón de tubo cromado. Viéndole así, tan abierto, natural y espontáneo, hablando ligeramente de todo y tratando de justificar, sin darlo importancia, la súbita desaparición de Los Cigüeñales, me resultaba difícil aceptar las perversas intenciones que le atribuían algunos testafierros del republicanismo—. Hace un momento me estuvo hablando muy elogiosamente de ti Agapito del Río. Parece que don Alejandro quiere rodearse de un equipo de jóvenes prometedores con vistas a la próxima campaña electoral y tú figuras en primer plano... ¿No te gustaría ser diputado?

—Ni siquiera ha pasado por mi cabeza.

—¿De veras...? —me miró con incredulidad—. Te creía un poco idealista, pero no tanto.

—Tampoco me tengo por idealista. Para purgarme de las exuberancias metafísicas, he adoptado como norma de conducta una frase de Goethe: «Todos los idealismos no me impedirán ser verdadero, es decir: bueno y malo como la naturaleza».

—Un principio muy saludable para precaverse de los excesos morales y de la cochina metafísica, pero peligroso en política.

—La política cada vez me interesa menos.

—¿Lo dices en serio?

—Completamente... Todos los días me pregunto adónde vamos a parar, y la respuesta es completamente negativa. Una República de trabajadores con la economía casi paralizada y con cerca de un millón de obreros pidiendo pan y justicia es un espectáculo tan lamentable que le quita a uno las ganas de confiar en la política.

—Será en una determinada política, ¿no? Hasta ahora solamente han fracasado los socialazañistas.

—Pero antes de los socialazañistas fracasó la Monarquía con su juego de opciones conservadoras, liberales y hasta su cirujano de hierro...

Fue una polémica amistosa. César Portillo se mostró asaz tolerante y comprensivo, pero sin desaprovechar ninguna oportunidad de poner en evidencia los fabulosos recursos de don Alejandro Lerroux para «centrar» la República en un amplio programa reestructivo. Según afirmó, era el único hombre capaz de llevar a cabo la revolución por arriba, en la que había fracasado Maura y en la que estaban fracasando republicanos y socialistas. De creer a César Portillo, el viejo «Emperador del Paralelo» era el heredero auténtico del regeneracionismo español y el único político capaz de realizar la «revolución incruenta» que nos devolviera el pulso y nos acercara a Europa.

—¿Con las derechas y su reata de cavernícolas? —le interrumpí la perorata.

—Sin la republicanización de las derechas la República no es posible.

—¿No será eso la vuelta al canovismo?

—Quizá, pero no hay otra solución...

Me quedé con ganas de decirle que la otra solución era la revolución por abajo, pero no me atreví a correr el albur de despertar su ira. Sin convicción, pero también sin ofrecer resistencia, me dejé mimar por sus lisonjas. ¿Acaso no era lisonjero convertirse en el diputado más joven de la numerosa grey del viejo caudillo de los jóvenes bárbaros, a quien sus seguidores atribuían una fabulosa potencia fálica después de la restauración glandular que le había

hecho el doctor Voronov...? Recuerdo que cuando le pregunté a César Portillo si era verdad lo de las glándulas de mono, me respondió con cierta malicia:

—Se habla de ello en los círculos más íntimos del jefe, aunque yo no puedo garantizarte que sea cierto. Pero de lo que sí estoy seguro es que don Alejandro no es un «ama seca», como Azaña. A decir verdad, todavía le creo capaz de levantar las sayas a una buena moza y elevarla a la maternidad...

A continuación César Portillo me contó unos cuantos chistes de un verde populachero y me mostró algunos dibujos francamente pornográficos que caricaturizaban al jefe radical como una especie de supermacho. Lo que me dijo y lo que me mostró desataron nuestras carcajadas, y así nos sorprendió Eva Campos. Sólo nos dimos cuenta de su presencia cuando estaba detrás de mí husmeando.

—Si no lo veo, no lo creo... El puritano director de «La Mañana» adoctrinando a su discípulo en la más sucia pornografía política.

—¿Quién te manda entrar sin avisar?

—La puerta estaba abierta y vuestras carcajadas llegaban a la escalera. Por lo demás, estoy curada de espanto. No creas que toda esa basura electorera me conmueve. Conozco bien al viejo y su mitomanía erótica.

—Tú conoces muy bien a todo el mundo, menos a ti misma... —recogió César Portillo las caricaturas y dibujos y los metió en la carpeta de donde los había sacado.

—Parece que no tardando mucho te veremos al frente de uno de nuestros más vetustos diarios, ¿no? —se dirigió Eva a mí.

—¿Te refieres a la putada de ese periodicucho? —enrojecí violentamente.

César Portillo había vuelto a su mesa de trabajo y parecía completamente ajeno a nuestra conversación. Ni siquiera mostró curiosidad por lo que hablábamos cuando Eva me contó en su estilo, mitad jocoso, mitad patético, el origen de la noticia... En principio yo estaba decidido a no soltar prenda, pero cuando me dijo que quien había propalado la especie era su ex marido, me quedé frío.

—¿Qué interés puede tener tu ex marido en difundir algo que le afecta más que a mí?

—Pedro es un pobre hombre inflado de vanidad. Lo que me extraña es que el zorro de Burgos Marín, y tú... que también tienes lo tuyo, os hayáis fiado de él.

—¿No te parece que estás levantando una montaña de un grano de arena...? Después de todo, la cosa no tiene tanta importancia. Burgos Marín me llamó y me hizo una propuesta realmente espléndida, a pesar de su fama de usurero, y yo prometí estudiarla. Pero antes tenía que consultar con tu hermano...

—Conmigo no tienes que consultar nada... —levantó César Portillo la cabeza y su voz, forzosamente normal, emitió algunas notas chirriantes—. Todo lo que teníamos que hablar de este asunto ya está hablado. Lo que tengas que hacer pertenece a tu libérrima voluntad, aunque eso sí, mientras trabajes conmigo no quiero que aparezcas implicado en turbias intrigas.

—Me gustaría saber lo que hay que hacer para librarse de las turbias intrigas —encendió Eva un cigarrillo y se retrepó burlona en el butacón de tubo cromado.

—Contigo no quiero hablar, porque eres la culpable de lo que está ocurriendo. No sé cómo te las arreglas para mezclarte en los líos más desagradables y convertir las cosas más simples en dramas apocalípticos... —la cautela habitual de César Portillo estalló como una tormenta. Hasta aquel momento ni siquiera podía sospechar la riqueza de su lenguaje blasfematorio. En unos segundos soltó más tacos que cualquier persona normal en el transcurso de su vida, y entre tacos y blasfemias el nombre de Burgos Marín o Espinosa del Robledal—. Recuerda que cuando tratamos este asunto te negaste a aceptar la negociación y dijiste que te bastabas y te sobrabas para recuperar los documentos sin intervención nuestra... ¿Y qué has hecho...? Ahí tienes al grajo cada vez más insolente en el chantaje, dispuesto a poner los trapos sucios al sol para que todo el mundo los vea y los huela, y a tu marido engallado y dispuesto a estrujarnos. ¿Sabes lo que le dijo ayer su abogado a Alejandro...? —de pronto fijó su mirada en mí—. ¿Qué haces aquí? Estas cosas de familia no te interesan. Hale, hale... —me señaló la puerta.

Entré en la sala de redacción corrido y avergonzado. Durante más de media hora estuve acodado sobre la mesa haciendo que leía, pero sin ver las letras. Luego Eva Campos vino hacia mí.

—Siento lo ocurrido —me envolvió en una sonrisa cariñosa y hasta acarició mi mano—. Cuando le sale la bestia no tiene límites.

—La culpa la tuve yo por quedarme allí cuando empezasteis a discutir. No me di cuenta que se trataba de cuestiones privadas.

—A mí no me importa que hayas escuchado. Antes o después tendrás que enterarte.

—¿Quieres sentarte? —hice el amago de ir a buscar una silla.

—No te molestes, porque me voy ya... ¿No te agradaría asistir a mi tertulia literaria?

—Me encantaría. Más de una vez he pensado ir, pero nunca me has invitado.

—Pues ya tienes abiertas las puertas de par en par... —hizo una reverencia bufe—. No te lo he dicho, porque esperaba que algún día te dejaras caer por allí, pero en vista de que eres tan tímido...

—Aunque no lo creas es la pura verdad. Por otra parte, no me siento muy a gusto en las fiestas de alta sociedad.

—Alta sociedad, ja, ja, ja... Mis reuniones son completamente informales. Ya lo verás por ti mismo —me tendió la mano.

Me levanté para acompañarla, pero se negó rotundamente a que lo hiciera.

Al día siguiente fui a ver a Burgos Marín decidido a comunicarle mi renuncia absoluta a colaborar en sus proyectos. La actitud airada de César Portillo y los comentarios insidiosos de los periódicos gubernamentales, terminaron por

apocarme y crearme un complejo de culpabilidad. Con todo, confieso que no podía hacerme a la idea de que don Fabricio era tan mala persona como insinuaban sus enemigos. Mi estimación personal era otra y, quizá por eso, cuando apreté el timbre de la puerta sentí que se agudizaba mi nerviosismo, y no por repugnancia al viejo, sino más bien por el disgusto que le iba a dar.

Doña Paulita me abrió la puerta como de costumbre, y apenas me vio empezó a parpadear y hacer pucheros. Sin decir una palabra me dejó entrar en el recibidor para soltar luego una retahíla de lamentaciones. Su pecho sumido era un fuelle de suspiros, jaculatorias y gemiditos... El señor está muy malito, muy malito. Casi se nos va anoche. Qué susto, Dios mío, cuando entré en el gabinete y lo encontré como muerto... Al parecer, se trataba de un accidente cardíaco, infarto o trombosis, no estaba muy segura... Luego me llevó al cuarto de costura para decirme que don Fabricio me tenía en gran estima y le había dado orden de que siempre que yo llegara me hiciera pasar inmediatamente... Precisamente un par de horas antes de darle el síncope, vino don Isidro, su hombre de confianza, y estuvo hablando de usted y del periódico con mucho entusiasmo... que si era muy serio, que tenía mucho talento. Recuerdo que don Isidro le hizo observar que era usted muy joven y se inclinaba al radicalismo, y don Fabricio le respondió que no le importaba que fuera radical si era justo y anteponía la honradez a cualquier consideración ideológica. Le digo que hacía mucho tiempo que no le veía tan entusiasmado. Pero luego vino don Pedro Espinosa del Robledal. Qué hombre, ¿verdad...? Cuando le pasé el recado me dijo que no tenía ganas de ver a cuenteros y socaliñas. Dile que venga mañana... Así se lo comuniqué, pero don Pedro se puso descompuesto y respondió que no se movía de allí hasta ver a don Fabricio, porque lo que tenía que decirle era muy grave y urgente. ¿Quién me mandaría a mí...? Me llamó alcahueta, zascandila, entrometida... todo lo que quiso. Y luego... Yo no estaba dentro, sabe, pero como tengo que estar cerca de don Fabricio por si me necesita... Estuvieron hablando de los Portillo un buen rato. Yo me desentendí, porque siempre hablan de chanchullos de abogados y líos de dinero. Pero de pronto, don Fabricio empezó a gritar y a decir a don Pedro que no servía para nada, que era un calzonazos que se estaba dejando comer el terreno y que lo que tenía que hacer era acabar con los Portillo de cualquier manera... Algo horrible. Nunca he visto a don Fabricio gritar tanto y de una

manera tan descompuesta... El minino atigrado que dormía en el sofá enroscado, abrió los ojos, me miró como enemigo y se puso en guardia erizado... ¿Qué haces, Musti?, le regañó doña Paulita. Ven aquí, no seas malo. Es muy dócil, no tema... Le cogió cuando venía hacia mí con el lomo erizado, y lo retuvo en su regazo. Sin perder de vista al gatito, que no me inspiraba ninguna confianza, hice algunas observaciones sobre el odio feroz de don Fabricio a los Portillo. Doña Paulita escuchó atenta mis disquisiciones sobre la irracionalidad de la competencia, y cuando terminé sonrió afable, sin dejar de acariciar la piel dorada de la tripa del gatito... La enemistad de don Fabricio con los Portillo no tiene nada que ver con la rivalidad en los negocios. Hace muchos años eran amigos... hasta que ocurrió lo de la señorita Julia.

—¿Quién es la señorita Julia?

—Mi señorita, la hija de don Fabricio.

—No sabía que don Fabricio tuviera ninguna hija... —el gatito vino hacia mí, me olfateó descaradamente y se me subió a las piernas. Con cierto recelo le acaricié el morrito y sentí su lengua áspera en mi mano—. Parece muy cariñoso.

—No lo sabe usted bien. Musti es un encanto, tan dócil y tan limpio. No crea que con todo el mundo hace buenas migas. Ya ve, a don Fabricio no le puede ni ver. Si supiera los disgustos que tenemos a cuenta de Musti. No hace más que decir que no hay animales más falsos y egoístas en toda la creación que los gatos y las mujeres, y todo porque a la señorita Julia le gustaban mucho los gatos.

—¿Es que no vive la hija de don Fabricio?

Doña Paulita movió la cabeza, empezó a guiñar los ojos y en la punta de la nariz y en las comisuras de los labios se le formaron algunos tics. Su cara muy blanca y poco expresiva, se coloreó ligeramente y sus facciones redondas parecieron alargarse. Empezó hablando de la señorita Julia y terminó contándome su vida a trompicones. En los cuarenta años que llevaba al servicio de don Fabricio, vio morir a la mujer de éste de una larga enfermedad y siguió los pasos de Julita día a día hasta que a los veinte años huyó de casa...

Ella no era mala, sabe. Algo díscola y caprichosa sí, y también novelera y fantasiosa. Yo achaco su conducta desordenada y su afición mundana a las malas compañías...

—¿Pero quiere usted decirme, por favor, lo que le pasó a la señorita Julia?

—No, no podría, además de que tampoco lo sé con certeza... —empezó a temblar—. Cuando me enteré por habladurías de la cocinera y la doncella que la señorita Julia se veía con don Antonio Portillo, caí en cama y estuve más de quince días entre la vida y la muerte. Pero todavía fue peor la noche que ya no volvió... Qué noche, Dios santo, al pobre don Fabricio se le podía ahogar con un hilo y yo no me tenía de pies. Ya de madrugada, el señor encontró en la carpeta de su mesa una carta y mientras la leía le vi cambiar de color cien veces. Nunca he sabido lo que decía aquella carta, pero estoy segura que era de ella, porque me dijo: «Vete a acostar, Paula. La señorita no volverá a esta casa ni quiero oír pronunciar su nombre, ¿lo oyes...? La orden es para siempre». Desde entonces no ha vuelto a hablar de su hija ni para alabarla ni para condenarla. Poco después aceptó el cargo de corresponsal en Londres de un grupo bancario y allí hemos vivido doce años, hasta que empezó a fastidiarle el asma... Con lo que le he dicho, espero que comprenda bien los sentimientos de don Fabricio para con los Portillo.

—Lo que no comprendo son los sentimientos de don Fabricio para con su hija.

—Ni yo tampoco... Bien sabe Dios que no soy tolerante con el pecado y que hice todo lo humanamente posible por apartar a mi señorita de la morbosa atracción que sentía por aquel hombre. De haber dependido de mí, no la hubiera abandonado en ningún momento. Pero don Fabricio tiene tan arraigado el sentido del honor que yo creo que se alegró el día que le dijeron que su hija había muerto.

—¿Murió hace mucho?

—No lo sé, y no me pregunte más porque no podría contestarle. Y por lo que más quiera no le diga nunca a don Fabricio que hemos hablado de esto, porque no me lo perdonaría.

—Supongo que lo que me ha contado se refiere al padre de los Portillo, ¿no?
—acaricié frenéticamente el lomo del gatito.

—Al padre, sí... —suspiró doña Paulita—. Pero los hijos no parece que sean mejores.

—Yo estoy trabajando con César Portillo y le considero una excelente persona...

Tocaron con los nudillos a la puerta y asomó la cabeza una muchacha a la que no había visto nunca.

—La enfermera quiere hablar con usted.

—Ahora mismo voy —se levantó con las manos cruzadas.

—¿No podría ver a don Fabricio? —me levanté yo también.

—El médico le ha prohibido toda clase de visitas, pero como yo sé que al señor le gustaría verle, puede entrar un momento con la condición de no decir nada...

Asentí con la cabeza y la seguí por el laberinto de pasillos y habitaciones hasta desembocar en el dormitorio. El gatito nos siguió jugando y haciendo corcovas, pero no se atrevió a entrar en la alcoba... La cama con dosel y los pesados cortinajes de color vinoso me producían la sensación de hallarme en una capilla o en un mausoleo. La enfermera me curioseó alarmada y miró a doña Paulita, pero nada dijo. El viejo parecía un cadáver. No pude por menos que recordar al Greco y a Zurbarán... Al acercarme a la cama entreabrió las ranuras de los ojos acuevados y movió la mano derecha hacia mí. Fue a decir algo, pero sus labios solamente emitieron sonidos inarticulados. Doña Paulita y la enfermera cuchichearon, y el ama de llaves me hizo una seña para que saliera. Sin embargo, me costó trabajo desasirme de la mano engarbitada del viejo. Tenía la certidumbre de que quería decirme algo y así se lo dije a doña Paulita.

—No me extrañaría nada... —asintió el ama de llaves mientras me acompañaba hasta la puerta—. Desde la desgracia de la señorita, don Fabricio no se ha interesado nunca por nadie como se interesa por usted. Yo misma estoy sorprendida.

—No me ha dicho usted nada de lo que fue de la hija de don Fabricio.

—¿Y quién lo sabe...? Vamos, Musti, no molestes al joven... —cogió al gatito, que jugaba con los cordones de mis zapatos, y me despidió con sequedad.

La tertulia literaria de Eva Campos empezaba a ser tan famosa como la Giralda, el Empire State y la Torre Eiffel. La Ninfa Egeria, como la bautizó un famoso escritor que en su juventud, allá por las calendas del 98, cabalgaba en el más desbocado irredentismo ácrata y a la sazón disimulaba sus nostalgias borbónicas, estaba en la primera línea del vanguardismo cosmopolita. Se las pintaba sola para atraer a los contrarios y mantenerse inmune a las frecuentes grescas que se formaban en su casa por efecto del tintorro peleón, las rajas de chorizo y los pinchos de tortilla a la española, que era lo único que se servía para conservar las sanas tradiciones del pueblo llano. Benítez, el inteligente crítico literario de «La Mañana», calificaba las reuniones literarias de la hermana de nuestro director de «chorradas superegolibidinosas». Benítez era un tipo que fluctuaba entre distintos malditismos, todos ellos más o menos relacionados con el sexo, el alcohol, y no precisamente los modestos doce grados del valdepeñas de Eva Campos, el cáñamo índico, la política y el virtuosismo surrealista. Aficionado a la fraseología, poseía un lenguaje rebuscado y provocador que incitaba a la polémica. Conmigo se metía frecuentemente a cuenta del realismo, que calificaba de «engendro abyecto y troglodita».

Benítez fue una de las primeras personas conocidas que me encontré al entrar en el salón, y se vino hacia mí con la cachimba humeando como una locomotora.

—Vaya, ¿también tú has ingresado en la legión de demonios? —sonrió punzante.

—¿Qué quieres decir? —le contemplé un tanto mosqueado.

—Nada que pueda explicarse. Por lo demás, todas las explicaciones resultan estúpidas. Las palabras se comprenden por su intención o no se comprenden, y entonces resulta inútil explicarlas.

—Pues la intención de las tuyas me parece aviesa.

—No lo creas. Solamente trataba de ponerte en guardia contra las sutilezas del espíritu, que se parecen muy poco a tu ingenuismo ácrata.

—¿De dónde sacas que yo soy ácrata?

—Por fin... —me asaltó Eva por la espalda. Al volverme y verla tan vaporosa y audaz en sus ricos trapillos, debí poner cara de imbécil, porque Benítez se echó a reír.

—No sé que los das...

—Yo no doy nada a nadie, demasiado lo sabes... —le arrojó una mirada displicente y me llevó al otro lado del salón cogido del brazo—. No debes hacerle caso. Es buena persona, pero su incapacidad creadora le hace peligrosamente corrosivo. Para Benítez la literatura es una pasión lúdica, un juego formal de carácter dialéctico. Desdeña la realidad y la acción, que para mí son fundamentales, y naturalmente fabrica teorías para sí mismo y para los iniciados en el cerebralismo deshumanizado, que no son muchos.

—Así resultan tan aburridas sus novelas.

—Tienen su miga, pero no realizan la función catártica que él se propone...

Mientras hablábamos de Benítez y de sus extrañas criaturas literarias, Eva Campos me fue presentando a algunos de sus más conspicuos contertulios... Alberola conversaba con dos escritores extranjeros, uno ruso y otro alemán. Al estrechar su mano enrojecí como un pavo, pero él siempre exquisito y cordial miró a Eva, sonrieron ambos, y luego me dijo que mis artículos le habían divertido mucho por la limpieza de intenciones que reflejaban. Lo de la «limpieza de intenciones» me sonó a recochineo irónico. La reunión no podía ser más heterogénea. Pude comprobar que los que más polemizaban en las páginas de los periódicos y las revistas, conversaban con sus adversarios sin ninguna acrimonia.

Estábamos conversando con un ex ministro y un diplomático, ambos muy conocidos en el mundo de las letras, cuando irrumpió en el círculo con cierta brusquedad el capitán Montero. Las pupilas verdosas de Eva chispearon electrizadas con un revuelo de temor.

—¿No nos presentas? —me tendió la mano con una sonrisa forzada.

—¿No conoces a Montero?

—¿Cómo no le voy a conocer...? —estreché la mano musculosa del famoso aviador—. Aunque no sea más que por lo que se habla de usted en las redacciones de los periódicos...

El instinto de la noticia virgen se apoderó de mí y desplegué todos mis recursos para sonsacar a aquel hombre, que era carne de leyenda por sus proezas aéreas y sus detonaciones políticas y galantes y a quien, según me dijo, los periódicos y los periodistas le importaban un huevo... Eva me agradeció que le encizañase, pues aprovechó la entrada en el salón de un escritor muy conocido para despegarse. El capitán Montero y yo nos quedamos solos, con un vaso de tinto en la mano él y con un vaso de tinto y una raja de chorizo yo.

—¿Es verdad que se ha hecho usted fascista? —le pregunté a quemarropa.

—Yo soy lo que me da la gana.

—Por supuesto..., creo que tiene derecho a ello y no voy a ser quien se lo discuta, pero últimamente se ha hablado mucho de su amistad con el yerno de Mussolini y de sus afinidades políticas con Hitler.

—Yo soy amigo de quien quiero.

—Naturalmente...

—Nada de naturalmente, lo soy porque me sale de las pelotas y me joden los borregos.

—Sin embargo, usted fue uno de los hombres que más contribuyeron a dinamitar la Monarquía. Recuerdo haber leído unas declaraciones en las que manifestaba su confianza en la revolución.

—En la revolución, claro que sí. Pero ¿dónde está la revolución...? Nos sublevamos contra la España chata y sin pulso que se cocinaron Cánovas, Sagasta y sus corifeos liberales, ¿y qué hemos salido ganando?

—No mucho, efectivamente, pero ¿cree usted que el fascismo sería mejor?

—Estoy convencido... —al principio los contertulios de Eva Campos nos hicieron el vacío, dejándonos en el centro del salón como una islita de apestados, pero la conversación un tanto brusca y polémica los fue atrayendo hasta que quedamos encerrados en un círculo de expectación. El capitán Montero sentía la embriaguez de la palabra y hablaba incontinenti de las grandes realizaciones del fascismo.

Eva Campos me miraba angustiada, dándome a entender que debía hacer callar a aquel hombre delirante. Pero no fui yo quien le interrumpió, sino Benítez. De momento el capitán Montero no supo qué responder al aluvión de preguntas del crítico literario sobre los actos de crueldad que estaban protagonizando los nazis en Alemania. La cara saturnina de Benítez resplandecía de gozo por haber dejado sin palabras a aquel mocetón de ímpetus cesáreos. Pero la paz no duró mucho, pues la respuesta le vino por boca de un joven poeta, el cual gritó con aire retador que resultaba muy español preguntarse por lo que pasaba en Italia, Alemania y hasta en Rusia, y al mismo tiempo no darse por enterado de las monstruosidades de Casas Viejas... El joven poeta no llegó a terminar su perorata, porque un escritor republicano le tapó la boca con una sonora bofetada. El capitán Montero cogió al escritor republicano, lo levantó en el aire como si fuera un alfeñique y lo golpeó hasta que se formalizó el barullo. El jaleo duró escasamente unos minutos, el tiempo que Eva Campos necesitó por hacerse con el capitán Montero, amansarle y llevárselo a las habitaciones interiores... Luego todo el mundo se preguntaba qué había pasado para que una minoría tan selecta y civilizada se hubiera dejado atemorizar y hasta dominar por el «salvajismo de un héroe de pacotilla», como le definió uno de nuestros más brillantes fabricantes de tópicos. También sobre mí cayeron algunas sospechas de provocación y tuve que aguantar que me llamaran impertinente y entrometido. Incluso Eva Campos estaba tan enfadada conmigo que cuando regresó al salón, pasado un buen rato, me miró con gesto desolado y movió la cabeza como diciéndome que no terna remedio. La única persona que se mantuvo ecuánime y distanciada del dramatismo fue Benítez. Según dijo en un corrillo de notables, lo mismo que había ocurrido allí estaba sucediendo todos

los días en la calle y nadie lo daba importancia... «El energumenismo es una manifestación individual del inconformismo que existe en numerosos estratos de nuestra sociedad. El dilema es claro: o el Gobierno acepta el reto revolucionario y da satisfacción plena a los obreros y campesinos o será barrido por las fuerzas que actúan en sentido contrarrevolucionario. La República tiene que superar sus propias contradicciones o no tardando mucho perecerá en ellas», dijo con cierto énfasis sarcástico, y abandonó el corrillo sin hacer caso de los que le llamaban «agorero bolchevizante» y «petrolífero moscovita». Luego vino hacia mí, me cogió del brazo y me dijo:

—Vámonos antes de que se revuelva más el cotarro.

—Quisiera hablar con Eva Campos, porque debe estar muy enfadada conmigo.

—Yo más bien creo que te estará bendiciendo por el servicio que le has hecho.

—Menudo servicio...

—No seas ingenuo... —me llevó hacia la puerta de salida—. Montero venía con las del beri. Yo no sé lo que traía entre ceja y ceja, pero apenas entró le vi llevarse la mano a la sobaquera y palpar la pistola. Luego estuvo mirando por el salón y cuando vio a Eva contigo, se dirigió a vosotros con el ceño fruncido... Te aseguro que no venía con buenas intenciones...

Quieras que no me arrastró con él. Mientras nos dirigíamos a la redacción me contó infinidad de chistes y habladurías sobre Eva Campos y el capitán Montero. Poseía una facilidad pasmosa para esperpentizar a las personas y no ahorró ningún medio para convertir a los dos personajes en fantoches grotescos de la decadencia burguesa... «Tu encantadora Eva es una experimentalista infatigable. Se pirria por los monstruos fálicos y ahora, al parecer, ha encontrado un terrorista ácrata que ha desbancado a Montero, y como Montero es muy chulo y se cree el alfa y el omega del machismo, ha jurado matar al terrorista para impedir la elección».

—No me digas que no eres un aberrante —protesté contra sus fáciles interpretaciones eróticas.

—La aberrante es ella. ¿Acaso no has leído sus novelas?

—Las he leído apasionadamente.

—Por eso no te has enterado. Te aconsejo que vuelvas a releer «La culpa fue suya», porque tiene miga. Don Poli, que conoce los registros de Lucrecia como nadie, dice que es el fin del capitán Montero.

En la redacción reinaba cierto nerviosismo. Había rumores de crisis y se daba por seguro que el presidente de la República llamaría a Lerroux para encomendarle la formación de gobierno. En el caso de que así fuera, nadie dudaba que César Portillo desempeñaría un cargo preeminente. Se establecían apuestas entre los que concedían a nuestro director una poltrona ministerial y los que bromeaban sobre la fidelidad de los Portillo a la República. Yo era uno de los que apostaban a favor de la poltrona, por considerar a nuestro jefe republicano hasta la coronilla... En esto fui llamado a la dirección. Lula, la secretaria, me dijo que tuviera mucho cuidado, que el patrón estaba con la ventolera. Pero cuando yo entré en su despacho no pude encontrarle más amable y campechano. Con todo, no perdió el tiempo, se fue rápidamente al grano, preguntándome lo que me había pasado con el capitán Montero. Empecé a contárselo con todo detalle, pero enseguida me interrumpió para decirme que lo escribiese en forma de reportaje con la mayor verosimilitud.

—¿Incluso con la exégesis fascista?

—Eso preferentemente, aunque procura transcribir sus palabras con la mayor exactitud.

—Es que ha dicho cosas muy fuertes. y —Pues que apeche con ellas, ¿no te parece? —me empujó hacia la puerta amablemente.

Cuando hablé con Benítez del encargo y le pregunté si había hablado con César Portillo, me dijo que no se había movido de la redacción.

—¿Quién le habrá informado tan rápidamente?

—Probablemente su hermana.

—¿No te parece que es un embolao?

—Sí, parece que tiene un significado maquiavélico, aunque se me escapa la intención, porque César Portillo y el capitán Montero eran muy amigos y aparecieron comprometidos en un complot contra la dictadura.

Aunque Benítez me aconsejó que tratase el tema con sordina, una vez me senté a la máquina desaparecieron mis dudas y escrúpulos... Allí estaba el capitán Montero desmitificado, con su agria violencia desafiando a unos cuantos escritores asustados. A César Portillo le causó impresión la pormenorizada descripción de los hechos y sólo tachó algunos adjetivos y opiniones personales mías, que calificó de juicios de valor.

—Has hecho un buen trabajo —me dijo al terminar la lectura—. Mi hermana te lo agradecerá, porque Montero es un insensato que no la deja ni a sol ni a sombra. Pero, además, es un buen trabajo informativo de cara al país.

Aquel reportaje trajo cola. «La Mañana» no ahorró ningún lujo tipográfico para dar realce a mi trabajo: «El famoso capitán Montero se declara admirador de Hitler y Mussolini y partidario del fascismo», y añadía en letras más pequeñas: «A su juicio la República es un engendro liberal incapaz de resolver los problemas sociales de nuestro país». El aldabonazo fue más fuerte de lo que yo podía imaginarme. La mayor parte de los periódicos y revistas se apoderaron del «héroe» y lo desguazaron arbitraria y caprichosamente. ¿Era eso lo que pretendía César Portillo...? Pasaría mucho tiempo antes de que me familiarizase con sus peculiaridades técnicas de dominar a la opinión pública y deshacerse de sus enemigos con relativa facilidad. Por otra parte, aquel reportaje irritó a algunos compañeros de la redacción. Golito se me acampanó como si el ofendido fuera él y me dijo que «era una cabronada convertir un problema de faldas o de celos en un problema político».

—Todo lo que digo es absolutamente cierto —me defendí de su irritación, temiendo que sus ardorosos puñetazos en el aire cayeran sobre mí.

—Yo no digo que no lo sea, pero conozco a Federico Montero y sé que es un caballero, un hombre de honor... aunque a veces parezca un venao, y tú le has convertido en una piltrafa.

—Yo sólo doy testimonio de lo que oí y vi.

—Joder con el testimonio... ¿Por qué no dices que Eva Campos es una zorra comunista, una mamonaza que no ha parado hasta separarlo de su mujer? Y luego, todo ese rollo del fascismo... ¿Es que no puede ser fascista uno?

—A mí no me va ni me viene el asunto —metió baza Carrasco—, pero lo que sí digo que en nuestra profesión lo mejor que podemos hacer muchas veces es metemos la lengua en el culo. Y si no, ya verás cómo ese reportaje te trae más de un disgusto.

—A mí no me extrañaría que Federico Montero le partiese la cara —insistió Golito morrudo y obstinado.

—Eso vamos a dejarlo. Ni Montero ni tú tenéis...

—A mí no me provoques, porque tengo mala leche, sabes... —se vino hacia mí con cara de comeniños.

Carrasco y otros compañeros se interpusieron entre nosotros, quitando importancia al asunto. Luego intervino Carmunchi, la novia de Golito, y terminamos dándonos la mano y haciendo las paces.

Sin embargo, en lo sucesivo acabó flotando entre Golito y yo algo insidioso que, al correr del tiempo, terminaría en hostilidad.

Otro acontecimiento de mayor importancia absorbió nuestra atención. Azaña, por ñn, había presentado la dimisión. César Portillo entró en la sala de redacción, cosa que rara vez hacía, para dar la noticia. «Nos lo hemos cargado y no volverá más al gobierno, dijo exultante, sin poder contener la emoción. Les felicito a todos por lo que cada uno de los redactores de «La Mañana» ha puesto de su parte para librarnos de un peligroso intelectual sin lectores, como dijo Unamuno...» A la vista de todos mis compañeros, César Portillo me echó el brazo por el hombro y me apretujó afectuosamente. «Tú eres uno de los que más ha contribuido en dar a «La Mañana» ese pálpito popular que ha hecho de nuestro periódico el portavoz de grandes grupos de opinión marginados, y como deseo que en lo sucesivo «La Mañana» se mantenga fiel a la opinión pública por encima de las contingencias políticas, a partir de este momento quedas nombrado adjunto a la dirección. Con ello quiero premiar tu independencia política y tu entrañable amor al pueblo, dos virtudes que para

mí merecen el máximo respeto...» Todos mis compañeros me felicitaron, pero algunos lo hicieron con retranca y otros con la bilis revuelta.

Mentiría si no dijera que las palabras de César Portillo me habían dejado sin resuello, con toda la emoción a flor de piel. Además de que no me lo esperaba, excedía con mucho a mis ambiciones. Por otra parte, me chirriaba un poco en la conciencia situarme por encima de las plumas más relevantes del periódico. Estaba Martínez, el comentarista político, que se consideraba con arrestos para ser ministro; Aldecoa, ex subsecretario, ex director general, figura destacada en cuestiones de derecho y enciclopedia viviente. Y sin duda, Artigas, el punzante Artigas, maestro en el arte de incordiar y genial a la hora de la componenda. Por él, más que por cualquier otro, sentí mi nombramiento, y se lo dije amistosa y fraternalmente, porque sabía que soñaba con ver al jefe de ministro para auparse él a la dirección del periódico.

—No te preocupes —sonrió con el morrito encogido—. El jefe sabe lo que se hace, y no creo que sea ninguna injusticia como dicen algunos resentidos por ahí dentro... No es que seas ningún portento, pero tienes garra populista y tu sensacionalismo despepita al gran público. Hoy por hoy, según la reciente encuesta de una agencia oficial, vas a la cabeza de los cinco reporteros más leídos del país. Eso ya de por sí es un mérito, pero yo también pienso que puede haber influido algo en el jefe lo que se dice de tus relaciones con Burgos Marín... ¿Qué pasa? ¿No os ponéis de acuerdo?

—De momento el viejo está si la diña o no la diña.

—Parece que no es la primera vez que le dan esos arrechuchos... ¿Sigues considerando interesante la oferta?

—Ahora no sé... —me despegué de la adhesiva curiosidad de las pupilas de Artigas—. Cada vez estoy más liado. No sé si es que empiezo a ver visiones o todo empieza a parecerme sucio.

—De todas las maneras, yo creo que no debieras rechazar la propuesta.

—Ya veremos... —me levanté para marcharme, dispuesto a no satisfacer su inquisitiva curiosidad.

En aquellos días recibí varios anónimos y llamadas telefónicas amenazándome de muerte, pero también recibí parabienes y felicitaciones. La más sorprendente fue la de mi padre, que hacía bastante tiempo que solamente cruzaba conmigo las palabras indispensables. Supongo que su cambio de actitud se debió a un comentario elogioso que me dedicó «El Socialista». Con todo, las simpatías más francas y desinteresadas me vinieron de los sindicatos confederales y de los jóvenes libertarios. Luis Revilla, un muchachote fuerte y agresivo como un joven toro de lidia, se me presentó un día en la redacción con otros dos jóvenes que ni siquiera abrieron la boca, y me preguntó a bocajarro: ¿Quieres que nos carguemos al capitán Montero...? Dicho así, con apremio y vehemencia, y tres pares de pupilas clavadas sobre mí, me sacudió un repeluzno y la palabras me salieron a golpes de carraspera nerviosa.

—Por mi parte no tengo ningún interés, y además me parece una barbaridad.

—Es que nos han dicho que los fascistas quieren liquidarte —tragó saliva Revilla un tanto perplejo.

—Es la primera noticia que tengo... Aunque he recibido algunos anónimos con calaveras pintadas y me han llamado media docena de veces para decirme que me iban a matar, no lo he concedido ninguna importancia.

—Pues van en serio, chachi... Ya viste lo que pasó en el campamento desnudista el verano pasado. Y el otro día, sin ir más lejos, dejaron a Juanjo esgualdrabillao.

B —¿Qué le hicieron a Juanjo?

—Que le dieron una tunda fenomenal...

Debí quedarme turulato, sin saber qué decir. Más o menos lo que tiñe dijo Revilla coincidía con las «adivinaciones» de doña Águeda la Santera. Esta me había dicho de una manera casual, en un encontronazo rápido en la calle, que

si veía a Juanjo le advirtiera contra las «asechanzas»... que el lagarto de los ojos verdes estaba en contra suya y que si no se libraba de la furia que le dominaba, lo iba a pasar mal. Como en el lenguaje esotérico y cabalístico de doña Águeda las adivinaciones poseían un alto grado de versatilidad, por la intervención de santos, brujas, espíritus malignos y otros entes de caprichosas pasiones, no le presté la menor atención. Sin embargo, lo que me contó Revilla me puso caviloso y no pude por menos que asociar unas cosas con otras hasta llegar a la conclusión de que Juanjo se hallaba metido en algún lío gordo. También conseguí sonsacar a Revilla que la idea de liquidar al capitán Montero le había ido sugerida por él. Esto ya me escamó un tanto... ¿Cómo se había enterado Juanjo de los anónimos y amenazas que yo había recibido? Hasta aquel momento las únicas personas que conocían lo de las nenazas y anónimos eran Artigas y César Portillo que, por cierto, me había regalado una pistolita del 6,35 «por si acaso los de las amenazas pasaban a mayores».

—¿Dónde podría ver a Juanjo?

—Eso sí que es difícil... —se echó a reír Revilla—. Ya sabes lo Misterioso que es. No es que tenga miedo, pero toma sus precauciones y no tiene domicilio fijo.

—¿Quieres decir que se cambia a diario de casa?

—No, hombre. Entre nosotros se practica la solidaridad y cuando uno está perseguido o se encuentra en apuros no falta quien le ayude, y más a Juanjo, que tiene tanta potra con las compañeras...

Bromeando sobre los trucos y ardides de Juanjo para ganarse la simpatía de las mujeres, bajé con ellos al bar a tomar unas cañas.

—¿No quieres, entonces, que le demos un susto al fantoche de Montero? —volvió a insistir Revilla en el momento de despedirnos.

—No, de ninguna manera... En primer lugar, no creo en el remedio de los atentados personales; en segundo, tampoco considero al capitán Montero un enemigo peligroso, y mucho menos un enemigo personal.

—Pues Juanjo dice que es el jefe de los fascistas con pretensiones de convertirse en Hitler o Mussolini.

—No le hagáis caso. Para mí el capitán Montero es un pobre hombre amargado por problemas sentimentales. Es más, tengo para mí que si Eva Campos le hiciera caso no tendría nada de particular que cambiara de chaqueta.

No sé si Revilla y sus silenciosos compañeros se fueron convencidos, pero yo me quedé bastante aliviado, porque el proyecto sugerido por Juanjo de atentar contra la vida del capitán Montero me parecía una verdadera monstruosidad. Pero no quedaría aquí el asunto. Algunas horas después Juanjo en persona estaba al aparato... Hola, cabrito... ¿Qué hay, pajarraco...? Tú sí que eres un pajarraco de mal agüero. ¿De modo que yo siempre preocupándome de ti y tú siempre llevándome la contraria? Cada día me convenzo más de que eres un cenizo, un berzotas que sólo sirve para lamer el culo a los burgueses... Espera un momento, ¿te refieres a lo de Revilla...? Me refiero a eso y a todo lo demás. Te lo digo en serio, no vuelvas a cruzarte en mi camino si no quieres acordarte de mí..., colgó el teléfono y me dejó viendo visiones, de tal manera que algunos compañeros, al ver mi cara de estupor, me preguntaron si había recibido alguna mala noticia. Conociendo a Juanjo y sabiendo lo difícil que era sacarle una idea que se le metiera entre ceja y ceja, incluso se me ocurrió escribir una nota al capitán Montero o avisarle de lo que proyectaban contra él, pero al final desistí por escrúpulos.

A la mañana siguiente me levanté con el humor negro y todos mis viejos fantasmas vivitos y coleando. Desde muy jovencito en que leí en una revista naturista la conveniencia de recordar los sueños y pesadillas como un ejercicio para analizar los estados del subconsciente, me había aficionado a reconstruir mis fantasías oníricas y casi lo conseguía de una manera mecánica mientras me chapuzaba y desayunaba. Uno de los temas que se repetía con más frecuencia era el de la rebelión. Casi siempre era Juanjo el protagonista, el héroe que conseguía escapar de todos los peligros... como ocurrió cuando organizó el asalto a la despensa de la Casa de la Caridad. Mientras Juanjo engatusaba a Sor Repollo con sus argucias, tres de los críos mayores seleccionados por él, teníamos que entrar en la despensa y robar el chocolate, las galletas y la

mermelada, que luego repartiríamos entre todos. Pero cuando estábamos afanando, oímos en la habitación contigua la voz chillona y seca de la Madre Caradeluna: Jesús, María y José, pero qué hace, hermana María... Mire, Madre, le estaba lavando a Juanjo sus cositas con agua bendita, porque dice que le escuecen mucho, dijo Sor Repollo con voz quebrada... Qué horror, si parecen cosas del demonio. Nunca he visto nada igual. Si más que niño parece una bestia del infierno. Habrá que dar cuenta al señor capellán, no sea que estemos criando un monstruo. Y en lo sucesivo le prohíbo, Hermana, que pierda el tiempo en cosas que no son del agrado de Dios, Nuestro Señor, y lave con agua bendita esas miserias... Madre, Juanjo es un niño muy bueno. Recuerdo que cuando era chiquitín dijo usted un día que en lo angelical se parecía al Niño Jesús de la capilla... No ofenda a Dios, Hermana, ni se le ocurra decirlo. ¿De cuando acá nuestro Niño Jesús ha tenido esas cosas que ofenden a la vista? Y tú tápate y no te hurgues más, que es pecado y mucho enseñar las cosas pudendas a nadie. Qué idea, Dios Santo, cada día es usted más simple, Hermana... ¿Qué ruidos oigo en la despensa? No habrá otra vez ratones, ¿verdad? Sor Repollo niega que haya ratones, pero la Madre insiste y termina por abrir la puerta... Menudos ratones. ¿No le decía yo...? La madre Encarnación tiraba de mi pierna con tanta fuerza que me la hubiera descoyuntado de no soltarme yo del alféizar del ventanillo, donde estaba encaramado, y caer a sus pies. Los otros dos habían desaparecido con el chocolate y las galletas. Sor Repollo se mordía los labios con aterrorizada piedad y Juanjo me hacía señas para que aguantase sin decir nada... Ladronzuelo, bellaco, desagradecido, tenías que ser tú, aunque no has sido tú solo, pues no me cabe duda que hay complicidad... He sido yo sólo, Madre, tenía mucha hambre..., rugí de dolor tanto por el daño que me había hecho en la cadera al caer, como por los retortijones de orejas y pellizcos de la superiora. No creas que yo soy tan simple y boba como sor María, que se le va el santo al cielo contemplando las miserias de Juanjo...

—Dile al chico que le llaman por teléfono —oí la voz de mi padre.

—¿Has oído, Avelino? —se asomó madre al comedor, donde estaba terminando de desayunar.

—Ya voy... —salí al pasillo y cogí el aparato—. Hola, Ortiz, ¿qué pasa?

—¿Puedes venir un momento al Hotel Asia?

—¿Es que me vas a invitar a almorzar? —traté de bromear.

—Bueno, si te empeñas... aunque el plato fuerte del hotel es un fiambre —dijo con voz pausada y grave que no invitaba a la chacota.

—¿Un fiambre...?

—Si quieres obtener las primicias de la información ven enseguida, antes de que se presente el juzgado. Creo que el caso te interesa...

Insistí en que me diera algún detalle o referencia del suceso, pero sin decirme nada en concreto me dejó entrever que el asunto me interesaba y no solamente por motivos profesionales. Mientras hablaba con él por teléfono, recordé algunos detalles de la truculenta pesadilla de la noche anterior. También se desarrollaba en la Casa de la Caridad. Juanjo y Montero se estaban peleando y Sor Repollo trataba de separarlos sin conseguirlo. En eso llegué yo y los dos se pusieron en contra mía. La persecución fue terrible. Juanjo llevaba una pistola y me disparó varias veces, y el capitán Montero me perseguía con un cuchillo.

Terminé precipitadamente el almuerzo, me vestí a toda prisa y me zafé con evasivas del interrogatorio de madre. Escasamente veinte minutos después me apeaba de un taxi ante la marquesina del lujoso establecimiento. Por el bullicio que reinaba en el hall y la música suave que salía del comedor, nadie podría imaginarse que allí ocurría algo anormal. Mientras buscaba al inspector Ortiz entre el colorista rebaño turístico, se me acercó un fantasmal esqueleto vestido de negro y con un ligero acento macarrónico me preguntó si podía servirme en algo.

—Desearía hablar con el inspector Ortiz.

—¿Le tiene citado? —me miró el tragavirotes con desconfianza.

—Me acaba de llamar por teléfono.

—Sígueme, por favor... —me llevó al ascensor y no me dejó de la mano hasta que estuvimos en presencia del policía.

—Entra, entra... —me cogió Ortiz del brazo y, pidiéndome excusas por haberme molestado, me metió en la habitación sin ninguna explicación previa.

El efecto inmediato al ver los manchones sanguinolentos en las paredes tapizadas de raso amarillo, fue echarme para atrás. La impresión fue tan viva que creo que lancé un grito o solté una blasfemia... Al hablarme el inspector de un fiambre pensé más o menos en un cadáver sin complicaciones, pero no en un hombre que se había volado la cabeza, y digo que se la había volado porque todavía conservaba el arma en la mano.

—¿Qué te parece el cuadro?

—Algo horrible... —en mi imaginación seguían apareciendo hilachas de la pesadilla nocturna—. Qué poco estimaba este desgraciado su cabeza.

—Pues tenía una gran cabeza.

—¿Le conocías tú?

—Y tu también... Es el capitán Montero.

—Dios mío... —sentí un profundo escalofrío y empecé a temblar. El inspector se debió dar cuenta de que algo fallaba en mi ánimo y me sacó fuera del dormitorio, obligándome a sentarme en un sillón. —Es una pena, ¿verdad...? ¿Quién le iba a decir que después de haber triunfado en las más audaces empresas llegaría a este triste fin, impotente para librarse de las sugerencias de una mujer? Verdaderamente resultaba triste y deprimente ver en semejante situación a un hombre que era carne de historia y protagonista de fabulosas leyendas. ¿Quién podía reconocer en aquel cuerpo de atleta desnudo, del que había desaparecido la parte superior de la cabeza y la cara era una piltrafa ensangrentada, al héroe de mi adolescencia, al Icaro moderno que había alimentado con su audacia la fantasía de la chavalería española...? Desde entonces Federico Montero había descendido mucho en mi estimación, no porque desmereciera su gran aventura, sino porque el hombre real casi nunca coincide con la figura del héroe.

Repuesto un tanto de la profunda impresión que me había producido el choque, volví a la habitación para observar bien los detalles. Como ya he

dicho, el cuerpo del capitán Montero estaba completamente desnudo. Antes de darse el pistoletazo se había bañado, porque yacía encima de una toalla. Su decisión debió producirse en la misma bañera, pues ni siquiera se había secado. También me sorprendió el aspecto inflamado y tumefacto del miembro. Se lo hice observar al inspector Ortiz, que me contemplaba con aire inquisitivo, y por toda explicación me dijo con gesto de repugnancia que debía padecer alguna enfermedad venérea. Otra cosa que me llamó la atención fue una cicatriz que tenía en el bajo vientre... Es el pitonazo de un toro, dijo Ortiz. Su familia posee una ganadería de reses bravas y él era muy aficionado a las tientas. Creo que hubiera podido ser un buen matador... En su mesita de noche había algunos tubitos y estuches de medicamentos extranjeros. Los retratos de dos niños preciosos, que se parecían asombrosamente a la víctima, sonreían en la repisa. Ortiz me dijo, sin que yo le preguntara, que eran los dos hijos que había tenido con una famosa tonadillera. Muy cerca de allí había un retrato estrellado contra la pared. Me agaché para cogerlo, pero el inspector me sujetó el brazo con fuerza.

—Ya te he dicho que puedes ver lo que quieras, pero sin tocar nada.

—¿No es Eva Campos...? —hiqué la rodilla en la alfombra para contemplar la imagen de una mujer soberbia vestida con gasas transparentes.

—¿Quién otra podía ser? —gruñó despectivamente Ortiz.

—Nunca había visto a Eva Campos de rubio platino. Está guapísima.

—Todavía te atreves a decir que está guapísima viendo su obra —me arrojó una mirada escandalizada.

—¿Qué quieres decir...? Supongo que se trata de un suicidio, ¿no?

—Legalmente, quizá. Pero moral y psicológicamente es un crimen.

—Alegrémonos de que la moral y la psicología no compliquen más las cosas, porque ya tienen bastante los magistrados sin necesidad de escarbar en el subjetivismo.

—Estoy hablando completamente en serio.

—Me doy perfecta cuenta de la situación para bromear, pero aun admitiendo que Montero se hubiera suicidado por lo que tú supones, no sería justo acusar a nadie de su incoercible desesperación.

—La desesperación siempre tiene una causa... —abrió el cajón de la mesilla en el que vi muchos papeles y recortes de periódicos—. Toma, lee eso a ver si te convences...

Era una carta de Eva Campos fechada dos días antes en Madrid y decía lo siguiente:

Federico: Acabo de recibir tu carta, si puede llamarse carta a tu ridícula manera de desbarrar. Pareces olvidar que no tienes ningún derecho a juzgar mi vida o mis actos. Supongo que esperarás que te dé las gracias por entrometerte impertinentemente en mi vida, atribuirte gratuitamente derechos de sultán y luego tomarte la libertad de avergonzarte a mis expensas. Creo, Federico, que ha llegado el momento de hablar claro y dejamos de equívocos, porque ni tú ni yo somos de los que se conforman con nostalgias. Siempre recordaré con agrado nuestro encuentro en Jerusalén, porque yo misma me hice la ilusión, tras mi fracaso matrimonial y el desencanto de la efímera experiencia poética, de encontrar la felicidad en una pasión adolescente. Pero está visto que no se puede volver la vista atrás ni comenzar de nuevo. Cada instante de nuestra vida es único e irrepetible. Es inútil que me digas que si fuera de esta manera o de la [otra, te amaría como tú me amas a mí. Y es inútil, porque el amor así, en abstracto, me importa un comino. Confieso que carezco de ductilidad para corresponder a las exigencias despóticas con eso que tú llamas «nobles y abnegadas renunciaciones». ¿Es por esto, quizás, por lo que me llamas viciosa y depravada? ¿Con qué derecho te abrogas esos pujos de moral? ¿Tendré que recordarte de nuevo que fuiste tú quien me inició en eso que ahora llamas libertinaje...? Por lo demás, no me interesa ese «nuevo mundo» que te has forjado, muy a tu conveniencia de mandar y ser obedecido, pero contrario a mi instinto de libertad. Detesto las sociedades represivas por muy brillantes y coherentes que parezcan. No comparto tu inclinación por los destinos históricos impuestos a golpe de sable y latigazo. Dicho esto, puedes hacer lo que te parezca. Incluso acepto el riesgo de que me perfores el corazón con la bala que me tienes reservada para que te

acompañe a los infiernos. Estoy dispuesta a defender mi libertad con todos los medios a mi alcance, y bien sabes que poseo muchos, tantos como tú, por no decir más. Sin embargo, me agradecería más que te convencieras de una vez que lo mejor que podemos hacer, ante la imposibilidad de comprendernos, es olvidarnos. Con el deseo de que lo entiendas así, te saluda Lucrecia. Al final el capitán Montero había escrito con letra nerviosa y deformada: Eres una zorra de la peor calaña y no pararé hasta destruirte a ti y a tu chulo.

—¿Qué te parece?

—La carta es muy sincera.

—No me refiero a la carta, sino a las consecuencias.

—No me gusta ver a un hombre con la cabeza destrozada. Por temperamento soy enemigo de las truculencias, pero te digo la verdad, si la bala que se ha disparado es la que tenía destinada a Eva Campos, no me parece mal empleada.

—No tienes remedio... —me quitó la carta de la mano y cerró el cajón de la mesilla.

—¿Por qué no me dejas echar un vistazo a los papeles?

—No puede ser. Ya he hecho bastante para prevenirte contra el evacampismo. Si picas después de esto es porque eres otro predestinado... Y ahora es mejor que te vayas antes de que lleguen los del juzgado.

—¿Quieres que te espere en el bar?

Pero no hubo tiempo para más conversación, porque el ascensor se detuvo y vi aparecer a don Afrodisio, el quisquilloso secretario con el que había tenido algunos encontronazos a consecuencia del secuestro de Amparito Luzán. Para que no me viera, me perdí por el pasillo en dirección opuesta a la suya.

Lo primero que hice al salir del hotel fue llamar a Eva Campos para darle cuenta del suicidio de su ex amante, pero ocurrió que no se hallaba en casa ni pudieron darme referencias concretas de su paradero, por lo cual dejé el

encargo de que me telefonease a la redacción. También se lo comuniqué a Artigas para que enviase al redactor de sucesos y al fotógrafo.

—¿Por qué no te encargas tu mismo? Reconocerás que es un bocado mollar del que se puede sacar mucho partido. Además, después del reportaje que hiciste...

—Precisamente por eso no quiero encargarme del asunto. No quiero que me tomen por un tipo sádico o un morboso que sólo se dedica a levantar carroña... —en el fondo lo que estaba pensando es que a César Portillo no le iba a gustar nada la machada de Montero y procuraría darla el carpetazo.

A pesar del recado que había dejado a Eva, me entraron acuciantes deseos de volver a leer «La culpa fue suya» y me fui a casa. La primera lectura la hice a trompicones, sin conceder ninguna importancia a las claves autobiográficas. Recuerdo que los últimos capítulos los leí en el correo aéreo de Barcelona en compañía de un grupo de vociferantes parlamentarios catalanes que de vez en cuando me cortaban el hilo de la narración con sus sátiras y críticas a los políticos centralistas.

En los primeros capítulos Eva Campos describe con ironía y finura el ambiente cerrado y decadente de la aristocracia sevillana, entre la que los Rosetti, una familia napolitana de rancio abolengo que tuvo que abandonar su tierra a la caída de los Borbones, ocupa el primer plano. En la descripción de los principales personajes de esta familia hay mucha malicia y una soterrada animadversión que aflora de vez en cuando con restallantes sarcasmos. Las relaciones de Alicia Torres, la narradora, con la familia Rosetti, sólo están vagamente insinuadas... «En el fondo, tanto doña Leonor como Maricruz y Punta me consideran una advenediza, una intrusa, pero me [miman y me halagan como si fuera una princesa. Lo que más me [molesta es que me presenten a todas sus amistades como “la hija de Antonio Torres, el millonario”. ¿Lo hacen por desprecio a los “especuladores y logreros”, como suele calificar doña Leonor a los nuevos ricos, o para calmar a sus acreedores...? Don Rafael Rosetti, en cambio, es un hombre encantador, aunque papá le considere una calamidad. Me puedo pasar horas y horas oyéndole ejecutar música al violín o al piano, o escuchándole divagar sobre

pintura y poesía. Sin embargo, no son pocos los que le consideran un poquitín ido, incluida doña Leonor, que no hace más que murmurar del desamor y despego de su marido a las cosas materiales.»

A partir del tercer capítulo la narración adquiere inusitado interés con la aparición del cadete Bruno Rosetti, «un jovenzuelo ensoberbecido de machismo y muy pagado de sí mismo» con quien el mismo día de su llegada discute y se enfada. La jovencita Alicia idealiza sus quince años como un modelo de candor. Para autojustificarse pone como testigo a las Madres Irlandesas, que la han educado en medrosas ñoñeces. Sin embargo, la inocente jovencita no se deja amilanar por las provocaciones del cadete en el marco espléndido de Los Jarales, un cortijo inmenso en el que pastan reses bravas y se crían caballos de pura sangre. Se entrega apasionadamente al juego incitante del joven Rosetti y en una de sus correrías por la serranía cercana, ocurre lo que parecía inevitable. Fue a consecuencia de una caída del caballo, pero la relatora no oculta su complacencia... «Mentiría si dijera que fui sorprendida por Bruno. No, mis sentidos estaban despiertos. Sentía sus manos cálidas y el ardor de sus labios, adheridos como ventosas. Sus caricias me hacían mucho bien, me despertaban a la plenitud de los sentidos y transformaban mi temblor friolento en oleadas de fuego... Oh, Dios... Grité y pedí socorro, le mordí en el mentón y le arañé en la cara. Dos veces conseguí rechazar aquella fuerza quemante que me hendía las entrañas. Luego el dolor se me hizo grato en la dulce laxitud. Sólo pasado un rato me di cuenta que estaba casi desnuda... Bruno me contemplaba con ansiedad. De sus pupilas había desaparecido el brillo que incitaba mi agresividad y más bien parecía un niño temeroso y arrepentido. Me preguntó si le perdonaba, pero no quise responder a su pregunta.»

Al día siguiente Alicia salió para Madrid llena de miedos y con ansia de arrepentimiento. Incluso pensó que después de lo sucedido no tendría más remedio que meterse monja. Pasados algunos años vuelven a encontrarse en Madrid. Bruno Rosetti ya es teniente de aviación y su nombre figura entre los héroes de la guerra de Marruecos. Alicia está comprometida con un abogado al que su padre pronostica un gran porvenir político. Entre los Rosetti y los Torres se han producido ciertas desavenencias por cuestiones económicas.

Bruno acusa al padre de bandolero y sanguijuela, lo cual no impide que la hija se lo encuentre en todas partes, «y siempre con ímpetu posesivo». Voluntariosamente, Alicia resiste el asedio. No quiere volver a recordar lo sucedido en Los Jarales. Sin estar enamorada de su prometido, estima mucho su posición social y aspira a convertirse en una gran dama. Actúa sobre ella, en cierta manera, la poderosa personalidad del padre, que pretende consolidar su fortuna y su prestigio en una sociedad con los cimientos agrietados. Unos días antes de contraer matrimonio, Bruno le propone huir y ella le responde que prefiere ser la esposa de un futuro ministro de la Corona a vivir a salto de mata con un héroe tan versátil como él. El teniente de aviación reacciona astutamente y trata por todos los medios de crear una situación pasional, pero Alicia juega con su ardor fríamente... «¿No tienes miedo a que Rosendo se dé cuenta de...?, me contempla enardecido y desafiante». «Ya sabes lo que dice Salomón, que hay tres cosas que no dejan huella: el pez en el agua, el pájaro en el aire y la serpiente en la piedra, y una cuarta: el hombre en la mujer. Además, éramos tan jóvenes y han pasado tantos años. Algunas veces pienso que sólo fue un sueño...» «Dichoso sueño», suelta Bruno la carcajada. «No dijiste eso entonces, que tuve que retorcerte las muñecas y darte un cabezazo para que no me destrozaras a mordiscos.»

Mientras Alicia consigue sus propósitos de figurar en la alta sociedad madrileña de las postrimerías de la Monarquía, Bruno se entrega a las corrientes subversivas y participa en una tentativa de sublevación que le obliga a exiliarse para no comparecer ante un consejo de guerra. Poco después se casa en Roma con una condesa anglo-búlgara. Al proclamarse la República regresa a España en olor de multitudes, pero mucho más radicalizado que se fue. Sus mismos compañeros de conspiración le acusan de comunistoide y anarcoide por las arengas que pronuncia en los actos en que interviene.

En otro sentido, Alicia también ha conseguido cierta relevancia entre los políticos e intelectuales del nuevo régimen. Algunos periódicos la llaman la Ninfa Egeria y la Musa de la República. Con su marido se lleva muy mal. Han surgido entre ellos discrepancias fundamentales. Alicia se halla muy interesada por la poesía, colabora en algunas revistas con poemitas y cuentos, y no faltan quienes le atribuyen relaciones más que líricas con un poeta muy en boga.

Bruno trata de acercarse a ella, pero siempre la encuentra protegida por una corte de admiradores. Alicia confiesa que le teme... «Bruno se ha convertido en un peligroso demagogo. Ayer mismo le oí decir al ministro de la Gobernación, que como siga exacerbando a los campesinos y jornaleros para que ocupen las fincas y las fábricas, y hagan la revolución, no va a tener más remedio que meterlo en la cárcel...» Efectivamente, pocos días después el capitán Rosetti acaudilla un motín en Sevilla y es detenido, pero la muchedumbre se enfrenta con la fuerza pública y libera al prisionero, lo cual le obliga a huir de nuevo al extranjero.

¿Es casual el encuentro en Jerusalén o Alicia va allí intencionadamente a buscarle tras la ruptura con su marido y la breve aventura con un ser exquisito que se pasa la vida pensando en la muerte y bebiendo y comiendo con glotonería...? La autora es muy cauta y prefiere operar con lo fantástico e irreal para borrar las pistas. Lo único que dice es que las frustraciones y los conflictos familiares la han convertido en una mujer neurasténica dominada por un extraño anhelo de aventuras y placeres. Tácitamente se deduce del relato que Alicia busca a Bruno como una tabla de salvación, pero al encontrarse con «aquel asceta impregnado de un oscuro y furioso misticismo», se siente un tanto defraudada. ¿Por cuenta de quién trabaja Bruno?, se pregunta, mientras analiza y observa la sorda batalla que libran los imperialismos occidentales en Oriente Medio, Golfo Pérsico y cuenca del Mediterráneo. Bruno es conocido entre los nacionalistas palestinos como el comandante Alí y ejerce una gran influencia entre ellos. Alicia duda ante aquel hombre «enjuto y anguloso», con los ojos como ascuas, que parece reseado en las arenas del desierto. Con todo, el amor soterrado se encandila en cada palabra de él... «Sabía que volveríamos a encontrarnos y he vivido exclusivamente para este momento, porque los hombres pueden aislar, pero no separar lo que fundió una voluntad omnipotente». Las palabras y los conceptos llenos de contenido místico del nuevo lenguaje de Bruno la hacen sospechar que no está muy en sus cabales, pero luego en la comunicación de la carne es «fogoso como un beréber del desierto».

Las relaciones no son fáciles. Bruno se muestra muy exigente y voluntarioso. «El machismo ibérico le sale a relucir cada dos por tres», dice la narradora. La

persigue y la rodea de sinuosos espías árabes que la siguen como la sombra al cuerpo. Las escenas de celos menudean y se repiten con absurda monotonía. De aceptar la interpretación subjetiva de la autora, era irremediable y fatal que Alicia no se adaptase a las exigencias de Bruno después de haber roto con todos los convencionalismos. La heroína de Eva Campos habla el mismo lenguaje que su autora, rindiendo culto a los sentidos con empacho byroniano.

Mientras Bruno se propone «regenerar» a su amada y «convertirla en un espejo de virtudes», en Alicia se produce el hastío y un buen día desaparece con un judío inglés comprometido en la lucha sionista.

El último capítulo de la novela resulta un tanto insidioso y en algunos aspectos profético. Alicia consulta con un famoso siquiatra, muy amigo de los Rosetti, y le expone la situación de Bruno y los síntomas que presenta. Tras divagar sobre los rasgos degenerativos de la familia, llega a la conclusión de que Bruno se encuentra al borde de la locura. Es un paranoico que lo mismo puede remontarse a los actos más sublimes del idealismo que caer en las mayores vilezas.

¿Quién tuvo la culpa...? En mi imaginación, cansada por la lectura exhaustiva, flotaba una respuesta que no me atreví a formular abiertamente. Entre mi raciocinio y lo que acababa de leer se interponían muchos perjuicios y el gesto duro y orgulloso del capitán Montero. Confieso que mi simpatía por Eva Campos podía más que la tragedia del capitán, pero esto no quería decir nada definitivo en un tipo tan impresionable como yo. Necesitaba otra clase de pruebas para llegar a una conclusión cierta, y me hice el propósito de conseguirlas.

En la redacción se daba por supuesto que César Portillo ocuparía una buena poltrona en el nuevo gobierno centrista. Algunos compañeros del periódico, que al mismo tiempo eran correligionarios políticos del director, ya se rechupeteaban de gusto olfateando el momio. Como en las combinaciones de

los cabalistas políticos se diera el nombre de César Portillo para sanear la Hacienda, un diario de izquierdas publicó una caricatura en la que aparecía nuestro director contemplando hechizado los lingotes de oro del Banco de España y un murciélago del otro mundo con la cara del viejo Portillo que le decía: «Apanda, hijo, apanda, que esto es más fácil que reventar casas tronadas y meter alijos de contrabando». Los pesimistas atribuyeron a esta caricatura el maleficio de que nuestro director no hubiera sido incluido en la nueva combinación ministerial, y los optimistas se consolaron diciendo que aquel gobierno tenía un carácter oportunista, de cara a las elecciones, y César Portillo se reservaba para situaciones más claras.

Fuera lo que fuera, nuestro director se mantuvo por encima de los comentarios de sus secuaces, y como buen político hizo de tripas corazón y encerró sus emociones. Yo hablé con él dos o tres veces por aquellos días y no observé la más mínima contrariedad o nerviosismo. Sin embargo, cuando comentamos el suicidio del capitán Montero y le sugerí hacer un serial sobre su vida y peripecias aventureras, le vi acentuar los pliegues del entrecejo y aperruñar los ojos.

—De momento vamos a dejarlo así —murmuró reflexivo y concentrado—. Tal vez más adelante. No sé... ¿Conocías bien a Montero?

—Creo que podría hacer tres o cuatro reportajes interesantes sobre su vida y sus contradicciones, por lo significativas que son en nuestro contexto social.

—Lo que yo no me explico es cómo un hombre tan desquiciado, un loco visionario sin el menor sentido de la realidad, cuenta con tantas simpatías entre los extremistas de izquierda y de derecha.

—Quizá por eso mismo... ¿No cree que nuestra realidad empieza a resultar demasiado fea?

Mi jefe sonrió enigmático, encendió un cigarrillo rubio y dejó entrever que la situación podía cambiar no tardando mucho: «Las fuerzas vivas, con don Alejandro a la cabeza, están dispuestas a renovar las ilusiones con un golpe de timón. El mismo Gil Robles, que es un hombre de mucho talento y un político con el que hay que contar en el futuro, tiene grandes proyectos para activar la

economía y superar el caos que nos ha dejado como herencia el arbitrismo izquierdoso».

De aquella conversación deduje que César Portillo estaba virando a la derecha, lo cual no me sorprendió, pero sí me produjo cierto malestar. Al salir del despacho lo comenté con Benítez y éste se echó a reír y me dijo: «¿Qué esperabas? ¿No sabes que la cabra siempre tira al monte?»

Una vez en la calle me dirigí maquinalmente a casa de Burgos Marín. No sé por qué se me metió en la cabeza que «La Mañana» podía naufragar en cualquier momento y me entraron unas prisas locas de llegar a un acuerdo definitivo con el viejo cascarrabias. Sin saber si podía o no recibirme, llamé a la puerta. Doña Paulita y Musti salieron a recibirme y ambos me acogieron con inequívocas manifestaciones de afecto.

—Pase, pase, hombre de Dios. Ya me tenía preocupada y temí que le hubiera pasado algo.

—Pues ya ve usted que estoy vivito y coleando —cogí al gatito en brazos y pasamos al recibidor—. ¿Cómo se encuentra don Fabricio?

—Mejor, mucho mejor. Desde ayer no hace más que preguntar por usted. No se puede hacer una idea lo contento que se puso cuando le dije que se había interesado mucho por su salud. Ahora está con el señor Espinosa del Robledal, pero no creo que tarde mucho en despedirle...

Antes de terminar se oyó un timbre y doña Paulita salió acelerada. Yo me quedé jugando con el gato, pero el ama de llaves no tardó en volver para decirme que don Fabricio me esperaba.

El viejo me saludó con su habitual sequedad, aunque los ojuelos hundidos le chispeaban alegres. Mucho más efusivo en el saludo fue Pedro Espinosa del Robledal, que abrió sus descomunales brazos para recibirme y me llamó «mi muy querido joven». Confieso que su exuberancia física y verbal me resultaban empalagosas.

—Ha llegado usted a tiempo... Precisamente hace un momento le estaba diciendo a don Fabricio que me ha extrañado mucho que no haya publicado usted nada sobre la muerte del pobre Montero.

—Tenía la intención de haber escrito una serie de reportajes sobre su vida, pero a César Portillo no le parece oportuno.

—¿No le decía yo...? —se dirigió a don Fabricio con una risita irónica.

—Te habré dado sus razones, ¿no? —parpadeó el viejo.

—Bah, los directores pueden tener tantas razones como caprichos.

—Claro, claro... —asintió Espinosa del Robledal—. Conozco bien a mi cuñado César. Aunque parece flexible y tolerante, en el fondo es bastante tozudo. Pero lo que yo digo que podía colaborar en otros periódicos o revistas.

—Supongo que sí, aunque no lo he pensado todavía.

—Pues hale, hombre, decídase... Por lo pronto yo le ofrezco las páginas de «Mundo Futuro».

—¿No teme que escandalice a sus pacatos lectores? —estuve a punto de soltar la carcajada.

El señor Espinosa del Robledal se ofendió seriamente y don Fabricio me llamó al orden por la falta de respeto que revelaban mis palabras, pero Espinosa del Robledal cambió de humor y volvió a su actitud afectadamente cordial. Al parecer, no le extrañaban mis escrupulillos y mojigatería de joven rebelde. Conocía a muchos con más ínfulas que yo que, tras imitar durante algún tiempo al indómito Saulo, al final habían encontrado su camino de Damasco. Incluso me ofreció el ejemplo de «un perverso comunista, empeinado en las doctrinas de Marx y Bakunin, que ahora era uno de los más excelsos colaboradores de «Mundo Futuro».

—Bueno, déjate de monsergas y sermones y dile a Avelino de una vez lo que tenías que decirle —le interrumpió don Fabricio.

—Ah, sí, perdone... —se remojó los gruesos labios cárdenos, se alisó el escaso pelo con las puntas de los dedos y se dio unos golpecitos en la frente para

ordenar su archivo mental—. Quería hablarle de las circunstancias que han llevado a la muerte a mi desdichado amigo el capitán Montero...

—¿Su amigo...? —recordé una escena de «La culpa fue suya» en la que Rosendo del Castillo reprocha a Alicia el engaño de que ha sido objeto y le exige una explicación por su hipocresía y doblez. La joven desposada se resiste a justificarse, pero él la acucia: «¿Ha sido Bruno, verdad? Lo sospechaba desde hacía mucho tiempo».

—Bueno, últimamente no nos llevábamos muy bien... por sus extravagancias políticas y su falta de responsabilidad moral, pero en los años juveniles...

—Deja los eufemismos a un lado y ve al grano... —volvió a interrumpirle don Fabricio—. ¿No decías hace un momento que estabas convencido que Montero era el querido de tu mujer?

—Sí, claro —se mordió los labios Espinosa del Robledal.

—Pero eso no es ningún secreto, eso lo sabe todo el mundo.

Mis palabras tuvieron la virtud de alargar la cara de palo de don Fabricio y congestionar la rubicundez de Espinosa del Robledal.

—Puesto que ya sabe usted quien ha matado al pobre Federico...

—Honradamente creo que le ha matado su soberbia y engreimiento —le interrumpí ante el temor de verme inundado de lágrimas y trémolos emocionales—. Era mucho capitán Montero. El aire de las alturas, las turbias intrigas conspiratorias y su reciente misticismo imperialista le habían perturbado. No se puede ir por el mundo como una brújula loca.

—Su teoría es muy sugestiva y no enteramente desacertada, pero la verdadera culpable de su muerte es Lucrecia... aunque parezca mal que sea yo quien lo diga.

—¿Conoce usted la carta que le dirigió Eva Campos?

—No, no la conozco, pero me han hablado de ella y creo que es un modelo de perfidia.

—Antes de juzgar debería usted leerla.

—¿Y tú la conoces? —me asaetearon las pupilas de don Fabricio.

—Si no la conociera no me permitiría hablar de ella.

—Yo creía que no la conocían más que el juez y la policía —la mirada que dirigió Espinosa del Robledal a don Fabricio parecía poner en duda mis palabras.

—Y yo... —respondí con firmeza a la mirada interrogativa de don Fabricio—. Casualmente me hallaba en el Hotel Asia cuando ocurrió el suceso, y como tengo cierto olfato para oler la sangre a distancia, me colé en la habitación, llegando a tiempo de ver los sesos del capitán Montero estampados en las paredes y leer la carta en cuestión.

—Debe ser muy interesante... —resolló Espinosa del Robledal con un temblor de avidez en sus labios reseco.

—Yo diría que es una síntesis de «la culpa fue suya». Me parece que Eva Campos ensayó en esta novela la forma de romper con Federico Montero. Incluso podía ser el último capítulo, ya que el de la narración es bastante artificioso.

Mis interlocutores habían alargado tanto la cabeza hacia mí que podía respirar su aliento.

—Apasionante, apasionante... —entrecruzó los dedos Espinosa del Robledal—. Sería interesantísimo que desarrollara esa idea con su proverbial galanura. Me atrevo a pronosticarle un magnífico éxito porque, sin propósito de adularle, creo que hay pocas plumas en nuestra prensa que puedan desbrozar con realismo y elegancia un tema tan sugestivamente escabroso.

—Muchas gracias, pero de momento no pienso escribir nada sobre este asunto.

—¿Y eso? —se arremolinaron las cejas hirsutas de don Fabricio.

—Sencillamente porque es un tema en el que fácilmente se resbala hacia lo truculento.

—Tampoco es para ahogarse. Si mal no recuerdo, me parece que algunos de sus éxitos más brillantes pertenecen a ese género.

—Sin embargo, existe una gran diferencia entre investigar un crimen vulgar o denunciar injusticias sociales o políticas, y juzgar una tragedia pasional. Sinceramente, no me considero con derecho a inmiscuirme en la vida de dos personajes tan singulares y desnudarlos ante la opinión pública.

—Nadie le obliga a que se muestre impúdico. Bastaría con describir el caso objetivamente para demostrar que Federico Montero es una víctima más de esa mujer que, a fuerza de quebrantar todas las leyes morales, provoca en sus víctimas un estado de paroxismo propicio al suicidio.

—¿No le parece hiperbólico...? Por lo menos nadie lo diría viéndole a usted tan rozagante.

—Las apariencias engañan a veces.

—Además, eso a ti no te importa —gruñó don Fabricio.

—Tiene usted razón. De este asunto no me interesa nada. —Interesa desenmascarar a esa zorra y a todas las de su ralea — insistió el viejo con gesto obstinado.

—Yo no puedo hacer eso, don Fabricio. Para desenmascarar a Eva Campos, tendría que llevar máscara. La única acusación que se le puede hacer es que vive sin prejuicios, lo cual no es patrimonio suyo, aunque, eso sí, ella lo haga de una manera singular, desafiando a los maestros de ceremonia del convencionalismo y escandalizando a la pazguatería... —me levanté con los nervios crispados.

—¿Te marchas ya?

—Sí, es la hora de comenzar mi trabajo... —me arreglé el nudo de la corbata y me armé de valor para formular la pregunta fundamental que me venía rondando desde que entré en la casa—. ¿Qué hay de «El Tiempo»?

—Todavía no he podido ocuparme de ese negocio. Vente mañana por aquí y hablaremos —me tendió la mano huesuda, dándome a entender que no quería tratar del tema.

Espinosa del Robledal salió a acompañarme hasta el pasillo, con el único objeto de invitarme a visitarle en su domicilio y decirme que si me decidía a escribir sobre lo que habíamos hablado podía facilitarme información de gran valor documental sobre su mujer. Sospecho que no advirtió la mirada de desprecio que le dirigí, porque al despedimos me estrechó entre sus brazos con zalamería maternal.

De pronto, sin saber por qué, César Portillo me apartó de su diestra. Las veces que intenté hablar con él, Lula volvió haciendo mohines de conmisericordia para justificar la negativa del jefe a recibirme. Artigas, que debía saber o sospechar algo, me aconsejó que tuviera paciencia.

—Al menos me gustaría saber lo que he hecho para disgustarle.

—No te preocupes ni te rompas la cabeza. Cuando se le pase la borrasca ya te llamará él.

—¿Y mientras tanto estoy sin hacer nada?

—Por mí puedes hacer lo que quieras, ya que eres su adjunto, pero yo te aconsejo que te diviertas. Lo que no me parece bien es que andes por ahí dentro estimulando la mala uva de los envidiosos y comiéndote las uñas.

Cuando salí de la redacción con todas mis malas pulgas picándome en el cuerpo, la esfera de mi reloj marcaba las once y media. El frío seco y punzante, eso que los madrileños castizos llaman «biruji», me refrescó agradablemente la cabeza. La calle estaba desierta. Solamente tres feligreses de Baco discutían acaloradamente de política a la puerta de uno de los innumerables templos que tiene en la capital de España. El más exaltado despotricaba contra el nuevo gobierno, al que acusaba de pastelero. Otro de los compadres afirmaba que no había más solución que una república federal comunista, pero no de los comunistas petrolíferos, sino de los libertarios... Un poco alejado, el sereno permanecía a la expectativa, con el chuzo enristrado, dispuesto a intervenir en la gresca que se presentía.

Para hacer tiempo en mis costumbres noctámbulas, me dirigía a uno de los cafés de la Puerta del Sol donde se reunían periodistas, escritores y corresponsales extranjeros cuando vi a Juanjo cruzar la calle de la Montera.

—Vaya, hombre... —se me plantó sonriente.

—Pues sí que me tienes contento... ¿Se puede saber dónde te metes?

—Ya sabes que yo no tengo manías. Hoy aquí, mañana allá... El mundo es ancho y la libertad lo único importante.

—Tu y tu propiedad, ¿no? Y mientras tanto los demás preocupándonos de ti... El otro día, por cierto, vino uno de los hermanos Revilla a preguntarme por ti. Me dijo que hacía más de un mes que no aparecías por el barrio y temían que te hubiera ocurrido algo.

—Pues ya ves que sigo vivito y coleando... —me echó el brazo por los hombros—. ¿Hacia dónde caminas?

—Voy a los mentideros de la Puerta del Sol a ver lo que se cuece.

—Hale, te acompaño. Yo voy a dar una vuelta por «El Murciélago».

—¿El Murciélago...? ¿No es un antro?

—Más o menos —se echó a reír.

Aunque en Juanjo no me sorprendía nada, observé en él algunos cambios importantes: vestía elegantemente y llevaba sombrero, prenda que era la primera vez que le veía puesta, y cuando se abrió el abrigo azul marino y quedó suelto el pañuelo de crespón blanco, también observé que lucía una preciosa corbata, adorno que siempre había despreciado por considerarlo un símbolo burgués. Otro detalle que retuve por contradictorio fue un refulgente solitario en su mano. ¿Qué había pasado para que el desastrado bohemio ácrata se hubiera pasado al bando de los más sofisticados pollos pera...? En un momento le hice tantas preguntas que Juanjo exclamó:

—Joder, eres un caso. No hacemos más que vemos y ya quieres desfondarme... ¿Dónde has estado? ¿Qué has hecho? ¿Has descubierto alguna mina de oro...? Chico, no me extraña que hayas triunfado en el periodismo,

porque eres el tipo más preguntón que conozco. Ahora que conmigo has dado en hueso. Ya sabes lo que dice el marica de Oscar Wilde, que la indiscreción está en las respuestas.

—Te pirria el misterio.

—Yo soy yo y mi circunstancia.

—Otro tópico para evadirte de la cuestión.

—¿Por qué no dejas de preocuparte de los demás y vives tu vida? Cuéntame tu lío con Eva Campos.

—Yo no tengo ningún lío con Eva Campos... Qué más quisiera yo.

—¿Me vas a decir que todavía no te la has tirado?

—No quiero marcarme faroles.

—A otro perro con ese hueso. Luego dices que yo soy un reservón, pero tú eres un zorro...

Sin damos cuenta seguimos discutiendo. Por más que hice para sonsacarle sobre la visita de Luis Revilla y la extraña llamada que me hizo él, no conseguí perforar su resbaladizo caparazón. Lo único que me dijo es que el capitán Montero era muy peligroso, porque estaba instruyendo a las escuadras fascistas.

Al llegar a la plaza de Antón Martín, se detuvo intencionadamente con ánimo de despedirse.

—¿No decías que ibas a la Puerta del Sol?

—Si no tienes inconveniente me agradecería tomar una copa contigo en ese antro.

—Por mí, allá tú. Pero luego no me vengas con puritanismos y escrúpulos de monja —pareció contrariado.

El Murciélago pretendía ser una sucursal diabólica, por lo menos en lo que a la decoración se refería. Entonces estaba muy de moda por los guisados y

desaguizados que allí se cocinaban. Su principal originalidad, en relación con otros establecimientos similares que proliferaban con el nombre de cabaret, era el intento de remedar la estética luciferina con fines comerciales. Apenas traspusimos la puerta y penetramos en la cavernosa penumbra, salió a recibimos un orangután disfrazado de murciélago que, previo pago de los seis reales de consumición mínima, nos ofreció sus respetos con una reverencia. Lo primero que advertí es que Juanjo era muy conocido en el pintoresco tugurio. El mismo propietario, un viejo pardela con el pelo teñido de rubio, las cejas depiladas y exagerada fluidez femenina en la conversación y en los ademanes, vino a saludarle. Ignoro si fue a causa del guiño que le hizo Juanjo, pero el pardela se contuvo en su afición a poner los ojos en blanco, manotear y rubricar sus palabras con movimientos de cintura y trasero. No fue tan discreto en las impertinentes y huneonas miradas que me dirigió a mí, pues sus ojos modorros, de párpados caídos, más que mirar parecían palpar o desnudar. Y en cuanto a lo que hablaron me quedé casi a oscuras por el lenguaje de germanía que emplearon. Lo único que saqué en limpio es que a mi amigo le llamaban el Gardel, tal vez por su afición el canturreo de tangos, y al loro de pelo teñido la Chipiona. El principal motivo de conversación fue un sujeto que respondía por el apodo de Pipiolo, pero lo que no pude captar bien es al género que pertenecía, ya que por la ambigüedad de expresiones lo mismo podía ser hombre que mujer, pertenecer a la familia de los epicenos o ser una mezcla de todos ellos.

Por lo que Juanjo me dijo cuando nos quedamos solos en el palco, el principal atractivo de El Murciélago no era la decoración ni las laberínticas grutas, ni las figuras de cartón y escayola que representaban monstruos sagrados o paganos en actitudes obscenas, ni la orquesta de diablos cornudos vestidos de rojo y dirigida por un gigante negro con cara de antropófago. Todo esto, lo mismo que la facilidad que daban a los clientes para subir al escenario a dar jipidos, pataletas o representar su numerito particular, encubría el juego, las drogas y el comercio de las aberraciones sexuales.

Mientras vaciábamos media botella de manzanilla con unas tapas de chacina, vino a hacernos compañía una jovencita fina y espiritualizada a la que correspondía como anillo al dedo el apodo de la Macarena por el que era

conocida. Viéndola tan comedida y pudorosa parecía incongruente encontrársela en aquel antro luciferino. Ni siquiera pasó por mi cabeza que pudiera ser un producto del travestismo y me entregué a la galantería con sincera fruición. Por lo visto le había caído bien y entre dengues pudorosos y melindres más o menos voluptuosos nos hicimos algunas morisquetas bajo la mirada irónica de Juanjo. Incluso bailé con ella un tango y un charlestón con verdadero placer. Pero mientras nos entregábamos a las frenéticas contorsiones del baile, la Macarena lanzó un gritito y desapareció como una exhalación. Enrabiado por la jugarreta y poseído de cierta frustración, regresé al palco, encontrándome con que Juanjo también había desaparecido. Sin embargo, unos minutos después entraba el inspector Ortiz con aire pachorrudo y somnoliento.

—Parece que nos divertimos, ¿eh?

—Pasamos el rato simplemente... ¿Quieres tomar una copa?

—Gracias, a estas horas soy abstemio... ¿No te falta nada en los bolsillos?

—¿Por qué me va a faltar? —me palpé instintivamente la cartera.

—¿Conoces al individuo con el que estabas bailando?

—¿Al individuo...?

—Sí, hombre, a la Macarena... —al ver mi cara el inspector Ortiz hizo chirriar su regocijo—. ¿Es posible que no hayas advertido el fraude? Ahora comprendo... Sinceramente me extrañó verte tan... interesado, no, no es la palabra correcta; tal vez amartelado o...

—Por favor, no sigas, porque terminarás diciendo alguna barbaridad —le interrumpí, tomando la cosa a chacota, que es una manera como otra cualquiera de disimular los resbalones.

—Te está bien empleado, a ver si aprendes a reprimir tus exuberancias rijosas.

La Chipiona se acercó por la parte del salón y ofreció al inspector Ortiz sus zalemas y sus sonrisas amelazadas.

—El día menos pensado te cierro el establecimiento y te meto en la cárcel —le dijo el policía con repentina hosquedad.

—Anda, ¿y qué culpa tengo yo ni mi establecimiento de que por aquí vengan personas de mala ley?

—No tienes culpa, ¿eh?

—Yo... Dios me libre.

—Pues ándate jugando a ver si te hundo a pesar de los grandes protectores con que cuentas. Y ahora déjanos, que no tengo ganas de mariconerías.

—Uy, qué hombre más arremolinao. Le digo que no gana una para sustos. Y todo por esas golfas... Ya verá usted como la Macarena no me trae más líos...

—y mirándome a mí, añadió—: Además, una no puede estar en todo y adivinar de qué pie cojean los clientes.

¿Dónde se había metido Juanjo? Le busqué por todo el salón con la vista sin hallar rastro.

—¿Buscas al Gardel? —advertí sobre mí la mirada desconfiada del policía.

—¿Le conoces?

—Somos viejos amigos... —sonrió mordaz—. Precisamente hace un rato me preguntaba: ¿de qué conocerá Avelino a ese pájaro?

—Porque también somos viejos amigos... sin reticencias. De chiquitines nos quitábamos el biberón el uno al otro, crecimos juntos haciendo trampas con el hambre y hemos sido amigos y condiscípulos inseparables hasta que... Bueno, su vida le pertenece a él... ¿No te parece impecable mi coartada?

—La verdad siempre es impecable y cuando va unida a la moralidad, rectitud y obediencia a las leyes, resplandece por sí misma.

—Amén... —solté la carcajada—. Qué predicador se ha perdido la Iglesia.

—Sí, ríete, pero procura no reanudar amistades que desde ningún punto de vista te convienen.

—Juanjo es un buen muchacho.

—Pero sus caminos son confusos... Anarquista, espiritista, teosófico, refractario a la guerra, desnudista, exhibicionista, etc. En realidad, ¿qué es?, ¿por qué necesita tantas caretas?

De pronto me pareció ver en uno de los palcos de enfrente una bella cabeza de pelo negro y ensortijado que hubiera jurado que era la de Eva Campos. Cuando se lo dije al inspector ni siquiera se molestó en dirigir la mirada hacia donde yo le indicaba. Solamente me preguntó:

—¿No estaba con ella el Gardel?

—No, no estaba, y ni siquiera estoy seguro que fuera ella, porque cuando se volvió me pareció un hombre.

—Pipioló.

—¿Cómo dices?

El inspector bostezó repetidamente y luego se levantó... No puedo aguantar más el olor a grifa y a podredumbre moral, me dijo. Si me acompañas hablaremos por el camino... Como mis crepúsculos no eran tan intolerables, pensé quedarme a ver si veía a Eva Campos y a Juanjo, pero Ortiz me dijo que después de haber estado tanto rato con él, no lo iba a pasar bien. No muy convencido llamé al camarero para pagar el exceso de consumición, pero el joven que nos había atendido no quiso admitirme ni la propina. Luego, por el camino, me habló de las aficiones travestistas de Eva Campos. Como yo me negase a aceptar los juicios un tanto equívocos, me contó lo siguiente: «Hace unos meses realizamos una redada profiláctica en algunos cabarets y establecimientos de mala nota. Son operaciones rutinarias que efectuamos de vez en cuando para sondear los bajos fondos y extirpar de paso algunos de esos focos de corrupción que los aficionados a buscar tres pies al gato llamáis en lenguaje freudiano válvulas de escape de la sociedad represiva. La redada salió bien: delincuentes de todas las especies conocidas, drogadictos, proxenetas, homosexuales. Lo que se dice una verdadera arca de Noé del libertinaje. Y dentro de ella Pipioló como un reyecito. Se le fichó como homosexual y pasó algunos días en los calabozos sin que nadie advirtiera el

fraude. De no ser por un soplo de última hora, se nos cuela tranquilamente en la cárcel modelo... ¿Qué te parece?»

—No sé, tal y como tú lo cuentas suena a aberrante.

—De todo hay en la viña del señor. El travestismo es una aberración como otra cualquiera.

—Sinceramente, me parece imposible que Eva Campos pueda hacerse pasar por hombre con tanta facilidad.

—¿Qué me dices de la Macarena?

—Sí, es verdad... —su acento burlón me calentó las mejillas, a pesar del frío relente que corría—. Pero supongo que daría alguna explicación, ¿no?

—Demasiadas explicaciones... Según le dijo al jefe, parece que está escribiendo una novela sobre la delincuencia y quería ambientarse. Si hubiera dependido de mí, la hubiera mandado una buena temporada a la prisión de mujeres para que conociera las delicias de los piojos y las chinches, y supiera lo que es la cárcel de verdad.

Yo le hice observar que algunos escritores notables se habían impuesto experiencias similares a las de Eva Campos, sin merecer juicios condenatorios, y le recordé a Eduardo Zamacois escribiendo en una celda del penal de San Miguel de los Reyes su novela «Los muertos vivos». Naturalmente, Ortiz no estaba de acuerdo conmigo y me dijo que la sociedad era demasiado tolerante dando facilidades a los escritores sospechosos para llevar a cabo una labor crítica negativa que justificaba todo tipo de atentados contra la propiedad, la moral y las sanas costumbres... Al final terminamos discutiendo con cierta vehemencia, y cuando le pregunté qué clase de relaciones existían entre Eva Campos y Juanjo, se me escapó por la tangente diciendo que las averiguase por mí mismo.

Nos despedimos en la calle de Toledo para dirigimos cada uno a nuestra casa. La última observación que me hizo, mientras nos estrechábamos la mano, es que cada vez me veía más inclinado del lado de la subversión.

—¿No será más bien que tú miras al capitalismo como ángel custodio de las buenas costumbres?

—Te equivocas de cabo a cabo. Yo tengo menos simpatías que tú al capitalismo, pero tampoco comulgo con la subversión comunista o ácrata que están desintegrando los fundamentos de la autoridad.

En varias ocasiones me hice el propósito de visitar a Sonia y a su abuela, pero por unas causas u otras lo fui demorando, y no porque hubieran desaparecido de mi memoria, sino más bien porque me cohibía el no haber podido encontrar empleo a la hija de Blanca Sahara en otro periódico, ya que en «La Mañana» el veto de Artigas se convirtió en oposición por parte de César Portillo. Todas mis esperanzas se cifraban en «El Tiempo», pero también en este sentido empezaba a dominarme la desilusión. No era sólo el pleito suscitado por un grupo de accionistas, que se oponía al control financiero de Burgos Marín, sino a la oposición que me hacían dos sobrinos de éste conchabados con Espinosa del Robledal. Lo que se traían entre manos lo ignoro, pero sí estoy seguro que dificultaban mi acercamiento al viejo y no veían con buenos ojos mis visitas. ¿Celos de herederos por parte de los sobrinos? ¿Trapisonda política o chanchullo administrativo por parte de Espinosa del Robledal...? Algo olía a podrido y no precisamente en Dinamarca.

Recién llegado de Barcelona, donde había pasado quince días sondeando los círculos políticos de la Ciudad Condal como enviado del periódico, me encontré con una amistosa tarjeta de Sonia invitándome a pasar por la redacción del semanario «Momento». Me sorprendió agradablemente, y mucho más cuando me enteré que ella misma acababa de ser nombrada secretaria de redacción del portavoz de los intelectuales de izquierdas... «A nosotros tampoco nos gusta el rumbo que sigue la República, me dijo tras saludarnos cordialmente, pero no por lo que no le gusta a Ortega y Gasset, sino por lo que no le gusta al pueblo». Y a continuación me expuso un programa revisionista con espíritu socializante.

—¿Qué te parece? —me miró a las pupilas cuando terminó la lectura del programa.

—Estupendo —dije sin la menor reserva, pero quizá influido por el vivaz entusiasmo que respiraba la muchacha.

—¿Podemos contar contigo?

—Eso ya es más problemático, porque vuestros objetivos y los de «La Mañana» se concilian difícilmente.

—Como supongo has observado, César Portillo ha empezado a cerdear. Incluso tus crónicas de Barcelona me han parecido flojas y contemporizadoras. Casi se deduce de ellas que las izquierdas catalanas no presentarían ninguna objeción a la pretensión lerrouxista de ampliar la base con la derecha monarquizante. Y cuando hablas de la rabiosa postura abstencionista del anarcosindicalismo, te regodeas más en la crítica contra Azaña y los socialistas que en lo que tiene de emplazamiento y desafío revolucionario.

—Mis crónicas han sufrido la censura de Artigas y César Portillo.

—¿Y tú lo consientes...? —sus ojos centelleaban hermosos y acusativos. Me recordaron las discusiones que tuve con ella en vida de su madre y sentí de nuevo que la mala conciencia me dejaba sin palabras.

Seguramente advirtió mi turbación, porque delicadamente cambió de conversación y volvió a sonreír cordial y efusiva. La entrada de Benjamín Gayoso, el director del semanario, nos sorprendió hablando de «La culpa fue suya» y de las claves autobiográficas de Eva Campos y Federico Montero, y como era amigo de la escritora y había conspirado con el aviador durante la dictadura, pasamos un buen rato charlando de los dos personajes en cuestión. Gayoso, que era un brillante intelectual y profesor universitario, se hallaba muy preocupado por la dinámica expansiva de los nacionalismos europeos y analizó con escrupulosa objetividad el ejemplo del capitán Montero como un hecho sintomático de los proteicos recursos de captación del fenómeno fascista. Tenía buenas razones y sólidos argumentos, porque hacía poco había asistido a un simposio en una universidad alemana y estaba asustado de la fuerza arrolladora del nazismo. A mí, sinceramente, no me pareció un problema tan grave y apocalíptico, y Sonia se mostró escéptica en cuanto a su incidencia en España por el fracaso reciente de la dictadura primorriverista.

Cuando me levanté para marcharme, Sonia volvió a insistir en la oferta que me había hecho de colaborar en «Momento» y Gayoso la ayudó con todos sus recursos dialécticos. Venciendo mis escrúpulos y temores me dieron las mayores facilidades para que pudiera escribir con toda libertad bajo seudónimo.

A pesar de que me había hecho el propósito de no escribir nada relacionado con el suicidio del capitán Montero, no pude sustraerme a la tentación de meter baza en la baraúnda de comentarios que infectaba a la mayoría de las publicaciones. Me apasionaba demasiado el tema para presenciar con indiferencia el estira y afloja de algunos comentaristas que trataban de convertir la tragedia del audaz aviador en conflicto político, tomando partido por Eva Campos o Federico Montero, según los colores que inspiraban al periódico.

Cuando apareció mi extenso artículo en «Momento», todos los elementos de la tragedia andaban ya por la calle en folletines, coplas y polémicas orales. Las comadres en las solanas y corredores de las casas de vecinos, y los intelectuales y artistas en las tertulias de café, no tenían otro tema de conversación. Por otra parte, «El Tiempo» había puesto en explotación la mina informativa que me ofreció a mí el señor Espinosa del Robledal a cargo de un publicista especializado en el libelismo y la difamación. Lo peor fue que el hombre asumió el rencor de Espinosa del Robledal con tanto encono que se pasó de la raya en su hostilidad a Eva Campos, y un buen día, que para él resultó funesto, recibió una soberbia paliza a estacazo limpio que le dejó malparado en plena vía pública. Por lo que a mí se refiere, conseguí mi propósito de arrebatarse el tema a los vocingleros políticos y folletineros del melodrama que ensuciaban las páginas de periódicos y revistas. Sencillamente, pero con absoluta honradez e imparcialidad, coloqué a los protagonistas del drama en la mesa de disección crítica sin perderme en subjetividades ni embrollarme en prejuicios. «Es odioso y mezquino, decía en uno de los

párrafos, que siempre que se presenta un conflicto de intimidades en crisis, tratemos de hacer responsable a una de las partes. Desgraciadamente es inherente a nuestra sicología tremendista sacrificar la verdad a los dogmas y convertir los más triviales problemas humanos en cuestiones de fe. La casuística del bueno y del malo, tan arraigada en las mentalidades simples y en el mostrenquismo político, es inaceptable en este caso. La valoración moral tampoco es baremo razonable, ya que los actores vivían, sino al margen de la moral positiva, sí contraviniéndola voluntaria y libérrimamente, con la diferencia de que el capitán Montero era, según afirma cierto colega, un católico apostólico romano de cuerpo entero, y Eva Campos solamente lo es de medio cuerpo o de un cuarto. Claro que estos dispensadores de bulas que tan fácilmente arriman el ascua a su sardina, no nos dicen que al infortunado «condotiero», para ser católico de cuerpo entero le faltaba nada menos que morir en la gracia de Dios..., gracia que, al parecer, no alcanza a los suicidas. Conste que no defiendo a Eva Campos. Allá ella con su conciencia, suponiendo que en una conciencia de tan dilatadas fronteras quepan los remordimientos. Pero si no la defiendo, tampoco la impugno. La cuestión es otra. Si nos salimos de los caminos trillados y ahondamos en la complejidad psicológica del héroe y la vampiresa, veremos que se trata de dos seres profundamente egoístas que se toleraban mal y se comprendían peor. Para mí la clave del conflicto está en «La culpa fue suya». En esta novela hablan el capitán Montero y Eva Campos por boca de Bruno Rosetti y Alicia Torres. ¿Leyó el capitán Montero la historia de la muchachita que fue violentamente poseída bajo los efectos traumatizantes de la caída del caballo y la música de fondo de una tormenta...? Yo me inclino a creer que sí. Es más, si no fuera sentar una hipótesis, yo diría que la autora la escribió exclusivamente para él, aunque no me atrevo a interpretar la intención con la que escribió, ya que en la intención lo mismo cabe el propósito generoso de prevenirle contra sus arrebatos sicopáticos y detenerle al borde del abismo, que excitar su complejo de culpa y empujarle a la destrucción. Además, los panegiristas de Federico Montero han hablado mucho de sus proezas y han sublimizado al máximo sus aventuras, muy discutibles por cierto, pero han velado discretamente ciertos síntomas patológicos que pudieran ser reveladores. ¿Por qué no cedemos la palabra a los sifilógrafos, siquiátras y neurólogos? Probablemente ellos podrían

esclarecer mejor el asunto que los que se empeñan en sublimizar la figura del héroe y lo impermeabilizan en elevados ideales para sustraerle a la crítica».

Aquel artículo, firmado con el seudónimo de «Diógenes de Madrid», sirvió de convocatoria para una serie de ensayos y estudios psicológicos de eminentes especialistas y escritores de fama, que aportaron ciencia e ingenio a un tema que, por lo escabroso y delicado, amenazaba con revolver los turbios posos de las banderías políticas y afilar las lenguas de las comadres y vecindonas.

La campaña periodística sobre el suicidio del capitán Montero se tomó al final en lluvia de galanteos y cumplidos a Eva Campos, y su sol lució más ardiente y luminoso que nunca. Después de llamarla vampiresa sin entrañas, monstruo de furor uterino, perversa sensual, y otros calificativos del mismo tono; compararla con Mesalina, Friné, Cleopatra, Antinea, y toda la ristra de féminas aviesas que recuerda la historia y la leyenda; descubrir en ella innumerables complejos a cual más espeluznante y ponerle infinidad de marcas y etiquetas, poco faltó para que se le levantara un monumento. Y no hablemos de su influencia en otros aspectos, porque las más subidas extravagancias de Eva Campos contaban con una legión de imitadores. Por las calles se vendían retratos suyos y las pantallas cinematográficas volvieron a proyectar «El misterio de Lili Ocampo», ya retirada de las carteleras. Por lo que a sus novelas se refiere, se agotaron varias ediciones rápidamente y «La culpa fue suya» se convirtió en una especie de breviario sentimental en el que las muchachas aprendieron a jugar con fuego y decir: No creo en el amor.

Mentiría si dijera que la espantada de Juanjo la noche de El Murciélago y lo que me había contado el inspector Ortiz de sus relaciones con Eva Campos no me habían hecho pupa. De habérmelo tropezado algunos días después quizá hubiéramos salido tarifando, porque estaba envenenado de reconcomio. Pero mi rencor no resiste el poder corrosivo del tiempo, y cuando volví a encontrarme con él había transcurrido más de un mes. Fue en unos billares del barrio, donde solía ir algunas veces a jugar un rato. Ladinamente se me echó encima con los brazos abiertos.

—Mira que eres cabrito —rechacé sus zalemas.

—¿Todavía me guardas rencor por lo de la Macarena...? Menudo julay estás hecho. Tanto presumir de listo y si no es por la bofia te lleva a la piltra un mono disfrazado de mujer.

—Eso ya lo hubiéramos visto, no me creas tan gilipollas.

—No digas que no, la gibia me dijo que estabas a punto de caramelo.

—Vamos a dejarlo, que no me gusta esa clase de bromas... ¿Cómo te has caído por aquí?

—De costao... chachi, no creas que bromeo. Me dolía mucho el costado y me dije, voy a ver a mi amigo Avelino, que es un optimista de la vida, a lo mejor me da algún ungüento mágico... ¿No lo crees? Peor para ti, porque estoy jodido de verdad...

Con sus bromas, ironías y guasas resultaba un tanto difícil tomarle en serio. Además, despedía un olor apestoso a grifa y las pupilas desorbitadas le relucían. Pero como ya había padecido una afección pulmonar cuando tenía diecisiete o dieciocho años, yo le dije que si le dolía el costado de verdad bien podía ser una recaída.

—No seas chalao y agorero. Estoy más fuerte que un semental. Toca... —me ofreció los bíceps con infantil ufanía—. A ver si conoces a algún tísico que tenga unos músculos como éstos.

—Optimista de la vida no serás, pero vanidoso eres un rato.

—Cada cual presume de lo que tiene... ¿No presumes tú de fósforo intelectual? Pues yo presumo de músculo.

—¿Es de eso de lo que se ha enamorado Pipiolo?

—Oye, ¿de qué conoces tú a Pipiolo? —su gesto ladino cambió bruscamente.

—A ver si eres tan cretino que me tomas por un julay de verdad.

—Perdona, hombre, ya me figuraba yo que te había dicho algo el poli.

—Lo único que me dijo fue lo del apodo.

—¿Y de mí no te dijo nada?

—Sí, me dijo algunas cosillas... —observé la vibración de sus pupilas—. Me parece que te conoce bastante bien.

—Venga, desembucha, no seas chutón... Ya me he dado cuenta que tiene ganas de morderme. En el momento que me ve no me quita la vista de encima y hasta me parece que me vigila.

—Pues ándate con cuidado, porque es un zorro y sabe muchas cosas de todo el mundo. Incluso no me extrañaría que te atribuyera alguna culpa en la muerte del capitán Montero...

Juanjo estalló en palabrotas. En menos que tardo en decirlo le vi transformarse... ¿Que yo tengo culpa? Lo que tuve que hacer es matarlo de verdad, y si no es por Luis Revilla que va a verte y tú le embolicas con tu moral de madre superiora, claro que me lo cargo... ¿No sabes que quiso matarme? Una noche se coló en la villa que Eva tiene en Chamartín y si ella no se pone delante me mete un cargador en el cuerpo. El tipo era un venao, un chulo imperialista. Si aquella noche llego a tener una pipa a mano, te juro que no se me escapa, porque me llamó hijoputa y bastardo.

—El hombre estaba celoso.

—¿Y quién le manda tener celos a un tipo con la panocha podrida? Te juro que estaba completamente loco... Eva me contó que un día que no tenía ganas rompió una botella y la estuvo amenazando con el casco más de una hora. Era un sádico, un cerdo.

—¿No serás tú también un poco sádico y un poco cerdo?

—Tal vez... —agachó la cabeza con un gesto evasivo—, pero no abuso ni fuerza a nadie. Soy libre, ¿no?, y puedo hacer lo que me dé la gana con mi cuerpo.

—¿Te puedo preguntar si hace mucho que conoces a Eva Campos?

—¿Por qué no? Ya sabes que yo no tengo secretos para ti. Además, tú eres el culpable de que la conociera... —volvió otra vez la ironía a sus labios y sus

pupilas se encandilaron de regocijo al ver mi gesto de estupor—. Sí, hombre, ¿te acuerdas de aquellos reportajes que publicaste el año pasado del campamento desnudista? Pues unos días después se presentó preguntando por mí y estuvimos hablando toda la tarde de Vargas Vila, de quien me dijo que era amiga.

—Vaya suerte.

—Pues si te digo la verdad, preferiría no haberla conocido.

—¿Es que no os lleváis bien?

—Es una mujer muy rara y tiene muchos misterios.

—Pero, al parecer, está colada por ti...

—No me hagas reír. Las mujeres como Eva Campos no se cuelan por nadie. Yo, por lo menos, no me hago ninguna ilusión. Cualquier día me dará la patada... si antes no me ha devorado.

No me extrañó que Juanjo emplease el verbo devorar, porque era de uso corriente aplicado a Eva Campos, tan corriente que aunque Alberola puso en esta palabra todo su despecho y la coloreó de metáforas que tenían una significación trágica, la hipérbole hizo fortuna y perdió la intencionalidad de egoísmo y crueldad con que salió de la imaginación del poeta, para convertirse en un ditirambo que añadía misteriosos encantos a la hermana de César Portillo. Creo que formábamos legión los que nos hubiéramos dejado devorar por ella. El «evacampismo», como decía el inspector Ortiz, era una epidemia, que no respetaba edades ni estados. Por eso no me extrañó que Juanjo se agarrase al tópico para hablar de la sugestiva vampiresa. Lo que sí me extrañó es que emplease la palabra devorar con acento de irremediable fatalidad, porque inmediatamente lo asocié a lo que me había dicho del costado, la carraspera y los golpes de tos seca que frecuentemente interrumpían sus parrafadas.

—Si crees que va a devorarte, ¿por qué no la mandas a paseo?

—Porque no podría, y además tampoco merece la pena... Mis días están contados. Ya siento la llamada de los dioses.

—Lo que dices es una solemne tontería. ¿De dónde sacas la llamada de los dioses...? —en el fondo Juanjo era muy supersticioso y fatalista. Desde que era un adolescente se le había metido en la cabeza que tenía que morir joven y con las botas puestas—. Si estás enfermo lo que tienes que hacer es curarte y dejarte de fatalismos y majaderías. La frase esa de que a los dioses les gustan jóvenes la inventó un marica enamorado de Júpiter, pero no sé qué papel vas a representar tú en el Olimpo.

—Lo voy a pasar de miedo persiguiendo a las jóvenes diosas —se echó a reír y terminó tosiendo.

—A lo peor es Júpiter quien te persigue a ti.

—Bueno, puede ocurrir que venga a por lana y salga trasquilado.

—No tienes remedio... —soltamos la risa los dos—. Ahora, hablando en serio, creo que debieras curarte ese catarrillo. Mira, yo tengo algún dinero ahorrado y aunque no es mucho podría dártelo... No digas que no. A mí no me hace falta de momento. Incluso podría buscar alguna recomendación para que ingresaras en un sanatorio... —Juanjo me cogió la mano y me la estrechó emocionado—. ¿Por qué no hablas? ¿Qué te parece mi plan?

—Bah, no valgo tu dinero —agachó la cabeza obstinado.

—Sigues siendo tan majadero como siempre. ¿De modo que no tienes escrúpulos en canturrear tangos y hacer cuadros pornográficos en El Murciélago, y no quieres el dinero que te ofrece un amigo?

—¿Qué quieres...? Es mi destino.

—Vaya, ya te sacaste de la manga otro camelo. Primero los presentimientos, luego la fatalidad y ahora el destino. Te pirrias por las frases cabalísticas.

—No empieces con sermones, porque no te aguanto... —hizo un amago de alejarse.

—Márchate y haz lo que te dé la gana, pero con ello solamente conseguirás demostrarme que tienes miedo a enfrentarte con el único destino real, que es la vida diaria. Yo diría que tienes miedo a vivir.

—Ni tengo miedo a vivir ni me importa morir. Sé que mis días están contados y que, a lo sumo, podría prolongarlos a costa de no vivir, y para eso prefiero disfrutar lo que me quede íntegramente... —se dirigió a la puerta de la calle—. ¿Sabes que Eva está muy enfadada contigo por el artículo que publicaste en «Momento»?

—En «Momento» se han publicado muchos artículos sobre ella.

—Me refiero al de Diógenes de Madrid.

—No conozco a ese personaje.

—Pues yo sí. Desde que lo leí te calé... No sirves para andar con careta.

—Entonces, ¿fuiste tú quien me descubrió?

—Oye, dile al bofia que me deje en paz, que mire a otra parte.

—No creo que se meta contigo, mientras no des motivo.

—Abur... —se abrochó el pluma blanco y se lanzó a la calle.

—Hasta la vista.

Reconozco que empezaba a sentir una desmedida admiración por Sonia Montesinos, y no precisamente porque hubiera cambiado lo más mínimo en su forma de ser o en sus relaciones conmigo, sino más bien porque me había conquistado con su trato ecuánime y serio como secretaria de «Momento» y la variedad y galanura con que enfocaba los problemas femeninos en la sección de la revista que tenía a su cargo.

Aunque en el transcurso de la enfermedad de su madre aprecié en ella ciertos detalles de exquisita femineidad que desmentían un tanto su aspecto masculinizado, solamente después de leer sus trapajos sobre cuestiones femeninas y seguir con atención las respuestas del «Consultorio» comprendí todo lo que valía aquella muchacha de amplia cultura y sólido carácter. Lo que más admiraba en ella era la sencillez, naturalidad y perspicacia con que abordaba los temas sexuales y los conflictos de la pareja.

Un día que nos encontramos casualmente en la calle, me surgió espontáneo el elogio y le dije lo que opinaba de la importante labor social que estaba realizando, pero seguidamente añadí en tono de ¡broma:

—Leyendo tus artículos y consejos cualquiera diría que tienes más experiencia que Matusalén y Aspasia juntos, pero quien luego te vea en persona con esas horribles trenzas y el atuendo de colegiala pensará que todavía no has pasado el tercero de bachillerato.

—¿De verdad te parecen horribles mis trenzas? —se posaron sobre mí, asombrados, sus ojos color tabaco.

—Completamente. Creo que deberías ensayar en ti misma los consejos que das a tus lectoras y convertirte en un ejemplo vivo de tus teorías.

—Por lo dicho, lo que tu pretendes es que me convierta en un payaso —sonrió burlona—. Además, yo no tengo teorías. Lo único que hago es divulgar las de los demás, pero tanto como ensayarlas en mí... sería horrible, mucho más horrible que mis trenzas de colegiala.

—Yo pienso que un poco de adobo y coquetería en la mujer, no está mal.

—¿Y quién dice que yo no coqueteo a mi manera...? Lo que no hago es coquetear para halagar a los reyes de la creación. Me repugnan profundamente las mujeres que solamente aspiran a lucir trapos y convertirse en muestrarios vivientes de pintura y bisutería para agradar a los hombres.

—Yo creía que era el más encumbrado ideal femenino.

—Al fin y al cabo eres un hombre como los demás.

—Tampoco aspiro a otra cosa.

—¿Tienes el machismo como un timbre de gloria?

—Simplemente me siento orgulloso de ser lo que soy.

—Hablas como si descendieras en línea directa del antropopiteco.

—Te advierto que me importa un comino ser descendiente de Adán o tener por antepasado un mono.

—A juzgar por tus ideas más bien me inclino a creer en tu origen simiesco.

—Por el ingenio merecerías ser hombre —exclamé del mejor humor.

—Muchas gracias, pero yo también me siento contentísima de ser lo que soy, y no por el ingenio, ya que afortunadamente las mujeres no tenemos que envidiar a los hombres en ese sentido... a pesar de tener el pelo largo.

—Si te sirve de consuelo puedo decirte que no estoy de acuerdo con Schopenhauer. Pienso que el filósofo alemán conocía poco a las mujeres, de lo contrario no hubiera tenido más remedio que admitir que el pelo, aunque largo, o quizá por serlo, es hermoso. Y respecto a las ideas... Qué decir de las ideas femeninas. Se puede decir de todo: que las tienen rizadas, que se las recogen en trenzas y tirabuzones y, apurando un poco, hasta se puede decir, según algunos especialistas en la materia, que se ignora dónde se forman y cómo se desarrollan, pero lo que no se puede decir seriamente es que vuestras ideas sean cortas.

—¿Has leído mucho a Vargas Vila y Nietzsche? —me miró compungida.

—Lo suficiente para estar de vuelta.

—Menos mal. Con todo, te quedan demasiados resabios y prejuicios para mirar con simpatía el movimiento de emancipación femenina.

—Aunque sea indiscreto: ¿pertenece a la Legión Amazónica de Eva Campos y Catalina Portales?

—No tengo tan mal gusto... —hizo un gesto despectivo—. El feminismo de esas señoras, o lo que sean, es un artificio publicitario. Más que por emancipar a la mujer de su postergación histórica y su discriminación social, luchan por parecerse a los hombres y disfrutar de las mismas franquicias y privilegios. Lo único que apetecen, además de la propaganda gratuita, es tener campo ancho para sus extravagancias y genialidades.

—Nadie diría viéndote tan hermosamente arrebatada que eres la misma persona que aconseja tolerancia, comprensión y respeto en las páginas de «Momento».

—¿Te ha molestado lo que he dicho de Eva Campos?

—Me parece un poco duro, pero no sé por qué me iba a molestar.

—Como es amiga tuya.

—¿Quién te ha dicho que es amiga mía? —sentí cierto resquemor por la manera de decirlo.

—Comprenderás que no hacía falta que nadie me lo dijera después de ver cómo la has defendido en la polémica suscitada por el Suicidio del capitán Montero. Pero, además, es «vox populi» en la redacción y fuera de la redacción.

—Lo siento, pero en la redacción y fuera de la redacción están en un error... (Sonia me miró incrédula, aunque me pareció que se alegraba por la distensión que advertí en sus facciones), aunque no mego que me interesa Eva Campos y la admiro en muchos aspectos (las facciones de la muchacha volvieron a contraerse). Pero no somos amigos en el sentido que tú lo dices y quizá no lo seamos nunca. Mientras sea dueño de mi voluntad no daré a Eva la satisfacción de formar parte de su grey de cortesanos... b Cuando me encontré con Sonia en la Cibeles mi intención no pasaba de acompañarla hasta la Puerta del Sol, para dirigirme luego a ver a Burgos Marín. Pero las cosas vinieron rodadas para que prolongásemos la conversación en un café. La invité a tomar algo seguro de que no aceparía, pues siempre que lo había hecho se negó inflexiblemente a sentarse conmigo en un establecimiento. Pero mira por donde aquella tarde me tomó la palabra y entramos en el Café Negresco. Fue una torpeza por mi parte, porque me salieron al paso varias caras conocidas. Una de las primeras que vi fue la de Eva Campos. Estaba en una mesa con varios escritores entre los que llevaba la voz cantante un joven novelista que estaba dando mucho que hablar por un libro que acababa de publicar sobre su viaje a la Unión Soviética. Intencionadamente busqué una mesa alejada de la vista de Eva Campos, pero fue inútil porque no tardó en descubrirnos y venir a saludarnos. Como es natural, no tuve más remedio que presentarlas.

—No sabes lo que me alegro —se sentó Eva con todo desparpajo—, porque conocí mucho a tu madre y tenía ganas de conocerte a ti.

—De haberlo sabido te la hubiera llevado atada para que no te ^murieras de impaciencia —dije yo en tono burlón.

—Claro que no has contado conmigo, que no me dejo atar con tanta facilidad —me dirigió Sonia una mirada de reproche.

—Di que sí, que se aten ellos, que nosotras hemos nacido para ser libres.

—Libres como los ciclones y las tempestades —apostillé humorístico.

—Y como los pájaros y las brisas —miró Eva a Sonia buscando su asentimiento, pero ésta parecía distanciada y cohibida.

—Los pájaros tienen alas y las mujeres os remontáis en tacones altos.

—¿Conoces a alguien más odioso y antipático que Avelino? —volvió a buscar el asentimiento de Sonia.

—Le conozco muy poco para juzgarle con tantas prisas.

—Ah, ¿pero aún no se te ha declarado? —su risa en falsete cascabeleaba provocativa.

Sonia enrojeció violentamente y en sus pupilas centelleó el mayor desdén.

—Yo no soy ninguna mujer fatal ni quiero ofender a Avelino comparándole con ese tipo vulgar y petulante que lleva los piropos y las declaraciones amorosas a flor de labios. Pero aunque él tuviera tan mal gusto, yo no le he dado motivo para que lo ejercite conmigo.

—Qué deliciosa ingenuidad... —adelgazó la voz y en su sonrisa se formó un rictus maligno—. Todas las mujeres a tu edad hemos sentido esos escrupulillos de pureza. De mí puedo decirte que era muy romántica: creía en la virtud, en la sinceridad y en el amor limpio y desinteresado. Mi cabeza estaba llena de las bellas ficciones que sugieren el ensueño y la poesía. Sí, sí, todo eso es muy bonito, pero la vida se encarga pronto de transformar las dulces quimeras en amargas realidades. Entonces es cuando empezamos a darnos cuenta que el amor es una sublimación de las inhibiciones y que los hombres más inteligentes se muestran vulgares y groseros en la materialización del amor.

—El cuadro me parece demasiado pesimista —sonrió Sonia.

—Pesimista y falso —añadí yo.

—Como es la vida... —se acercó a los labios la copa de ajeno que había pedido y volvió a la caiga con sus pupilas fijas en mí—. Conozco a un joven sincero, inteligente y encantador en muchos sentidos, pero que eso no le impide aprovecharse del menor descuido para asaltar a una mujer a viva fuerza, y si la mujer le rechaza, no porque le desagrada, sino por delicadeza o por otras razones, se ofende y en vez de agradecerle el bien que le hace, reacciona como un donjuán rencoroso... (La descarada alusión de Eva me produjo una verdadera sofoquina. La sangre me acudió a las mejillas en turbión y sentí en las orejas el picorcillo de la vergüenza. De haber estado solos la hubiera contestado adecuadamente, pero la presencia de Soma ataba mi lengua y espesaba mi saliva). ¿Qué dirías tú si uno de tus amigos más estimables intentara tomarte al asalto?

—Nunca he pensado que mis amigos pudieran realizar algo tan brutal y grosero, ni creo que ningún hombre lo intente si la mujer no le da pie para ello.

—Pero si un día te encontraras con un hombre así, ¿qué pensarías de él? —insistió Eva con creciente malignidad. m —Pues que era un fresco y un sinvergüenza. Claro que esos hombres sólo se dan en las películas truculentas y en las novelas galantes.

—En las novelas galantes, ¿eh...? Espero que cambies de opinión cuando conozcas mejor a los hombres.

—Los conozco lo suficiente para no hacerme la ilusión de que son ángeles caídos del cielo, pero me resisto a admitir tu hipótesis, porque de aceptarla tendría que llegar a la conclusión de que somos dos especies incompatibles, conclusión pesimista y desmoralizadora que está en pugna con las leyes naturales y es contraria a la ley de Dios.

—¿De qué Dios?

—Yo no conozco más que un Dios verdadero.

—Yo conozco tantos...

—Pero uno solo verdadero —manifestó Sonia con enérgica convicción.

—¿Te refieres al que puso al hombre por cabeza de la mujer y le dio potestad sobre nuestra libertad y derechos? —su acento más que burlón resultaba provocador.

—Y el que nos dio la clave del amor.

—o no creo en el amor.

—¿Que no crees en el amor...? —Sonia la contemplaba pasmada, tal era su estupor—. Perdona si te ofendo, pero la impresión que yo me formé leyendo tus novelas es que es lo único que te interesa. Es más, cuando leí esa frase que acabas de decir en «La culpa fue suya», y que tan desdichado éxito ha obtenido, ni siquiera pasó por mi mente que pudiera ser una expresión sincera.

Vi con creciente temor flamear en las pupilas de Eva Campos la soberbia, pero sólo fue una impresión, pues cuando habló lo hizo en un tono de afectado escepticismo.

—No nos engañemos, el verdadero amor es una función de los sentidos, algo que nos viene impuesto por la misma naturaleza. Sin los sublimes delirios de los poetas y las manipulaciones represivas de los moralistas, no pasaría de ser una función orgánica como otra cualquiera.

—Me niego a creer que la raíz creadora de la vida sea una función como otra cualquiera —dijo Sonia con inequívocas muestras de repugnancia.

A todo esto, yo no me atrevía a meter baza por temor a que Eva pasara de las indirectas a las directas. Como ninguna de las dos se mordía la lengua, resultaba interesante verlas zurrarse dialécticamente. Por supuesto, no estaba de acuerdo con ninguna de las dos, ya que Eva se movía en el terreno desflechado de un nihilismo con pretensiones originalistas, y Sonia rendía excesiva devoción a cierto formalismo neocatólico que no excluía la crítica clerical y la oposición a la jerarquía tradicionalista. Observé, sin embargo, que así como Sonia cuando discutía conmigo se mostraba feminista, en la polémica

con Eva no escatimó ironías para condenar el activismo amazónico promovido por ella y Catalina Portales.

—Creo que lo que vosotras pretendéis con ese movimiento feminista —le dijo después de escuchar atentamente los argumentos de la escritora— es suplantar a los hombres sin mejorar la condición de las mujeres.

—Para emanciparnos lo primero que tenemos que conseguir es el dominio de los medios de producción, que es la fuente del poder. Sin una sólida organización política que destruya la decadente organización masculina es imposible establecer el comunismo matriarcal.

—Por lo que dices hasta pensáis hacer la guerra a los hombres.

—¿Por qué no...? ¿Acaso somos las mujeres inferiores a nuestros dominadores? La historia nos demuestra que en algunas ocasiones las mujeres han enseñado a los hombres a batirse.

—¿Y no te parece más humano enseñarlos a no batirse?

—El pacifismo es un síntoma de degeneración. Me niego rotundamente a ser historia, como dice Spengler, quiero hacer historia.

—¿Qué diferencia existe, entonces, entre vuestro comunismo matriarcal y la sociedad burguesa?

—La diferencia que existe entre el águila inútil y soberbia y la colmena laboriosa.

—Pero supongo que en vuestro dichoso comunismo matriarcal trataréis a los machos con más amabilidad que lo hacen las laboriosas abejas, ¿no? —exclamé francamente regocijado.

—¿Más amabilidad quieres? ¿Te parece poco atiborraros de miel, eximiros de los trabajos penosos y procurar vuestro desarrollo con todo mimo y cuidado para que podáis participar en la gran competición deportiva del vuelo nupcial...? En fin de cuentas, es más hermoso remontarse por los aires en persecución de la reina, rozando las nubes embriagados de voluptuosidad, y

después de cumplir el destino genésico caer con los intestinos desprendidos sobre un manto de flores, que parir hijos y fregar platos...

Sonia y yo nos miramos y nos levantamos simultáneamente como si nos hubiéramos puesto de acuerdo. Eva debió pensar que nos había dejado convencidos, pues cuando nos despedimos rebosaba satisfacción. Sin embargo, luego Sonia y yo coincidimos en que algo funcionaba mal en aquella mujer. Recuerdo que Sonia la definió como una paranoica peligrosa. Yo no me atrevía a tanto, pero en los últimos momentos de la conversación había descubierto en el brillo ^hipnótico de sus pupilas algo delirante. Por otra parte, me resultó desagradable que recitara casi literalmente a Maeterlinck sin mencionarle.

Cuando César Portillo se enteró, o se dio por enterado, de mis colaboraciones en «Momento», se sintió ofendido y me llamó severamente al orden. El motivo fue un artículo que el Fiscal de la República consideró subversivo, aunque no pasaba de una moderada crítica a la política social del gobierno... César Portillo me dijo que no podía ser gubernamental en «La Mañana» y antigubernamental en «Momento».

—No se puede servir a Dios y al César al mismo tiempo sin traicionar a uno de los dos, porque es un juego inmoral y solapado —me dijo.

—Eso mismo pienso yo... Desde hace algún tiempo me parece que es la primera vez que estamos de acuerdo.

—¿Qué quieres decir con eso...? —me contempló amoscado.

—Sencillamente, que prefiero marcharme de «La Mañana» a seguir en un periódico aborregado que no tiene más programa que justificar la política regresiva del gobierno...

La entrada de Antonio y Alejandro Portillo evitó que se manifestara abiertamente la cólera de mi jefe. Al enterarse de lo que pasaba, adoptaron una actitud ecuánime y conciliadora. Antonio especialmente, quizá agradecido a que en la militarada de agosto del 32 le saqué de Sevilla y pudo librarse de las responsabilidades que se derivaron de la sublevación, jugó su baza a mi favor y dijo que era absurdo llevar las diferencias al extremo de las

incompatibilidades... Mi hermano te apreciaba, como te apreciamos todos nosotros. Yo personalmente te considero casi de la familia, y no creas que estoy más de acuerdo que tú con la orientación de «La Mañana», pero en nuestra familia tenemos como norma respetar la libertad de cada uno de sus miembros sin mengua del afecto entrañable que nos debemos y la defensa de los intereses comunes. ¿No te parece que es lo mejor...? Naturalmente, me mostré de acuerdo y le agradecí sus buenos oficios. Alejandro, que era el más frío e inteligente de los hermanos, también se mostró contrario a que abandonase el clan de los Portillo. Incluso me dijo que le había parecido muy bien lo que había escrito en «Momento» sobre su hermana, a la que calificó de «loca genial».

Al final terminamos haciendo las paces en la mayor armonía y dialogando amistosamente. Yo no sé cómo salió a relucir lo que había comentado la prensa de mis relaciones con Burgos Marín, y Alejandro pronosticó que don Fabricio no conseguiría apoderarse de «El Tiempo», porque uno de los Gárate, muy amigo suyo, había entablado pleito por el paquete de acciones mayoritario.

Como resultado de estos cabildeos que, aunque intencionados, no me resultaron explícitos de momento, César se agarró a unas palabras de su hermano Antonio sobre mi deseo de viajar, y me propuso visitar algunos países como enviado especial de «La Mañana», con manga ancha para criticar lo divino y lo humano sin cortapisas.

—Será para ti una buena experiencia, porque espero que no tardando mucho César te ceda la dirección del periódico —sonrió Alejandro enigmático.

—¿Ya estás disponiendo por tu cuenta? —se arremolinó el entrecejo de mi jefe.

—No dispongo, preveo... Espero que no tardando mucho te canses de la política activa, bien porque te hagan ministro de una vez o porque te convenzas de que tu puesto está en el Banco...

La conversación degeneró en discusión política. Para César la situación no podía ser más prometedora. Daba por supuesto que Lerroux conseguiría la

integración centroderechista una vez quebrantase a las izquierdas y encerrase a los sindicatos en un estatuto de control. Pero Alejandro, Antonio y yo coincidimos en que la coalición centroderechista más bien podía acelerar el proceso de desintegración de la República.

Mi trabajo de corresponsal extraordinario de «La Mañana» empezó en París, desde donde envié mis primeras crónicas alarmantes. ¿Nos hallábamos realmente en plena decadencia de Occidente y ante el fin de la democracia, como había pronosticado Oswald Spengler? La crisis económica impregnaba de sombríos augurios el contexto político e intelectual de la Europa liberal, pero en mis crónicas dejaba entrever que el proceso histórico estaba generando nuevas fuerzas que no tardarían en dar una respuesta positiva a la crisis del capitalismo que amenazaba con sumergir la democracia burguesa. En Francia la Unión Soviética era una luminaria de esperanza para las manos proletarizadas y el comunismo crecía con el compromiso de numerosos intelectuales que planteaban el dilema entre comunismo y fascismo como preludio de la batalla que se avecinaba.

La parodia imperialista de Mussolini tenía mucho colorido, pero no pasaba de algo híbrido y artificioso. Las dos crónicas que escribí sobre los movimientos clandestinos de oposición al régimen, me valieron una amenaza de expulsión del país, la cual no llegó a cumplirse, porque en Roma tuve conocimiento de que algo gordo se preparaba en Austria y llegué a Viena a tiempo para ver cómo el enano Dollfuss arremetía contra la socialdemocracia y ensangrentaba las barriadas obreras a cañonazo limpio... Fue una experiencia brutal que me hizo pensar en lo que podía ocurrir en España si no se atemperaban las pasiones políticas. La caza que se desató en el país después de ser cañoneados los barrios rojos de Viena, me obligó a pasar a Alemania, que era mi principal foco de atracción. Llevaba conmigo una lista de profesores y publicistas de izquierdas como fuente de información segura, pero los tres primeros que visité en Berlín habían desaparecido y al visitar al cuarto estuve a punto de ser

apaleado por un grupo nazi que estaba saqueando la casa del hombre que yo iba a buscar. El régimen mussoliniano me había dado la impresión de una gran farsa montada con mucho ingenio para dar la impresión de orden y disciplina, pero lo de Alemania era mucho peor: era la disciplina misma aplastando cualquier atisbo de disidencia. Desde el primer momento me acongojó la gran tragedia que ocultaban aquellos inmensos coros vociferantes y barbarizados.

Llevaba poco más de una semana en Alemania cuando leí en un periódico español la noticia de la muerte de Burgos Marín. El breve comentario me produjo una profunda conmoción. Me parecía mentira que aquel anciano de mirada viva y lengua agresiva pudiera desaparecer así, repentinamente. Por un momento me sumergí en los recuerdos. La última tarde que pasé con él en Madrid, trató de convencerme por todos los medios para que desistiera de corretear por el mundo. Don Fabricio estaba convencido de que las dificultades para asumir el control de «El Tiempo» estaban a punto de ser superadas. Incluso me ofreció pagarme el sueldo que cobraba en el periódico para que me quedara a su servicio como secretario particular, pero yo estaba tan ilusionado con mi nuevo cargo de corresponsal especial que no lo hubiera cambiado por la dirección efectiva de «El Tiempo».

Mi idea inmediata fue tomar el primer avión y asistir al entierro, pero luego vi que el periódico estaba fechado cinco días atrás. Sin embargo, unos días más tarde me llamó a la embajada el encargado de negocios de España y me leyó una nota diplomática del Ministerio de Negocios Extranjeros alemán en la que se dejaba entrever que mis informaciones tendenciosas podían ser motivo de expulsión. El diplomático español se mostró muy comprensivo. Conocía todas las crónicas que había enviado a «La Mañana» y no encontraba ningún motivo que justificara la maliciosa nota alemana, pero me dio a entender claramente que era inútil esperar ninguna tolerancia por parte de los nazis, a los que calificó de chantajistas... Tras una larga conversación, me aconsejó abandonar Berlín no sólo por los riesgos que pudiera correr personalmente, sino por el peligro en que ponía a las personas que trataba. Pero no sería esto lo que me decidiera a regresar a Madrid, sino lo que me dijo el corresponsal de un periódico ultraconservador, recién llegado de España, en relación con la muerte de Burgos Marín.

Hacía exactamente mes y medio que había salido de España cuando aterricé en Madrid. Antes de ir a casa o a la redacción, me pasé por el domicilio de don Fabricio para dar el pésame a doña Paulita. Fue otra nueva contrariedad, porque me encontré la casa invadida por media docena de parientes codiciosos que se miraban unos a otros con desconfianza, extendiendo el recelo a todos los que habíamos gozado de la estimación del viejo cascarrabias. Conmigo especialmente se mostraron inquisitivos y feroces y, según me confesó el ama de llaves, a ella la tenían como prisionera... Cada vez que salgo a la calle, me dijo gimoteando, sólo les falta registrarme. Hasta Musti les molesta. Dicen que los muebles y las alfombras no pueden estar expuestos a los caprichos de una fiera corruptia... Ellos sí que son fieras corruptias. No piensan más que en los tesoros y colecciones de don Fabricio... Para consolarla un tanto le hice sacar al gatito de una despensa vacía, donde lo tenía encerrado, y mientras yo jugaba con el inteligente animalejo, me fue contando de una manera desordenada lo sucedido... Fue un jueves. Lo recordaba bien, porque era el día que libraban la cocinera y la chica del cuerpo de casa. A eso de las cuatro se presentaron dos empleados de la compañía del gas diciendo que iban a repasar la instalación porque había una fuga en la casa. Doña Paulita se opuso, ya que tenía órdenes de don Fabricio de no dejar entrar a nadie en la vivienda. Pero los falsos empleados insistieron en que no tenían más remedio que realizar la inspección y le mostraron un papel con el membrete de la empresa que los autorizaba a ello. Una vez dentro se dirigieron a la cocina y sin más explicaciones la amordazaron y la encerraron en la despensa, dejándola atada a una silla. Así pasó más de cinco horas, hasta que regresó la cocinera y cansada de tocar el timbre llamó a la policía. Apenas fue liberada de las ataduras, corrió al despacho de don Fabricio y lo encontró con la cabeza recostada en el sillón y la vista fija en la caja de caudales oculta por un enorme cuadro que representaba a Jesús expulsando a los mercaderes del templo. Don Fabricio parecía vivo y no presentaba señales de haber sufrido ninguna violencia, pero «estaba muerto y bien muerto».

Mientras hablaba con el ama de llaves, se presentó don Antonio Oliva, procurador y hombre de confianza de don Fabricio, quien había sido llamado por la señorita Escolástica, una de las sobrinas de Burgos Marín que efectuaba la vigilancia de la casa.

—Yo creí que se trataba de algún intruso y resulta que es el mejor amigo de su tío... —dijo el hombre, quien me saludó muy afectuosamente, aunque era la segunda vez que nos veíamos—. ¿Cómo se las arregla para firmar sus crónicas en Berlín y hallarse al mismo tiempo en Madrid?

—Acabo de llegar de Alemania y lo primero que he hecho ha sido venir aquí.

—No sabe lo que se lo hubiera agradecido don Fabricio —movió el señor Oliva la cabeza—. Dos días antes de morir estuvimos hablando de usted y de los proyectos que abrigaba con relación a «El Tiempo».

—¿No será este joven el famoso Avelino Rico? —se decidió a intervenir la señorita Escolástica.

—El mismo... —asintió don Antonio Oliva—. Su tío le tenía en mucho aprecio y tengo para mí que se hizo con las acciones de «El Tiempo» para darle la oportunidad de que demostrara su talento periodístico.

—¿Está seguro que lo hizo verdaderamente por mí?

—No sé, no sé, pero casi lo aseguraría...

Como en el transcurso de la conversación aparecieron dos herederos más y parecía absolutamente imposible desasirse de la vigilancia y cuchicheos que se traían entre sí, el señor Oliva me invitó a acompañarle a tomar algo en un bar de la Plaza de Santo Domingo. Allí fue donde me dijo que si bien la muerte de don Fabricio se había producido por un accidente cardíaco similar al anterior, existía la sospecha de que la causa directa era el robo de la caja de caudales.

—¿Pero no están seguros?

—Hasta ahora no estamos seguros de nada, porque los falsos empleados del gas no han dejado ninguna huella. Abrieron la caja de caudales, que es muy complicada, con gran maestría, y se llevaron algunos documentos, ya que en esa caja no había nunca valores ni dinero. Don Fabricio solamente guardaba en ella papeles muy personales relacionados con operaciones un tanto fuera de lo normal... No sé si me entiende.

—Creo que sí. Don Fabricio tenía fama de usurero.

—Dicen que cuando el río suena, agua o piedras lleva... En fin, es un asunto muy complicado.

—De cualquier manera que sea, me parece que la muerte de don Fabricio puede considerarse un crimen.

—¿Es que piensa ensayar usted sus aficiones detectivescas? —sonrió irónico.

—Pienso hacer todo lo posible para descubrir a los falsos empleados del gas, y una vez sepa quienes son, sabré lo que buscaban... ¿Puedo contar con usted?

—Naturalmente, hombre... aunque dudo que mi ayuda le sirva de algo. ¿Por qué no habla con el señor Espinosa del Robledal?

—Hablaré con quien sea, por más que el señor Espinosa del Robledal me inspire escasa confianza. Preferiría que fuera usted el que me orientase sobre la naturaleza de los documentos desaparecidos. En principio me pareció fluctuante y poco dispuesto a complacerme, pero después de beberse la segunda caña me invitó a que me pasara por su despacho para hablar con más detenimiento.

—A ver si es usted más lince que la policía y que yo... —bromeó en el momento de despedimos.

En la capital soplaban aires de fronda. Había pasado una mala noche con tanto darle a la lengua y al paladar a cuenta de los saludos y felicitaciones de compañeros y amigos y cuando me levanté, con el estómago agrio y la mente revuelta por la pesadilla, me enteré que Madrid se hallaba paralizado por una huelga general declarada por los sindicatos socialistas. Mi padre estaba eufórico y endomingado, y lo primero que me dijo es que había que cruzarse de brazos y hacer tragar quina a los lerrouxistas... Largo Caballero quiere quitar la bandera de la revolución a los anarquistas y atraerse a los comunistas para meter en cintura a los burgueses e impedir que la República se convierta en una merienda de negros, me dijo entusiasmado. Yo le respondí que me parecía un poco tarde, porque la reacción se había enseñoreado de nuevo de la maquinaria del poder, pero su optimismo estaba tan cargado de flatulencia radical, que tomó mis observaciones por ingenuidad revolucionaria... Ya verás como el día que los socialistas pongan el mingo sobre

la mesa, las ratas cavernícolas vuelven a sus escondrijos de las alcantarillas y los demagogos anarquistas se van a enterar de la diferencia que existe entre una revolución de verdad y una utopía de charanga y taparrabos... Como no tenía ganas de discutir, le dejé que se desahogara a sus anchas. Luego madre me dijo que estaba tan entusiasmado con mis crónicas que diariamente las había fijado en el periódico mural del círculo socialista de la barriada y se las había leído a los amigos que solían visitarle, incluido el párroco, que era de los más asiduos y siempre le estaba pidiendo favores para la iglesia. En el breve rato que padre estuvo conmigo, me repitió más de una docena de veces que teníamos que impedir que ocurriera aquí lo de Austria, Italia y Alemania... Vosotros, los que tenéis buena péndola y tampoco andáis mal de pico, debéis ser los primeros en dar ejemplo y sumaros al montón de Largo Caballero.

Poco después de salir padre con dos camaradas que habían ido a buscarle para que les acompañara a visitar a los industriales y comerciantes del barrio que se negaban a secundar la huelga, entró doña Águeda la Santera.

—Hijito, querido mío... —me besó y me estrujó—, no sabes la alegría que me das con saber que has vuelto sano de entre esos herejotes protestantes, hijos del pecado y de las tinieblas del malvado Lutero...

—Yo también me alegro de verla sana y salva, pero déjeme de monsergas y rollos morunos, porque no tengo ganas de escuchar sandeces.

—Mira que eres desconsiderado, con lo que la pobre ha rezado por ti para que los boches... porque los llaman boches, ¿verdad?, no se metieran contigo y el Niño del Santo Remedio no te perdiera de vista ni a sol ni a sombra... dos rosarios todos los días y una velita al Niño, y luego las cosas tan bonitas que me decían las cartas, porque sí, hijito, doña Águeda me dijo que tenías que pasar muchos trances y peligros, pero que siempre saldrías bien... Sólo una cosa me dijo que me tiene preocupada, y es lo de la mujer del encantamiento. ¿Todavía no ha averiguado usted si la pelandusca es de por aquí o de los boches?

—De eso no hablan los espíritus, hija. Todos los días se lo pregunto y siempre me responden lo mismo: que las mujeres malas no son de aquí ni de allá, porque la maldad corre suelta por todos los rincones de la tierra.

—¿Qué nuevo cuento es ése? —miré a doña Águeda, que se había sentado en el rincón más fresco del comedor y permanecía como una figura orante, con las manos cruzadas sobre la empuñadura del bastón.

—Ojalá fuera cuento, pero no lo es... —sus ojos acuevados de un brillo iridiscente, me contemplaban magnéticos lo mismo que cuando succionaba a los niños y adolescentes para sacarles los demonios—. Las almas de los vivos y los muertos que hablan por mi boca no mienten nunca. Estás bajo hechizo, lo mismo que lo está mi Juanjo... Es una mujer muy poderosa a la que nunca he conseguido ver materializada, pero a Juanjo si le veo echando sangre por la boca.

—¿No será Angelines? —me levanté crispado. Quizá sólo fuera una coincidencia, pero de pronto recordé que en la pesadilla había visto a Juanjo desangrándose por la boca.

—Angelines no puede ser, porque hace más de dos meses que se la llevó su mando a Barcelona —dijo mi madre.

—Demasiado sabes tú quién es —insistió doña Águeda.

—A mí déjeme en paz, que no tengo ganas de cuentos... —salí al taller, aprovechando el regreso de mi padre y sus amigos.

Don Antonio Oliva me recibió en el suntuoso despacho de la empresa financiera que había dirigido don Fabricio. El local era grande y solemne, con las paredes revestidas de planchas de caoba, muebles tallados de estilo y un crucifijo de marfil en el testero principal.

—No le esperaba tan pronto... —salió a recibirme don Antonio hasta la puerta y me invitó a sentarme—. Si llego a saber el aspecto de chusma que tiene Madrid hoy ni siquiera salgo de casa. Tanta huelga, tanta huelga... Como empecemos a declaramos en huelga los empresarios se va a enterar la gente roja lo que es comerse los codos de hambre.

—Entonces, a lo mejor intenta la conquista del poder —dije bromeando.

—Ojalá, eso es lo que nosotros quisiéramos...

Hablamos muy ligeramente de política y de los graves conflictos de aquel verano. Don Antonio, como Alejandro Portillo, opinaba que las cosas tenían que ponerse muy mal para que los demagogos revolucionarios se convencieran de que no había más solución que un régimen de fuerza. Para mí coleteo yo estaba pensando que el sistemático obstruccionismo económico era un riesgo de consecuencias insospechadas tanto para los que esperaban obtener del caos la dictadura negra como la roja.

—Por lo que veo, sigue usted con ganas de jugar a policías y ladrones... —me ofreció la pitillera de oro y, al cambiar de conversación, parece que también cambió el gesto.

—Quiero descubrir la trama del asunto.

—Si es verdad lo que dice el refrán de que por el hilo se descubre el ovillo, en este caso me parece que son demasiados los hilos.

—Pero cada uno pertenecerá a un ovillo, ¿no?

—Efectivamente... —sopló socarronamente las volutas del humo—. No quiero desanimarle, pero tengo el presentimiento de que aun en el caso de que se diera con los ladrones, los documentos no aparecerían.

—Para mí sería suficiente con enviar a los ladrones a la cárcel, y no por los documentos, que es un asunto de ustedes, sino por la vida de don Fabricio.

—Juventud, juventud... —movió la cabeza escéptico—. En fin, allá usted. Creo que no va a conseguir nada positivo, pero puesto que tiene tanto empeño... —la mirada de los hombres astutos es más expresiva que sus palabras. Entendí perfectamente que lo positivo para él significaba sólo aquello que granjea confianza, beneficio o poder.

Don Antonio sacó una carpeta de los cajones de la mesa y me tendió un folio escrito a máquina. Eché la vista por encima con avidez... Es una minuta, me dijo, de los legajos que había en la caja de caudales. Los marcados con una cruz roja faltan en su totalidad y en los señalados con una cruz negra faltan algunos documentos, pero no me pida usted más información porque no podría facilitársela... Los legajos estaban numerados y en algunos de ellos figuraba

entre paréntesis un nombre junto al número, como los reseñados con los números 3 (Espinosa del Robledal) y 7 (Banco y familia Portillo), pero en otros solamente constaba el número y una letra o varias letras. Un verdadero galimatías. En total faltaban cinco legajos completos y algunos documentos en otros. Como yo manifestara ciertas dudas ante aquella forma tan peculiar de administrar los negocios, el señor Oliva me mostró una libreta con pastas de hule en la que don Fabricio hacía sus anotaciones. Sus páginas estaban repletas de signos, abreviaturas, fechas, números y combinaciones de letras puestos de tal manera que me temo que ni el mismo que los escribió hubiera podido descifrar aquellas claves sin el auxilio de una poderosa memoria.

—Esto sí que es un verdadero fracaso —comenté desilusionado por la dificultad de roer aquel hueso—. Yo tenía la idea de que don Fabricio era un hombre meticulado y ordenado hasta la exageración.

—Y estaba usted en lo cierto. Puedo decirle que no he conocido a nadie igual. Pero al mismo tiempo era prudente y sagaz. Ya comprenderá que hay cierta clase de negocios que no pueden contabilizarse legalmente.

—Por ejemplo, el que está reseñado con el número 9 (Personal), que ha desaparecido.

—Ese y todos los demás —respondió anodinamente, sin caer en la trampa.

—Supongo que tampoco puede decirme nada del legajo del Banco y familia Portillo.

—No puedo decirle nada de nada, pero sí puedo darle un consejo... —movió la cabeza y adoptó un aire grave—. Mucho cuidado con lo que dice y hace, porque los Portillo son muy poderosos y no aceptarían con benevolencia su intervención.

—¿Conoce usted a Eva Campos?

—Por Dios, ¿quién no la conoce...? Don Fabricio estaba muy preocupado de sus relaciones con ella que, por otra parte, a mí me parece una mujer extravagante y encantadora...

No era fácil aquel hombre. Tenía tantos recovecos y se mostraba tan escurridizo que durante la larga conversación que sostuvimos me hizo dudar muchas veces de su fidelidad a don Fabricio. En cierta manera, yo esperaba que me diera pie para profundizar en el odio latente entre Burgos Marín y los Portillo, pero cuantas veces insinué algo contra éstos, se me escurrió como una anguila... Alejandro Portillo era para él un caballero intachable, un genio de las finanzas con tanta vista para los negocios como el padre, pero mucho más fino y educado. Antonio era listo y audaz, pero le perjudicaba el «gitaneo y el desaforado apetito venéreo», en lo cual se parecía mucho al padre y a su hermana Lucrecia. A la madre, doña Carolina, la calificó de «santa y piadosa mujer». Para el único que tenía algunas reservas era para César, «por sus escapadas al liberalismo democrático, siempre funesto y contrario a nuestra tradición y grandeza».

Al despedimos me dijo que lo mejor que podía hacer era cruzarme de brazos, y añadió con acento persuasivo: Nadie le va a agradecer lo que haga y después de todo don Fabricio ha muerto de la afección crónica del corazón que padecía hace muchos años, con ochenta y dos que había cumplido, caramba. Ya quisiera yo vivirlos...

Se hallaba sola en un proscenio y al verme en el patio de butacas me hizo una seña para que fuera a verla. Al entrar en el palco cruzó la pierna con pausada coquetería, dejando ver un ángulo de escultura morena. Un corpiño de encaje blanco dejaba los hombros completamente desnudos y los pechos parecía que le iban a saltar por el escote.

—Creo que querías verme, ¿no? —me saludó muy estirada.

—Más bien quería saber lo que has hecho de Juanjo —me quedé en la puerta intimidado por su gesto.

—Le tengo secuestrado. ¿No te lo ha dicho tu amigo Ortiz?

—El inspector no me cuenta sus secretos profesionales.

—Pues ya ves, yo creía que os habíais asociado para espiarme.

—¿De veras?

—No me hagas el papel de «enfant terrible»... —hizo un gesto de fastidio—
¿También vas a negarme que galanteas a Mariona...? Aunque te creo capaz de enamorarte de una negraza belfuda, empiezo a sospechar que tus intenciones no son tan románticas.

—¿Por qué no? Mariona tiene sus encantos.

A pesar de que el ataque me cogió desprevenido, la sonrisa burlona que flotaba en los labios de Eva me produjo gran desazón. Por el recado que me había dejado Mariona el día anterior en Los Cerezos, un picadero de Chamartín que de día era merendero y por las noches se transformaba en lugar de citas y juergas, sabía que Eva estaba enterada de nuestras entrevistas. De cómo se enteró es todavía un secreto sin desvelar, aunque deduzco, por lo que me dijo el camarero que me transmitió el recado, que se lo arrancó a la misma Mariona a fustazo limpio, ya que la masajista le había mostrado a éste los amoratados verdugones del látigo. Lo supuse así, porque ya tenía conocimiento de que Eva no se andaba con remilgos cuando tenía que dialogar con su masajista cubano yanqui, y empleaba con ella la misma fusta con que aplacaba las rebeldías y caprichos de Javalina, la pantera domesticada.

—Por experiencia sé que todos los rondadores de mi espiritual masajista, y más los que la conquistan con whisky, que es su más tierna debilidad, van buscando algo que de cerca o de lejos me atañe a mí.

—Supongamos que quiero escribir tu biografía...

—Verdaderamente eres delicioso... se echó a reír—, pero lo serías mucho más si no te empeñaras en dártelas de astuto. Por mucho que te esfuerces siempre serás transparente como el cristal. Ahora mismo estoy leyendo en tus ojos intenciones maquiavélicas.

—Vaya, parece que nos vamos entendiendo, porque tus pupilas tampoco revelan pensamientos angelicales.

—Mi único pensamiento es saber lo que persigues cortejando a Mariona y haciéndola creer que estás loco por ella.

—No recuerdo haber dicho semejante tontería. Aunque la frasecita es un tópico muy oportuno para salir de apuros y llenar los vacíos del amor, Mariona no necesita tanto para incitarla a la antropofagia.

—Pues de creerla a ella, resultas un tremendo seductor.

—¿De creerla a ella o a la fusta?

—La fusta siempre dice la verdad —manifestó pausada, saboreando casi las palabras para reprimir la violencia.

Por fin había conseguido romper la serenidad escultórica de Eva Campos. Pero no pasó de un amago, reprimido seguramente por temor al público que abarrotaba el teatro en espera de que comenzara el tercer acto de la función. Sin embargo, temiendo que a pesar de todo se rompieran los frágiles diques de su continencia, traté de hacerla creer que lo único que me interesaba de Mariona era saber el paradero de Juanjo.

—¿Y por qué no confiaste en mí en vez de sobornar a una criada? —me contempló recelosa.

—Porque no esperaba que tú me dijeras nada.

—De cualquier manera, tu comportamiento parece bastante extraño. Empiezo a sospechar que en tu avispero detectivesco se esconde alguna idea genial.

—Te juro que lo único que me interesa es averiguar el paradero de Juanjo. Nadie sabe nada de él y todos sus amigos estamos preocupados... Recuerdo que la última vez que nos vimos, unos días antes de salir yo para París, estaba bastante fastidiado. Tanto es así que le ofrecí mis ahorros para que se pusiera en tratamiento, pero no quiso aceptarlos.

Mientras sonaban los timbres, Eva me dijo que Juanjo se hallaba hospitalizado en un sanatorio particular, pero que no podía darme las señas sin consultárselo... Si eres bueno y no haces el tonto, te prometo que no tardarás en verlo, porque él también tiene ganas de hablar contigo... Se apagaron las

luces y se levantó el telón. Catalina Pórtales apareció en un decorado silvestre recitando las desventuras de la Isabel de «El Alcalde de Zalamea»:

«Nunca amanezca a mis ojos la luz hermosa del día, porque a su sombra no tenga vergüenza yo de mí misma...»

Cuando terminó la representación, Eva me pidió que le acompañase al camerino de la Portales.

—Solamente voy a saludarla un momento y luego podemos ir a dar una vuelta por ahí... si no tienes inconveniente ni compromiso.

¿Qué compromiso podía tener estando ella por medio? La seguí mansamente al camerino de la gran trágica, que aquella noche se había despedido del público madrileño. Estaba rodeada de su corte de admiradores y su camerino parecía una bombonera o un jardín florido, como dirían al día siguiente en letras de molde los chirles gacetilleros de entre bastidores, sin pararse a dedicar un parrafillo a las moscas y moscardones que zumbaban y batían las alas de la adulación en todos los tonos de la eutrapelia literaria. Yo ni siquiera pude acercarme a ella.

La «vuelta por ahí» se concretó en hacer una visita a «El Murciélagos». Respondiendo a una alusión mía sobre los equívocos que encerraba el famoso antro, me dijo que había colgado el disfraz de Pipiolo y daba por terminadas sus exploraciones entre la gente del hampa... Ya tengo casi terminada mi novela. Solamente me falta revisar algunos capítulos y preparar a mi héroe una muerte correcta. Para mí siempre lo más difícil es el final. Me cuesta trabajo desasirme de mis personajes, me dijo.

—¿Se trata de una novela autobiográfica?

—Todo lo que dice un novelista siempre es, de alguna manera, autobiográfico.

—No estoy de acuerdo contigo. Creo que se puede escribir perfectamente sin adobar lo escrito con nuestra propia salsa.

—En una novela no es posible, porque la salsa es el estilo y la sangre que circula por los personajes.

—Lo que yo quiero decir...

—Procura decir algo más agradable que lo que se te ocurrió escribir con motivo del suicidio del pobre Federico.

—¿Dije algo inconveniente?

—Si no recuerdo mal, además de halagarme diciendo que era una personalidad proteica que necesitaba renovarme todos los días, dijiste que era un caso de narcisismo invertido que en vez de mirarme en la pureza de los manantiales diáfanos, me regodeaba en las corrientes turbias donde se proyectan las imágenes retorcidas... ¿No fue eso lo que dijiste?

—Probablemente, aunque me parece que has mejorado el retrato, lo cual es natural porque conoces mejor que yo el modelo.

—No sé si conozco mejor o peor al modelo, pero estoy convencida que tú conoces muy poco el original.

—A pesar de ello, si tuviera que volverte a retratar lo haría con las mismas palabras que me atribuyes.

—Y, por descontado, volverías a quedarte en la superficie o a caricaturizarme... ¿Quién te ha dicho que a mí me gustan las imágenes retorcidas y deformadas? ¿De dónde sacas que yo me siento atraída por las corrientes turbias y me complazco en chapotear en el légamo de los arroyos?

—De tus propias obras.

—Mis obras son reflejo de la vida, con sus aberraciones y escapadas al ensueño idealista... Yo no invento nada. Lo único que hago es recrear la realidad con las miserias e imposturas de la frustración. Por lo menos, no me negarás que mis criaturas son de carne y hueso.

—Precisamente eso es lo que me parece más lamentable. Comprendo que hagas de la vida literatura y vivas literariamente. Lo que no comprendo es que te dediques a fomentar pasiones y provocar conflictos para luego describirlos en tus novelas.

—En principio fue la acción...

—Otros dicen que fue el verbo.

—Monsergas... —cabriolaba imperiosa a mi lado cogiéndome del brazo y soltándome cuando le parecía—. En principio fue la acción, después fue la acción y siempre será la acción... Me gusta ver a mis personajes en plena actividad, compartir con ellos las emociones, ser partícipe de sus aventuras y sentir el rugido de sus almas.

—Sí, ya comprendo... Y luego verlos caer con las entrañas desprendidas sobre un tapiz de flores.

—¿Te parezco cruel? —me clavó las uñas en el brazo.

—De ninguna manera. Me pareces encantadora, pero no me gustaría que me eligieras para héroe de una de tus novelas, porque pides mucho y das muy poco.

—¿Muy poco dices...? Tú qué sabes...

El cancerbero disfrazado de murciélago dobló su corpachón para saludar a Eva y le ofreció su mejor sonrisa de orangután, pero de orangután tuerto, ya que tenía un ojo chafado, aunque el sano suplía la luz de los dos para mayor tortura de los supersticiosos. Según me dijo luego Eva, este hombrón de pinta siniestra había sido un famoso y guapo boxeador que se había enfrentado a los mejores púgiles de su tiempo, ganando el dinero a porrillo y tirándolo a espuestas, con lo cual vino a convertirse en paragolpes de borrachos y camorristas.

Como ya he dicho, la decoración de El Murciélago imitaba el estilo troglodítico. El salón principal representaba una caverna de formas irregulares, con gran lujo de estalactitas ahumadas y paneles en relieve con escenas groseras en las que se ayuntaban amorosamente dioses, hombres y bestias. A ambos lados del salón se abría una serie de agujeros que hacían el oficio de palcos, y sobre el escenario, otro agujero mayor, piafaba la orquesta de Los Diablos Rojos. El salón principal se comunicaba con las demás dependencias por una red de grutas y orificios del mismo estilo que, según deduje después, no tenía más objeto que disimular los pasadizos secretos que conducían a la sala de juego y los reservados íntimos. Quizá fuera por la combinación de luces rojas y verdes

alternando y mezclándose, pero entre la numerosa clientela que danzaba y bebía al ritmo desenfrenado de la orquesta, no encontré ninguna cara que me inspirase confianza. Todos los seres que veía a mi alrededor, sin excluir a Eva, se me antojaban espectros. Los rostros parece que se transfiguraban y lo inconsciente e instintivo se reflejaba en ellos con viciosa ansiedad. Siguiendo los caprichos de Eva fumé cigarrillos turcos de cannabis, me abrasé la garganta con ajeno, que era su bebida predilecta, y entre el fuego del alcohol y la hilarante estupidez que me produjo el cannabis, perdí todos los controles de la continencia. Me sentía audaz y seguro como un fauno dispuesto a todo.

Ya de madrugada, me empeñé en probar fortuna en el garito de juego. Eva trató de hacerme desistir del capricho... No creas, me dijo, que esto es Montecarlo, donde se pierde y se gana elegantemente. Aquí salen a relucir con frecuencia los puños y las navajas, y siempre llevan las de ganar los mercenarios de la Chipiona... Con todo, me sentía eufórico y quería jugar. ¿Fue mi suerte o fue la compañía de la Chipiona la que hizo que mi dinero se multiplicara con insospechada rapidez...? Vivía la fantástica emoción de la suerte cuando se apagaron los focos y cundió la alarma. En la sala se mezclaron voces y gritos de pánico... Queo, la bofia, mascullo a mi lado una voz opaca... Que abran las puertas... Vamos, señores, tengan un poco de paciencia y no retiren nada de las mesas, que no hay motivo de alarma, dijo la Chipiona con voz calmosa... Socorro, que me violan... La baraúnda era tremenda. Un guasón se puso a cantar el Ave María y otro empezó a rebuznar. Yo permanecía pegado a la mesa cubriendo mi montón de billetes, cuando oí el grito de Eva

Campos... A la luz de mecheros y cerillas la vi luchar con un tipo con pinta de macarra que, desde que llegamos, había estado goloseando a nuestro alrededor y comiéndosela con la vista. Sin pensarlo, abandoné mis tesoros y arremetí contra él... Apartarlos, apartarlos... Anda y que se maten... Menos mal que vamos a ver unos menudillos frescos... Lo último que recuerdo es el tremendo cabezazo que recibí en la frente, seguido de un rodillazo en los testículos que me hizo ver luceros y estrellas relampagueantes.

Cuando volví en mí, me encontré en una habitación completamente desconocida, pero mucho más amplia y lujosa que la mía. Por el enorme

ventanal de enfrente se divisaba un paisaje de agreste serranía. Mientras la memoria me devolvía retazos incoherentes de lo sucedido, descubrí que me dolía horriblemente la cabeza, como si la tuviera llena de bruma y de alfileres punzantes, y en la zona de las ingles sentía una tirantez molesta al mover las piernas.

—Vaya, parece que ya te has cansado de dormir —entró Eva con un vaporoso salto de cama—. ¿Cómo te encuentras?

—No sé... Parece que estoy molido y me duele todo el cuerpo.

—El médico dice que no tiene importancia... un poco de traumatismo, una orquitis que te molestará algunos días y un pinchazo superficial. Muy poca cosa para un caballero español.

—El caso es que yo no soy caballero ni quiero serlo.

—He ahí la contradicción, porque anoche te comportaste como si lo fueras. Claro que después de la sesión de honorismo que nos dimos con «El Alcalde de Zalamea...».

Estaba de un humor chispeante y bromeamos un rato sobre la moral de Calderón y la del tipo que había intentado posesionarse de ella por la tremenda. Eva no concedía al lance ninguna importancia... Debo tener algo peculiar, porque no es la primera vez que despierto en tipos elementales furiosas arremetidas lujuriosas, me dijo. Para eludir sus intenciones amonestatorias, cambié de conversación. Como respuesta a la pregunta del por qué me había llevado a La Cabaña en vez de llevarme a mi casa, argumentó que no había querido hacerlo por no alarmar a mis padres. Sin embargo, se lo había comunicado a Artigas rogándole que enviase un recado a mi casa diciendo que había tenido que salir urgentemente de Madrid en misión informativa.

Por la tarde llegó el médico, un famoso doctor literato muy amigo de los Portillo, a quien yo había hecho hacía unos meses una entrevista muy interesante sobre los problemas de la universidad. Era un hombre parlanchín que presumía de ideas avanzadas. Mientras me auscultaba todo el cuerpo en presencia de Eva, discutieron de marxismo y organicismo. El doctor Sañudo

consideraba el marxismo una superchería judaica y, según confesó a Eva, estaba comprometido con un grupo de intelectuales, políticos y financieros, entre los que se encontraba su hermano Antonio, en formular un programa orgánico corporativo para hacer frente al presuntuoso socialismo científico que exportaba la Unión Soviética.

—Eso me huele a fascismo camuflado —dijo Eva.

—Llámallo como quieras, pero algo tenemos que hacer para oponer un dique a la revolución que se nos viene encima.

—No creo en las contrarrevoluciones, porque al final siempre se convierten en parodias con mucho aparato represivo y sin ideas.

—Por cierto, ¿es verdad lo que me ha dicho tu hermano Antonio de que vas a ir a la Unión Soviética?

—He sido invitada a participar en un congreso mundial contra la guerra y el fascismo...

El doctor Sañudo trató de disuadirla, diciendo que su visita a «la patria del proletariado» prestigiaría el comunismo español y daría más fuerza a los revolucionarios, pero Eva se burló de sus temores y escrúpulos burgueses.

Por fin terminó de palparme, auscultarme y curarme el pinchazo de navaja que había recibido en el bajo vientre.

—Dentro de unos días podrás valerte por ti mismo... —me cubrió con la sábana—. La paliza ha sido morrocotuda... ¿Agresión política?

—Nada de política —se me adelantó Eva—. Fue una pelea con un gamberro.

Ante mis protestas por tener que estar varios días en la cama, el doctor Sañudo me dijo que no tenía más remedio que guardar reposo para reducir las inflamaciones y eliminar la fiebre.

—Cuando te levantes ve a verme a la clínica y te haremos algunas radiografías para asegurarnos de que no hay lesiones internas...

Eva se lo llevó discretamente hacia la puerta, impidiendo que hablara conmigo. Pasado un buen rato regresó dispuesta para salir a la calle. Me encontré intentando vestirme, aunque cada movimiento que hacía era un dolor que me calaba los huesos.

—¿Qué haces?

—Ya lo ves, quiero marcharme.

—Supongo que no harás semejante tontería, y no sólo por ti, que no te encuentras en condiciones de dar un paso, sino también por mí... El escándalo de El Murciélagó ha trascendido y tu amigo el inspector Ortiz y algunos periodistas que quieren emularte en el sensacionalismo, andan olfateando lo ocurrido.

—Es lo normal, ¿no?

—Lo normal tal vez, pero no lo que me conviene a mí en este momento.

—De todas las maneras, si el inspector Ortiz se ha propuesto averiguar la verdad, lo conseguirá por muchos impedimentos que le pongas.

—Ese inspectorcillo me importa un rábano. Me preocupan más los periodistas...

No necesitó mucho para convencerme. Según me dijo, no quería perjudicar a la Chipiona, dando motivo para que se llevase una investigación a fondo en el establecimiento y, por otra, estaba pendiente de la vista del divorcio y no le interesaba un escándalo. A la vista de sus razonamientos y temores, me comprometí a vivir prisionero hasta que pudiera mantenerme en pie y valerme por mí mismo. Por lo demás, la prisión no podía ser más suntuosa y confortable. Si por fuera La Cabaña era una anodina casa de campo de aspecto rustico, por dentro era un verdadero palacio más lujoso que su piso de la calle Velázquez. La Cabaña estaba atendida por cuatro criadas y un guarda y portero auxiliado por una trailla de perros de diferentes razas. Entre las cuatro mujeres del servicio no había ninguna española. La cocinera era francesa, la camarera turca, la fregona holandesa, y Mariona, que hacía de doncella y masajista, unos días era cubana y otros yanqui, dependía del ron o del whisky, sus

bebidas preferidas. Era una especie de sociedad de naciones sin idioma común.

Recuerdo que una de las muchas veces que hablé con Eva en aquellos días, le dije que no me explicaba cómo podía vivir con aquellas furias, pues excepto Marian, que poseía una apariencia delicada y sensitiva, las demás descollaban por su aspecto marcial, me respondió con evasivo humorismo: Estoy haciendo un ensayo de fraternidad universal. El tono de su respuesta no me dio pie para meterme más a fondo. Pero unas horas después volvería a surgir el tema, porque sospechaba que Mariona se entendía con un camarero de Los Cerezos que, a su vez, era confidente del inspector Ortiz.

—Voy a tener que mandarla a los Estados Unidos, porque por una copa de whisky y las lisonjas de un tipo sin escrúpulos es capaz de venderme al mismísimo diablo, y el caso es que lo siento, porque no voy a encontrar una masajista como ella.

—¿Por qué no la dejas que beba todo el whisky que quiera y le buscas un refocilón de tu confianza?

—Ya lo he intentado todo y no me ha dado resultado. La bebida y el amor la enardecen de tal manera que no hay quien la soporte. Los días que tú me la sacaste de sus casillas... no pongas esa cara de inocente, porque sabes que es verdad lo que estoy diciendo... uno de los días se puso tan frenética que nos vimos y nos deseamos para meterla en cintura. Cogió un cuchillo de cocina y me hizo frente. De no ser por Javalina, que es su infierno, no sé cómo lo hubiéramos pasado.

—Pues sí que es una alhaja.

—No lo sabes bien. Como camorrista y peleona no tiene rival, pero tampoco lo tiene como masajista. Posee unas manos maravillosas para derretir las grasas y vigorizar los músculos.

—Y la Javalina, ¿qué virtudes posee?

—Mi Javalina es un encanto. Todavía no la conoces, ¿verdad?

—No, no tengo el gusto, pero la he visto en fotografías y tengo algunas referencias de ella que no me la hacen muy simpática. Creo que es de un masculinismo feroz. Me parece que fue Juanjo quien me dijo que es un prodigio de educación feminista... ¿Es verdad que cuando ve a un hombre se le hace la boca agua?

—Qué exagerado... —exclamó hilarante de regocijo—. Pobre Javalina, con lo rica que es. Sólo le falta hablar para ser un modelo de urbanidad. Ya verás, te la voy a presentar...

—No, no, por favor, déjala tranquila, que no tengo ninguna prisa en conocerla, y menos ahora. Pues sí, sólo faltaba que se olvidase de la urbanidad en las condiciones en que me encuentro.

Pero Eva salió sin hacerme caso y regresó al poco rato trayendo a la pantera agarrada de una oreja como suelen hacer los maestros de escuela con los chiquillos díscolos.

Dice el refrán popular que no es tan fiero el león como lo pintan, pero la verdad, a mí me pareció aquel soberbio animal de piel negra y pupilas fosforescentes mucho más temible que visto en fotografía.

—Vamos, Javalina, preciosa, da la mano a este caballero. ¿No quieres...? Mira que te encierro en la jaula...

La fiera me miraba de soslayo, como si le aburriesen los convencionalismos sociales a que la obligaba su ama. No obstante, levantó la mano, que era una hermosa garra de inquietantes uñas, y me la ofreció con la misma languidez con que Eva solía cumplir este rito. A pesar del aspecto pacífico y bonachón de la pantera, me resistí a tocar aquella zarpa peluda, armada de agudos alfanjes.

—Vamos, hombre, no seas miedoso. Te advierto que es muy sensible y cuando se enfada o la desairan es capaz de cualquier cosa.

Tímidamente extendí la mano, pero la volví a retirar rápidamente, porque no sé si fue por casualidad o por celo instintivo el caso es que abrió la boca, me mostró su temible dentadura de afilados puñales y, tras remojarse las fauces con glotona fruición, lanzó un gruñido que no tenía nada de amistoso.

—No seas incorrecto. Fíjate con qué tristeza te mira.

—Lo mismo me ocurría a mí cuando de pequeño me enseñaban una golosina y luego me la quitaban... Por favor, dile que baje la mano y mire a otra parte.

—Qué antipático, ¿crees, acaso, que te va a comer?

—Supongo que no es vegetariana.

—Pero le gusta la carne mollar.

—Pues, la verdad, ahora comprendo menos cómo todavía estás intacta, porque yo, sin ser pantera, ya hubiera hecho una carnicería de no existir códigos penales, palabras de honor y todas esas zarandajas que atrofian nuestros nobles instintos primarios...

No sé si fue Javalina la que se cansó de imitar a las damas de corte o Eva de agarrarle de la oreja, pero lo cierto es que ambas cosas coincidieron, por lo cual no es aventurado decir que la pantera necesitaba un apuntador para parecer educada. Con todo el respeto que merece el apostolado domesticador de Eva Campos, y a pesar de ver a Javalina a sus pies, jugando con ella y correspondiendo a sus caricias como si fuera un minino ahíto de ratones, la presencia de la pantera me tenía un poco nervioso, sobre todo cuando fijaba en mí el brillo magnético de sus ojazos dorados y abría las mandíbulas para bostezar.

No fue la última vez que vi a Javalina y debo confesar que no tengo ninguna queja de ella. Siempre se portó correctísima conmigo. Sospecho que opinaba lo mismo que su ama: que yo era un hueso que no merecía tomarse el trabajo de roer. Alguna que otra vez me enseñaba los dientes o me gruñía, pero bastaba con que Eva la llamase por su nombre de una manera imperiosa para que recordase que estaba en sociedad y disimulase sus instintos con la misma astucia que la especie humana. Sin embargo, Eva me contó que algunas veces,

especialmente en los períodos de celo, se mostraba tan agresiva y testaruda como Mariona, y entonces no bastaban las palabras. Cuando esto ocurría, la encerraba en la jaula y el jardinero la castigaba con una lanza enrojecida al fuego, hasta que se presentaba Eva y levantaba la mano del perdón. Ese era el secreto de que odiase a los hombres.

Debajo de uno de los platos de la bandeja en la que me servían la comida encontré un papel que decía lo siguiente: «Parece que el evacampismo empieza a surtir efecto. Estoy enterado de tus malandanzas y dispuesto a intervenir antes de que esa mujer te convierta en unos zorros. Mis intuiciones empiezan a confirmarse. La bruja y tu amigo andan mezclados en el robo de B. M. Los indicios parecen evidentes, aunque faltan pruebas. El problema se complica, porque el Gardel no aparece por ninguna parte y desconfío de obtener el mandamiento judicial para registrar esa guarida. Según mis informes, los documentos sustraídos bien pudieran encontrarse al alcance de tu mano, en una habitación secreta que existe en la biblioteca y cuya puerta se abre por medio de un mecanismo automático oculto en una de las estanterías. Espero noticias tuyas por el mismo conducto.»

El conducto no podía ser otro que Manan, y a ella me dirigí cuando entró por la mañana con la bandeja del desayuno. Lo primero que hice fue preguntarle por la señorita, pero la camarera turca no supo decirme más que se encontraba fuera, esto me lo dijo más por gestos y señas que por palabras, ya que seguía siendo tan turca como cuando entró al servicio de Eva Campos en su tierra. De nuestro idioma apenas si conocía una docena de palabras. Algo más sabía del francés por la intolerancia de la cocinera, que se negaba a reconocer otro idioma que no fuera el suyo en aquella pequeña babel. En cuanto a mis tentativas de averiguar cómo había establecido relación con el inspector Ortiz y qué clase de servicios le prestaba, sólo encontré palabras y gestos para decir lo que quería. Aquella esfinge sonriente y evasiva era más sagaz y tenía más retranca de lo que parecía.

Después de salir la camarera turca me levanté por primera vez.

Estaba un poco mareado y flojucho, pero las piernas me resistieron bien. Contiguo a mi habitación había un cuarto de baño que era una especie de

paraíso azul, con toda la fría belleza del mármol, la porcelana y el níquel, y abastecido con un arsenal de cosméticos digno del más exigente de los gomosos. Con todo, no perdí más que el tiempo imprescindible para afeitarme y asearme ligeramente. Sentía impaciencia por explorar y comprobar lo que había de cierto en la pista que me daba el inspector Ortiz. Al regresar a la habitación me encontré con Marian, que contemplaba la cama revuelta como si dudase de lo que veía. La camarera se esforzó en hacerme comprender que si la señorita se presentaba en aquel momento no la dejaría un pelo intacto por consentir que contraviniera las órdenes que había recibido.

—Yo hablar todo señorita —me amenazó con talante fosco.

—Y yo hablar a la señorita que tú hablas con policías y me traes papeles suyos.

Afortunadamente entendió con absoluta fidelidad el significado de mis palabras, porque me respondió con una sonrisa servil:

—Yo no hablar nada...

No estaba dispuesto a perder ni un minuto. Apoyado en el brazo de Marian bajé las escaleras y me encaminé a la biblioteca, pero al llegar a la puerta la camarera se negó a seguirme, haciéndome toda clase de reconvenciones mímicas y verbales para que no traspasara el umbral. Incluso me dejó entrever que allí podía correr un gran peligro. Tanto es así que cuando puse la mano en la bola giratoria del picaporte se apoderó de mí un extraño temor. ¿Iba a cometer un robo...? No lo sabía. Lo único que me interesaba era desvelar el secreto de Eva Campos, llegar al fondo de su astucia y saber por qué le interesaban los documentos robados en la caja fuerte de Burgos Marín, suponiendo que fuera ella la autora o instigadora, como sospechábamos el inspector Ortiz y yo. Poseído de una gran excitación abrí la puerta y me encontré en un amplio salón de estilo renacimiento cubierto de estanterías y armarios repletos de libros. Un fauno de ébano recibía a los visitantes haciendo una cabriola. Mientras contemplaba la hermosa escultura, en uno de los extremos del salón, oí carraspear y al volverme me encontré con Juanjo. Durante unos segundos nos contemplamos en silencio. Me pareció muy desmejorado. Pasado el susto me dirigí a él con franca cordialidad.

—¿Qué haces aquí?

—A ti qué te importa —siguió impasible sin dar un solo paso para acortar distancias ni permitir que yo me acercara a él. Sus pupilas claras brillaban febriles y rencorosas.

—Hombre, yo creí que nuestra amistad...

—¿Amistad...? ¿Has sabido alguna vez lo que es eso?

—Tú estás loco, no me cabe duda.

—Y tú eres un canalla, un traidor, un hipócrita, un...

—No sigas por ese camino si no quieres que salgamos mal —le interrumpí el discurso, pero no las llamaradas de odio que encandilaban sus ojos.

—¿Quieres decirme lo que haces aquí?

—¿No te ha dicho Eva lo que pasó en El Murciélagos?

—Eva es una zorra, una intriganta que sólo cuenta lo que quiere.

A grandes rasgos le relaté lo sucedido en el cabaret, pero se negó a creerme. Pacientemente le mostré el chichón de mi frente que saltaba a la vista, el efecto del rodillazo en los testículos y la herida vendada del pinchazo. La evidencia de las pruebas pareció hacerle vacilar, pero no deponer su actitud rencorosa y agresiva. Rabiaba de celos... En unos segundos nos arrojamos a la cara todos los insultos que se nos vinieron a la boca. Luego me dijo:

—Creo que ésta será la última vez que hablemos en nuestra vida, pero antes quiero darte un consejo de verdadero amigo: apártate de Eva. Esa mujer es mía, es mi vida y no quiero perderla.

—¿Está ella de acuerdo contigo?

—Eso a ti no te importa. No olvidéis ni tú ni ella que yo no soy el fantoche de Montero... Yo no me pego un tiro sin liquidaros antes a los dos —dio media vuelta y me dejó con la palabra en la boca.

Sólo después de verlo desaparecer me acordé del inspector Ortiz y del peligro que corría. Inmediatamente salí para informarle de lo que sabía y aconsejarle que se ocultara, pero ya no lo encontré. Desde la escalinata del vestíbulo Manan me hacía señas indicándome el ventanal que daba al parque. Pensé que me señalaba la dirección que había seguido Juanjo, pero a quien vi fue a Eva apearse del coche. Con agilidad deportiva subió las escaleras y al abrir la puerta nos encontramos de cara.

—Uy, qué susto... —retrocedió sorprendida—. ¿Por qué te has levantado?

—Ya estaba cansado de tanta cama y quise probar mis fuerzas.

—Pues, hijo, tienes una cara como si te hubieran desenterrado.

—Quizá sea por el susto que me acaban de dar... He hablado con un amigo por teléfono y me ha dicho que tenemos un golpe militar a la vista.

—Bah, ¿y eso te asusta...? —me cogió del brazo para ayudarme a subir al dormitorio.

—No, si te parece es para ponerse a cantar de alegría.

—A mí estas cosas me divierten y me excitan. Si no me avergüenzo de ser española es precisamente porque somos un pueblo absurdo y magnífico al mismo tiempo. No puedo remediarlo, pero me encantan los desplantes, me divierten las algaradas y me pirro por los pronunciamientos militares, a condición, claro está, de que no triunfen.

—Pero ocurre que algunas veces triunfen.

—Lo sentiría, porque me vería obligada a exiliarme.

—Si te dejan.

—Vas a terminar por asustarme de verdad...

—Sinceramente no lo deseo, pero yo te aconsejaría que vivieras prevenida por lo que pueda ocurrir... No hace mucho oí decir a un alto funcionario del Ministerio de la Gobernación, que daría cualquier cosa por apoderarse de tu

archivo secreto... —mientras hablaba vi cómo desaparecía la sonrisa de sus labios y su gesto adquiría una tensión de gravedad.

Estábamos ya dentro de mi habitación cuando Marian se asomó y dijo algo en un idioma desconocido para mí. Eva se alejó para cuchichear con la camarera y luego se volvió para decirme que regresaba enseguida. Pero tardó más de media hora en volver.

—Todo eso del pronunciamiento militar es un cuento —me dijo con las pupilas brillantes de alegría—. Acabo de hablar con el ministro de la Gobernación y me ha dicho que el Gobierno se siente más fuerte y seguro que nunca. Sin embargo, lo del funcionario en cuestión parece cierto, aunque la altura del funcionario no pase del ras del suelo... ¿Sabías que el inspector Ortiz ha pedido un mandamiento judicial para registrar mi casa? No me digas que tu amigo no es un majadero.

—El funcionario al que yo me refería no se llama Ortiz —dije con la lengua pegada al paladar.

—Es lo mismo. Desgraciadamente en el Ministerio abundan los ortices... Te juro que tu amigo se acordará de mí. Todavía no sabe ese mequetrefe quién es Lucrecia Portillo...

Estaba furiosa. En su torrencial vehemencia calificó repetidamente al inspector Ortiz de imbécil, cretino y majadero... Nada menos me acusa de ser cómplice de ladrones y estar mezclada en negocios de prostitución. ¿Por quién me ha tomado...? Dile que no se atreva a poner la mano sobre Juanjo si no quiere que le pulverice..., salió de estampida ante una nueva llamada de Marian. Pasado un rato la camarera turca vino a decirme en un castellano aceptable que el coche de la señorita me esperaba en la puerta para llevarme donde yo quisiera.

En casa se sorprendieron de verme regresar tan pronto, ya que les habían dicho que mi trabajo informativo podía durar ocho días. Para satisfacer la curiosidad de mis padres tuve que inventarme una correría por Extremadura y justificar la moradura del chichón y mi andar esparrabado, diciendo que me había dado un golpe tremendo bañándome en una piscina hurdana.

En la redacción también me abrumaron con su curiosidad. Carrasco se hizo el gracioso contando algunas anécdotas referidas a Eva Campos y husmeando con indirectas. El astuto don Poli me preguntó muy apenado si ya me había tirado a la devoradora, y Golito bromeó con los «pescuezos de pavo» y la afición de algunas mujeres a creer que eran pirulís de la Habana... Artigas, que era el único que sabía la verdad, ya que César Portillo se hallaba en los Estados Unidos al frente de una comisión de parlamentarios, me pidió la mayor discreción para evitar que el runrún llegase a oídos de nuestro director... No es que la cosa tenga importancia, pero ya sabes lo puritano que es de las apariencias y podría perjudicarte en su estimación, me dijo.

Desde la redacción perseguí telefónicamente al inspector Ortiz hasta que conseguí localizarle. Una vez que nos pusimos al habla le faltó tiempo para acudir a un bar cercano, donde le cité.

—Te encuentro mucho mejor de lo que esperaba... —me escrutó parcela por parcela y luego tomó asiento frente a mí.

—Tú tampoco estás mal... —bromeé—. Si te quitaras veinte kilos de encima hasta resultarías guapo y elegante.

—Déjate de cachondeo. ¿Recibiste mi carta?

—Sí, la recibí y esta mañana traté de averiguar lo de la biblioteca, pero la gachí se presentó y no pude hacer nada... Cree que tú y yo trabajamos de acuerdo y está muy mosca.

—Y tan mosca... —se restregó con los nudillos los ojos de madre dulce y cariñosa como si estuviera a punto de llorar—. Si vieras la bronca que me han echado por molestar a la Musa Republicana con mis absurdas sospechas... Poco más o menos han venido a decirme que es intocable y que mi exceso de celo puede costarme un traslado al quinto coño.

—¿Les has dicho lo del robo de la casa de Burgos Marín?

—Claro que se lo he dicho, ¿y sabes lo que me ha contestado mi jefe...? Que el viejo era un piojo de costura y que si no hubiera muerto del susto, en este momento estaría en la cárcel por evadir capitales y conspirar contra el régimen.

—Entonces, ¿no hay nada que hacer?

—Queda el Gardel. Si consiguiéramos hacerle hablar... Debe estar escondido en alguna parte. Quizá a ti te resulte más fácil que a mí llegar a él.

—Con Juanjo no hay que contar porque está muy enfermo.

—¿Sabes dónde se encuentra? —me observa con toda su astucia desplegada.

—Si eres buen entendedor, mejor es que te olvides del asunto.

—Pero ocurre que soy mal entendedor cuando se trata de encubrir un delito...

—metió las fauces en la jarra de cerveza con la avidez de un perro sediento—. Bien sabe Dios que nunca me ha gustado romper la cuerda por lo más flojo, pero menos me gusta roer los fracasos. ¿Quién es el jefe para enseñarme ética profesional? Yo soy todo lo humano que se puede ser en la interpretación de las leyes, pero no entiendo de favoritismos. Si Eva Campos es intocable por la cabeza, no lo es por los pies. Cuando haya hecho vomitar a ese macarra hasta los calostros, a ver quién es el guapo que se atreve a poner en duda su culpabilidad. Ni el mismísimo presidente de la República se atrevería a tanto.

El sadismo del inspector Ortiz me estaba poniendo enfermo y opté por levantarme, no sin antes reprocharle su inquina contra Juanjo. Me dolía la cabeza y empezaba a sentir en la región inguinal y en los testículos una molestia irritante.

—¿Te marchas ya?

—Sí, voy a terminar mi resumen de política internacional.

—¿No quieres que hablemos de lo ocurrido en El Murciélago?

—De momento no tengo ganas.

—Por lo que veo tú también te inclinas por el partido de la complicidad.

—Yo no tengo ningún partido, pero te diré para tu conocimiento que me parece más injusto perseguir a los débiles que hacer la vista gorda con los fuertes.

Al regresar a casa estaba tan mareado y descompuesto que madre se asustó... Te está comiendo la fiebre, me dijo al mismo tiempo que me ayudaba a meterme en la cama lo antes posible. Ya verás como se te ha pegado algo malo por bañarte en la pecina de los cochinos... Nunca me había ocurrido nada igual. Caí en la cama como un saco y debí quedarme amodorrado en el acto. Muy vagamente recuerdo que madre estuvo pugnando por abrirme la boca y echarme sus pócimas curativas, infusiones de plantas a las que ella daba una importancia mágica para la limpieza del riñón, del hígado y hasta de los callos. Madre consideraba a los médicos un atajo de charlatanes y sacaperras a los que recurría difícilmente. Su especialista tanto en cuestiones del cuerpo como del alma era doña Águeda, pues aunque muy devota tenía ciertas fobias anticlericales y de don Casto solía decir que era más entendido en golosear las pantorrillas de las muchachas y catar los vinos de El Gallego que en orientar a los fieles por el camino de la virtud... Entre sueños me pareció que me sobaban la tripa y las partes doloridas con suavidad de caricia. Madre y doña Águeda hablaban de las tretas del demonio para entrar en el cuerpo de los jóvenes y ensuciar su alma... Desde que usted me dijo que había una mujer por medio con mucho poder de encantamiento, no he dejado de vigilarle, y debe ser cierto, porque raro es el día que no ensucia las sábanas y cuando se quita los calzoncillos hasta vergüenza da lavarlos... Fíjese, fíjese cómo tiene sus cosas. Dios santo, si parecen globos... Esa mujer debe ser mala, una de esas tías que empernan a los chicos y los ponen a rabiar dejándolos con el demonio dentro, decía doña Águeda... Ay, mi pobre Avelino, plañía madre. Con lo bueno y cariñoso que es, porque aunque feo esté el decirlo en el barrio no hay ningún chico que se le parezca, y me lo han herido, porque a mí no me digan que este corte se hace por meterse en una pecina... El demonio puede hacerlo todo y este chico lo tiene metido en el cuerpo. Tengo que sacárselo, no hay más remedio. Déjeme cinco minutos sola y le juro que se lo saco por las buenas o por las malas. Madre discute con la Santera y dice que quiere ver cómo lo hace

para no tener que recurrir a ella cuando lo vuelva a necesitar, pero doña Águeda insiste en que lo suyo es una gracia del cielo que no puede ejercer en presencia de ningún mortal... Usted no lo creerá, pero el Espíritu Santo es tan temeroso y asustadizo que sólo me ayuda cuando me ve en la soledad. Sálgase y verá si en menos que canta un gallo le devuelvo a su Avelino sano y salvo. Me conozco muy bien a este tuno. Si sabré yo del pie que cojea... Madre terminó saliendo de la habitación y doña Águeda corrió el pestillo por dentro. Ganas me dieron de abrir los ojos y llamarla impostora, pero el suave cosquilleo de su desdentada boca de ventosa había conseguido que me desapareciera el doloroso hormigueo... Calentonas, zorras, malas hembras que no tenéis compasión de estos potrillos de Dios y los ponéis enfermos de tanto pavonearos con ellos. Salir, demonios, del cuerpo de Avelino, os digo que salgáis demonios malditos, cien veces os maldigo en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, gritó con todas sus fuerzas... Tras pronunciar en voz alta una larga letanía de maldiciones y bendiciones, descorrió el pestillo. Mi madre hizo algunas observaciones sobre mi extraña laxitud y el aspecto cansado de la Santera, y doña Águeda le dio toda clase de explicaciones... No crea que el sacar demonios del cuerpo es grano de anís, que para mí es más fatigoso que una colada de ropa, porque parece que no tiene importancia, pero una se lleva todos los pecados del endemoniado. Para que luego digan algunas envidiosas que empleo trucos y malas artes. Ya verá, ya verá como mañana Avelino se encuentra como un sol. Ojalá pudiera hacer otro tanto con mi Juanjo para librarle de las malas pasiones. Sonsáquele mañana a Avelino, porque él debe saber dónde se esconde. Y ahora me retiro, porque estoy muy cansada. Cuando se despierte dele una infusión de las yerbas del Niño del Santo Socorro para que descanse y ya verá como mañana parece otro...

Fuera por lo que fuera, y nadie mejor que yo sabe la poca confianza que me inspiran los remedios curativos de la Santera, al día siguiente cuando me desperté comprobé que se me había reducido la inflamación de los testículos y estaba limpio de fiebre. Madre, sin embargo, no dejó que me levantara y me sirvió el desayuno en la cama. Un tanto misteriosa y contenida, me preguntó por la mujer que me tenía encantado. Yo me eché a reír y bromeé sobre las argucias de doña Águeda.

—Sí, sí, tu riéte, pero si no hubiera sido por ella yo no sé lo que anoche hubiera sido de ti... tan malito que ni siquiera te dabas cuenta de lo que te hacían. Fíjate, te di a cucharaditas una taza de boldo, otra de té roqueño, manzanilla amarga, y tú traga que traga sin que abrieras los ojos ni dijeras esta boca es mía. Y luego doña Águeda te estuvo sobando la tripa y palpando las cosas... que, ay, Dios mío, las tenías más negras que un burro mohíno. Y no me digas que las tienes así de bañarte en la pecina, porque no me lo creo de ninguna manera, y doña Águeda tampoco se lo creyó...

Sonó el timbre de la puerta del portal y madre salió a abrir. Durante algunos minutos la oí hablar con alguien en voz baja, y luego entró.

—Es la chica que vino otra vez a verte. Me ha dicho que se llama Sonia y yo le he dicho que te encuentras mal...

—Dígala que pase.

—Así como está la habitación, que parece una leonera.

—¿Qué más da...? Es una compañera de trabajo.

Madre rezongó en voz baja, pero al poco rato volvió con Sonia excusándose por el estado de la casa y de la habitación, a consecuencia de mi enfermedad y de la mala noche que había pasado.

—Me figuraba que algo raro pasaba... —entró Sonia con su hermosa melena cayéndole en cascada por los hombros y su sonrisa carnosa y limpia—. ¿Cómo te encuentras?

—Hoy parece que estoy mejor. Siéntate en esa silla.

Madre me hizo meter los brazos debajo de la ropa, comentando mi fea costumbre de no ponerme pijama, y me subió la ropa hasta el cuello, amenazándome con la tremenda pulmonía doble.

—Si te encuentras mal, hablamos otro día... —nos miró Sonia a mí y a mi madre, que parecía recelosa y envarada como una escopeta.

—De ninguna manera. Supongo que cuando has venido a verme es que se trata de algo urgente... ¿Quiere dejamos un momento, madre?

—No es necesario que se vaya. Lo que tengo que decirte puedo hacerlo en su presencia.

—De ninguna manera...

Madre salió al mismo tiempo que Sonia empezaba a relatarme los detalles de la reunión que habían tenido los redactores y colaboradores de «Momento», y a la que yo había sido invitado sin hacer acto de presencia. El objeto de la reunión era reajustar la plantilla con vistas a la salida diaria del periódico.

—¿Ha encontrado Gayoso algún caballo blanco? —interrumpí su pormenorizado informe.

—Ni blanco ni negro. Queremos que «Momento» siga siendo un portavoz independiente del progresismo español en sus múltiples corrientes ideológicas, con una redacción heterogénea, pero contraria a cualquier veleidad reaccionaria.

—Antigubernamental cien por cien, vaya.

—Efectivamente. Nuestra línea será la misma que seguimos en la actualidad y, naturalmente, continuaremos combatiendo los amoríos y chocheos de Lerroux con la derecha.

—Me parece muy bien.

—Entonces, ¿podemos contar contigo...? —las pupilas de Sonia me contemplaban fijamente como si quisieran estimular mi respuesta afirmativa.

—Me pones en un brete... —tiré las ropas hacia atrás y me senté en la cama maquinalmente—. Yo quisiera estar con vosotros y de hecho lo estoy, pero no quiero romper con César Portillo... Ya sé que en política cerdea y que es un plutócrata, todo lo que me digas lo sé. Sin embargo, conmigo tiene muchas consideraciones y respeta mi libertad.

—¿Tu libertad...? ¿Llamas libertad a poder decir lo que quieras de política internacional y cerrarte la boca en los temas de política interior? Durante el gobierno de Azaña te empleó como caballo de batalla. No hubo conflicto en el que tú no metieras tu petardo informativo, casi siempre con razón, hay que

reconocerlo. Y ahora explota tu tremendismo para asustar a los lectores con los conflictos mundiales.

—No lo creo.

—Pues intenta escribir sobre cualquier tema de actualidad en el que el gobierno aparezca involucrado, y ya verás... —se levantó.

—No te marches todavía.

—No tengo más remedio, porque a las doce tenemos otra reunión en la redacción... Vine a buscarte para que me acompañaras. Gayoso tiene mucho interés en que figures en el equipo.

—Espérame un momento, que me voy contigo... —me tiré de la cama y empecé a vestirme.

La reunión de «Momento» resultó más bien confusa, pero muy interesante. Benjamín Gayoso pronunció un brillante discurso criticando la política de los lerrouxistas hacia la derecha y la de los socialistas hacia la izquierda. A su juicio estas dos posiciones bastaban y sobraban para poner en peligro el equilibrio de la República y desbordar su intencionalidad política y social. Personalmente se mostró contrario a cualquier extremismo que dificultara el desarrollo de la «revolución burguesa pendiente» y abundó en doctrina para adecuar las estructuras del Estado a estos fines primordiales... No, la mayoría de los asistentes no estábamos de acuerdo con el programa de Gayoso, pero todos coincidimos en que la situación era tan insegura que había que parar los pies a Lerroux si no queríamos que se convirtiera en un segundo Castelar que facilitara la restauración monárquica. Terminada la reunión, comenté con Sonia la fragilidad del acuerdo.

—¿No te parece demasiado precario que sólo hayamos coincidido en aspectos negativos?

—A mí me parece suficiente que, de momento, estemos de acuerdo en lo que no nos gusta de la actual situación, pero a partir de ahora debemos esforzarnos en buscar puntos de coincidencia afirmativos.

—Lo veo difícil. Gayoso es un ideólogo más preocupado por los problemas jurídicos y constitucionales de la República que por las cuestiones sociales y económicas, que para mí son el verdadero meollo.

—¿Vas a romper con «La Mañana»?

—Naturalmente. Cuando regrese César Portillo de los Estados Unidos le plantearé la papeleta.

—Piénsalo bien antes...

—Ya está pensado. Quiero trabajar contigo.

—¿Lo haces por mí...? —me contempló asustada.

—Pues sí, me encuentro a gusto a tu lado —le pasó la mano por la mejilla y vi cómo se le dilataban las pupilas y se le encandilaba el color sonrosado—. ¿Quieres que te diga una cosa?

—No, no quiero que me digas nada... —rechazó la caricia de mi mano—. ¿Sabes que eres un fresco? Así no me extraña que te ocurran percances como el del otro día.

—No sé a qué percance te refieres.

—A ese que, según tu madre, te ha puesto en trance de muerte.

—Bah, eso no tiene nada que ver con lo que te iba a decir.

—¿De modo que no tiene nada que ver que te luzcas en todas partes con la pendonera mayor de la República y andes de trifulca por los tugurios?

—¿Quién te ha dicho eso?

—Hijo, lo sabe todo el mundo. Mira... —tiró de uno de los cajones de la mesa y sacó un recorte de periódico en el que aparecíamos Eva Campos y yo en el palco del teatro. La foto tenía su malicia, pues daba la impresión de que nos estábamos arrullando como pichones. Pero todavía era peor la gacetilla que me dio a leer, media docena de líneas corrosivas y sucias en las que se comentaba el escándalo protagonizado por un conocido periodista y una novelista famosa en un establecimiento de mala nota de la capital.

—No sabía que eras coleccionista de porquerías —me levanté de mal humor.

—Pero es verdad, ¿no?

—Es verdad que estuve con Eva en un palco del teatro y es verdad que tuve que defenderla del asalto de un chulángano en El Murciélagos. Todo lo demás que insinúa la foto y la gacetilla es mentira... Abur.

Sonia salió detrás de mí, pero no hice caso de sus llamadas. Estaba tan irritado conmigo mismo y con ella, por lo inoportuna que había sido, que no me sentí con ganas de hablar con nadie.

Me enteré del divorcio de Eva Campos por la prensa. Algunos periódicos y revistas dedicaron al caso páginas enteras ilustradas con fotografías y caricaturas de diversa intención, excepto «La Mañana», que ni siquiera se dio por enterada. Los actores del sainete conyugal aparecían ante la opinión pública deformados por las orientaciones políticas de las publicaciones. Los que llamaban ilustre patricio a Espinosa del Robledal hablaban con sordina de Eva, y los incensadores de ésta, ridiculizaban al consorte. Para la prensa de derechas Eva Campos simbolizaba la moral libertina que estaba corroyendo nuestros valores tradicionales, y para la prensa de izquierdas Espinosa del Robledal era la imagen del inquisidor fanático.

No me extrañó que Eva Campos no me invitase al juicio, como había hecho las dos veces anteriores, porque tenía algunos indicios de que no quería nada conmigo. Incluso pensé que Juanjo le había puesto ante el mismo dilema que me puso a mí. Por eso no insistí en verla y mostrarle el artículo que había preparado para responder al calumnioso autor de la gacetilla que me había dado a leer Sonia, y que terminé rompiendo, como me aconsejó Artigas.

Una semana después de obtener el divorcio, me encontré con ella en los salones del palacete de su hermano Alejandro. Iba vestida de rojo de los pies a la cabeza y, como comentó una dama de la aristocracia, parecía la antorcha de la revolución. Por cierto, apenas me vio vino hacia mí con todo su encanto desplegado y me saludó de la manera más afectuosa y provocativa: estampando dos besos en mis mejillas. Con su natural desenfado me llamó querido y me apartó del ambigú, donde bebía y conversaba con Artigas.

—¿Qué sabes de Juanjo? —me soltó a bocajarro.

—Nada.

—¿No sabes de nadie que conozca su paradero?

—Yo creía que la única que lo sabía eras tú.

—Es que se ha escapado del sanatorio.

—¿Se ha escapado...? Eso quiere decir que estaba encerrado.

—Bueno, tenían instrucciones mías de no dejarle salir... más que nada por ese maldito policía que anda detrás de él.

—Pues como le cace el inspector Ortiz está arreglado.

—No creo que se atreva... —su cara, estucada para resultar impasible y segura, reflejó una viva emoción—. De todas las maneras, me preocupa, porque no puedo demorar más el viaje.

—¿Lo sabe él?

—Precisamente a cuenta del viaje me hizo anteayer una escena horrible. Hasta le dio una hemoptisis...

Alejandro Portillo se acercó a nosotros y nos presentó a un banquero alemán que tenía mucho interés en conocer a Eva. Luego resultó que también me conocía a mí por las crónicas que había publicado sobre la revolución nacionalsocialista. Mientras tomábamos unas copas el corpulento teutón trató de justificar lo que estaba sucediendo en su país. Según dijo, a él tampoco le gustaban los nazis, pero consideraba «muy sano» el baño que estaban dando a los comunistas. Como el grupo empezó a engordar con destacados representantes de la banca europea, aproveché un descuido para salirme del apretado círculo de sesudos varones que galanteaban embelesados a la hermana de su anfitrión.

Si me escabullí de Eva y Alejandro, no pude hacer lo mismo con Antonio, que se hallaba prisionero de una hermosa jamona muy enriquecida por los brillantes y esmeraldas que llevaba encima. Al parecer, la obstinada dama no

estaba dispuesta a dejarle marchar sin que le explicase el problema social del que tanto hablaban los periódicos. Antonio me presentó como un especialista en la materia y me pidió por favor que explicase los intrínquilis a la marquesa Adelaida... Me resisto a describir la media hora que pasé a su lado tratando de hacerle comprender algunos conceptos elementales de sociología y economía política. La barroca marquesa era testaruda como una muía y se negaba a admitir que sus colonos y braceros tuvieran más derechos que los que ella graciosamente les concedía. Por fortuna, don Antonio Oliva vino a sacarme del atolladero.

—Hombre, ¿qué tal marchan sus investigaciones policíacas? —me preguntó después de doblar el espinazo y besar la mano de la marquesa.

—Mira qué joven tan espabilado... ¿También eres policía? —me contempló la aristócrata con redoblada curiosidad.

—No haga caso, señora, son bromas de don Antonio.

—No tan broma. Por algunas cosas que he oído, casi se sale con la suya, aunque me figuro que ya se ha convencido de que la justicia es un problema hartito complejo.

—¿De qué se trata?

—Avelino se había propuesto nada menos que sentar en el banquillo de los acusados a los que robaron la caja fuerte de don Fabricio.

—Qué horror... —se caló la marquesa los impertinentes para contemplarme con empalagosa curiosidad—. No conozco a nadie que haya sentido la muerte de ese infame usurero y en cambio conozco a muchas personas que han estado a punto de perder la fe por permitir Dios que se muriera de viejo.

—Pues yo lo he sentido.

—Oye, ¿no será...? Me habían dicho que últimamente el ogro se interesaba mucho por un jovencito que...

—No tiene nada que ver —la interrumpió don Antonio—. Avelino es un buen periodista y don Fabricio quería quitárselo a César Portillo para que sacara a flote «El Tiempo».

Luego me enteré por una conversación bastante frívola y desenfadada entre la mujer de Antonio Portillo y un grupo de damas, que una de las personas más favorecidas por el robo de la caja fuerte de Burgos Marín había sido la marquesa Adelaida, ya que los ladrones le habían devuelto un paquete de escrituras de hipoteca y pagarés que gravaban sus posesiones. La mujer de Antonio era una bellísima joven que pasaba por algo loca y disparatada en la pasión que sentía por su marido. Quizá fue esto lo que la llevó a calificar a su suegro de «viejo sátiro», dejar entrever que la amistad de su marido con la marquesa resultaba sospechosa y murmurar malignamente de Eva Campos.

Antes de abandonar la bacanal de champán y whisky de los Portillo, Eva Campos, que era la verdadera atracción de la fiesta por las murmuraciones y comentarios que despertaba, me volvió a coger en un aparte para encomendarme el cuidado de Juanjo. Debía convencerle para que regresara al sanatorio hasta su curación.

—Allí tiene todo resuelto y no debe preocuparse más que de su salud.

—¿Y el inspector Ortiz?

—Ese inspectorcillo no se atreverá, porque no existe ningún motivo legal para que se meta con él. Además, si es necesario recurre a mi hermano César, que tiene mucha mano en gobernación.

—¿Vas a tardar mucho en volver?

—Quizás sí, quizás no... —hizo un gesto ambiguo—. Después de la Unión Soviética a lo mejor me largo a China.

—Por lo visto se ha apoderado de ti la vena exótica.

—No es exotismo, es curiosidad por todo lo que pasa en el mundo. Estamos viviendo un proceso cambiante y quiero conocer la cara del futuro... Por cierto, Gayoso me ha dicho que quiere llevarte a la redacción de «Momento».

—Y es probable que lo consiga. Estoy esperando que regrese tu hermano.

—Se va a llevar un morrocotudo disgusto, pero se lo merece por pazguato. Yo también le he prometido a Gayoso colaborar en el periódico. Esta situación híbrida me revienta...

Otra vez se nos fueron agregando curiosos y aburridos y decidí abandonar los salones del palacete de Alejandro Portillo.

Cuando regresó César Portillo de los Estados Unidos, donde había charlataneado a su gusto, describiendo a nuestro país como un paraíso democrático que no toleraría desviaciones socializantes, prácticamente yo era un redactor nominal de «La Mañana» y un asiduo colaborador de «Momento». Artigas no había querido aceptar mi dimisión, pero tampoco quería aceptar mis ideas, por lo cual me dejó en libertad de exponerlas donde quisiera, menos en «La Mañana», que era una caja de resonancias gubernamentales. A cuenta de esto tuvimos algunas discusiones amistosas, pues yo consideraba inmoral estar cobrando dos sueldos cuando cientos de miles de hombres, y sus respectivas familias, pasaban hambre por falta de trabajo. Es cierto que podía haber roto definitivamente, pero no sé cómo Artigas se las arregló para convencerme de que los Portillo no se iban a arruinar por lo que me pagaban a mí cuando perdían varios millones de pesetas al año. Evidentemente «La Mañana» había entrado en un período de languidez que daba pena. No era ni la sombra del periódico polémico y agresivo que yo había conocido. Contemporizaba vergonzosamente y tenía mil excusas para justificar la política gubernamental. Sin embargo, debo confesar que tampoco estaba enteramente de acuerdo con «Momento». Lo que más me disgustaba de Gayoso era su feroz inquina contra los Portillo y especialmente contra César. Un día se lo reproché en presencia de Sonia y él me respondió:

—Detesto a los Portillo porque son corsarios de la política y de la economía...

—Sin embargo, es «vox populi» que todos ellos contribuyeron al advenimiento de la República.

Gayoso sonrió irónico, con una ironía afectada que le hacía crecer la nariz y daba a su expresión un gesto de suficiencia indiscutible, y me explicó con el énfasis y la suficiencia con que el profesor trata de fijar las ideas en la mente del discípulo, que los Portillo siempre estaban a favor del caos viniera de donde viniera, porque eran «intrínsecamente pescadores de río revuelto». Así se daba el caso paradójico de que mientras Eva Campos se hallaba en Moscú agasajada por los comunistas (una agencia de noticias difundía que había sido recibida en el Kremlin por Stalin), César Portillo era considerado en los Estados Unidos como representante de la democracia republicana, y Antonio Portillo brujuleaba con los nazis en Alemania. Su lógica parecía tan aplastante que me dejó sin palabras.

En aquel verano hice varios viajes a Barcelona y Bilbao, donde se estaba polarizando una situación conflictiva entre el gobierno central y los particularismos nacionalistas. A la vuelta de uno de estos viajes me encontré con César Portillo. Como era usual en él, me acogió cariñosamente y se esponjó contándome sus triunfos en los Estados Unidos.

—Es un gran país enfermo de riqueza —me dijo—. Creo que es la primera vez en la historia que se da el caso de una nación repleta de recursos que no acierta a salir de la recesión. Muchos atribuyen esta crisis a la democracia y el liberalismo. Lo cierto es que nadie sabe lo que puede pasar allí.

—¿Y sabe alguien lo que puede pasar aquí?

—¿Es que pasa algo...? —levantó la cabeza sorprendido. A grandes rasgos le informé de la pulsación revolucionaria que había percibido en Barcelona y Bilbao, pero a medida que se lo contaba vi cómo se desarrugaba su fruncido entrecejo y volvía a sus labios la sonrisa—. Bah, lo que pasa aquí es reflejo de la inquietud que se vive en todo el mundo, pero en España resulta menos grave, porque como ha dicho el conde Keyserling, somos la reserva espiritual de Europa, y yo diría que también de América... Huelgas, conflictos sociales, obreros sin trabajo, demagogos con la utopía como bandera... todo eso está a la orden del día en cualquier país del mundo.

—Pero aquí los socialistas amenazan con ir a la revolución si el gobierno no desiste de desmontar la obra reformadora de Azaña para poder gobernar con el voto de la derecha monarquizante.

—Para que los socialistas vayan a la revolución tienen primero que asaltar las hueverías, como dice Pío Baroja, y hasta ahora no tengo noticias de que lo hayan hecho...

Parecía decidido a la evasión y no conseguí interesarle en los problemas que a mí me acuciaban... Lo de Cataluña podía resolverse en cualquier momento, porque Lerroux tenía más prestigio entre los catalanes que todos los «monterillas» separatistas y podía acabar «con el juego maquiavélico de Companys con sólo levantar un dedo». En cuanto a los separatistas vascos ni siquiera les concedió importancia... «Pues sí, sólo faltaría que nos dejásemos intimidar por un jugador de fútbol metido a caudillo nacionalista. Ese juego forma parte de las trapisondas de Prieto...» Únicamente cuando le planteé mi discrepancia con la orientación de «La Mañana» y mi deseo de abandonar la redacción, parpadeó ligeramente, volvió a fruncir el entrecejo y lo desarrugó paulatinamente para decirme que rechazaba mi dimisión, porque la consideraba poco meditada y falta de sentido.

—¿Crees que Gayoso te va a dar más libertad que la que te doy yo...? —fijó su mirada en mí con afecto paternalista.

—En «Momento», por lo menos, puedo escribir de lo que quiero.

—¿Sí...? ¿Por qué no haces la prueba escribiendo algo contra la masonería? O mejor todavía: ¿Por qué no escribes un artículo en defensa de mi padre? Te aseguro que era un tipo que lo merecía, un hombre fuera de serie, capaz de grandes empresas, no ese salteador de caminos y especulador sin escrúpulos que suele describir Gayoso con envidia y resentimiento. En ese artículo podías recordarle que si él es hoy profesor es porque mi padre nunca se olvidó de su amigo Felipe Gayoso, a pesar de que era tan pobre de espíritu que hundió los dos o tres negocios en los que mi padre le ayudó.

—He discutido con Gayoso sobre ese particular, porque no me gusta la animadversión personal. En cuanto a su padre, no me disgustaría escribir ese

artículo o incluso un libro completo... si fuera capaz de traspasar la leyenda negra que le envuelve.

—Eso es precisamente lo difícil. Yo mismo me sentí influido por ella durante algún tiempo... Muchas veces me pregunté si mi padre era aquel tipo depravado, egoísta, expoliador de riquezas y conculcador de leyes que retrataban los demagogos, y a medida que penetraba en los aspectos más conflictivos de su vida, la duda se me ensanchaba. Casi dejamos de tratarnos a cuenta de mis escrúpulos, que él llamaba de monja boba... Mi padre procedía del anarquismo. Era un rebelde nato, uno de esos hombres inaprehensibles por cualquier clase de convencionalismos. A los dieciséis años tuvo que huir de Jerez para librarse de la brutal represión de Sagasta contra la Mano Negra y buscó refugio en Gibraltar. Allí hay constancia de que trabajó varios años en diversos oficios al mismo tiempo que se iniciaba en el contrabando. El no sólo no lo negaba, sino que se ufanaba de haber adiestrado innumerables perros y caballos para meter los alijos en el interior. Estas actividades pudieron haberle costado la vida en diferentes ocasiones. En su cuerpo tenía cinco tiros... No es fácil comprender a un hombre que no tenía miedo a nada y poseía tantos recursos para salir de los mayores apuros. También se habla de las mujeres, de sus fanfarrias libertinas, y aquí sí que puedo decirte que nunca vi borracho a mi padre y que con las mujeres tenía eso que los ingleses llaman «sex appeal». No necesitaba prostituirlas, como dicen... Para que te hagas una idea, te voy a contar una anécdota de la que yo mismo fui protagonista. En los últimos años de la Dictadura mi padre tenía relaciones íntimas con una dama de la aristocracia mucho más joven que él. El padre de la condesa Mesalina, como la llamábamos nosotros, había sido varias veces ministro y su marido era un oficial de marina con varios títulos nobiliarios. Mi madre no hacía más que lamentarse, y no por los amoríos, pues era muy discreta y estaba tan habituada a sus caprichos que ya no los tomaba en cuenta. Más bien le preocupaba la salud de mi padre y los peligros que podían derivarse de la familia de la condesa Mesalina, que era muy poderosa. El caso es que un día nos reunimos los cuatro hermanos para tratar del asunto. Lucrecia, que siempre ha llevado la voz cantante entre nosotros por su fantasía y su afición a las diabluras, propuso que uno de nosotros tratase de enamorar a la vehemente condesa. Tras mucho discutir, me cargaron a mí con el mochuelo,

porque era el que más me parecía a mi padre en lo alto y fornido. La elección no me pareció mal, entre otras cosas porque me gustaba la condesa a rabiar, detestaba a su padre por reaccionario, y su marido, a pesar de la fama que tenía, se me antojaba un don Friolera. Por otra parte, tenía a mi favor que éramos casi de la misma edad y no me miraba con malos ojos. En fin, me lancé al toro como un verdadero don Juan, sin perder ocasión de bailar con ella y asediarla con mis galanteos... hasta que conseguí lo que me proponía. La cosa resultó relativamente fácil. Puse en la conquista todo el ímpetu de los veinticinco años y galopé con ella en una gozada, pero al terminar la faena la condesa Mesalina me dijo que no volviera más porque mi padre era infinitamente más interesante que yo... ¿Qué te parece?

—Hombre, el dinero tiene mucha garra —me eché a reír.

—Me consta que a la condesa Mesalina no le interesaba el dinero de mi padre. Es más, cuando le descubrieron el cáncer de próstata y rompió con ella, sin decirle los motivos, intentó suicidarse.

—Se comprende, si verdaderamente era un fuera de serie.

—Sin duda lo era, y te vuelvo a repetir que yo no comulgaba con su genio despótico y sus procedimientos expeditivos. Más de una vez me enfrenté con él por su sistema de obtener lo que deseaba a cualquier precio o de cualquier manera.

—¿Y qué me dice de la acusación que le hacen de proveedor de la Inclusa?

—Esa es otra infamia... —se levantó preocupado—. Ya hablaremos de ella si te decides a escribir el libro.

—¿Y de mi dimisión? —balbuceé como si me costara trabajo articular las palabras.

—También hablaremos cuando tú lo hayas pensado mejor.

—Lo tengo bien pensado.

—Pero yo no... Quiero consultar con mis hermanos, que te estiman mucho. Incluso puede que te deje la dirección del periódico, porque empiezo a

cansarme de ser soporte de una política negativa... Hale, no te preocupes. Dale tiempo al tiempo. Me gustaría verte madurar a mi lado.

Cuando se cerró la puerta tras de mí, me hallaba tan nervioso y emocionado que me quedé sin saber qué hacer. En aquel momento pensé que no podría separarme nunca de César Portillo.

Javi Revilla había tomado posesión de mi biblioteca con la misma libertad y sentido comunitario con que los madrileños nos apropiamos de la Casa de Campo el 1 de mayo de 1931. El muchacho me dijo un día que le gustaban mis libros, yo le dije que estaban a su disposición y desde entonces no había dejado de hacer uso de esta concesión con la incansable obstinación de los lectores voraces. Mis padres le estimaban mucho, tal vez por la antigua amistad que tenían con los suyos, y madre solía decir «que daba gusto estar con él, porque no hablaba por no molestar...». El dicho no era enteramente cierto, pues yo le había visto polemizar fogosamente en el campamento nudista, y en dos o tres ocasiones le sorprendí discutiendo sobre tácticas y doctrinas revolucionarias entre los jóvenes que se reunían al atardecer en los jardines de las Vistillas. Con todo, era tímido y a mí me trataba con mucho respeto a pesar de que no eran tantos los años que nos llevábamos.

Unos días después de la desaparición de Juanjo me lo encontré en casa seleccionando su lote de libros y, como sabía que su hermano Luis era íntimo amigo de Juanjo, comenté con él las circunstancias de la desaparición de éste y el peligro que corría.

—Yo creo que no debes preocuparte, porque Juanjo es de los que saben nadar y guardar la ropa —me dijo un tanto evasivo.

—¿Sabes algo de él?

—Algo sí, pero no quiere que nadie sepa dónde se esconde... —parpadeó el muchacho—. De todas las maneras, si quieres algo para él se lo puedes decir a mi hermano Luis.

Naturalmente, le cogí la palabra y le entregué una nota, para que se la hiciera llegar, informándole de lo que me había dicho Eva Campos y de las malas intenciones del inspector Ortiz. Al día siguiente Javi me llevó la respuesta

escrita en el margen de un trozo de periódico: «Déjame en paz y olvídate de mí», era todo lo que decía.

—Es una cabronada, ¿verdad...? —me miró Javi asumiendo la ofensa como si fuera propia—. De buena gana no te hubiera traído el papelucho, pero insistió mucho en que no dejara de dártelo.

—Al parecer, le has visto...

—Estuvo en casa un momento... Yo no le encuentro tan mal como dicen y sigue tan engreído como siempre. Es un ególatra con más de burgués frustrado que de proletario consciente.

—Parece que le tienes poca simpatía.

—Ninguna. Si por mí fuera no estaba en la organización, porque aunque él se tiene por más anarquista que nadie, para mí no es más que un señorito amoral que lo único que sabe hacer bien es vivir del cuento.

—¿No te parece que exageras?

—Eso es lo que dice mi hermano Luis, que también es de los que sólo piensan en hacerse superhombres y disfrutar del amor libre.

—El programa no está mal —me eché a reír—. Lo del superhombre pase, ¿pero no me vas a decir que no te gusta el amor libre?

—A mí me gusta la libertad en todo. Sin embargo, considero que lo único importante ahora es la revolución que tenemos a la vista...

Fue una de las conversaciones más interesantes e inteligentes que he tenido en mi vida. Aquel muchachito imberbe parecía en posesión de los más extraordinarios secretos del futuro. Hablando de Marx, de Bakunin, de Adolfo Hitler, y de las posiciones enfrentadas del marxismo y del anarcosindicalismo, me planteó como inevitable la revolución española. Yo le llevé la contraria, oponiendo a su análisis fatalista del proceso histórico y la lucha de clases, los viejos recursos de la España tradicional para diluir los choques y encauzarlos con remiendos en soluciones de continuidad. Pero él insistió en que la revolución estaba en las mentes de todos los jóvenes, tanto de izquierda como

de derecha, y los «remendadores» no podrían nada contra el ímpetu y la irrevocable decisión juvenil de enfrentar a la vieja España con las exigencias revolucionarias de nuestro tiempo.

El artículo que apareció al día siguiente con el título de «La revolución a la vista» no era más ni menos que un resumen de aquella conversación y suscitó una verdadera polémica. César Portillo me felicitó por la resonancia que tuvo, pero consideró un tanto truculentos los augurios de Javi... Te las pintas sólo para crear situaciones alarmistas. ¿De dónde sacas que los socialistas se van a lanzar a una aventura revolucionaria del brazo de los comunistas y la colaboración de los anarquistas...? Le expliqué la teoría de Javi, según la cual los comunistas y los socialistas estaban llamados a entenderse por afinidad ideológica y política, y que si se echaban a la calle los anarquistas los secundarían, porque venían declarando que la revolución los encontraría siempre dispuestos.

—Todo eso no pasa de ser hipotético y futurible. Yo no creo en la revolución. En ese aspecto me siento identificado con Menéndez y Pelayo... —jugaba con un abridor de cartas damasquinado y parecía preocupado por otras cosas—. Por cierto, hace un momento estuve hablando con mi hermano Alejandro y me dijo que le agradecería le acompañases a Sudamérica en concepto de jefe de relaciones públicas o algo así.

—Pero si yo no sé nada de relaciones públicas —me sentí alarmado y perplejo.

—Yo le he dicho que, quizá, el menos indicado para un cargo de esa clase seas tú. Incluso le he aconsejado que se llevara a Artigas, que es un buen fabricante de sonrisas almibaradas y paños calientes, pero él te prefiere a ti... Va a visitar varios países en viaje de negocios y tu misión consistiría en mantener los contactos con la prensa, redactar los comunicados y notas que él te sugiera y corregir sus escritos. ¿Qué te parece...? Naturalmente podrás escribir lo que quieras para el periódico.

—Bueno, en principio no me parece mal, porque tengo muchas ganas de conocer Iberoamérica. Lo malo es que no entiendo de negocios.

—Alejandro opina que harás un buen papel. Dice que eres un conversador inteligente y muy poroso para compenetrarte con la realidad.

—Procuraré no defraudarle...

Poco después acudí a una llamada de Sonia. Últimamente nuestras relaciones estaban menos que templadas. La hija de Blanca Sahara no comprendía mis vacilaciones en abandonar «La Mañana» y consideraba que me estaba dejando ganar por la «suciedad» de los Portillo. Cuando entré en su despacho estaba haciendo trepidar la máquina y sus ojos resplandecían de santo furor... Hombre, ya era hora, se echó el pelo hacia atrás con gesto leonino y siguió escribiendo hasta rematar el párrafo. Luego se acodó en la mesa y me contempló de una manera extraña, como si dudase en la forma de tratarme. Pero al comprobar que yo también estaba a la defensiva y poco dispuesto a aceptar sus ironías y alfilerazos, se echó a reír y me felicitó por el artículo «La revolución a la vista», ponderándolo como uno de mis mejores trabajos y lamentando que no se hubiera publicado en «Momento». Para contener su exceso de admiración le dije cómo se había incubado aquel artículo, transfiriendo a Javi Revilla el papel de inspirador y argumentista.

—Menos mal que como periodista eres honrado.

—¿Quieres decir que en lo demás no lo soy?

—Perdona, no era mi intención molestarte —agachó la vista y se mordió los labios.

—Pero me has molestado. Hay ciertas cosas que nunca me has perdonado y temo que nunca me las vas a perdonar... —me levanté.

Viéndome dispuesto a escapar, salió de detrás de la mesa y me cerró el paso... Reconozco que soy una imbécil, una puritana absurda, pero te juro que no tenía ningún deseo de ofenderte..., sus manos se aferraron a mis brazos y la sangre se me encabritó. Me interesa tanto lo que haces y dices como si fuera yo misma... Sus últimas palabras se quedaron en mi boca. Probablemente era algo inevitable, como dijo Sonia sofocada. Los sentimientos habían podido más que todos los prejuicios en los que nos habíamos envuelto. Sólo fueron unos

minutos de abandono, hasta que oímos la voz de Gayoso en la antesala, pero lo suficiente para impregnarnos de comprensión y dulzura.

—Márchate, si quieres, porque Gayoso no tardará en entrar.

—¿Me has llamado por orden suya?

—Sí, te va a poner entre la espada y la pared para que abandones «La Mañana». Quiere orquestar una campaña contra los Portillo y desea tenerte de su parte. El otro día me dijo que no cejaría hasta ver a César y Alejandro arrastrados por la chusma.

—Hombre, aquí tenemos al niño de las capeas... —entró Gayoso con los brazos extendidos—. Se tira de vez en cuando al ruedo, hace una faena que estremece al respetable y luego abandona el ruedo con la cabeza gacha, sin atreverse a coger al toro por los cuernos. ¿Cuándo te vas a decidir de una vez? Ahora mismo tienes en tus manos una mina. Tú artículo es la comidilla de las tertulias de Madrid...

Sus palmadas afectuosas y sus lisonjas no me encandilaron de placer como otras veces. Mientras hablaba y me exponía un plan maquiavélico para socavar la fragilidad de la coalición gubernamental, le escuché atentamente sin hacer el menor comentario. Después de todo formaba parte de sus objetivos políticos y nunca había ocultado sus intenciones de disgregar la coalición lerrouxista. Lo que ya no me pareció tan correcto era su táctica de «reventar a los hombres», aduciendo como argumento que el fin justifica los medios. Fue aquí donde discutimos y chocamos enconadamente. El personalismo no me interesa, vine a decirle. Doy por supuesto que existen burgueses buenos y burgueses malos, pero eso es independiente de la ideología y sólo cuenta anecdóticamente en el proceso histórico. ¿Qué más da los Portillo que cualesquiera otros banqueros, o Lerroux que cualquier otro político centrista...? Es el sistema el que está en tela de juicio, lo que los trabajadores rechazan por injusto.

—No querrás hacerte pasar por revolucionario, ¿verdad? —me interrumpió bruscamente y a sus labios temblones de soberbia asomó el flagelante sarcasmo.

—Yo no sé si soy revolucionario o no lo soy, pero lo que sí puedo decirte es que al pueblo le importa tanto Azaña como Lerroux, la compañía de Jesús o la masonería en tanto se disputan el poder como representantes de la misma clase social...

Consideró tan ofensivo que parangonase a la compañía de Jesús con la masonería, a la cual estaba entregado en cuerpo y alma, que me dejó con la palabra en la boca. Huyó como una beata escandalizada sin volver la vista atrás. En la puerta, sin embargo, le oí llamarme «ácrata de mierda».

—¿No te parece que has estado demasiado duro? —se mordió Sorna los labios y cabeceó preocupada.

—Cada día detesto más las politiquerías, este juego de compraventa que se traen los que sólo aspiran a gozar del poder.

No hacía falta que Sonia me dijera que me había cerrado las puertas de «Momento», ya que no sólo estaba seguro de ello, sino también que me había creado un feroz enemigo en Gayoso. Pero esto es lo que menos me preocupaba. Realmente mis afinidades con Gayoso eran mínimas y de no haber sido por Sonia nunca hubiera formado parte de lo que él llamaba enfáticamente «mi equipo». Por eso me irritó verla desinflarse y regresar a su mesa con un gesto de fastidio. ¿Qué había pasado para que el hechizo de hacía un momento se esfumara? Traté de provocarla en todos los sentidos, pero no conseguí vencer su evasiva obstinación ni siquiera que me dejara retener su mano cuando nos despedimos.

La actitud de Sonia, que me consideraba un tipo «inasible y desconcertante», la acerba crítica de mi padre, quien andaba desatado en el radicalismo socialista y todo su afán era comprometerme en el revisionismo encabezado por Largo Caballero, y fundamentalmente los comentarios irónicos y malévolos que suscitó entre mis compañeros de redacción el rápido viaje que hice con Alejandro Portillo a Buenos Aires y Montevideo, me pusieron en trance de reventar. Lo que más me molestaba es que me considerasen un «privilegiado» o un «baboso trepador». Golito llegó a decirme en mis barbas que era el niño de la polla lisa, Artigas soterradamente me llamaba el «hijo putativo», y Benítez andaba murmurando que cuando «el enemigo se preocupaba tanto de

mí es que me había vendido o estaba a punto de venderme». Luego, al pedirle explicaciones en el café donde solíamos hacer tertulia, dulcificó la píldora diciendo que él no había querido decir que yo me hubiera vendido, sino que los Portillo estaban dispuestos a comprarme... Don Poli me vio tan alicaído y destemplado, que trató de consolarme con su cínica filosofía: No te preocupes, hijito, que en este país quien no se vende es porque no puede. Quién no ha oído decir que yo vivo como un pachá a cuenta de los cuernos o que Benítez desarrolla su bilis y financia sus cogorzas con el oro de Moscú. De Artigas mejor es no hablar, porque tiene talonario de cheques en la cuenta del diablo y chupa del fondo de reptiles del Ministerio de la Gobernación. ¿Y qué me dices del pobre Golito, tan pedestre y jayán? Pues tampoco puede presumir si damos crédito a las malas lenguas... Pero si nos remontamos más alto, ¿qué se dice de los Portillo o de Lerroux? Aquí no se salva nadie. La picaresca nos alcanza a todos y quien no traga es porque hace gárgaras o se baja los pantalones...

Poco después de separarme de don Poli, al que dicho sea de paso presté poca atención en sus jeremiáticas alusiones a las lluvias de azufre y baños de sangre que nos esperaban, oí a un chico pregonar la prensa de la noche «con el sensacional atraco de esta mañana», y compré «La Voz». A la luz de una farola de la Puerta del Sol leí los grandes titulares que daban cuenta del suceso ocurrido en la calle de Alcalá. Los atracadores se habían llevado millón y medio de pesetas de la furgoneta de un Banco. Lo único insólito del hecho era la audacia de asaltar una furgoneta en el corazón financiero de la capital a las once de la mañana. Por lo demás, los atracos estaban a la orden del día, y no eran sólo los anarquistas los que los ejecutaban para financiar sus empresas subversivas y mantener en activo sus cuadros terroristas, sino que la epidemia se había extendido a todos los grupos políticos anticapitalistas, incluidos los de extrema derecha. En los procesos de desintegración social los extremos se tocan y el mimetismo de la acción se impone a cualquier consideración moral.

Al llegar a casa me encontré con Javi hojeando un libro sobre la revolución soviética. El muchacho parecía algo nervioso. Observé que tartajeaba exageradamente y no hacía más que morderse las uñas. Al parecer, mi recomendación en «Momento» había surtido efecto y colaboraba con asiduidad en el periódico.

—¿Qué tal te llevas con Sonia?

—Estupendamente. Es una chica encantadora y muy culta y cariñosa —me dijo con las pupilas encandiladas de entusiasmo.

—A ver si te vas a enamorar de ella —me eché a reír.

—Si por mí fuera... pero me parece que ya está enamorada.

—De las mujeres no te fíes, porque se enamoran y desenamoran con la misma facilidad con que cambian de vestido.

—Sonia es muy formal... Ayer me preguntó si te había visto después de regresar de América.

—Cualquier día iré a verla... —en realidad no tenía la menor intención y tantas cuantas veces había surgido en mí el deseo lo había apartado de mi mente.

—He venido a decirte que hace un par de horas la policía hizo un registro en mi casa y uno de los policías, el que parecía el jefe, al ver en algunos libros tu nombre me preguntó de qué te conocía... Yo no le di ninguna explicación, sabes...

—¿Por qué? Podías haberle dicho que éramos amigos.

Javi estaba asustado no porque le asustara la presencia de la policía en su casa, ya que su padre tenía un largo historial de registros y detenciones como activista sindical socialista, sino por su hermano Luis, al que suponía involucrado en actos de terrorismo... Se marchó hace unos días, porque mi padre le dijo que ya estaba bien de rebelarse contra la sociedad capitalista sin dar golpe, y no lo hemos vuelto a ver, me dijo.

—¿No estará con Juanjo?

—Es lo más seguro, porque Juanjo lo lía como a un pardillo. ¿Pero dónde está Juanjo...? Hasta hace unos días estuvo escondido en casa de unos compañeros de Carabanchel, pero se cansaron de él porque empezó a trastear a una vecina.

—Es un caso. Por lo visto se ha creído que es el padre toro del rebaño.

—Yo he pensado que a lo mejor está escondido en casa de Eva Campos.

—Eva Campos no está en España.

—Ya lo sé, pero como tiene tanta mano con ella.

—¿Te lo ha dicho él?

—Bueno, como es tan fantasmón cuenta y no acaba... Dice que le ha dejado tuberculoso de tanto tirar de la goma.

—Sólo le faltaba convertirse en un bocazas.

—No creas que yo le hago caso. Me joden los tipos que yoyean a todo pasto y se creen el ombligo del mundo. Además, no me gustan los revolucionarios que hacen del atraco y del terrorismo una profesión.

Las revelaciones que me hizo Javi terminaron por preocuparme a mí también. Al parecer, Juanjo, su hermano Luis y tres muchachos más habían estado probando pistolas unos días atrás en las alcantarillas del río Manzanares, y en otra ocasión les había sorprendido estudiando un plano de Madrid. Sin hablar explícitamente del aparatoso atraco de la calle de Alcalá, me dejó la impresión que sospechaba de ellos.

Al quedarse vacante la corresponsalía de Londres le insinué a Artigas que no me disgustaría cambiar de aires y, puesto que estaba condenado a escribir de política internacional, Londres era sin duda el mejor periscopio para saber lo que pasaba en el mundo.

—Te advierto que, tal y como se están poniendo las cosas, a mí tampoco me disgustaría la corresponsalía inglesa, y a Martínez se le hace la boca agua... — me respondió Artigas con displicencia. Y para mayor incordio, me dijo que era

la corresponsalía más apetitosa, porque de allí habían salido un director general y un embajador.

Más o menos, vino a decirme que no me hiciera ilusiones. Pero al día siguiente tuve que visitar a Alejandro Portillo para entregarle el informe escrito que me había pedido del viaje a Sudamérica y, tras hojearle y leer algunas páginas, me preguntó.

—¿Te gustaría ir a Londres de corresponsal?

—Bueno, siempre he sentido curiosidad por conocer Inglaterra y observar de cerca los mecanismos sociales y políticos que la permiten crecer y desarrollarse sin conmociones catastróficas.

—A mí también me gusta mucho. Pasé allí dos años ampliando estudios de economía y puedo asegurarte que es una de mis experiencias más agradables. Los ingleses preparan al hombre para vivir su vida y disfrutarla plenamente, no como hacemos aquí, que parece que no tenemos otro objetivo que metemos con alguien o destruir algo... Por cierto, quería preguntarte si sabes algo de esa campaña que Gayoso proyecta contra nosotros.

—Lo único que sé es que les considera a ustedes los financieros de la contrarrevolución.

—El pobre no se cansa de ser demagogo. ¿Y qué pruebas tiene?

—Lo ignoro, porque regañé con él.

—Bueno, hombre... —se levantó y me acompañó hasta la puerta—, espero que te guste Londres. Además, así podrás echar una mano a mi hermano Antonio, que ha ido a reorganizar nuestra agencia.

—Lo dice usted como si fuera un hecho...

—Por hecho lo doy... Los Portillo somos así..., pagamos a quien nos sirve y servimos a quien nos paga.

En la antesala del despacho me encontré con don Antonio Oliva en compañía de la marquesa Adelaida. Al principio la marquesa no me reconoció, pero tras asaetearme con los impertinentes cayó en la cuenta que era el «sociólogo»

que le había presentado Antoñito y me hizo una escena por no haber ido a instruirla en «esa cosa que la gente daba tanta importancia y que a ella le sonaba a barbarismo rojo». Don Antonio sonreía, dándome a entender que no debía hacerle caso.

En el momento de despedimos, el señor Oliva me dijo que doña Paulita le había recomendado mucho antes de regresar a su pueblo, que me saludara en su nombre y me dijera que ella y Musti tendrían mucho gusto en recibirme si alguna vez me decidía a hacerles una visita.

—¿Ya se la han sacudido los herederos? —sentí punzantes remordimientos por no haber ido a verla.

—Era inevitable, aunque debo decir que se han portado honorablemente con ella, ya que don Fabricio no había dejado nada previsto... Supongo que con sus ahorrillos y lo que le han dado, tendrá lo necesario para vivir con su hermana en Leganés.

Me despedí de ellos con la promesa de hacerles una visita por separado, aunque sin la menor intención de cumplirla. La marquesa me resultaba harto charlatana y extravagante y don Antonio Oliva un barullero camaleónico.

En el barrio había una verdadera conmoción. La gente comentaba en las puertas de las casas y en los corredores lo sucedido... La policía había efectuado algunos registros en la vecindad la madrugada pasada y se había llevado detenida a la Santera. Aunque muchas personas, como mi madre, lo comentaban con pena y lamentándolo de verdad, otros lo tomaban a chunga y contaban las cosas más disparatadas en relación con las aficiones brujeriles de doña Águeda. En la misma puerta del taller oí comentar a una mujer, que también se dedicaba a la quiromancia y las adivinaciones, que la detención se debía a que en vez de sacar a un chico los demonios del cuerpo, le había sacado una criadilla. La tía Pechugona daba pelos y señales del suceso a golpe de tos y carcajadas rebosantes. En otro corrillo la mujer de un zapatero remendón atribuía la detención a los estropicios del Lagarto de los Ojos Verdes. Con cierto patetismo relató una historieta que me dejó perplejo por lo que tenía de verosímil. La protagonista era la hija de un rico carnicero de la Plaza de la Cebada enfermucha y neurasténica. Yo la conocía de verla algunas

veces a la puerta de su casa tomando el sol como un alma en pena. La mujer del remendón dijo que doña Águeda empezó a tratar a la chica con tan buen ojo que en poco tiempo «cogió carnes» y desechó la murria, pero como ya la gordura se pasase de raya, los padres la llevaron a un médico, por temor de que con tanto bebedizo se le hubiera declarado la hidropesía, y resultó que estaba preñada, y doña Águeda va y les dice a los padres que ella puede curar, pero no impedir que el Lagarto de los Ojos Verdes haga de las suyas, y los padres van y le dicen que el Lagarto de los Ojos Verdes es el putaño de Juanjo y que no van a parar hasta que lo vean con grilletes entre rejas. A esto respondió otra mujer que, sin entrar ni salir en las argucias del Lagarto de los Ojos Verdes, ella afirmaba a los cuatro vientos y ponía como testigos a aquellos dos ojos que se tenía que comer la tierra, que la policía había encontrado en casa de la Santera una orza llena de billetes y buenas alhajas de las que le daban las mujeres secas en prenda para tener hijos... Será lo que ha socaliñado al carnicero, dijo la mujer del remendón, que no se daba por vencida.

Lo de la orza de billetes fue lo que a mí me sirvió de excusa para hacer una visita a la madre de Angelines, que también había sido visitada por la policía al decir de las comadres... Encontré a la señora Isidora en el cuchitril de la portería con su nieto. La mujer me recibió hermética y hosca, pero apenas empecé a jugar con el pequeño, a quien frecuentemente compraba juguetes y hacía regalos, empezó a farfullar que la vida era un asco y que no había derecho a que las criaturas sufrieran tantos castigos y miserias. Era proverbial en el barrio que si la madre de Angelines no había podido retener a sus arrimaos era por corretona y ligera de cascos, pero ahora, ya vieja y hecha un boniato, como decía mi madre, se había dado al momio de las damas catequistas y hasta moralizaba y hablaba pestes de los revolucionarios que querían poner las cosas patas arriba... Qué vida, hijo, qué vida, los perros tienen más suerte que las personas. Todos los días me pregunto qué será de este cachito de cielo el día que yo desaparezca, con los padres tan tiraos que le han tocado en suerte... Yo creo que Juanito no va a tener tantas dificultades como hemos tenido nosotros, señora Isidora, porque el mundo está cambiando mucho y el crío es listo... La mujer sigue plañendo y lamentándose de lo que va a ser de su cachito de cielo, su ternero de Dios, su florecita de la

Virgen, y termina maldiciendo a Juanjo por envenenar la paz de su hija... La muy pendejo, con lo ricamente que ella vivía, porque dirán todo lo que quieran de su marido... que si un chorrafría, un ni fu ni fa con más viento en los pulmones que fuerza en los riñones, pero lo que yo digo es que mi hija vivía muy ricamente y no tenía por qué meterse en camisas de once varas ni dejarse engatusar por chulos de mala sombra...

—¿Está Angelines en Madrid?

—¿Dónde quieres que esté mientras ese golfo ande suelto?

—Tenía entendido que estaba de gira por el Norte.

—En Santander tenía que estar con su marido si no estuviera loca de atar.

—¿Es verdad que le ha molestado la policía?

La señora Isidora me contempla con sus minúsculos ojos desorbitados de pánico, mueve la cabeza, empieza a hacer pucheros y suelta el grifo de las lágrimas... Tenía que ser él, me lo estaba diciendo Dios... Desde que vino hace cinco días, me tenía con la mosca detrás de la oreja. Tanto ir y venir con el alma desalada, y no parar en casa... Te digo que preferiría verla muerta antes que me la saquen en coplas. Y luego el marido y este cordero de mis entretelas, y yo... que no podré soportar la vergüenza de ver a mi hija en los papeles como la querindonga de un atracador...

Dejé a la madre de Angelines ahogándose en sus penas y me fui directamente al centro policíaco de la calle de la Reina a ver si tenía la suerte de encontrar al inspector Ortiz. Tardó un buen rato en aparecer. Me habían dicho que estaba en los calabazos y cuando subió parecía un carabinero recién cocido y sudando la gota gorda.

—Hombre, ¿ya te has olido la tostada...? —sonreía ufano y los chorretones de sudor le corrían por el cuello y empapaban la camisa blanca.

—Hace un momento me enteré que habías detenido a una vecina mía...

—A mí que me registren. Yo no he detenido a nadie.

—Bueno, si no has sido tú algo debes saber.

—Yo no me preocupo de los demás.

—¿Qué me dices de los Revilla?

—Que es una tribu muy peligrosa.

—Por lo que veo no pareces dispuesto a soltar prenda.

—Si quieres me quedo en pelotas... —se echó a reír—. ¿Por qué no te desentiendes del asunto?

—Depende de ti... No tengo ningún interés en interferir en tu trabajo y para tu tranquilidad puedo decirte que me voy a Londres de corresponsal de «La Mañana», pero no me gustaría marcharme sin conocer tus intenciones con respecto a Juanjo.

—Tu amiguito se nos ha evaporado otra vez.

—¿Pero le buscas?

—No me disgustaría encontrarme con él para leerle la cartilla... un atraco, dos agresiones y robo de armas a la fuerza pública, varios actos de terrorismo en líneas de alta tensión, y lo que ya sabes... Descuida, que si le veo le daré recuerdos tuyos, aunque no creas que tengo mucha confianza. Hasta ahora es el tipo más escurridizo con que me he tropezado. Cada vez que voy a echarle el guante se vaporiza delante de mis narices.

—¿Y qué me dices de doña Águeda?

—La bruja no me interesa, aunque podíamos meterla mano por embaucadora... Vaya una prójima. Gana el dinero a espuestas recosiendo virgos, preñando a mujeres ansiosas y curando con yerbajos y lametones lo que los médicos rechazan. Es la tía más astuta que se me ha subido a las barbas, con sus boberías religiosas y sus escapadas a la santidad, envuelve a cualquiera. ¿Qué sabes tú del Lagarto de los Ojos Verdes...?

—Lo que se dice en el barrio... que es uno de los fetiches que emplea la Santera en sus rituales para estimular a las mujeres frías. A mí me parece una superchería, pero creo que doña Águeda ha obtenido resultados fecundos.

—Y tan fecundos. Como que si mis informes no mienten ese lagarto es un garañón infalible...

La afirmación del policía me produjo gran perplejidad. Recordé lo que había oído contar de la hija del carnicero de la Plaza de la Cebada. En la cara afeonada del inspector Ortiz se reflejaba la socarronería. Pero mi expresión debía ser tan ávida, que soltó de corrido algo sorprendente... Al parecer la Santera le había contado una milonga patriótica en relación con la huelga de vientres que preconizaban algunos colectivos feministas. Además de profetizar «días de luto y de sangre» a cargo de la morisma que se revolvía en los focos marroquíes, les había hecho reír con las diabluras del Lagarto de los Ojos Verdes para contrarrestar la campaña de las huelguistas de vientres y proporcionar a la patria futuros soldados. Con todo detalle me contó la ceremonia que empleaba el lagarto para deshacer el hechizo de la esterilidad. Proporcionaba a las mujeres un bebedizo que les adormecía en sueños placenteros y les colocaba el lagarto sobre el vientre, recitaba sus oraciones y ensalmos, y cuando las mujeres despertaban y se encontraban con el reptil sobre sus carnes ardientes, daban un respingo de terror que era la señal del milagro. Después, si en el transcurso de las setenta y dos horas recibían la semilla del macho tenían muchas probabilidades de quedar encinta.

Los dos nos miramos prolongadamente y él se encogió de hombros y yo solté la carcajada.

—¿No te lo crees?

—De la Santera me lo creo todo.

—¿Pero tú has visto el Lagarto de los Ojos Verdes?

—El primero que tuvo lo cazamos Juanjo y yo en una excursión que hicimos a Guadarrama hace más de diez años.

—Entonces, va a ser verdad...

—Verdad es que ella emplea muchos rituales y yerbajos para sugestionar a su clientela, pero que los lagartos posean virtudes fecundativas con las mujeres...

—¿Supones que hay gato encerrado?

—Más bien pienso que hay macho encelado.

Un guardia se acercó al inspector Ortiz para decirle que le llamaba el jefe. Precipitadamente se despidió con la promesa de que nos volveríamos a ver.

Salí de Madrid a finales de septiembre sin saber nada de Juanjo. Me iba con el presentimiento de que no tardaría en ocurrir algo gordo, pero también casi seguro de que la rebelión de las izquierdas sería yugulada lo mismo que lo habían sido las tentativas anarcosindicalistas y el alzamiento militar en agosto de 1932. Lerroux contaba con muchas bazas a su favor: había ganado las elecciones, estaba respaldado por el bloque de derechas y contaba con el ejército y las fuerzas armadas... Alejandro Portillo me aseguró, incluso, que todo estaba previsto para que en último extremo «un prestigioso general asumiera el poder y crease una situación de fuerza».

Sin embargo, no podía olvidar la despedida con Sonia. Fue una escena crispada y deprimente. Apenas le dije mi propósito de trasladarme a Inglaterra, cambió de color y se le agrandaron los ojos. Ni siquiera cuando en un momento de intensa emoción le propuse casarnos y que se viniera conmigo, cambió de actitud... Tú estás loco. No te das cuenta que lo único que los Portillo pretenden es limarte las garras, amaestrarte para su juego... Sí, sí, te mimarán y te engordarán como a un retrasado mental, y tú haciéndote el genio y creyéndote más listo que los demás... Todas mis palabras resultaron inútiles ante su obstinación. Me despidió con cajas destempladas y llegó a decirme que no quería volver a saber nada de mí.

Desde mi llegada a Londres, Antonio Portillo me tomó por su cuenta y en poco tiempo pude desenvolverme con relativa facilidad en la complicada capital del Imperio Británico. Antonio hablaba el inglés como un llanito de Gibraltar y sus relaciones eran muy heterogéneas. Su hermano César me había prevenido contra las exageraciones vitales del Benjamín de la familia, a quien consideraba «inmaduro y precipitado», y Alejandro me rogó al despedimos que le tuviera al tanto de las imprudencias que pudiera cometer... No te pido que le espíes, ni mucho menos, sino que contrarrestes sus impulsos, y la mejor manera de conseguirlo es que convivas con él y te ganes su confianza.

El menor de los Portillo era lo menos convencional que uno pueda imaginarse, pero vivía a un ritmo desenfrenado que, prácticamente, no me dejaba respirar. Yo quise seguirle y lo hice durante algún tiempo, hasta que me convencí que no servía para comparsa. ¿Qué me iba a mí en aquel ir y venir de la City a las fiestas mundanas o de las cacerías a los clubs nocturnos...? Poco a poco me fui apartando de su ámbito y buscando mis relaciones con los periodistas y corresponsales extranjeros. Nos veíamos casi a diario en la agencia del Banco y casualmente en alguna reunión social, pero en lo demás recabé mi derecho a escribir crónicas y perder mi tiempo leyendo, perfeccionando mi inglés de academia madrileña, informándome de la compleja trabazón que hace de Inglaterra uno de los pueblos más equilibrados y dinámicos de la tierra, y visitando museos y bibliotecas.

Todas estas cosas me alejaron un tanto de mi país. Los conflictos españoles desde Londres perdían intensidad dramática. Del movimiento revolucionario de octubre del 34 me enteré con retraso por seguir a Antonio Portillo en sus peripecias deportivo-mundanas contrabandísticas, pues a la vuelta de un crucero en el que introdujo en Inglaterra clandestinamente maletines de billetes que habían salido de España vía Gibraltar, en la prensa inglesa sólo aparecían noticias de escasa relevancia y más de la represión que de los episodios revolucionarios de Asturias y Cataluña. Al parecer, las denostadas derechas se habían insertado en la legalidad republicana aplastando la rebelión izquierdista sin grandes esfuerzos. En una conversación telefónica con César Portillo, éste me dijo que Azaña, Companys y Largo Caballero habían demostrado su absoluta impotencia frente a un gobierno de orden. Los hemos barrido definitivamente, me gritó desde Madrid exultante de euforia. Sin embargo, no tardaron en empezar a llegarme noticias contradictorias. Padre me escribió una larga carta justificando el fracaso de la revolución «por la traición de los anarquistas y la cobardía de Azaña en Barcelona. Si hubiéramos hecho el montón como en Asturias otro gallo nos cantara, pero hemos ido

cada uno por su lado y así nos ha lucido el pelo. En fin, otra vez será. Ahora a aguantar el chaparrón, que no es pequeño. Los Revilla están enchiquerados y de tu amigo Juanjo se dicen cosas muy feas».

Una de mis mayores sorpresas fue encontrarme un día a Gayoso en mi oficina. El oleaje represivo le había arrojado a Francia y allí fue contratado para dar un curso de literatura hispánica en una universidad inglesa.

—¿Y Sonia? —interrumpí el relato que me estaba haciendo del asalto e incendio de la redacción de «Momento».

—Sonia lo está pasando mal. Del asalto al periódico salió con algunas magulladuras. Pero luego encontraron en su casa escondidos a Estrella Roja y un hermano de Javi Revilla y la tuvieron quince días detenida. Yo quise llevármela a Francia y en principio estaba de acuerdo. Pero luego su abuela se puso muy grave y no ha tenido más remedio que quedarse en aquel infierno.

—¿No crees que exageras...?

—Más bien me quedo corto... Lerroux ha abierto demasiado la mano y los reaccionarios se han puesto a deshacer la obra del bienio azañista. Por otra parte, la represión en Asturias ha sido brutal. Nadie sabe lo que pasa allí, pero los gemidos empiezan a oírse en toda España y muy pronto atronarán en Europa... Si te digo la verdad, me siento optimista. Con sus torpezas los contrarrevolucionarios están haciendo el milagro de unir a las izquierdas. Es más, tengo referencias muy ciertas de que el mismo Alcalá Zamora no aprueba la conducta de Lerroux.

—Quizá el mayor peligro ahora sean los fascistas —insinué.

Gayoso cabeceó en sentido ambiguo y admitió la probabilidad, aunque terminó descartándola por su escasa audiencia política... Los falangistas han progresado y se mueven mucho, pero todavía no pasan de ser un cuerpo extraño para la derecha conservadora y los militares que, en definitiva, son la raíz de cualquier golpe de Estado, me dijo. Y luego de rascarse la cabeza, me preguntó súbitamente:

—¿Qué hace Antonio Portillo por aquí?

—Sinceramente no lo sé... Hace mucha vida social y cultiva el amor con bastante éxito.

—¿Nada más? —sonrió mordaz.

Podía haberle dicho que recibía frecuentes visitas de personajes y personajillos de los calificados de fascistas», que viajaba cada dos por tres al Continente y que a la agencia del Banco llegaba mucho dinero español, pero pensando en la antipatía que sentía por los Portillo me cuidé mucho de mencionar estos aspectos y otros menos honorables a los que Antonio Portillo era aficionado, como el protagonizado recientemente con un botones griego en el hotel donde nos hospedábamos. El hecho había sido silenciado a base de dinero, pero los empleados jóvenes de ambos sexos se resistían a entrar en la lujosa habitación que ocupaba por temor a sus imperativos caprichos.

Cuando nos despedimos, prometiéndonos vemos con frecuencia para cambiar impresiones, me pidió que escribiese a Sonia y la convenciera para que se trasladara a Londres.

—Lo pensaba hacer de todas las maneras. Si no lo he hecho antes ha sido por amor propio, ya que la última vez que nos vimos en Madrid se enfadó mucho conmigo y me dijo que si no era reaccionario, terminaría siéndolo.

—Sí, te tiene por un poco escapista, pero luego te justifica y es capaz de pelearse con quien se meta contigo. Te lo digo, porque conmigo ha discutido más de una vez... ¿No andará por medio el travieso Cupido?

Apenas salió Gayoso, me puse a escribir a Sonia. Creo que me salió una carta triste y lírica. No mentía al decir que lo que más echaba de menos en mi confortable destierro londinense era su presencia, los ratos polémicos en la redacción de «Momento» y los largos paseos por las calles de Madrid... Me contestó a vuelta de correo brevemente, pero con una intensidad de sentimientos que me hizo pensar en regresar inmediatamente a España. Su abuela había muerto y me anunciaba un próximo viaje a Cartagena y Murcia para resolver «algunos asuntos familiares». Con todo, no rechazaba la posibilidad de pasar unos días con Gayoso y conmigo el próximo verano.

Antonio Portillo se enteró de la presencia de la marquesa Adelaida y le faltó tiempo para esfumarse... Dile que me ha tragado la ballena de Jonás o que me he fugado con Caperucita, lo que te dé la gana o te salga de las pelotas, pero que se largue de aquí lo antes posible... Me dieron ganas de replicarle que se había equivocado tomándose por alcahuete suyo, pero estaba tan furioso y arrebatado que no me dio tiempo a contestarle, pues salió de estampida. Razón tenía, porque antes de cinco minutos la marquesa Adelaida entraba en la oficina preguntando por «el perillán de Antoñito»... Efusiva, charlatana, husmeándolo todo con los impertinentes, se echó a reír cuando yo le dije que había tenido que salir para el Continente. Naturalmente, no se lo creyó, pero me felicitó por la seriedad y convicción con que se lo dije. Es más, me dijo que ella tenía en más estima a los embusteros que a los que presumían de sinceros, porque había comprobado que eran menos retorcidos y desagradables. Mientras hablábamos o, mejor dicho, mientras charlataneaba a su gusto, cayó en la cuenta de que yo era «el joven sociólogo de marras» y luego también recordó al detective privado del «canalla de Fabricio». Poseía el don singular de entremezclarlo todo en un batiburrillo y saltar de un tema a otro con deslumbrante versatilidad... £1 pobre Lerroux no va a poder arreglar España, porque se le han agotado las glándulas de mono, y ya se sabe que en nuestro país, sin glándulas, ya sean de mono o de gallina, no se puede hacer nada. Te digo que como José María no saque sus glándulas a paseo, y dudo que lo haga, Azaña se nos cuele otra vez. Y te digo la verdad, a los hombres casposos no los aguanto, porque son secos de humor y con la picazón de la caspa están siempre fastidiando al prójimo. Tengo para mí que si no fuera por ese cabezorro, en el que sólo Dios sabe lo que se cuece, ni la pobre Lola le aguantaba, porque para mí que de glándulas tampoco anda muy bien... El otro día le dije a Alejandro, que si yo tuviera un Banco tan repleto de onzas y fuera tan listo como él, no lo pensaba más y me iba a los cuarteles a buscar un tío de glándulas, uno de esos espadones que tienen las pelotas en su sitio... La marquesa sigue parloteando de las chinchorrerías que circulan por Madrid. Antonio la tiene por chiflada. Dice que normalmente es frígida y aficionada a los actos penitenciales, pero que cuando se le despierta el gusanillo, dos o tres veces al año, por lo que él la llama «cachonda lunera», es un animal insaciable. En Madrid vive rodeada de gatos y perros, a los que cuida, mimas y vigila en su

reproducción con una minucia y atención desesperante, pues conoce el nombre y árbol genealógico de cada uno de los mínimos y chuchos, y pasan de cien los que tiene.

Cuando se levanta para marcharse, me ofrezco a darle las clases de sociología que en Madrid no me fue posible, pero la marquesa mueve enérgicamente la cabeza en sentido negativo. Piensa que la sociología ya no es necesaria, porque son «tontadas» de la República y no espera que la República llegue a final de año. La opinión de la marquesa es la misma que circula por aquí entre muchos hombres de negocios relacionados con nuestro país. Todos piensan en el golpe de Estado. Un amigo de Antonio afirmó el otro día que había que impedir que Alcalá Zamora convocase nuevas elecciones. Gayoso, en cambio, se muestra desafortunadamente optimista y tiene buenos motivos para estar bien informado, porque se relaciona con dirigentes políticos de todas las tendencias. No hace mucho viajó al Continente y a su regreso me habló de las entrevistas que había tenido con Prieto y Martínez Barrio... Las izquierdas cierran filas a todos los niveles y se aprestan a formar un bloque monolítico de cara a la próxima convocatoria electoral, me dijo con gesto apabullante.

Un día neblinoso y tristón de comienzos de otoño se presentó Alejandro Portillo por sorpresa. Cuando yo entré en el comedor él ya había desayunado y me estaba esperando. Sonreía a medias, como siempre, pero en su mirada había una expresión de dureza poco frecuente en él.

—¿Y mi hermano? —me preguntó apenas nos saludamos.

—Debe estar en su habitación.

—Me han dicho que no ha venido a dormir.

—Pues no tengo la menor idea de dónde pueda estar, porque hace tres o cuatro días que no le veo.

—¿Algún lío...?

—Su hermano tiene muchas amistades...

Debió comprender que aquel interrogatorio no era de mi agrado porque, sin deponer su talante malhumorado, cambió de conversación y se interesó por

los recovecos de la política inglesa. Alejandro, como todos los Portillo, sentía gran simpatía por el Reino Unido.

—Da gusto vivir aquí, ¿verdad?

—Yo ya tengo ganas de regresar a España. Me gusta Inglaterra, pero los ingleses viven demasiado concentrados en su imperio y en sus intereses.

—Lo contrario que nosotros, que vivimos paladeando nuestra mezquina decadencia. A veces pienso que Cánovas tenía razón cuando dijo que era español quien no podía ser otra cosa...

Amistosamente discutimos el pesimismo canovista y los presupuestos políticos de la Restauración y, naturalmente, llegamos a conclusiones opuestas. Alejandro consideraba que después de la experiencia de la dictadura y los años de República, los ideales de Cánovas recobraban actualidad y vigencia, mientras que yo me inclinaba por un replanteamiento total de nuestro sistema político y económico.

En tanto nosotros divagábamos, llegó Antonio con el tiempo justo para darse una ducha y recibir a su hermano recién lavado, pero lacio, exhausto y con los ojos turbios de alcohol... ¿Te parece bien?, rechazó Alejandro bruscamente el abrazo de tal manera que Antonio estuvo a punto de rodar por la alfombra.

—¿Por qué no me dijiste lo que pasaba? —me dirigió Alejandro una mirada cortante.

—Yo sé tanto como usted. Nos vemos algunas veces en la agencia del Banco o aquí en el hotel, pero en lo demás cada uno va por su lado.

Con paciencia y algunos recursos propios del caso conseguimos, o mejor sería decir conseguí, que Antonio vomitase en el servicio el alcohol que le rebosaba en el estómago y se bebiera un buen vaso de leche cruda. Tras esta purga, el Benjamín de los Portillo adquirió cierto grado de lucidez y algo más de seguridad. Alejandro llevaba en cartera un buen rosario de reproches, pero no consiguió que su hermano le tomara en serio. Beodo a medios pelos, Antonio resultaba más punzante y bromista que a palo seco. Cuando su hermano le reprochó su comportamiento con la marquesa Adelaida, Alejandro le

respondió que estaba cansado de sus charlatanerías de loro y se negaba a ser su garañón por muy accionista del Banco que fuera. Aunque yo salí de la habitación en el momento que los hermanos empezaron a jugar a los trapitos sucios, luego Antonio me contó que la marquesa había llenado de humo la cabeza loca de su mujer y andaba propagando por Madrid que tenía una docena de queridas de todos los colores, y que como no le ataran corto era muy capaz de dilapidar el dinero de los accionistas... En cuanto al dinero de los accionistas, yo no podría decir nada, pero sí que tenía aficiones exóticas y que los colores y las razas estimulaban su pasión erótica.

En los tres días que Alejandro permaneció en Londres nos vimos a diario y frecuentemente, pero siempre en reuniones o en compañía de financieros y hombres de negocios. Era realmente incansable. Agotaba a sus interlocutores en el análisis de los temas económicos. En lo político se mostraba tan versátil que nunca se comprometía.

Uno de los días nos encontramos a Gayoso en el «hall» del hotel, donde me estaba esperando. El escurridizo Alejandro y el brillante profesor masónico se saludaron cordialmente como viejos amigos. El hecho no dejó de sorprenderme, porque me constaba que ambos se profesaban una inquina feroz. Pero todavía me sorprendió más que Gayoso aceptase comer con nosotros y en el transcurso de la comida colmase de lisonjas a su anfitrión. Los dos se sentían dicharacheros y joviales recordando sus peripecias infantiles. Sin embargo, al comentar la situación política española volvieron a proyectarse las reservas. Para Alejandro la situación se estaba deteriorando tanto que consideraba muy difícil que alguien pudiera enderezarla por procedimientos parlamentarios. Gayoso era más optimista. Dijo que Azaña y Prieto, a quienes definió como los hombres clave del porvenir inmediato, eran conscientes de la grave crisis que sacudía a la sociedad española, y estaban dispuestos a restablecer la democracia y los fueros de la iniciativa privada con la energía que fuera preciso. Yo les ofrecí como solución la pintoresca teoría glandular de la marquesa Adelaida. Al final de la comida se concertaron entre sí para una nueva entrevista a solas. Luego, cada uno por su cuenta, me dieron versiones diferentes de lo tratado. Según la versión de Gayoso, Alejandro Portillo le ofreció la dirección de «La Mañana» y un puesto de consejero en el Banco

como prueba de amistad. Alejandro me dijo que Gayoso estaba interesado en obtener financiación para la campaña electoral de la coalición izquierdista... La idea no me desagradaba y es probable que lleguemos a un acuerdo con personajes de más fuste que Gayoso. ¿Te gustaría participar de intermediario?

—Prefiero mantenerme al margen de la política partidista. Lo mío es el periodismo y quiero continuar en «La Mañana».

—Yo creía que estabas identificado con Gayoso.

—Ni mucho menos. Gayoso es fundamentalmente político y a mí la política activa me tira poco. Por otra parte, durante el tiempo que estuve colaborando en «Momento» no nos entendimos.

—Recuerdo que César me dijo algo de tu actitud en relación con una campaña que proyectaban contra nosotros... Por cierto, me gustaría saber lo que opinas sobre mi padre.

—No sé... Por todo lo que se dice de él me parece una personalidad fascinante que se escapa a cualquier encasillamiento. Incluso los juicios de las personas que le trataron de cerca son bastante contradictorios. La marquesa Adelaida le compara siempre con su hermano Antonio. El señor Oliva piensa más en usted cuando habla de su padre. Pero hay otras personas que ven en César su retrato.

—Lo cierto es que todos nos parecemos mucho, incluso mi hermana Lucrecia con sus fantásticas lucubraciones. Pero todos esos aspectos parciales que a nosotros nos singularizan, en mi padre se integraban en una personalidad genial... lo cual no quiere decir que en él todo fuera bueno.

—Lo comprendo. Ni bueno ni malo, como la naturaleza.

—Exactamente... Eso es lo que no le perdonan los intelectuales y moralistas...

La llegada de Antonio con una bellísima joven inglesa, una de esas jóvenes rubias de ojos de esmeralda y piel suave y rosada, nos hizo cambiar de conversación y ya no volveríamos a tener ninguna oportunidad de hablar a solas, pues aquella misma tarde salió en avión con rumbo a Suiza, donde tenía a la familia.

Me enteré del triunfo del Frente Popular en la lejana Etiopía formando parte de un grupo de periodistas de diferentes países invitados por el emperador Haile Selassie. En el grupo de corresponsales extranjeros que seguíamos paso a paso las peripecias de la invasión italiana del legendario país de la Reina de Saba, la noticia fue comentada con entusiasmo por considerar que el triunfo de las izquierdas españolas era un aporte a la lucha contra el imperialismo italiano. Así lo veían también algunos ministros abisinios y el propio Negus, que tenían noticias bastante precisas de lo que se pensaba en España con respecto al atropello de que era objeto su país.

De vuelta a Londres participé en algunos actos patrocinados por organizaciones pacifistas para condenar la ocupación italiana de Abisinia. En uno de ellos intervino un estudiante español que al referirse a mí me calificó de fascista. En la sala se produjo un vivo alboroto y yo mismo exigí una rectificación a mi compatriota, pero éste se limitó a decir que si Avelino Rico no era fascista, lo era el periódico “La Mañana”. Aquello me puso en guardia y decidí regresar a Madrid inmediatamente.

Estaba tan lejos de la realidad de lo que ocurría en España y del viraje político de «La Mañana» en los últimos meses, que me quedé de una pieza cuando al llegar a Madrid me enteré que el día anterior había sido asaltada la redacción y agredidos el director y algunos redactores. En el periódico no había más que subalternos a la hora en que yo me presenté, pero los destrozos en el mobiliario hablaban por sí mismos de la violencia de los asaltantes. Un ordenanza me dijo que don César estaba malherido, pero que con quien se habían empleado más a fondo los revoltosos era con el señor Artigas.

Dejé el pequeño equipaje en la redacción y desde allí mismo me trasladé al domicilio particular de mi jefe. César Portillo me recibió con un brazo en cabestrillo y algunos parches en la cabeza y en la cara... La revolución se nos viene encima. Ya no hay quien controle a la chusma, me dijo por todo saludo. Pocas veces había visto a un hombre tan desmoralizado y confuso. No daba pie con bola y al hablar se le desencajaba el mentón y le giraban las pupilas. Por las cosas que me dijo en aluvión uno muy bien podía pensar que nos acercábamos al apocalipsis. No estaba en sus cabales. La conmoción sufrida le hacía desbarrar. Hablaba de la «chusma marxista», de los «forajidos sin Dios»,

«de las turbas de criminales y resentidos...». Sinceramente, aquel lenguaje alucinante y arbitrario me resultaba completamente extraño en boca de mi jefe. Luego, su hermano Alejandro me dijo que en los últimos meses había sufrido mucho a consecuencia del escándalo del estraperlo y la corrupción política en que se había visto involucrado injustificadamente.

A Alejandro Portillo no le pareció bien que hubiera abandonado Londres por mi cuenta. Según me dijo, tenía ciertos proyectos en Inglaterra en los que yo podía «jugar un papel bonito». Del bonito papel que podía jugar no me dijo más, aunque sí me adelantó que debía trabajar a las órdenes de don Antonio Oliva, que había sido nombrado director de la agencia del Banco en Londres.

—¿Y el periódico? —le pregunté bastante molesto.

—Del periódico ya hablaremos más detenidamente. Mi hermano César insiste en seguir dirigiéndole, pero antes tiene que reponerse. Los médicos le han aconsejado un cambio de aires. Por otra parte, yo estoy en contra de que «La Mañana» siga siendo un portavoz político con su secuela de sectarismo y parcialidad. Para capear el temporal le he dado instrucciones a Martínez para que convierta «La Mañana» en un diario de información general lo más ecuánime posible.

Aunque el «corazón frío» de los Portillo, como le llamaba su hermano Antonio, rara vez hablaba de política y cuando lo hacía parecía distanciado de ella, tenía ideas muy claras y precisas sobre la situación. Hablando de lo que podía pasar en el período de exaltación que estábamos viviendo, se encogió de hombros, movió la cabeza y afirmó que no se podía esperar nada bueno, porque el irracionalismo no sólo se había adueñado de la calle, sino que había hecho nido en las alturas del poder y oscurecía la mente de los políticos más lúcidos... Recuerdo aquel artículo en el que anunciabas la revolución de octubre del 34 como un reto juvenil contra nuestras viejas estructuras y los conceptos anacrónicos de la sociedad española. Pues el reto sigue, con el agravante de que ahora estamos implicados los hombres de todas las edades sin distinción de clases.

El catastrofismo se ha apoderado de todos nosotros y sólo Dios sabe lo que nos tiene reservado. Pero cualquiera que sea nuestro destino debemos

afrontarlo con valor y serenidad, oponiendo un dique al bestialismo que nos amenaza...

A decir verdad, salí bastante desanimado de la entrevista con Alejandro Portillo. Los bonitos papeles que me reservaba en Londres no me inspiraban ninguna ilusión. Si en vez de disponer por su cuenta, me hubiera consultado le habría dicho que mi papel más bonito estaba en Madrid al frente de «La Mañana». ¿No era eso lo que me había dejado entrever César Portillo, con su tácita aprobación, cuando me mandó de corresponsal a Londres...? Es más, cuando horas después vi a Martínez en la redacción, me saludó convencido de que iba a hacerme cargo de la dirección. Incluso me pareció que aceptaba mi presencia con alivio, ya que él también sufría el morbo de la desintegración del radicalismo.

La opinión general que reinaba en el periódico es que «La Mañana» se había hundido con César Portillo. Ciertamente, su desprestigio no podía llegar a más, pues tiraba doce mil ejemplares y vendía escasamente la mitad. Pero lo peor es que nadie confiaba en que el periódico pudiera salir adelante. Al único de mis compañeros que vi con cierta moral fue a don Poli. El cronista taurino también había sufrido algunas contusiones en el asalto, pero no le daba ninguna importancia... Conmigo no pueden ni los miuras, me dijo, encajando con humor lo que consideraba gajes del oficio.

Aquel mismo día visité a Artigas y Golito, que habían sido los más sacudidos en el vapuleo. El primero se hallaba hospitalizado en una lujosa clínica y me pareció más entumecido de miedo que necesitado de cuidados médicos. La idea de que los asaltantes habían intentado tirarle por el balcón, no le dejaba dormir ni descansar. Al parecer, le salvó la flaqueza de su vientre, pues en el momento que le agarraron para arrojarle a la calle se le aflojaron los esfínteres y empezó a soltar lo que tenía dentro como «fuente de cinco chorros», parafraseó con humor negro la metáfora garcilorqueña. Regodeándose en lo

escatológico, comparó sus ventosidades con los truenos del Sinaí, y sus malos olores con las tufaradas de la mofeta... Daba pena verlo tan asustado. También él creyó que había regresado de Londres para hacerse cargo de la dirección del periódico, pero cuando le dije la conversación que había tenido con Alejandro Portillo, se llevó las manos a la cabeza, pensó que le iban a «endilgar el mochuelo» a él y me confesó que no estaba dispuesto a volver a dar la cara hasta que amainase el temporal revolucionario.

A Golito le visité en su casa, un pisito muy coquetón y alegre con muchos retratos de campeones adornando las paredes y algunos trofeos y copas ganados por él. Me recibió Carmunchi ojerosa, deslucida, y con el mensaje de buena esperanza deformando su cuerpo gentil... Pero si es Avelino, gritó al verme, y como prueba de cariño estampó dos sonoros besos en mis mejillas y me abrazó de propina... Oye, tú, no me hagas cornudo por la pinta, entró Golito en el salón lleno de parches y escayolas.

—Sigues siendo una calamidad. Todos los golpes que se pierden te los encuentras tú gratuitamente —le estreché la punta de un dedo, porque las manos las tenía vendadas.

—No tan gratuitamente, que el día de autos si no es por mí al jefe lo espachurran y a Artigas lo mandan al carajo. A mí me dieron lo mío, pero yo no fui de los que huyeron con el rabo entre las piernas. Te juro que algunos se van a estar acordando toda su vida de las patadas en los huevos que se llevaron. Fue una cabronada, te lo juro...

—La culpa la tienes tú por meterte en camisas de once varas —le reprochó Carmunchi—. Si hubieras echado a correr como los demás no estarías ahora como un michelín.

—Yo no puedo. Tengo demasiado amor propio y dignidad para aguantar la chulería de la chusma. Reconozco que no tenía por qué mancharme con la mierda de Artigas ni arriesgar mi jeta por César Portillo, pero qué queréis, cada cual es como es y yo no trago con los atropellos.

—Lo único que yo te pido es que te dejes de politiquerías y pienses más en tu hijo... ¿Sabes que ahora le ha dado por el fascismo?

—Bueno, en el fondo Golito siempre ha sido un poco carcucia.

—Qué coño voy a ser yo carca. Lo que soy es español por los cuatro costados, pero tan revolucionario como el que más y tan dispuesto como el primero a romperme el alma para hacer una patria mejor.

—Vamos a dejar la política, porque es una jodienda...

Pasado el primer momento de cordial espontaneidad, Golito empezó a mostrarme sus resabios y sus fobias contra algunos compañeros de la redacción. A Benítez especialmente no le podía ni ver y le tildó de comunistoide y perverso, insinuando que no le extrañaría nada que tuviera algo que ver con el asalto, porque se llevaba a matar con Artigas y, según él, los asaltantes habían pasado por delante de sus barbas sin tocarle el pelo de la ropa... Se puso tan bilioso y criticón que, después de haber aceptado la invitación de Carmunchi para quedarme a cenar con ellos, desistí de pasar una velada molesto aguantando sus chinchorrerías.

En casa no me esperaban y encontré a mis padres enzarzados en polémica por lo que madre llamaba «tropelías del Frente Popular y abuso de los UHP». Mi presencia supuso a lo sumo un breve respiro, el tiempo que mi madre tardó en abrir los ojos como platos, estrujarme con ferocidad para convencerse de que la vista no le engañaba, y luego de dar gracias a Dios por permitirle contemplarme «tan requeteguapo y elegantote», ponerse a llorar desconsoladamente por vivir en aquel infierno «donde los hombres se comían los unos a los otros y olía a chamusquina...». Más sobrio y contenido en sus emociones, padre me dijo que no debía hacer caso de las harpías y lenguaraces que criticaban la revolución por ignorancia. El hombre andaba tan ufano con su cargo de presidente del Frente Popular del barrio, que excusaba a los que asaltaban las tiendas de comestibles y pagaban con el UHP en las tabernas y bares. Consideraba que de alguna manera había que cobrar la factura a los comerciantes roñosos y desaprensivos que se habían puesto las botas durante el «bienio negro».

Realmente me hallaba desconcertado. El trasplante de Londres a Madrid había sido demasiado radical para que no sufriera en la acomodación. Solamente llevaba horas en la capital y había oído relatar más barbaridades que en toda

mi vida... Asaltos a periódicos y centros políticos, atentados personales, atracos, saqueos de establecimientos. Y todo ello en un ambiente alegre y retozón. Sin duda, algo fundamental se había roto en la estructura social, pero no tenía idea de lo que era... Madre decía que la gente había perdido la vergüenza y no respetaba ni a Dios ni a Roque, y padre decía que la revolución tenía que destruir todo lo malo antes de alumbrar la justicia social.

—Bueno, ¿y se puede saber lo que piensas tu? Porque hasta la fecha no has dicho ni mu —dijo padre mientras terminábamos de comer.

—Antes de tomar partido quiero informarme y comprobar por mí mismo lo que pasa.

—Eso me parece muy bien, pero no olvides lo que les ha ocurrido a los de «La Mañana» por decir mentiras, y hay quienes opinan que el escarmiento no ha sido suficiente.

—Tal y como están las cosas, lo más probable es que me vuelva a Londres.

—¿No te va a dar lacha huir como los señoritos y los capitalistas?

—Hacen muy bien en marcharse de esta casa de locos. Lo que siento es no poder hacer yo lo mismo.

—Por mí puedes marcharte corriendo, que maldita la falta que me haces... ¿Por qué no le dices a tu querido Avelino que te lleve con él? Como se ha vuelto tan finolis, a lo mejor le pareces demasiado ordinaria para lucirte en Inglaterra.

Madre se me abrazó como si fuera a echarse a llorar y tuve que prometerla que si regresaba a Londres me la llevaría conmigo.

Aunque estaba muy cansado y de buena gana me hubiera echado una buena siesta, terminé cambiándome de ropa y lanzándome de nuevo a la calle para aplacar el nerviosismo. Me decidió a ello lo que madre me contó de Sonia. Según me dijo, solía ir por allí con Javi en busca de libros y preguntaba por mí con mucho interés... Se ve que te tiene mucho aprecio y da gusto hablar con ella. Ya ves, si no fuera por pecar de mal pensada, yo diría que te mira con buenos ojos... No era la opinión que yo tenía. Después de escribirme varias

cartas seguidas, un mal día dejó de contestarme sin saber por qué. Sin embargo a mi regreso de Etiopía me encontré con una carta suya fechada un mes atrás. El objeto era felicitarme por mis «crónicas abisinias», pero también me daba algunas referencias de sus actividades como maestra en una escuela racionalista. Se mostraba encantada con su nuevo empleo y hablaba con mucho entusiasmo de Javi, a quien tenía de auxiliar... Quizá fue lo que me decía de Javi lo que orientó mis pasos hacia el barrio del Tercio. También debió contribuir a ello la nostalgia y las pocas ganas que tenía de mezclarme con la gente.

Bajé por el camino de los Pontones a la pradera de San Isidro. El modesto Manzanares se deslizaba con un palmo de agua entre islitas de arena y pozas en las que pandillas de chavales se bañaban desnudos o en calzoncillos. En la pradera todavía quedaban algunas norias y caballitos de la reciente feria del Santo, y restos de puestos de botijos y rosquillas en la cuesta que asciende a la ermita y el cementario. Chicos de todas las edades jugaban a las dreas, resbalaban por los bruscos taludes en los que previamente habían orinado o echado agua para hacer un surco resbaladizo o se desafiaban a saltar desde los promontorios de los areneros. Todo aquello me avivó la nostalgia infantil. No eran pocos los azotes que me habían costado a mí las escapadas a la Pradera y los baños en el río. Por fuerza Juanjo se hizo presente, pues era mi compañero inseparable. ¿Sería verdad lo que se decía de él...? Aunque le consideraba capaz de las mayores extravagancias, me resultaba imposible creer que se hubiera convertido en chivato de la policía y fuera fascista, como decía padre.

La casa de los Revilla más bien parecía una casucha, pero por el verdor y el rico colorido de los rosales trepadores y pasionarias que adornaban la parte delantera, se olvidaba uno de su fealdad y pobreza. La cancela del pequeño jardín estaba abierta y dentro de la casa se oía una voz desgarrada imitando a Carlos Gardel. Tuve que llamar varias veces antes de que un muchacho asomara la cabeza por las bardas del corral.

—¿Por quién pregunta?

—Por Javi Revilla.

—Mi hermano no está y tardará en volver. Si quiere algo...

—Invítale a pasar, no seas mostrenco —gritó una voz de mujer desde el interior de la casa.

—No puedo, porque me estoy duchando —desapareció la cabeza del muchacho.

Casi seguidamente apareció la señora Petra restregándose las manos en el delantal... Entra, por favor. ¿Eres amigo de mi Javi...? Soy Avelino Rico y quería preguntarle dónde vive Sonia Montesinos... La señora Petra se interesó por mis padres, a los que hacía años que no veía y me dijo que en aquella casa se hablaba mucho de mí desde que escribía en los papeles. Tenía el pelo completamente blanco y la cara arrugada y curtida, pero transpiraba vivacidad y energía. Mientras hablábamos, apareció el cantador de tangos, que resultó ser Cariños, el más pequeño de los Revilla.

—Si quieres ver a Sonia, yo te acompaño. Quiero ver la cara que pone... —se echó a reír.

—Te importará a ti mucho —le reprendió la madre.

—Claro que me importa... ¿Sabes que Sonia es mi maestra? Es estupenda. Yo la quiero mucho...

El menor de los Revilla, a quien yo había conocido levantando un palmo del suelo y ahora me sacaba a mí un palmo de cabeza y, según me confesó, aspiraba a convertirse en campeón de boxeo, sentía por Sonia una fogosa admiración. Por el camino me fue contando que en el barrio la querían mucho y había conseguido llevar a la escuela a los chicos más golfos y atorrantes... Antes de llegar a un grupo de casas en el que destacaba una más grande que las demás, recién encalada, el muchacho empezó a gritar: Sonia, Sonia... Y fue como un clamor de la sangre, el despertar de cien sueños y mil deseos reprimidos. Verla aparecer en el dintel de la puerta, oír mi nombre y echar a correr todo fue uno. Me recibió con los brazos abiertos temblando de emoción, y yo la sujeté con fuerza desesperada para que no se me escapase. Como entre sueños me sonaba la risa estrepitosa del zagalón de los Revilla: ¿No te dije yo que te camelaba un puñao...?

Por la mañana me despertó Javi. No había sentido levantarse a Sonia ni tenía la menor idea de la hora que era, aunque luego resultó que eran más de las once y en mi cuerpo y en mi mente se hizo sensible la voluptuosidad de la noche vivida en la compañía soñada... Me dijo Carlitos que estabas aquí, pero no quise creerlo... El muchacho me contemplaba como si fuera testigo de algo insólito. Yo no acertaba a decir nada. Sólo cuando Javi abrió la ventana de par en par y la habitación se llenó de sol empecé a recordar. Las paredes enlucidas de yeso blanco estaban adornadas con litografías de marinas y paisajes de colores fuertes.

—Voy a decir a Sonia que ya te has despertado —dijo Javi cuando me vio tirarme de la cama y empezar a vestirme.

—Espera, no le digas nada...

Pero Javi no me hizo caso y a los pocos minutos tenía a Sonia entre mis brazos. Era algo tan nuevo, tan hermoso, que me parecía imposible. De la escuela llegaba un griterío infernal... Déjame, por favor, que nos van a ver..., cerró la ventana y corrió las cortinas. Hijo, duermes como un chorlito. Yo no he podido pegar el ojo en toda la noche. Me parecía un sueño que estuvieras aquí, a mi lado, y yo pudiera verte dormir como un niño... No, no, por Dios, Avelino, ahora no. ¿No oyes a los críos...? Yo no oía nada, ni veía nada, ni me importaba nada. La tenía a ella, sentía su cuerpo vibrante, su voz sofocada y aquellas pupilas que se ahondaban felices. Nos revolcamos durante un buen rato en la cama fundidos en la pasión y luego Sonia me preparó el desayuno mientras yo me duchaba.

—¿Qué piensas hacer cuando termines?

—Iré a la escuela a ver cómo te las arreglas con tu jauría de golfos y atorrantes.

—No se te ocurra. Hoy, por lo menos, no quiero que vayas... Me encuentro tan rara que no doy pie con bola...

Comprendía su estado, porque yo mismo me sentía como azogado. Era consciente de que tenía que hacer muchas cosas, pero no sabía por dónde empezar y lo único que realmente quería hacer es lo que estaba haciendo. Sin

embargo, lo que más me preocupaba era la promesa que había hecho a Sonia la noche anterior de abandonar «La Mañana». ¿Cómo iba a justificar ante los Portillo mi repentina decisión? En el transcurso del día ensayé varias explicaciones, pero cuando se lo dije a Sonia se echó a reír y se burló de mis escrúpulos... Me parece que exageras tu agradecimiento a los Portillo. En fin de cuentas, ellos te han ayudado en tanto les servías a su gusto y te doblegabas a sus intereses. Nunca lo han hecho pensando en tu libertad. ¿Por qué vas a ser tú diferente...? Además, me parece que puedes escribir en otros periódicos. Javi me acaba de decir que en la prensa confederal serías bien recibido.

—La mayor parte de la prensa confederal está suspendida en estos momentos y tampoco me gusta la prensa partidista.

—Entonces, espera. ¿No decías que tenías una novela entre manos...? Pues dedícate a escribir. Nada nos apremia. Si quieres puedes ayudarme a mí en la escuela o dar algunas clases nocturnas...

Al finalizar la comida se presentó Javi y Sonia le invitó a tomar café. El muchacho me pareció un poco reservón. Trataba de ser amable, pero resultaba un tanto forzado. Sin embargo, al hablar de lo que estaba sucediendo, de lo que él llamaba «el proceso revolucionario», cambió de actitud. Con seguridad y certidumbre de visionario, analizó la situación política para llegar a la conclusión de que la lucha de clases había llegado a su punto álgido y en cualquier momento podría producirse la batalla definitiva entre la burguesía y el proletariado. Yo no estaba convencido, ni mucho menos, de su fatalismo histórico, pero más que discutir traté de sondearle. Sonia, en cambio, le llevó la contraria en muchos aspectos y le trató de iluso e ingenuo.

Al hablar de su hermano Luis, que seguía en la cárcel pendiente de un proceso por atraco y terrorismo, salió a relucir Juanjo.

—¿Es verdad que ha cambiado de chaqueta?

—Mi hermano Luis dice que lo han sacado de la cárcel los fachas... Algunos compañeros se la tienen jurada por chivato y traidor...

Cuando Sonia y Javi se fueron a la escuela, yo me encaminé a casa de mis padres. La noche anterior les había dicho por teléfono que no me esperasen, pero sin concretar el motivo. Ahora tendría que darles más explicaciones y prepararme para una escena dramática... Entré por la puerta del taller para hablar antes con mi padre. Al verme un tanto encogido, me miró de reojo, sonrió y me llamó tuno... Qué calladito te lo tenías. Ahora resulta que te entiendes con Sonia, ¿eh...? No quiso decirme quién le había llevado el mensaje, pero me felicitó por haber pescado a una «chica tan maja y consciente».

—¿Lo sabe madre?

—Tanto como saberlo no, pero algo se recela, porque anoche estuvo diciendo que Sonia tenía mucho interés por ti y que malo sería que no te enredase.

—Hace mucho que la quería. Cuando me marché a Londres le pedí que se casara conmigo y no quiso...

Era la primera vez que padre y yo dialogábamos amistosamente en muchos años, casi desde que entré en «La Mañana», pues sus prejuicios contra los Portillo y el suponer que yo pretendía ser un señorito nos fueron distanciando hasta resultar casi extraños. Según me dijo aquella tarde, lo único que no me hubiera perdonado nunca es que «traicionara la causa del pueblo», ya que en todo lo demás no quería entrometerse en mi libertad ni estorbar mis gustos.

—Supongo que a madre no le va a agradar que me vaya de casa sin ninguna ceremonia.

—De tu madre no te preocupes, que yo sé cómo lidiarla y contener sus pataletas. Eso contando con que no lo sepa ya, porque aunque a mí me ha dicho que iba a ver a su prima Remedios, más bien pienso que se haya ido a consultar las cartas a casa de la Santera, y lo que la Águeda no sepa no lo sabe ni el mismísimo diablo.

—Ayer me dijo a mí que desde que salió de la cárcel no había vuelto a tener noticias de ella.

—No, si tu madre no suelta prenda, pero yo sé que vive por el barrio de Salamanca como una reina, con criada y todo. Creo que se ha cambiado de nombre y ahora se llama Zulima o algo así, y se hace pasar por astróloga y doctora en ciencias ocultas.

—Pues Juanjo no andará muy lejos de ella.

—Eso pienso yo también, aunque lo mejor que puedes hacer es no acordarte de él.

Luego acompañé a padre al Círculo Socialista y no tuve más remedio que intervenir en un acto que se estaba celebrando contra la guerra y el fascismo. Mi intervención fue muy breve y referida exclusivamente a la invasión de Abisinia por Italia, pero al día siguiente «Claridad» me atribuyó un magnífico discurso «condenando el fascismo».

Esta ciudad está a punto de un infarto. Como no hagan ustedes algo por remediarlo, cualquier día estallará su corazón y anegará de sangre al mundo, me dijo Lindsay, el corresponsal de uno de los periódicos londinenses de mayor circulación. Lindsay pasaba en su país por un poeta rebelde y entre sus correligionarios laboristas por un inquieto radical, pero en Madrid se sentía confuso ante el vértigo de los acontecimientos. Con su proverbial flema británica y su certero realismo, pronosticó, a la vista de una gigantesca manifestación en la Gran Vía, que la democracia no podría subsistir en aquel ambiente de exaltación histérica en que políticos y demagogos rivalizaban en palabras huecas y promesas utópicas.

Aunque mi decisión de no volver a Londres era cosa resuelta, no ocurría lo mismo con las insinuaciones de Sonia para que rompiera con los Portillo. Comprendía sus escrúpulos y antipatía, pero en mi ánimo pesaban más las pruebas de afecto y simpatía que había recibido de ellos. Además, «La Mañana» seguía siendo mi periódico y todavía soñaba con sacarle de la

degradación e insipidez en que había caído. En ese estado de ánimo me presenté una mañana en el Banco para hablar con Alejandro Portillo, ya que sabía por Martínez que César se hallaba en Suiza con toda su familia. Pero Alejandro tampoco estaba en Madrid, y hablé con Antonio, con quien tenía mucha más confianza.

—Yo no puedo aceptarte la renuncia, porque ya sabes que estas cosas las lleva Alejandro y no permite que nadie altere sus planes. Lo que sí puedo hacer es pedirle a Oliva que te conceda una prórroga para incorporarte a tu destino.

—El caso es que de momento no pienso volver a Londres... Más o menos estoy comprometido con una chica que no quiere salir de España. A lo mejor hasta me caso.

Antonio se burló de mí y me dijo que no sabía la tontería que iba a cometer... No te doy la enhorabuena porque considero el matrimonio una calamidad. Claro que tú, a pesar de tu vanguardismo, eres un puritano y a lo mejor te va bien. El mío es una verdadera catástrofe. ¿Te imaginas lo que es aguantar a una mujer neurasténica y celosa...? Estoy desesperado y no sé lo que voy a hacer para librarme de su yugo... En cuanto a ti, te aconsejo que no le digas a Oliva que renuncias a ir a Londres. Entre nosotros, y sin que sirva de comentario, el otro día estuvieron hablando de ti en una reunión familiar y César y Lucrecia se mostraron partidarios de entregarte la dirección de «La Mañana», que me parece que es lo que tú quieres, ¿no...?

—¿Ha estado aquí tu hermana? —dejé sin responder su pregunta.

—Solamente pasó unas horas. Vino por la mañana en un avión particular y se volvió a marchar por la tarde.

En la mano llevaba una revista francesa que acababa de comprar en la Cibeles con una foto de Eva Campos desnuda en primera página y con otras más en el interior. El reportero fotográfico confesaba los subterfugios de que se había valido para sorprender a la famosa escritora y a su joven mogul bañándose desnudos en una playa argelina. El reportaje no podía ser más escandaloso y equívoco, pues en el texto que ilustraba las fotografías al natural se

entremezclaba el idilio de Eva Campos y el príncipe Yurinka con actividades de espionaje soviético.

—¿Has visto el reportaje que trae esta revista de tu hermana?

—Hace dos semanas apareció en una revista alemana.

—¿No te parece demasiado fuerte?

—Son las putadas de los periodistas... ¿Quién puede librarse de vosotros? —se echó a reír sin dárlo importancia.

Yo pensé que Eva Campos había empezado a escribir otra novela y me acordé del poeta Alberola, del capitán Montero y de Juanjo.

Desde el Banco me fui a ver a don Antonio Oliva. El antiguo hombre de confianza de Burgos Marín, y ahora de los Portillo, mostró cierta contrariedad cuando le dije que no podía acompañarle al día siguiente a Londres... No me importa que te tomes un mes de vacaciones o el tiempo que necesites para arreglar tus asuntos, pero te advierto que en Madrid las cosas se pueden poner muy feas. Las fuerzas de orden no tienen la paciencia del santo Job y en cualquier momento pueden decir basta a los que se empeñan en convertirnos en campo experimental de sus utopías. Me consta que el ejército vive alerta, y aunque yo siento gran admiración y respeto por nuestras fuerzas armadas, cuando se echan a la calle prefiero ponerme a distancia de los cascos de sus caballos y fuera del alcance de los sables, porque en la revuelta lo mismo pagan justos que pecadores.

Cuando luego comenté con Sonia el resultado de mis entrevistas, movió la cabeza y sonrió humorística.

—Me parece que eres demasiado ingenuo si piensas que los Portillo te van a entregar «La Mañana» sin condiciones.

—Todo depende de cómo se presenten las cosas.

—¿Crees en la revolución?

—Me gustaría creer, pero no sé... Evidentemente estamos viviendo un momento crítico. La huida de los Portillo es un síntoma de que se acerca la ruptura. Pero yo me pregunto: ¿Qué va a ocurrir después...?

—A mí también me preocupa, no creas. La contrarrevolución es muy fuerte y temo un baño de sangre...

Aunque Sonia y yo no estábamos de acuerdo en todo y frecuentemente discutíamos, nos sentíamos visceralmente unidos. El mundo exterior apenas si contaba. Incluso nuestras obligaciones tendían a hacerse comunes. Yo la ayudaba en la escuela y ella me pasaba a máquina el libro que estaba escribiendo, y que se titularía: «La agonía de Abisinia». Vivíamos tan inmersos en nuestra intimidad y nuestro trabajo que no nos quedaba tiempo para pensar en los demás. La madre de Javi decía que parecíamos dos tórtolos, y su hijo nos calificaba de egoístas, porque en vez de ir a buscar al enemigo «para provocarle y destruirlo», como había aconsejado don Álvaro de Albornoz en una memorable conferencia en el Ateneo, nos íbamos a la pradera a revolcarnos como monos en celo.

A primeros de julio recibí una llamada urgente de Martínez para que me presentara en el periódico. El director accidental de «La Mañana» me recibió en el despacho de César Portillo haciendo aspavientos y dando gritos: Yo no puedo más. Esto es intolerable. España va a la ruina y yo voy derecho al manicomio si antes no me pegan un tiro o me arrojan por el balcón... Verdaderamente el sesudo Martínez estaba a punto de perder la cabeza. Según me dijo, la redacción era un campo de batalla y los obreros de talleres habían formado un comité de control «que era peor que la dictadura del proletariado». Por una parte, los trabajadores le exigían mantenerse en una línea de adhesión al Frente Popular y, por otra, un grupo de redactores entre los que galleaba Golito, se negaba a acatar las imposiciones de la chusma. Pero lo peor era que en una reunión que había convocado para tranquilizar los ánimos, Golito y Benítez se habían insultado a más y mejor, poniéndose de fascista y rojo que no había por dónde cogerlos, para terminar cantando el primero el Cara al Sol y el segundo la Internacional... Comprenderás que en

estas condiciones yo no puedo seguir al frente de «La Mañana», terminó su rosario de lamentaciones.

—Llama a Artigas. Pienso que es él quien tiene que resolver la papeleta como subdirector del periódico.

—Con Artigas no hay que contar. Hace un momento me ha dicho que cada vez que piensa en volver a «La Mañana» se le afloja el vientre. Por otra parte, creo que el médico le ha recomendado mucho descanso y hoy mismo se marcha a Málaga.

—Pues habla con los Portillo y diles lo que pasa.

Martínez movió la cabeza desalentado y me dijo que desde el día anterior había intentado por todos los medios telefónicos y telegráficos comunicar con Ginebra, donde veraneaban César y Alejandro sin conseguir hablar con ninguno de los dos. Con el pretexto de que yo era el director adjunto, mientras don César no le comunicara lo contrario, me dejé convencer para ayudarlo en su tarea y escribí un comentario político analizando las contradicciones de un gobierno que se declaraba «beligerante frente a un latente enemigo y cultivaba la pasividad con el desorden y los abusos del poder». «A los enemigos de la democracia —decía— hay que derrotarlos democratizando el país y comprometiendo a toda la nación en empresas que tiendan a mejorar los niveles económicos, culturales y políticos. Queremos un gobierno que gobierne y que nos diga claramente y con autoridad lo que se puede y lo que no se puede hacer sin menoscabar los derechos ciudadanos, pero también sin hacer la vista gorda ante los excesos del sectarismo partidista y la conspiración soterrada que nos amenaza. Somos conscientes de que sin libertad es imposible la igualdad y no puede desarrollarse la fraternidad...» Mi sorpresa fue cuando al día siguiente vi el artículo con mi nombre y apellido en la primera página de «La Mañana», ya que había sido redactado para figurar como editorial. Antes de que Sonia se enterase por otro conducto, le llevé yo mismo el periódico a la escuela y me excusé con torpeza de las argucias de que se había valido Martínez para hacerme la jugada. Leyó el artículo con interés y luego me devolvió el periódico sin levantar la cabeza de la mesa.

—¿No me dices nada?

—¿Qué quieres que te diga?

—Por lo menos que no estás enfadada... Te juro que lo hice por ayudar a Martínez sin pensar que me haría la cabronada...

Sonia me hizo una señal con la mano para que bajase la voz, porque los chicos de los primeros pupitres alargaban las orejas con desaforada curiosidad. Tranquilamente siguió llamando a los autores de los ejercicios escritos, amonestando a unos, felicitando a otros y estimulando a todos con explicaciones sencillas y claras. Cuando terminó la clase y nos quedamos solos, me contempló entre tierna y enfadada... No vas a escarmentar nunca. Te pierde la vanidad profesional y la idolatría a los Portillo. A veces pienso que lo único que deseas es que te consideren imprescindible.

—Para la única persona que deseo ser imprescindible es para ti. ¿No lo crees...?

—Sólo a medias... Anoche me despertaste varias veces con tu pesadilla. Debía ser algo horrible, porque gritaste varias veces que lo mata, que lo mata. Y como siempre andaban por medio Eva Campos y Juanjo.

—Esta mañana me levanté con la sensación de que había visto morir a Juanjo como un perro... Ese príncipe mogol que viene en la revista con Eva Campos, lo fue cortando trozo a trozo y echándoselos a la pantera.

Sonia me miró largamente, como si quisiera adentrarse en mis dudas, me rozó la cara con los dedos y agachó la cabeza... Te quiero, me dijo muy bajito, y al ver mi intención de abrazarla me indicó la puerta, donde estaba apostados los tres chicos mayores de la clase.

—¿Qué hacen ahí?

—No sé... vigilan. Seguramente piensan que puedo tener necesidad de su ayuda... Después de merendar salimos a dar un paseo y nos acercamos a mi casa. Madre no había recibido muy bien lo que ella llamaba «ayuntamiento», aunque sí a Sonia, a la que consideraba muy capaz de meterme en vereda y quitarme humos de la cabeza. Allí me esperaba una carta con el membrete de

la Presidencia del Consejo de Ministros con una breve esquila de Gayoso en la que me invitaba a visitarle.

—¿Qué te parece? —se la di a Sonia.

—Vete a saber... Querrá ofrecerte alguna sinecura... —se encogió Sonia de hombros. Ya había observado en ella cierta hostilidad contra Gayoso, que atribuí a su creciente radicalismo—. Si vas a verle no le digas que vivimos juntos.

—¿Por qué?

—Porque no nos va a dejar en paz con sus oficiosidades.

Su argumento me pareció muy flojo, pero no quise forzar una explicación sabiendo lo contraria que era a justificarse.

Al día siguiente visité a Gayoso en el palacete de la Presidencia.

—No sabes el alegrón que me das... —me abrazó efusivamente—. Fíjate si soy despistado que todavía te suponía en Etiopía, hasta que ayer leí tu artículo que, por cierto, me pareció muy ponderado y serio. Sinceramente, me complace que comprendas las dificultades del gobierno.

—Las comprendo, pero no las justifico. Creo que debéis empezar a gobernar antes de que la calle os gobierne a vosotros.

—Descuida. Ya sabes que Casares no es de los que se dejan manejar y a su debido tiempo pondrá las cosas en su lugar... Más que una debilidad, es una actitud experimental para doblegar a la reacción. Por otra parte, en el bienio negro hubo demasiadas represalias y atropellos para que nosotros ahora apliquemos la ley a rajatabla...

En general estuvimos de acuerdo en la mayoría de los temas que tratamos: había que ampliar la reforma agraria para evitar que los campesinos ocupasen la tierra, planificar la economía para que el pan llegase a todos los hogares y realizar una verdadera cruzada educativa que comprometiera a todas las clases sociales en un programa de reformas culturales y eliminase en el tiempo más breve posible al analfabetismo. Hablando de nuestros amigos comunes,

me dijo que Sonia se había entregado a una especie de «misticismo populista» y prefería dar clases en una escuela de suburbios a desempeñar un cargo más adecuado a sus condiciones intelectuales... Me parece que Javi la ha envenenado con el anarquismo. Es un caso. Yo le tenía mucha simpatía por su angelicanismo, pero ahora me parece que tiene más de fanático que de otra cosa. Se le ha subido la revolución proletaria a la cabeza. No sabes los disgustos que nos crea en la Universidad Popular y en las reuniones juveniles de estudiantes y obreros... Seguramente a ti te parecerá bien, porque has coqueteado un poco con los anarquistas... Negué que hubiera coqueteado nunca con alguien, pero sospecho que ni siquiera me escuchó y siguió embaldado en su discurso: Con los anarquistas no se puede, desengáñate. En el momento que te descuidas te ponen la sociedad patas arriba, y lo peor es que quieren hacerlo todo a su manera sin recibir consejos de nadie. Fíjate, el otro día el ministro de la Gobernación llamó a su despacho al comité de huelga de la Construcción para dialogar y encontrar una solución aceptable, porque tenemos noticias de que las derechas están dispuestas a que la patronal juegue la carta del «lockout» para obligar al gobierno a declarar el estado de guerra... Un callejón sin salida, algo tan maquiavélico que pondría en peligro la República. En estas condiciones, el ministro manifestó que no vería con desagrado que aplicasen la acción directa a tres o cuatro cabezotas de la oposición para que la patronal se aviniera a razones. ¿Pues sabes lo que le respondió uno de los dirigentes anarquistas...? Que los trabajadores no eran asesinos y que si el gobierno tenía pruebas de la conjura derechista, que procediera a meter en la cárcel a sus dirigentes lo mismo que había hecho tantas veces y seguía haciendo con los representantes de los trabajadores. No me digas que no hace falta ser estúpidos para venimos ahora con pujos de legalismo... Yo he pensado que quizás tú... Le estaba viendo venir desde el principio. Sabía que no me había llamado para felicitarme por el artículo ni para saludarme como amigo, pero tampoco esperaba que me eligiera como intermediario de sus celestineos. Al verme tan descompuesto intentó justificarse: No lo tomes a mal, hombre... Creí que tú podías hacer algo con los anarquistas, porque me consta que te tienen mucha simpatía. Pero no es sólo eso. También quería pedirte que escribieras algunos artículos sobre la situación social del país. Hay que convencer a los extremistas y energúmenos

que la situación conflictiva no puede prolongarse por tiempo indefinido... La última parrafada la recibí en la puerta, retenido por Gayoso casi a viva fuerza. Nuevamente volvían a separarse nuestros caminos. En lo sucesivo nos volveríamos a encontrar con relativa frecuencia, pero siempre lo suficientemente distanciados para observarnos con recelo.

Un día me encontré con el inspector Ortiz en la plataforma de un tranvía. Las condiciones eran tan lamentables que no pude hacerme el desentendido, como fue mi primera intención, y correspondí al saludo que me hizo con la cabeza. La oprimida humanidad de la que formaba parte, no me permitía rebullirme y, para colmo, una comadre de plazuela rebosante de carnes y oliendo a pescado por todos sus poros abiertos, empezó a gruñir. Sus razones tenía para protestar, como las teníamos los demás viajeros, pero no para meterse especialmente conmigo y decirme que me remetía más que los dobladillos y que picaba como un piojo en costura... ¿No serán sus ganas, señora?, le dije al observar que la gente se hacía eco de sus murmuraciones. ¿Mis ganas? Qué más quisieras tú, so desgraciao. Y todavía lo niega, con la cara de sátiro que tiene... La comadre se soltó la lengua y convirtió la plataforma del tranvía en un mitin. Empezó metiéndose con los calentones que se ponían las botas en las aperturas y terminó llamando cobardes a todos los que nos dejábamos embanastar como higos o prensar como sardinas. Al final terminó proponiendo no pagar el billete en señal de protesta y se armó la gresca entre el cobrador y los que se solidarizaron con la gorda comadre. Yo aproveché el revuelo para apearme en la primera parada. Ortiz hizo lo mismo y me alcanzó a los pocos pasos.

—Me he bajado por no meter en vereda a toda esa pandilla de facinerosos y en primer lugar a la provocadora que te ha sacado los colores —se emparejó conmigo.

—Pues sí, me ha hecho pasar un mal rato con sus estúpidas alusiones. Bueno, ¿qué es de tu vida?

—Ya te lo puedes imaginar con tanta insolencia y tanto revoltoso suelto. Ni siquiera se atreve uno a abrir el pico.

—Efectivamente, estás desconocido.

—Y no lo hagas así... Anteayer casi me mantean en un bar por decir a unos gamberros que no puede uno hartarse de langostinos y almejas y pagar luego con el UHP...

Aunque estaba poco dispuesto a dar carrete al inspector Ortiz, al final terminamos dándonos explicaciones en la mesa de una cervecería. Nunca le había visto tan pesimista y tan encogido de moral... La República se nos hunde, y lo peor es que con ella nos hundiremos muchos, me dijo compungido. Naturalmente, sabiendo las escamas que gastaba me mostré incrédulo.

—¿Me vas a decir que no tienes ninguna tabla de salvación a mano?

—En este momento no confío en nadie. Yo sólo soy un servidor de la ley. No comulgo con los revolucionarios de izquierda ni con los de derecha, porque cualquiera de ellos que triunfe hará una escabechina de órdago.

—Me parece muy bien... Oye, ¿qué sabes de Juanjo?

—¿Todavía no le has visto? —arqueó las cejas y pareció sorprendido.

—Ni le he visto ni sé dónde para.

—Supongo que debe seguir en el sanatorio del doctor Sañudo. La última vez que le vi, hace unos meses, estaba muy mal... Precisamente hablamos de ti, porque estaba leyendo tu crónica de Londres, y me dijo que eras el único amigo verdadero que había tenido...

¿No me estaría tomando el pelo? Lo que me contó no se parecía en nada a los chismes que corrían por el barrio ni respondía a la imagen de héroe facineroso que pintaban Javi y sus antiguos compañeros. Según me dijo el inspector Ortiz, cuando le detuvo inculpado por el atraco de la calle de Alcalá, no pudo

interrogarle porque «empezó a echar sangre como un gorrino en el matadero» y pasó a la enfermería de la Cárcel Modelo sin firmar ninguna declaración.

—Por el barrio corren rumores de que se ha pasado al fascismo.

—No tengo la menor noticia... aunque el doctor Sañudo cojea un poco de ese pie y fue él quien le sacó en libertad provisional.

—Me extraña que tú no hicieras algo para impedirlo.

—Eso tiene que agradecértelo Juanjo a ti. Más de una vez se lo he recordado... En el fondo soy un sentimental y cuando me enfrento con los delincuentes doy mucha importancia a las condiciones determinantes del delito. Por otra parte, Juanjo no intervino directamente en el atraco. Aunque él era el jefe del grupo, una hora antes le dio una hemoptisis y fue Luis Revilla quien se encargó de la realización material del golpe, y ése sí que es un tipo de cuidado. ¿Quieres que te diga una cosa...? Después de conocer a tu amigo, tengo la impresión de que es incapaz de matar una mosca.

—Yo estoy convencido de que es más aficionado a la truculencia verbal que a la violencia física. Se las pinta solo para embarcar a la gente y quedarse en tierra...

En la hora que pasamos de cháchara en la cervecería casi me dejó convencido de la inocencia de Juanjo en las implicaciones terroristas que le achacaban Javi y sus amigos. Si no me convenció del todo fue por el interés que el propio Ortiz puso en justificarle. Al despedimos, me echó el brazo por el hombro y me dijo con aire de perro apaleado: Si triunfan los otros espero que me tengas en cuenta.

—¿Y qué tengo yo que ver con los otros?

—Hombre, parece que los Portillo andan metidos en el ajo.

—Los Portillo puede ser, pero yo estoy tan asustado como tú y no espero nada bueno de un alzamiento militar.

—Juanjo dice que eres uña y carne de la familia.

—Juanjo es un cabrón intrigante. También dicen de él que es un confidente vuestro...

El inspector Ortiz movió la cabeza, sonrió con maliciosa ambigüedad y se alejó sin pronunciar palabra. Apenas desapareció, paré un taxi y le di las señas del sanatorio del doctor Sañudo. Sentí ganas de ver a Juanjo y esclarecer algunas cosas que me inquietaban.

El sanatorio se hallaba emplazado en un pinar cercano a la residencia campestre de Eva Campos. Los días que pasé en La Cabaña lo tuve permanentemente a la vista sin sospechar que era un sanatorio y mucho menos que fuera el escondrijo de Juanjo. Más bien me pareció una suntuosa residencia particular.

La recepcionista que atendía la centralita telefónica ni siquiera levantó la cabeza cuando pregunté por Juan José Morales.

—No es hora de visita —gruñó.

—¿Puedo ver al doctor Sañudo?

—¿Le tiene citado?

—No me tiene citado, pero espero que me reciba...

La muchacha me obsequió con un gesto displicente, tomó mi nombre y me indicó los sillones del recibidor para que esperase. Pasó un buen rato hasta que vi abrirse la puerta del ascensor y apareció el doctor Sañudo en bata blanca.

—Hombre... todavía le estoy esperando —me tendió la mano sonriente.

—No hubo necesidad de más parches. Pasé algunos días jodido, pero luego desaparecieron las molestias y no he vuelto a resentirme.

—Me han dicho que quería usted ver a Juan José Morales.

—Sí.

—¿Cómo se ha enterado que estaba aquí?

—Me lo acaba de decir el inspector Ortiz.

—Valiente mamarracho... Bueno, por mí no hay ningún inconveniente, aunque le advierto que su enfermedad es muy contagiosa.

—No me importa.

—A mí sí... De todas las maneras, si Juanjo no tiene inconveniente, le voy a permitir que le vea, pero tiene que prometerme que no se va a quedar más de cinco minutos.

Le prometí todo lo que quiso irritado por tantas reservas y precauciones. El mismo médico me acompañó a una habitación del segundo piso y me dejó un momento en la puerta mientras él hablaba con Juanjo. Al salir me dijo con cierta sequedad: Ya sabe, cinco minutos y que hable lo menos posible... La emoción me hacía temblar... ¿Por qué te quedas ahí como un pasmarote? No seas julay... De momento sólo vi sus ojos agrandados y hundidos, pero al separarme de sus brazos observé que se le habían llenado de lágrimas.

—¿Vas a resultar ahora un sentimental? —meforcé en contener mi propia emoción.

—¿Sentimental yo...? —me cogió la mano y la estrujó entre las suyas con fuerza. La enfermedad era evidente en el brillo acuoso de sus pupilas pardoverdosas y en sus pómulos descamados de color rosáceo—. Joder, creí que me iba a morir sin verte y te juro que es lo que más deseaba.

—¿Quién dice que te vas a morir?

—Lo digo yo, que soy mi único profeta.

—No digas tonterías. Yo te encuentro bastante bien.

—Vamos a dejarlo... ¿Cuándo has vuelto de Londres?

Cuando le dije que llevaba casi un mes en Madrid, me miró intensamente y se dejó caer sobre los almohadones... Nadie se acuerda de mí ni viene a verme. Parece que soy un apestado... Le hice comprender que la culpa la tenía él por haberse alejado de los viejos amigos y conocidos... Yo mismo no he sabido dónde te encontrabas hasta hoy... Saltando precipitadamente de un tema a otro hablamos de todo. Cuando le dije que me había unido a Sonia volvió a abrazarme y me obligó a prometerle que la llevaría un día para conocerla. Pero su obsesión seguía siendo Eva Campos. Continuaba aferrado a ella con una pasión salvaje. Sospecho que no tenía la menor referencia del príncipe mogul o espía soviético con quien Eva se mostraba desnuda en las ardientes playas africanas. Estaba absolutamente convencido de que le era fiel y que sólo esperaba que se pusiera bueno. Muy de pasada me pidió perdón por las sospechas que había concebido con respecto a mí.

—Ya está bien... —entró el doctor Sañudo de malas pulgas—. Recuerde lo que me prometió.

—Déjele, no quiero que se vaya —me retuvo Juanjo la mano férreamente.

Entre Juanjo y el médico se produjo un breve forcejeo verbal a consecuencia del cual empezó a toser persistentemente hasta dar la impresión de que se asfixiaba.

—¿Ve lo que ha conseguido? Salga de aquí, por favor... —me señaló el doctor Sañudo la puerta con gesto autoritario.

Mientras esperaba en el pasillo, vi entrar y salir en la habitación a varios sanitarios y enfermeras. Pasado un buen rato apareció el doctor Sañudo con gesto preocupado. Al verme frunció el entrecejo y agachó la cabeza.

—Ya ha visto lo mal que está. En cualquier momento puede quedarse en uno de los frecuentes ataques de disnea. Le estamos sosteniendo casi artificialmente en espera de que llegue Lucrecia.

—¿Va a venir?

—Hace más de quince días que me anunció su visita. Según me dijo por teléfono tiene mucho interés en pasar con él los últimos instantes, pero no sé

si lo va a conseguir —me tendió la mano y se alejó bruscamente por otro pasillo.

La visita de Juanjo me deprimió de tal manera que llegué a casa con los nervios de punta. Sonia acababa de terminar de comer y estaba preparando el café para ella y Javi.

—¿Cómo has tardado tanto? —me miró Sonia con gesto huraño.

—Porque no he podido tardar menos... —me quité la americana y la camisa—. Se me ha complicado tanto la mañana que ni siquiera he podido ir a ver al editor.

—¿Y eso...? —dejó el servicio de café sobre la mesa y fue a coger una toalla para secarme el sudor que me corría por la cara y me empapaba la camiseta—. Ponte algo, no sea que cojas frío... Parece que hubieras estado descargando sacos de patatas.

—Será por la zurra que me he pegado desde Chamartín... Fui a ver a Juanjo. Me dijeron que se estaba muriendo y es verdad...

Javi me contempló perplejo y recibió la noticia con escepticismo. No quería creer que estuviera tan enfermo, aunque afirmó que lo mejor que podía hacer un traidor que había vendido a sus compañeros era morir. Discutimos acaloradamente lo de la «venta», sin que aportara ninguna prueba, y si no salimos tarifando fue gracias a los buenos oficios conciliadores de Sonia.

Una tarde fui llamado urgentemente a «La Mañana» y allí me encontré con Eva Campos tan fresca y campechana. Estaba preciosa con su atuendo de aldeana rusa vestida por los mejores modistas de París. A través de la chambrá blanca bordada en colores llamativos se le transparentaban los pechos sueltos. Por primera vez en mi vida me dio un soberbio abrazo en presencia de Martínez y Carrasco, y estampó en mis mejillas dos sonoros besos.

—¿Sabes que estás muy bien...? —me ojeó de arriba a abajo y sus ojos verdosos flamearon alegres.

—Tú sí que estás de maravilla...

Martínez y Carrasco debieron aburrirse de nuestras chinescas gentilezas y abandonaron el despacho. Durante unos minutos hablamos de mil cosas sin fijar la atención en ninguna. Su presencia en Madrid me hizo suponer que Juanjo había empeorado, porque los periódicos de la mañana la situaban en Barcelona participando en un festival aeronáutico.

—Creo que te has casado, ¿no?

—Me he unido.

—La mosquita muerta se empeñó en cazarte con sus ñoñerías virtuosas y parece que lo ha conseguido.

—Sonia no es ninguna ñoña ni creo que nunca se haya propuesto cazarme.

—No me digas... —se echó a reír—. Desde que la vi por primera vez pensé que terminarías siendo víctima de su pazguatería.

—¿No estarás inventando un argumento de novela?

—En todo caso, el argumento no es de mi invención. Detesto la cursilería. No me gustan las novelas en las que los personajes empiezan mirando al cielo y terminan viviendo en el infierno. Prefiero lo contrario: vivir en el infierno sin ninguna esperanza de gloria.

—Sonia es una chica deliciosa. Me gustaría que la conocieras a fondo.

—La conozco bien y estoy convencida que siempre será un tratado de moral.

—Tanto mejor.

—Verás como todavía te convierte en un personaje barojiano... No me digas que no resulta paradójico soñar en ser César para convertirse en nada. Me parece absurdo trocar la fantasía de un mundo en acción por el vulgar romance de una mujercita mesocrática... —soltó de nuevo la carcajada. Parecía empeñada en lucir conmigo su ingenio punzante y burlón—. Ya te estoy viendo luchando con media docena de zangolotinos que se disputan la curva más confortable de tu abdomen, mientras una mujer fondona te riñe por haberte retrasado cinco minutos o porque su confesor ha encontrado insinuaciones heréticas en tu último artículo.

—Creo que no poseo tantas virtudes domésticas como me atribuyes, pero puesto en el dilema de elegir entre marido mesocrático o zángano efímero, me quedo con el primero, aunque tenga que hacer una herodiada con los zangolotinos y llevar cada ocho días a la mujer fondona al dentista.

—No tienes remedio. El buen sentido te pierde.

—¿Quieres decir que a ti te salva lo contrario?

—Yo no estoy segura de nada. Por eso sigo buscando en la basura humana.

—¿Qué me dices de Juanjo?

—Es horrible. Sañudo dice que no se puede hacer nada por él, que sus horas están contadas. Me llamó esta mañana por teléfono y me vine en la misma avioneta en la que tenía que hacer la prueba...

Repentinamente abandonó su pose trágica y cambió de tema como si quisiera evadirse de la agonía de Juanjo. Con aguda perspicacia comentó los rumores que circulaban sobre un inminente pronunciamiento militar. Muy sutilmente me dio a entender que sus hermanos apostaban contra la República, pero que ella estaba decidida a jugar la carta del pueblo con todos sus riesgos.

—Eso quiere decir que te vas a quedar aquí.

—Tanto como eso... El veinte de este mes se inicia en Hollywood el rodaje de «La culpa fue suya» y quisiera estar presente. Todo depende de Juanjo... —se estrujó las manos y el rameado verdoso de sus pupilas volvió a ensombrecerse—. Háblame de ti, dime lo que haces.

—Brujuleo y soy feliz... Mis crónicas sobre Abisinia, corregidas y aumentadas, aparecerán próximamente en un libro de cuatrocientas páginas, tengo entre manos una novela y escribo algunos artículos de colaboración.

—Martínez me ha dicho que no quieres nada con «La Mañana».

—Yo más bien pienso que es Martínez quien no quiere nada conmigo. Claro que yo tampoco estoy de acuerdo con su orientación. Parece que se ha propuesto dejar morir el periódico de inanición.

—Mi hermano Alejandro es partidario de ponerse al paio y capear el temporal sin comprometerse en nada... —encendió un cigarrillo y se levantó—. ¿Me acompañas al Ateneo?

—¿Qué pasa en el Ateneo?

—Gayoso va a pronunciar una conferencia sobre Robespierre y los mecanismos del terror.

—El pobre no se cansa de jugar al maniqueísmo. No conozco un caso igual de miopía política. El otro día me dijo que el gobierno tenía las riendas del poder en sus manos y que lo mismo que había metido las cabras en el corral a los anarquistas y tema bajo control a las derechas, podía pulverizar a cualquiera que levantara la cresta...

Después me arrepentí de acompañar a Eva por la calle. Era tan popular que en el trayecto de la Gran Vía a la Puerta del Sol fue parada un centenar de veces por admiradores y curiosos. En la entrada de la Carrera de San Jerónimo estuvo a punto de formarse un verdadero tumulto. Alguien gritó a su paso: Viva Rusia y otro respondió: Viva Cristo Rey. Aunque el incidente fue cortado rápidamente por los guardias de Asalto, Eva se vio y se deseó para escapar de los achuchones de sus admiradores. Afortunadamente yo quedé aislado de los que se apoderaron de ella con la buena intención de pasearla triunfalmente en hombros y con tanto entusiasmo casi la desnudan.

Al llegar al Ateneo nos enteramos que Gayoso había sufrido un atentado. Las versiones que corrían eran tantas como los que las comentaban. Algunos le daban por muerto o a punto de morir. Mientras los partidarios del golpe por golpe y diente por diente planeaban venganzas tremendas contra los jefes derechistas, llegó un diputado republicano que acababa de hablar con Gayoso en su casa. Al parecer, el atentado había quedado reducido a un susto descomunal y a los daños que había causado en la biblioteca la bomba recibida en forma de libro.

Cuando abandoné el Ateneo, Eva se quedaba discutiendo con un grupo de escritores y poetas, entre los que se encontraban Benítez y Estrella Roja, sobre

el terrorismo desencadenado por las derechas para provocar el caos y justificar la intervención militar.

Juanjo murió al día siguiente de la llegada de Eva Campos. Parece que la estaba esperando para despedirse. El hecho de que hubiera muerto en brazos de Eva Campos, como me contó la enfermera con gesto de horror y juicios condenatorios para la tolerancia del doctor Sañudo, era lo que menos me preocupaba. La enfermera recordaba conmovida sus últimos deseos y palabras. Al enterarse de la llegada de Eva, se empeñó en bañarse y ponerse un pijama ruso de seda negra bordado en plata... Cuando yo entré y le vi tan peripuesto sentado en la butaca, bromeé con él y lo pregunté si iba de fiesta. El me respondió que, quizá, fuera su última fiesta y estaba dispuesto a vivirla plenamente. Yo traté de convencerle para que se metiera en la cama, pero él, muy tuno, me preguntó si yo creía verdaderamente en Dios. Últimamente le preocupaba la religión. Según me dijo, de pequeño había sido muy devoto, aunque luego se había convencido que la religión era un consuelo de pobres y una ideología de ricos. Sin embargo, en el transcurso de la conversación me pareció advertir en él cierta desazón mística. Nunca le había visto tan inquieto. Sinceramente, creí que Dios se había apiadado de él y le insistí para que hablara con un sacerdote. No es necesario, me dijo. Si Dios existe espero llegar a él sin intermediarios... Poco después llegó «esa mujer». Yo salí de la habitación, porque cada vez que la veo es como si se presentara el demonio, y cuando me llamaron veinte minutos o media hora después, todo había terminado... Al oír la enfermera las voces de Eva Campos y el doctor Sañudo en el pasillo, se levantó apresuradamente y desapareció. El médico y la escritora discutían de política con cierta acrimonia. Al verme a mí el médico se volvió y Eva entró haciendo aspavientos.

—Parece mentira que un hombre tan inteligente pueda ser tan cavernícola —gruñó.

—Quizá por eso a mí me mira por encima del hombro.

—A ti te tiene por un liberal acratizante que, a su juicio, son los peores. Un día le dijo a César que no comprendía cómo tenía a un tipo tan subversivo en la redacción.

—Si te digo la verdad, yo tampoco lo comprendo.

—¿No te parece que estás un poco raro? Me gustaría saber el bicho que te ha picado... —entró en la habitación donde se hallaba el ataúd con el cuerpo de Juanjo. Durante unos segundos pareció conmovida y hasta creí que se iba a echar a llorar—. Está guapísimo, ¿verdad...? Parece un joven dios.

—Está muerto y ya huele a muerto.

—No seas grosero... ¿Sabes lo que me pidió poco antes de morir? Me obligó a prometerle que me preocuparía de ti y te ayudaría a triunfar como escritor.

—Me conformaría con que me ayudases a esclarecer algunas ideas que me vienen dando vueltas en la cabeza desde hace tiempo.

—Ni es el momento oportuno ni yo tengo ganas de desenterrar a los muertos para que tú infles tu folletín. Deja a la vida correr y corre con ella. Lo demás es aflicción de espíritu, como dice el bueno de Job...

Un enfermero se asomó a la puerta para decir a Eva que la llamaban por teléfono. Al salir me dijo que regresaba enseguida, pero en vista de que tardaba volví al saloncito y me acerqué a la ventana para respirar aire puro. La cadaverina se me había metido en el olfato y empezaba a sentir náuseas... Pasó casi media hora de espera. En vista de que Eva no aparecía, fui a preguntar por ella a la oficina de información y la recepcionista me dijo que la habían llamado urgentemente de su casa.

—¿Sabe usted si va a volver?

—No me ha dicho nada.

—Muchas gracias...

En menos de cinco minutos me planté en La Cabaña y allí me encontré inesperadamente con su hermano Alejandro, que también había ido a visitarla.

—Qué agradable sorpresa... —me saludó efusivo—. Precisamente quería hablar contigo antes de regresar a Ginebra. Le he prometido a mi hermana llevarte conmigo... Ella está camino del aeródromo. Al parecer el príncipe Yurinka ha sufrido un grave accidente en el festival aeronáutico de Barcelona. Yo no sé cómo se las arregla para andar siempre metida en líos.

Mientras regresaba el coche que había ido a llevar a Eva y su secretario terminaba de empaquetar papeles, me habló de la gravedad de la situación política. Parecía muy nervioso, cosa rara en él, y pendiente del teléfono.

—Pensaba quedarme dos o tres días para resolver algunos asuntos, pero me han aconsejado que salga inmediatamente de Madrid, porque mi nombre figura en una lista de sospechosos... Bueno, ¿qué es lo que me ha dicho Lucrecia de un enamoriscamiento de primavera?

—Sonia no es ningún enamoriscamiento de primavera. La quiero de verdad.

—Pues llévatela a Londres.

—En eso estoy... Quedé con el señor Oliva en incorporarme a mi empleo a primeros de agosto.

—Será tarde, muy tarde... —movió la cabeza.

Después de confesarme que los militares podían tomar la iniciativa en cualquier momento a la vista del proceso degenerativo del orden público, me habló de los peligros que podía correr... Con las derechas no tienes tan buena prensa como con las izquierdas. Te lo digo porque César recibió en diferentes ocasiones presiones muy fuertes para que te expulsara del periódico, y si no lo hizo fue porque Lucrecia y yo nos opusimos..., atendió una llamada telefónica que le hizo acrecentar su nerviosismo. Se puso de pie y le vi acercarse al ventanal con el gesto aperruñado. Luego volvió al teléfono y estuvo hablando un buen rato con Garcés, un alto funcionario del Banco que, además, formaba parte del consejo de administración de «La Mañana». En el transcurso de la

conversación salió a relucir varias veces el nombre de Martínez. Cuando terminó se volvió hacia mí.

—¿Sabías tú que Martínez ha presentado la dimisión en el periódico y se ha marchado a París?

—No tenía la menor idea. Ayer estuve con él y me pareció que estaba muy reblandecido y acojonado, pero no me dijo nada.

—El muy cobarde... —masculó—. Las ratas abandonan el barco... Garcés considera que la persona más indicada para hacerse cargo del periódico eres tú... con carta blanca para capear el temporal. ¿Qué te parece...?

—No sé... Lo mío es el periodismo. Me gusta escribir y creo que es lo único que sé hacer.

—Bien, bien, entonces no hay más que hablar... —la llegada del chófer acrecentó su nerviosismo—. Dios quiera que no tengamos que lamentar lo que se nos avecina...

Le acompañé hasta el Hispano-Suiza que le esperaba al pie de la escalinata y allí nos despedimos con un fuerte apretón de manos. No sé por qué tuve el presentimiento de que más que despedimos nos separábamos para siempre.

Para acompañar el cadáver de Juanjo hasta la puerta del sanatorio, se formó una pequeña comitiva muy solemne y litúrgica formada por el personal sanitario, algunos enfermos y varias religiosas. El doctor Sañudo presidía el duelo con aire de director de banda militar. Yo iba el último de todos, ajeno a la ceremonia de despedida. Pero al llegar a la puerta, donde esperaba la carroza fúnebre, una mujer vestida de rojo se abalanzó sobre el médico insultándole con las palabras más soeces. La mujer vestida de rojo era Angelines y juraba y requetejuraba entre los sanitarios que la sujetaban, que tenía que sacar los ojos al doctor Sañudo... Al verme a mí se echó en mis brazos y empezó a llorar sin dejar de mezclar en sus insultos al médico y a Eva Campos. Para cortar el escándalo la metí en el taxi que debía llevamos al cementerio del Este. Una vez dentro, observé que estaba borracha y, quizá, enferma. Por lo menos se hallaba muy desmejorada y ofrecía un aspecto grotesco con la cara enchafarrinada de colorines y aquel vestido de crespón

rojo por el que se le salían los pechos. En el barrio se decía que el marido la había abandonado y trabajaba en un burdel. Por el camino me fue contando las tretas y argucias del doctor Sañudo y Eva Campos para impedir que viera a Juanjo.

—¿Cómo no ha venido doña Águeda?

—No me hables de esa tía bruja, porque te juro que en el momento que me la eche a la cara se va a acordar de mí...

Al acercarnos a las Ventas se oyeron algunos disparos seguidos de un griterío de tumulto.

—Me parece que hoy no llegamos al cementerio —murmuró el taxista.

—Usted no pierda de vista el coche fúnebre.

—Ya veremos si puedo...

El tumulto crecía por momentos y los vivos a la revolución y los muertos al fascismo se acercaban y crecían como trombas. De repente volvieron a oírse cinco o seis disparos y el correr galopante de la muchedumbre. Angelines se había arrebuñado en un rincón y lloriqueaba ajena a lo que ocurría a nuestro alrededor. El coche se puso otra vez en marcha, pero a los pocos metros volvió a detenerse.

—Esto de seguir a un muerto para que lo maten a uno no me convence... ¿No les parece a ustedes que no merece la pena arriesgar la pellica por un difunto?
—volvió el taxista la cabeza con gesto huraño.

—A mí no me importa que me maten. Yo quiero morir con mi Juanjo —dijo Angelines.

—Lo que yo quisiera saber es a qué se debe este jaleo.

—Pues a lo de todos los días, que hoy matan a uno los fachas y al día siguiente matan a otro los del Frente Popular, y el que han matado hoy es de los que traen cola.

—¿Se refiere usted al teniente Castillo?

—Ca, me refiero a Calvo Sotelo.

—¿Han matado a Calvo Sotelo?

—Coño, ¿ahora se entera usted? Pues dicen que los de Asalto le han dejado como un colador.

Empezaba a comprender la deserción de Eva Campos y el inquieto nerviosismo de Alejandro Portillo, así como los cuchicheos en el sanatorio y el aire tenso y marcial del doctor Sañudo.

En vista de que no podíamos avanzar ni retroceder, me apeé para averiguar lo que pasaba. Todas las calles que aflúan a la de Alcalá estaban atestadas de gente y el tráfico paralizado. De las informaciones contradictorias que recogí se deducía que a consecuencia de la muerte de Calvo Sotelo habían chocado dos manifestaciones contrarias que se dirigían al cementado del Este, donde parece que se hallaba el cadáver del jefe de la oposición parlamentaria. Algunas de las personas con las que hablé me dijeron que el enfrentamiento de los grupos de pistoleros rivales había ocasionado ya numerosos muertos y heridos. Cuando regresé donde había dejado el taxi, éste había desaparecido lo mismo que la carroza fúnebre. Intenté llegar hasta la plaza de Manuel Becerra a pie, pero ni siquiera pude acercarme. Lo más que pude hacer fue echar a correr para librarme de las cargas de los guardias de Seguridad y Asalto a pie y a caballo.

Convencido de que no podría llegar al cementarlo, me volví a casa. Tanto en el tranvía como en el metro pude observar ese aire peculiar y exaltado que Madrid ofrece en los días de bullanga. La tragedia que yo presentía en aquellos brotes de enconada violencia no encontraba el menor eco en las conversaciones que oía en torno mío. Las ruidosas carcajadas y los comentarios macabros que salpicaban las conversaciones me sonaban a ingenuismo inconsciente. Nadie parecía darse cuenta que la muerte de Calvo Sotelo preludiaba el desquiciamiento de la República.

Empezaba a anochecer cuando llegué al barrio y entré en la escuela, donde se estaba celebrando una reunión. Alguien estaba hablando del «proceso revolucionario que estábamos viviendo», pero al entrar yo el orador fue

interrumpido por los aplausos y voces que gritaban: que hable Avelino, que hable Avelino... Me hallaba tan deprimido y preocupado por las vivencias de aquel día, que más que ganas de hablar sentía ganas de huir. Javi y Sonia desde la presidencia eran los que más gritaban. Tengo la impresión de que rechacé la propuesta y dije que aquello era una emboscada, pero los muchachos me alzaron en volandas y me depositaron en la tarima. No era la primera vez que hablaba desde allí a los alumnos de las clases nocturnas, pues Sonia se las había arreglado para comprometerme en su campaña contra el analfabetismo. Empecé tartajeando sin saber qué decir, y cuando quise darme cuenta sentí que las palabras me quemaban en la boca. Durante media hora estuve hablando de la conjura que amenazaba a la República y de los poderosos recursos que podía movilizar de un momento a otro la contrarrevolución. Cuando se me terminó la cuerda y me dejé caer en la silla exhausto y con la boca reseca, me di cuenta que los muchachos se enracimaban en torno mío crepitantes de emoción. Sonia me rodeó con sus brazos como si quisiera protegerme de un enemigo invisible, y poco después abandonamos el local. A la salida me esperaban Benítez y Carrasco.

—Chico, ¿sabes que eres un demagogo cojonudo? Si te digo la verdad me has puesto los huevos en la garganta —me abrazó Benítez con emoción.

—Es cierto —me apretó en el brazo Carrasco—. Yo tampoco te conocía como tribuno y me has impresionado... Venimos a llevarte con nosotros sea como sea.

Como la gente se agrupaba a nuestro alrededor con expectante curiosidad, Sonia nos forzó a entrar en la casa, sin dejar pasar a nadie más que a Javi. Sentados en torno a la mesa camilla, con una botella de vino fresco y vasos, Carrasco me dijo que tenía que incorporarme al periódico si no quería que «La Mañana» apareciera al día siguiente como una hoja parroquial. El resumen que hizo entre burlón y sarcástico ponía en evidencia la crisis interna de la redacción: Martínez se hallaba tan gravemente enfermo de una dolencia, que Benítez calificó de mieditis, que se había marchado a curarse a París con algunos correligionarios de su partido; Artigas seguía en Málaga con su cagancitis crónica y se negaba a volver a Madrid; dos o tres redactores, entre los que figuraba Golito, sufrían de fascistitis aguda, y el resto de la redacción y

trabajadores del diario consideraban que yo era el más idóneo para superar el bache. Con la vista puesta en Sonia me resistí y aduje como argumento la voluntad de los Portillo de apartarme de la orientación del periódico.

—Creo que te equivocas... —me interrumpió Carrasco—. Según me ha dicho Garcés hace un rato, Alejandro Portillo le ha comunicado, antes de salir pitando, que te daba carta blanca a ti para dirigir «La Mañana».

—Hace cuatro o cinco horas que estuve hablando con él y me insinuó algo sin concretar nada... —Carrasco y Benítez se miraron incrédulos—. Es más, estoy seguro que «La Mañana» le importa un bledo.

—Habrá cambiado de opinión antes de marcharse —manifestó Carrasco.

—Tengo para mí que los Portillo están comprometidos en lo que se prepara contra la República.

—¿Estas seguro? —arqueó las cejas Benítez con gesto de perplejidad.

—Completamente... No sé lo que va a pasar, pero intuyo que será algo muy grave que lo trastocará todo.

—Entonces va a ser verdad lo que has dicho de que tendremos que pelear como demonios... —me miró Javi con las pupilas ardiendo de vehemencia.

—Ojalá me equivoque, porque considero una calamidad los enfrentamientos fratricidas, pero si los que lo poseen todo no lo remedian, no tardando mucho tendremos que defender nuestras vidas y nuestras libertades al precio que sea...

La discusión se prolongó más de una hora antes de que Benítez y Carrasco pudieran convencerme de que era preferible que fuera yo quien dirigiera «La Mañana» a que cayera en manos de un sepulturero. Sonia no intervino ni una sola vez ni quiso aconsejarme. Pero Javi se sumó a la propuesta de Carrasco y Benítez frenéticamente.

—¿Qué te parece a ti? —busqué la mirada de Sonia.

—En las condiciones actuales pienso que debes aceptar. Para mí no es lo mismo servir los intereses de los Portillo que informar a la opinión pública con honradez.

—Oye, ¿no te habrás vuelto loca? —la contemplé perplejo y conmovido.

—Loca perdida, pero loca de felicidad... —lloraba, reía y estrujaba su cara contra la mía—. Por primera vez en los años que te conozco, y en los años que te quiero, que son más de los que tú te imaginas, te veo resuelto a ser auténtico. Ya empezaba a dudar que alguna vez se te cayera la venda de los Portillo, pero se te ha caído y siento que eres mío del todo...

Quizá Sonia tenía razón en lo que me dijo del niño expósito que llevaba dentro, un niño que había madurado intelectualmente, pero que inconscientemente buscaba su raíz genésica en oscuras leyendas y chismorreos de comadres. No lo sé... La superación del conflicto interior que me acercaba y me alejaba de los Portillo, se había disipado. En definitiva, yo no era más que un periodista que aspiraba a defender los ideales democráticos y la justicia social en un momento en que las instituciones legales de la República sufrían el vendaval totalitario que se cernía sobre Europa y nos amenazaba con la más brutal tiranía.



Acerca del autor:

GREGORIO GALLEGO nació en Madrid en el seno de una familia modesta de campesinos emigrados a la capital. Desde muy joven se sintió atraído por la literatura. A los 17 años empezó a colaborar en periódicos y revistas libertarios, a los 19 formaba parte de la redacción de «Juventud Libre» y a los 20 del diario «Castilla Libre». Durante la guerra civil formó parte de la primera Junta de Defensa de Madrid, fue oficial del Ejército Popular y combatió en los frentes de Madrid, Guadalajara y Teruel. Tras la derrota del ejército republicano, conoció numerosos campos de concentración, cárceles y penales. Al recuperar la libertad en 1963, reanudó sus actividades literarias trabajando para diversas editoriales. En 1965 obtuvo el Premio Guipúzcoa con su novela *El hachazo*, prohibida por la censura y editada en México. En España ha publicado *La maraña* (1966), *La otra vertiente*, Premio Ciudad de Irún 1972, *Los Caínes* (1973), el libro de memorias *Madrid, corazón que se desangra...* (1976) y las biografías Kennedy, Goya, Benjamín Franklin y Cristóbal Colón. En 1983 obtuvo el Premio Asturias de novela con *Ardiente verano*. También colabora con artículos y cuentos en diversas publicaciones de España y

América Latina. Con Libertarias/Prodhufi ha publicado *Hombres en la cárcel*, *Márgara* (Crónica de la clandestinidad) y *Fuga de Pasiones*.

Con *Encrucijada de caminos*, inicia la editorial Libertarias/Prodhufi la publicación de la trilogía de Gregorio Gallego que abarca la década más conflictiva de nuestro país con el título general de *La España convulsa*. El primer volumen comprende el periodo de la República; el segundo titulado *Asalto a la ciudad* relata la guerra civil, y el tercero, *El festín de los buitres*, por ser el tiempo más oscuro, discurre por los vericuetos de la clandestinidad reprimida y el encumbramiento de los que se alzaron con la victoria.